



UNA HEROÍNA. UNA HECHICERA.  
UNA MUJER QUE ENCUENTRA SU PODER



# CIRCE



UNA  
NOVELA

MADÉLINE MILLER

# Madeline Miller

## CIRCE

Traducido del inglés por Jorge Cano Cuenca  
y Celia Recarey Rendo

# Índice

Circe

Listado de personajes

Agradecimientos

Créditos

*Para Nathaniel*  
νόστος

Cuando nací, no había palabra para lo que yo era. Me llamaron ninfa, suponiendo que sería como mi madre, mis tías y mil primas. Las últimas de las diosas menores: nuestros poderes eran tan modestos que apenas nos garantizaban la eternidad. Hablábamos con los peces y alimentábamos a las flores, extraíamos agua de las nubes y sal de las olas. Esa palabra, *ninfa*, marcaba el alcance y la envergadura de nuestros futuros. En nuestra lengua no solo significa ‘diosa’, sino también ‘novia’.

Mi madre era una de ellas, una náyade, guardiana de manantiales y ríos. Llamó la atención de mi padre cuando este vino a visitar los aposentos de su padre, Océano. En aquellos días, Helios y Océano frecuentaban mutuamente sus mesas. Eran primos, y de igual edad, aunque no lo parecía. Mi padre refulgía como el bronce recién fraguado, mientras que Océano había nacido con los ojos llorosos y una barba blanca que le llegaba al regazo. Sin embargo, ambos eran titanes y preferían su mutua compañía a la de aquellos extravagantes dioses nuevos del Olimpo que no habían visto la creación del mundo.

El palacio de Océano era una maravilla, incrustado en lo hondo de la roca terrestre. Sus salones de elevados arcos estaban recubiertos de oro; sus suelos de piedra, pulidos por siglos de pisadas divinas. En cada estancia se oía el leve rumor del río de Océano, fuente de todas las aguas dulces del mundo, tan oscuro que era imposible distinguir dónde terminaba el río y empezaba el lecho rocoso. En sus orillas crecían hierba y flores de un gris suave, y también los innúmeros hijos de Océano: náyades, ninfas y dioses de los ríos. Esbeltos y relucientes como nutrias, riendo con sus rostros esplendorosos en la penumbra, se pasaban copas de oro entre sí y luchaban en amorosos juegos. Y en medio de ellos, eclipsando toda aquella nivea belleza, se sentaba mi madre.

Su cabello era de un castaño cálido, cada mechón tan lustroso que parecía iluminado desde dentro. Debió sentir la mirada de mi padre, ardiente como las llamaradas de una hoguera. La veo colocarse el vestido, buscando el pliegue exacto sobre sus hombros. La veo sumergir los dedos, relucientes, en el agua.

La he visto hacer esos trucos mil veces. Mi padre siempre se dejaba seducir por ellos. Creía que el orden natural del mundo era complacerlo a él.

—¿Quién es esa? —le preguntó mi padre a Océano.

Océano ya tenía muchos nietos con los ojos dorados de mi padre, y le alegró la idea de tener más.

—Mi hija Perse. Es tuya, si la quieres.

Al día siguiente, mi padre la encontró junto a su manantial, en el mundo terrenal. Era un lugar hermoso, repleto de narcisos de pesada cabeza, con un dosel de ramas de roble. No había fango, ni ranas viscosas, solo impolutos cantos rodados que daban paso a la hierba. Incluso mi padre, a quien no le interesaban nada las artes de las ninfas, lo admiró.

Mi madre sabía que vendría. Era frágil pero astuta, con la mente de una anguila de dientes afilados. Veía por dónde discurría el camino hacia el poder para las de su clase, y no era por los bastardos ni por los revolcones a la orilla del río. Cuando se plantó ante ella, en toda su gloria, se rio de él. *¿Acostarme contigo? ¿Por qué habría de hacer tal cosa?*

Mi padre, por supuesto, podría haber tomado por la fuerza lo que deseaba. Pero Helios presumía de que todas las mujeres estaban deseando yacer con él, esclavas y deidades por igual. Sus altares humeaban con las pruebas de ello: ofrendas de madres con grandes barrigas y felices adúlteros.

—Será matrimonio —le dijo ella— o nada. Y si es matrimonio, puedes estar seguro: podrás yacer con las muchachas que quieras en los campos, pero no traerás a ninguna a casa, pues solo yo seré quien mande en tu palacio.

Condiciones, restricciones. Era algo novedoso para mi padre, y nada les gusta más a los dioses que la novedad.

—Trato hecho —le dijo, y le dio un collar para cerrarlo, un collar que había creado con cuentas del más raro ámbar. Después, cuando yo nací, le dio un segundo collar, y otro por cada uno de mis tres hermanos. No sé qué suponía un tesoro mayor para ella: si las luminosas cuentas o la envidia de sus hermanas cuando las lucía. Creo que habría seguido coleccionándolas por toda la eternidad, hasta que pesasen sobre su cuello como un yugo sobre el de un buey, si los dioses superiores no la hubiesen detenido. Para entonces habían descubierto qué éramos nosotros cuatro. Puedes tener más hijos, le dijeron, pero no con él. Pero otros maridos no regalaban cuentas de ámbar. Fue la única vez que la vi llorar.

Cuando nací, una tía —os ahorraré su nombre porque mi historia está llena de tías— me lavó y me envolvió. Otra atendió a mi madre, repasando el rojo de sus labios, cepillando su cabello con peines de marfil. Una tercera abrió la puerta para dejar pasar a mi padre.

—Es una niña —le dijo mi madre, arrugando la nariz.

Pero a mi padre no le importaba tener hijas, que eran de temperamento dulce y doradas como el primer zumo de las olivas. Hombres y dioses estaban dispuestos a pagar muy bien la oportunidad de procrear con su estirpe y se decía que la de mi padre podía rivalizar con la del mismo rey de los dioses. Posó su mano sobre mi cabeza para bendecirme.

—Hará un buen matrimonio —dijo.

—¿Cómo de bueno? —quiso saber mi madre. Si podía cambiarme por algo mejor, podría ser un consuelo.

Mi padre reflexionó, toqueteando mis mechones, examinando mis ojos y el corte de mis mejillas.

—Con un príncipe, creo.

—¿Un príncipe? —dijo mi madre—. ¿No querrás decir con un mortal?

La repulsión se hizo evidente en su rostro. Una vez, de joven, pregunté cómo eran los mortales. Mi padre me dijo:

—Se podría decir que tienen la misma forma que nosotros, pero solo en igual medida en que un gusano tiene la misma forma que una ballena.

Mi madre lo había explicado con más sencillez: *como sacos salvajes de carne podrida*.

—Sin duda se casará con un hijo de Zeus —insistió mi madre. Ya había empezado a imaginarse en fiestas en el Olimpo, sentada a la derecha de la reina Hera.

—No. Tiene el pelo moteado como un lince. Y mira qué barbilla: demasiado afilada para resultar agradable.

Mi madre no siguió discutiendo. Como todo el mundo, conocía las historias sobre el carácter de Helios cuando se enojaba. *Por dorado que brille, no olvides su fuego*.

Se puso en pie. Su barriga había desaparecido, su cintura había vuelto a marcarse, sus mejillas estaban frescas y de un rosa virginal. Todas las de nuestra clase nos recuperamos rápidamente, pero ella era aún más rápida, una de las hijas de Océano que paren a sus hijos como si fuesen huevas.

—Vamos —dijo—. Hagamos una mejor.

Crecí rápido. Fui bebé cuestión de horas; niña apenas unos momentos después. Una de mis tías se quedó con nosotras, con la esperanza de granjearse el favor de mi madre, y me llamó *Halcón*, Circe, por mis ojos amarillos y el extraño y agudo sonido de mi llanto. Pero, cuando se dio cuenta de que mi madre no apreciaba sus servicios más de lo que apreciaba el suelo bajo sus pies, se esfumó.

—Madre —dije—, la tía se ha ido.

Mi madre no respondió. Mi padre había partido ya en su carro celestial y ella estaba trenzándose el pelo con flores, preparándose para ir, a través de los caminos secretos del agua, a unirse con sus hermanas en las orillas verdes del río. Podría haberla seguido, pero tendría que haberme sentado a los pies de mis tías mientras ellas cotilleaban sobre cosas que no me interesaban y no podía entender. Así que me quedé.

Los aposentos de mi padre eran oscuros y silenciosos. Su palacio era vecino del de Océano, enterrado en la roca, y sus muros eran de obsidiana pulida. ¿Por qué no? Podrían ser de cualquier cosa: de mármol rojo sangre traído de Egipto o de árbol de bálsamo de Arabia; mi padre solo tenía que desear que así fuese. Pero le gustaba la forma en que la obsidiana reflejaba su luz, el modo en que su resbaladiza superficie se prendía en llamas cuando él pasaba. Por supuesto, no tenía en cuenta lo negra que era cuando él no estaba. Mi padre nunca ha podido imaginar el mundo sin su propia presencia en él.

En esas ocasiones podía hacer lo que me apeteciese: encender una antorcha y correr para ver cómo sus oscuras llamas me seguían. Echarme en el suave suelo de tierra y practicar pequeños agujeros con los dedos. No había larvas ni gusanos, aunque tampoco los conocía como para darme cuenta de su ausencia. Nada vivía en aquellas dependencias, salvo nosotros.

Cuando mi padre volvía por la noche, el suelo se erizaba como el flanco de un caballo y los agujeros que yo había hecho se deshacían. Un momento después regresaba mi madre oliendo a flores. Corría a saludarlo y él dejaba que se le colgase del cuello, aceptaba su vino y se instalaban en su gran sillón de plata. Yo iba tras sus pasos. *Bienvenido a casa, Padre, bienvenido a casa.*

Mientras bebía su vino, jugaba a las damas. Nadie tenía permitido jugar con él. Colocaba las fichas de piedra, giraba el tablero y las colocaba de nuevo. Mi madre empapaba su voz en miel.

—¿No vienes a la cama, mi amor?

Se giraba ante él, lentamente, exhibiendo la exuberancia de su figura como si se estuviese asando en un espetón. La mayoría de las veces él abandonaba



la partida, pero en ocasiones no lo hacía, y esas eran mis favoritas, porque mi madre se iba, golpeando la puerta de mirra tras de sí.

A los pies de mi padre, el mundo entero estaba hecho de oro. La luz procedía de todas partes al mismo tiempo: de su piel amarilla, de sus ojos centelleantes, del bronce refulgente de su cabello. Su carne estaba caliente como un brasero, y yo me acercaba todo lo que él me dejaba, como un lagarto sobre una roca a mediodía. Mi tía me había dicho que algunos de los dioses menores apenas podían soportar mirarlo, pero yo era su hija, su sangre, y contemplaba su rostro durante tanto tiempo que, cuando apartaba la mirada, seguía impreso en mi visión, brillando sobre los suelos, las relucientes paredes y las mesas con incrustaciones, hasta en mi propia piel.

—¿Qué pasaría —dije— si un mortal te viese en toda tu gloria?

—Ardería en cenizas en un segundo.

—¿Y si un mortal me viese a mí?

Mi padre sonrió. Escuché como se movían las damas, el familiar roce del mármol contra la madera.

—El mortal se consideraría afortunado.

—¿No lo quemaría?

—Por supuesto que no —dijo.

—Pero mis ojos son como los tuyos.

—No —dijo él—. Mira. —Su mirada se posó sobre un tronco que había junto a la chimenea. Se iluminó, luego se prendió en llamas y luego se derramó, convertido en cenizas, por el suelo—. Y ese es el menor de mis poderes. ¿Puedes hacer eso?

Miré fijamente aquellos troncos toda la noche. No podía.

Mi hermano nació poco después de mi hermana. No recuerdo exactamente cuánto tiempo transcurrió. Los días de los dioses caen como el agua de una catarata, y aún no había aprendido el truco mortal de contarlos. Se podría esperar que mi padre nos educase mejor al respecto; al fin y al cabo, ha visto todos los amaneceres. Pero hasta él solía referirse a mi hermano y a mi hermana como «gemelos». Y es verdad que, desde el día que nació mi hermano, estuvieron abrazados como si fueran un par de hurones. Mi padre los bendijo con un gesto de la mano.

—Tú —se dirigió a mi hermana Pasífae, tan radiante— te casarás con un inmortal hijo de Zeus.

Lo dijo con su tono profético, el mismo con el que se refería a los hechos que habrían de acontecer en el futuro. Mi madre resplandeció al oírlo, pensando en las vestimentas que llevaría en los festejos que celebraría Zeus.

—Y en tu caso —le dijo a mi hermano, con su voz habitual, resonante y clara como una mañana de verano—, todo hijo es reflejo de su madre.

Estas palabras complacieron a mi madre, tanto que interpretó que con ellas le estaba dando permiso para ponerle nombre. Y lo llamó Perses, a partir de su propio nombre.

Ambos eran perspicaces y no tardaron en entender cómo funcionaban las cosas. Les encantaba mirarme con desdén tras sus garras de armiño. *Sus ojos tienen el color amarillo del pis. Su voz chirría tanto como la de una lechuza. La llaman Halcón, pero deberían llamarla Cabra de lo fea que es.*

Esas fueron sus primeras pullas, aún tentativas torpes, pero que irían afilándose con el transcurso de los días. Aprendí a esquivarlas, y no tardaron en encontrar víctimas más propiciatorias en los salones de Océano, entre las pequeñas náyades y los jóvenes señores de los ríos. Cuando mi madre se iba con sus hermanas, ellos la seguían y desplegaban su dominio sobre todos nuestros dóciles primos, que quedaban hipnotizados como pececillos ante las fauces de un lucio. Habían inventado un centenar de juegos con los que los atormentaban.

—Ven aquí, Melia —decían persuasivos—. Ahora la moda en el Olimpo es cortarse el pelo hasta la nuca. No vas a encontrar marido si no nos dejas cortarte el pelo.

Cuando Melia se vio esquilada como un erizo y rompió a llorar, el eco de sus carcajadas resonó en todas las cuevas.

Yo les dejaba hacer. Prefería los tranquilos salones de mi padre y pasaba todo el tiempo que podía a sus pies. Un día, quizá como recompensa, me preguntó si quería ir con él a ver su rebaño de vacas sagrado. Suponía un gran honor: significaba que podía montar en su carro de oro y ver aquellos animales, que eran la envidia de todos los dioses; cincuenta novillas del blanco más puro que le servían de deleite en el recorrido que, cada día, llevaba a cabo sobre la tierra. Me incliné sobre el enjoyado lateral del carro, contemplando maravillada cómo la tierra iba pasando por debajo: los ricos y verdes bosques, las escarpadas montañas y la inmensidad azul del vasto océano. Me fijé por si veía mortales, pero estábamos demasiado altos para poder verlos.

El rebaño estaba en la isla de Trinakia, de abundantes pastos, al cuidado de

dos de mis hermanas de padre. Cuando llegamos, mis hermanas corrieron al encuentro de mi padre y se colgaron de su cuello, entre gritos de alegría. De toda la hermosa progenie de mi padre, ellas se encontraban entre las más bellas, con esa piel y ese pelo que parecía oro fundido. Se llamaban Lampetia y Faetusa: la ‘Radiante’ y la ‘Resplandeciente’.

—¿Quién es esta que viene contigo?

—Por los ojos debe de ser hija de Perse.

—¡Claro!

Lampetia (creo que fue ella) me acarició el pelo.

—Cariño, no te preocupes por tus ojos. En absoluto. Tu madre es muy hermosa, aunque nunca haya destacado por su fuerza.

—Mis ojos son como los vuestros —dije.

—¡Qué graciosa! No, mi amor, los nuestros relucen como el fuego y nuestro pelo es como el brillo del sol en el agua.

—Haces bien en llevar el pelo recogido en una trenza —dijo Faetusa—. Así no se ven tan feos los mechones castaños. Es una pena que no puedas disimular tu voz de la misma manera.

—Podría no volver a hablar nunca más, ¿no? ¿No crees que eso funcionaría, hermana?

—Podría ser —sonrió—. ¿Vamos a ver las vacas?

Nunca había visto una vaca antes, de ningún tipo, pero no importaba: esos animales eran tan evidentemente hermosos que no necesitaban comparación. Sus pieles eran puras, como pétalos de lirio; sus ojos, amables y de largas pestañas. Sus cuernos estaban cubiertos de oro —esa era la tarea que mis hermanas tenían a su cargo— y, cuando se inclinaban para morder la hierba, sus testuces se hundían como bailarines. A la luz del atardecer, sus lomos relucían con un suave lustre.

—¡Oh! —dije—, ¿puedo tocar una?

—No —respondió mi padre.

—¿Quieres saber sus nombres? Esa es Blancacara; esa, Ojosbrillantes, y aquella, Encanto. Allí están Amorosa, Hermosa, Cuernodoro y Brillo. Esa es Encanto y esa es...

—¿Encanto no era otra? —repliqué—. Dijiste que esa de allí era Encanto. —Y señalé a la primera vaca, que rumiaba plácidamente.

Mis hermanas se miraron la una a la otra, luego a mi padre, con una sola mirada dorada, pero él contemplaba sus vacas, abstraído en su gloria.

—Te equivocas —respondieron—. Encanto es esta que hemos dicho. Esta

es Brillodestrella y esa Destello y...

—¿Qué es eso? —interrumpió mi padre—. ¿Bella tiene una costra?

—¿Cómo? —En un instante mis hermanas se estaban desviviendo—. ¿Una costra? ¡Imposible! Bella, qué traviesa eres, que te has hecho daño. ¡Qué mala eres! ¡Te has hecho daño!

Me acerqué para verla: era una costra muy pequeña, más pequeña que la uña de mi dedo meñique, pero mi padre estaba que echaba humo.

—Quiero que esté solucionado para mañana.

—Claro, claro. —Mis hermanas asintieron con la cabeza—. Lo sentimos muchísimo.

Subimos de nuevo al carro y mi padre asió las riendas rematadas en plata. Mis hermanas le besaron las manos por última vez y entonces los caballos brincaron y nos llevaron con su balanceo a través del cielo. Por entre los tenues rayos de luz comenzaban a asomar las primeras constelaciones.

Me acordé de que mi padre me había contado una vez que en la tierra había hombres a los que llamaban astrónomos cuya tarea era consignar cuándo él aparecía sobre el horizonte y cuándo desaparecía en el ocaso. Los mortales los tenían en gran estima, los tenían en palacios como consejeros de los reyes, pero a veces mi padre se entretenía en esto o en aquello y les descuadraba todos sus cálculos. Entonces esos astrónomos eran presentados como reos ante los reyes a los que servían y ejecutados por farsantes. Mi padre sonreía al contármelo: se lo merecían, apostilló. Helios no se sometía más que a su propia voluntad, y nadie iba a decirle lo que tenía que hacer.

—Padre —dije entonces—, ¿vamos tan tarde como para matar astrónomos?

—Sí, hija —respondió, sacudiendo las tintineantes riendas. Los caballos aceleraron el paso y el mundo se iba volviendo cada vez más borroso, las sombras de la noche surgían como humo desde el borde final del mar. No quise mirar. Algo se retorció en mi pecho, como si estuvieran estrujando un paño hasta escurrirlo. Pensaba en aquellos astrónomos. Me los imaginaba pequeños como gusanos, hundidos y encorvados.

—¡Por favor! —lloraban, arrodillados sobre sus huesudas rodillas—. No ha sido un error nuestro: ha sido el sol, que se ha retrasado.

—El sol nunca se retrasa —replicaban los reyes sentados en sus tronos—. Eso es blasfemia: ¡moriréis por ello!

Y entonces caía el filo del hacha y aquellos hombres suplicantes acababan cortados por la mitad.

—Padre —dije—, me siento rara.

—Tendrás hambre —contestó—. Se nos ha hecho tarde para el banquete. ¡Vergüenza deberían tener tus hermanas por hacernos llegar tarde!

Cené bien, pero la sensación no desapareció. Debía de tener una expresión rara en mi rostro, porque Perses y Pasífae comenzaron a soltarme pullas desde su diván.

—¿Qué te pasa? ¿Te has tragado un sapo?

—No —respondí.

Mi respuesta solo avivó sus risas. Se frotaban mutuamente las piernas, cubiertas por las túnicas como serpientes lamiéndose las escamas. Mi hermana me preguntó:

—¿Y cómo eran las novillas doradas de nuestro padre?

—Hermosas.

Perses soltó una carcajada.

—¡No se entera de nada! ¿Has visto a alguien tan tonto?

—Nunca —contestó mi hermana.

No debería haber preguntado, pero seguía inmersa en mis pensamientos, viendo aquellos cuerpos partidos en dos, esparcidos sobre los suelos de mármol.

—¿De qué no me entero?

—De que se las folla —dijo mi hermana con su perfecta cara de hurón—, por supuesto. Así es como consigue vacas nuevas. Se convierte en toro y engendra terneras con ellas, luego cocina las que se hacen viejas. Por eso todos piensan que son inmortales.

—No hace eso.

Se rieron a carcajadas, señalando mis mejillas enrojecidas. El ruido despertó la atención de mi madre. Le encantaban las bromas de mis hermanos.

—Le contábamos a Circe lo de las vacas —le dijo mi hermano—. No lo sabía.

—¡Qué tonta es Circe! —soltó mi madre con una risa, plateada como el agua de un manantial derramándose por la roca.

Así pasaban mis años por entonces. Me gustaría poder decir que, durante toda esa época, estuve esperando para escaparme de allí, pero la verdad, me temo, es que me habría dejado llevar por la corriente, creyendo que esas estúpidas miserias eran todo lo que había, hasta el fin de los días.

Un día nos enteramos de que iban a castigar a uno de nuestros tíos. Nunca lo había visto, pero había oído su nombre una y otra vez en las lóbregas murmuraciones de mi familia: Prometeo. Tiempo atrás, cuando la humanidad estaba aún tiritando y encogida de frío en sus cavernas, él había desafiado la voluntad de Zeus y les había entregado el don del fuego. De sus llamas surgieron todas las artes y beneficios de la civilización que el celoso Zeus hubiera querido mantener lejos de sus manos. Por esa rebelión, Prometeo había sido enviado a vivir en el más remoto pozo del inframundo hasta que se diera con una condena apropiada para tal delito. Ahora Zeus anunciaba que el momento había llegado.

El resto de mis tíos acudieron a toda prisa al palacio de mi padre, con sus barbas ondeando por la carrera, el miedo saliendo a borbotones de sus bocas. Era un grupo variopinto: ríos con formas humanas con músculos como troncos de árboles, divinidades marinas empapadas en agua salada con cangrejos colgándoles de las barbas, fibrosos vejestorios con restos de carne de foca entre los dientes. La mayoría de ellos no eran mis tíos, sino una especie de primos lejanos. Eran titanes, como mi padre y mi abuelo, como Prometeo, los supervivientes de la guerra contra los dioses: los que no habían sido aniquilados o estaban presos y encadenados, los que se habían reconciliado con los rayos de Zeus.

Antaño, en los comienzos del mundo, solo había titanes.

Luego llegó a oídos de mi tío abuelo Cronos una profecía: un día su hijo lo destronaría. Cuando su esposa, Rea, dio a luz al primer niño, se lo arrancó de las manos, aún húmedo, y se lo tragó entero. Nacieron cuatro hijos más y se los comió a todos del mismo modo, hasta que al fin Rea, desesperada, envolvió una piedra en pañales y se la dio para que se la tragara en lugar de a su hijo. Cronos cayó en el engaño y al bebé que quedó a salvo, Zeus, se lo llevaron al monte Dicte, para que lo criaran en secreto. Y cuando creció, efectivamente, se rebeló: arrancó el rayo de los cielos e introdujo a la fuerza hierbas venenosas en la garganta de su padre. Entonces este vomitó a sus

hermanos y hermanas, que vivían en su estómago. Una vez fuera, se unieron al bando de su hermano: se pusieron por nombre «olímpicos», por la gran cumbre sobre la que asentaron sus tronos.

Los viejos dioses quedaron divididos en dos bandos. Muchos sumaron sus fuerzas al de Cronos, pero mi padre y mi abuelo apoyaron a Zeus. Hubo quien dijo que se debía a que a Helios siempre le había resultado odiosa la jactanciosa prepotencia de Cronos; otros susurraban que su don profético le había permitido conocer de antemano el resultado de la guerra. Las batallas desgarraron los cielos: el propio aire se convirtió en fuego, y los dioses se arrancaban mutuamente la carne que cubría sus huesos. La tierra estaba empapada de sangre hirviendo, una sangre tan fuerte que hacía brotar extrañas flores dondequiera que caía. Al final venció la fuerza de Zeus. Cubrió de cadenas a todos los que se habían alzado contra él y privó de sus poderes a los titanes que quedaron, repartiéndolos entre sus hermanos y hermanas y entre los hijos que había engendrado. Mi tío Nereo, que antaño fuera el vigoroso rey del mar, pasó a ser un lacayo de su nuevo dios, Poseidón. Mi tío Proteo perdió su palacio, y sus esposas se convirtieron en concubinas. Mi padre y mi abuelo fueron los únicos que no sufrieron menoscabo, que no perdieron su estatus.

Los titanes miraban con desdén a los nuevos dioses: ¿acaso tenían que estar agradecidos? Helios y Océano habían sido decisivos en el resultado de la guerra: a ninguno le cabía duda. Zeus les debería haber concedido nuevos poderes, nuevas atribuciones, pero les tenía miedo porque eran tan poderosos como él. Todos ellos se dirigieron a mi padre, esperando su protesta, el fulgor de su enorme fuego, pero Helios se limitó a regresar a sus aposentos bajo tierra, lejos de la mirada de Zeus, brillante como el cielo.

Habían pasado siglos. Las heridas de la tierra se habían restañado e imperaba la paz. Sin embargo, los rencores de los dioses son tan inmortales como su carne, y en los banquetes nocturnos mis tíos se juntaban, codo con codo, con mi padre. Me encantaba ver cómo bajaban los ojos cuando se dirigían a él, el modo en que se mantenían en silencio y atentos cuando él cambiaba de posición en su trono. Las cráteras de vino se vaciaban y disminuía la luz de las antorchas.

—Ya ha pasado demasiado tiempo —susurraban mis tíos—. Volvemos a ser fuertes. Piensa en lo que podrías hacer tu fuego si lo dejaras en libertad. Eres el más poderoso de los antiguos, más fuerte incluso que Océano: más que Zeus, con tan solo proponértelo.

—Hermanos —dijo mi padre con una sonrisa—, ¿de qué me estáis

hablando? ¿Es que no hay suficientes humos y aromas para vosotros? Zeus lo está haciendo bastante bien.

De haberlo oído, Zeus estaría satisfecho, pero no hubiera advertido lo que yo vi muy claro en el rostro de mi padre: las palabras no pronunciadas, las que quedaban en suspenso.

Zeus lo está haciendo bastante bien, *por ahora*.

Mis tíos se frotaron las manos y le devolvieron la sonrisa. Después salieron, absortos en sus esperanzas, pensando en todo lo que estaban deseando hacer cuando los titanes recuperaran el poder.

Esa fue mi primera lección: bajo la apariencia plácida y familiar de las cosas, hay otra cara que aguarda el momento de romper el mundo en pedazos.

Ahora mis tíos se arremolinaban en el salón de mi padre, con miedo en los ojos. El repentino castigo de Prometeo era una señal, afirmaban, de que Zeus y los suyos estaban poniendo en marcha un plan definitivo contra nosotros. Los olímpicos nunca estarían tranquilos hasta que no nos destruyeran por completo. Teníamos que ponernos del lado de Prometeo, o no, teníamos que ponernos en su contra, para evitar que el rayo de Zeus cayera sobre nuestras cabezas.

Yo estaba en mi lugar habitual, a los pies de mi padre. Estaba en silencio, para que no advirtieran mi presencia y me echasen de allí, pero sentía como mi pecho se agitaba ante esa abrumadora posibilidad: el despertar de otra guerra. Nuestros aposentos acribillados por los rayos. Atenea, la hija guerrera de Zeus, dándonos caza con su lanza gris, codo con codo junto a su hermano en la matanza, Ares. Nos encadenarían y nos arrojarían a pozos de fuego de los que no saldríamos jamás.

Mi padre habló sereno, dorado en medio de todos ellos.

—Por favor, hermanos: si Prometeo va a ser castigado es únicamente porque se lo ha ganado a pulso. No pensemos que hay una conspiración detrás.

Pero la congoja de mis tíos no cesaba. *El castigo será público. Es un insulto, nos quieren dar una lección. Mirad lo que les sucede a los titanes que no obedecen.*

—Es el castigo que se inflige a un renegado y punto. —La luz de mi padre adquirió entonces una apariencia cortante y blanquecina en sus bordes—. Prometeo se ha vuelto loco con ese estúpido amor que tiene por los mortales. No hay lección alguna para los titanes. ¿Queda claro?



Mis tíos asintieron. En sus rostros se trezaban la decepción y el alivio. No hay sangre, *por ahora*.

El castigo de un dios era algo tan insólito como terrible, y no se hablaba de otra cosa en nuestros aposentos. No se podía matar a Prometeo, pero había una infinidad de tormentos infernales que podían ser tan espantosos como la muerte. ¿Habría cuchillos o espadas? ¿Miembros amputados? ¿Clavos al rojo vivo? ¿Una rueda de fuego? Las náyades se desmayaban unas sobre otras. Los dioses de los ríos se erguían, con los rostros oscurecidos por la excitación. No podéis haceros una idea de cómo los dioses temen el dolor. No hay nada que les resulte más ajeno y, por ello, no hay nada cuya contemplación les provoque un mayor anhelo.

El día señalado, las puertas de la sala de recepción de mi padre se abrieron de par en par. Antorchas enormes decoradas con joyas escarlatas resplandecían en los muros, y en torno a su luz se congregaron ninfas y dioses de toda clase. Las esbeltas dríades acudieron en masa desde sus bosques y las pétreas oréades salieron en tropel de sus grutas. Mi madre estaba junto a sus hermanas náyades. Los dioses de los ríos, de hombros equinos, se amontonaban junto a las ninfas marinas, blancas como peces, y sus señores salobres. Hasta los grandes titanes acudieron: mi padre, claro está, y Océano; pero también Proteo, el que cambia de forma, y Nereo del Mar; mi tía Selene, que conduce sus caballos de plata a través del cielo nocturno, y los cuatro Vientos, encabezados por Bóreas, mi gélido tío. Un millar de ojos atentos. Solo faltaban Zeus y sus olímpicos. Despreciaban nuestras reuniones subterráneas. Lo que se contaba por entonces era que ya habían mantenido su propia sesión privada de tormento en las nubes.

El papel de la acusación había sido encomendado a una furia, una de las diosas infernales de la venganza que habitan entre los muertos. Mi familia se encontraba en el lugar de preeminencia que le correspondía: yo estaba delante de todo ese gran gentío, con la mirada fija en la puerta. Detrás de mí, las náyades y los dioses de los ríos, entre murmullos, se daban empujones. *He oído que tienen serpientes por cabello. No, tienen colas de escorpión y sus ojos supuran sangre.*

La entrada estaba vacía. De repente dejó de estarlo. Su rostro era gris y despiadado, como si estuviera tallado en roca viva, y de su espalda salían unas alas oscuras que se alzaban por encima de ella, articuladas, como las de

los buitres. Su lengua, bífida, se sacudía entre sus labios. Sobre su cabeza había serpientes, verdes y finas como gusanos, que se retorcían y se entrelazaban como cintas vivas a través de su cabellera.

—Traigo al prisionero.

El eco de su voz resonó desde el techo, ronco y aullante, como un perro de caza ladrando a su presa. Irrumpió en el salón a grandes pasos. En la mano derecha sostenía un látigo, la punta rechinaba débilmente según lo arrastraba por el suelo. Con la otra mano tiraba de un tramo de cadena, a cuyo extremo se encontraba Prometeo.

Llevaba los ojos tapados con una gruesa venda blanca, y en la cintura quedaban los restos de una túnica. Tenía las manos y los pies atados, pero no tropezaba. Una de mis tías, que estaba a mi lado, susurró que el artífice de las cadenas había sido el propio Hefesto, el gran dios de los herreros, de modo que ni siquiera Zeus podría romperlas. La furia se alzó en vuelo con sus alas de buitre y puso los grilletes en la parte superior del muro. Prometeo quedó colgando de ellos, con los brazos en tensión: sus huesos mostraban nudosidades bajo la piel. Incluso yo, que apenas sabía nada de molestias, sentí dolor al verlo.

Mi padre diría algo, pensé. O alguno de los otros dioses. Sin duda, le ofrecerían alguna señal de reconocimiento, alguna palabra amable; después de todo, eran familia. Pero Prometeo se quedó allí colgado, en silencio y solo.

La furia no se molestó en pronunciar discurso alguno. Era una diosa del tormento y conocía bien la elocuencia de la violencia. El látigo restalló como crujen las ramas de un roble al partirse. Los hombros de Prometeo se sacudieron y en su costado se abrió un tajo tan largo como mi brazo. A mi alrededor, los bufidos de los presentes sonaban como el agua al contacto con una roca ardiente. La furia levantó el látigo de nuevo. Un crujido. De su espalda se desprendió una tira de piel ensangrentada. Comenzó a tallar a conciencia, cada golpe caía sobre otro, pelando su carne en largas líneas que cruzaban su espalda de un lado a otro. Solo se oían el chasquido del látigo y la respiración de Prometeo, ahogada e intermitente. Los tendones le sobresalían del cuello. A mi espalda, alguien empujó, tratando de obtener una vista mejor.

Las heridas de los dioses se curan con rapidez, pero la furia conocía bien su oficio y era más rápida. Descargó golpe tras golpe, hasta que el cuero del látigo quedó empapado. Yo sabía que los dioses sangraban, pero nunca había visto sangrar a ninguno. Era uno de los titanes de mayor tamaño, y las gotas que le manaban eran doradas y embadurnaban su espalda con una belleza

terrible.

La furia seguía azotando con el látigo. Pasaron horas, quizá días, pero ni siquiera los dioses pueden contemplar un tormento eterno. La sangre y la agonía comenzaron a producir tedio. Los dioses se acordaban de sus comodidades, de los banquetes que les esperaban para su solaz, de los suaves lechos cubiertos de mantos de púrpura, preparados para envolver sus miembros. Uno tras otro fueron saliendo y, tras un último golpe, la furia marchó tras ellos, pues se merecía un banquete después de tanto trabajo.

La venda se había caído de los ojos de mi tío. Tenía los párpados cerrados y la barbilla hundida en el pecho. De la espalda le colgaban jirones dorados. Había oído a mis tíos contar que Zeus le había dado la oportunidad de arrodillarse ante él y pedirle perdón. Él se había negado.

Me quedé allí sola. El aroma del icor inundaba el aire, espeso como la miel. Por sus piernas aún se dibujaban riachuelos de sangre fundida. Sentí mi pulso latir por las venas. ¿Sabía que yo estaba allí? Me acerqué a él con cautela. Su pecho se alzaba y caía con un jadeo ronco y suave.

—¿Mi señor Prometeo? —Mi voz sonó débil en la sala retumbante.

Dirigió la cabeza hacia mí. Sus ojos, una vez abiertos, eran bellos, grandes, oscuros y de largas pestañas. Sus mejillas eran suaves y no tenía barba, aunque había algo en él que lo hacía tan antiguo como mi abuelo.

—Puedo traerte néctar —le dije.

—Te lo agradecería —dijo posando sus ojos en los míos. Su voz resonaba como la madera envejecida. Era la primera vez que la oía, no había gritado ni una vez durante todo el tormento.

Me volví. Mi respiración fue haciéndose más rápida según atravesaba los pasillos que conducían al salón de banquetes, repleto de las risas de los dioses. Al otro lado del salón, la furia brindaba con una copa inmensa en la que aparecía labrado el rostro malicioso de una gorgona. No había prohibido que nadie se dirigiera a Prometeo, pero eso no significaba nada: su cometido era la ofensa. Imaginé entonces su voz infernal aullando mi nombre. Me imaginé los grilletes tintineando en mis muñecas y el golpe del látigo atravesando el aire. Pero mi mente no podía imaginar más. Nunca había sentido un latigazo. No sabía de qué color era mi sangre.

Eran tales mis temblores que tuve que sostener la copa con las dos manos. ¿Qué podía decir si alguien me detenía? Por suerte, la tranquilidad reinaba en los pasillos según avanzaba por ellos.

Prometeo seguía en silencio en el gran salón, encadenado. Sus ojos estaban

de nuevo cerrados y sus heridas brillaban a la luz de las antorchas. Dudé.

—No estoy dormido —dijo—. ¿Te importaría levantar la copa hasta mí?

Me ruboricé. Era evidente que no podía sujetarla. Me acerqué a él, tanto que sentí el calor que emanaba de sus hombros. El suelo estaba mojado con la sangre que había perdido. Levanté la copa hasta sus labios y bebió. Observé como su garganta se movía suavemente. Su piel era hermosa, del color de una cáscara de nuez pulida. Olía como el musgo verde humedecido por la lluvia.

—Eres una de las hijas de Helios, ¿no es así? —me preguntó cuando terminó de beber. Yo di un paso atrás.

—Sí.

La pregunta me dolió. Si hubiera sido una hija normal, no hubiera tenido que preguntarlo. Sería magnífica y brillaría con una belleza heredada directamente de la de mi padre.

—Gracias por ser tan amable.

No sabía si había sido amable. Tenía la sensación de que no sabía nada. Él hablaba con cuidado, casi con indecisión, aunque su traición hubiera mostrado tanta insolencia. Mi mente se debatía por la contradicción. *Una acción osada y una actitud osada no son lo mismo.*

—¿Tienes hambre? —pregunté—. Puedo traerte algo de comida.

—No creo que vuelva a tener hambre jamás.

No sonaba lastimero, como hubiera resultado en labios de un mortal. Los dioses comemos igual que dormimos: porque son dos de los grandes placeres que depara la vida, no porque tengamos que hacerlo. Un día podemos decidir no obedecer a nuestros estómagos, si tenemos la resolución y la fuerza necesarias. No me cabía la menor duda de que Prometeo las tenía. Después de tantas horas postrada a los pies de mi padre, había aprendido a detectar la fortaleza allá donde se encontrara. Algunos de mis tíos poseían un aroma más endeble que los lechos en los que se recostaban, pero mi abuelo Océano tenía una fragancia profunda como el lodo de un río y mi padre olía como la ardiente llamarada que surge de un fuego que devora un leño recién puesto. El penetrante olor a musgo de Prometeo llenaba toda la sala.

Miré la copa vacía y me armé de valor.

—Has ayudado a los mortales —dije—. Y por eso te han castigado.

—Así es.

—¿Me podrías decir cómo son los mortales?

Era una pregunta infantil, pero él asintió con gravedad.

—La respuesta no es sencilla. Cada uno de ellos es distinto. Lo único que

comparten es el hecho de la muerte. ¿Conoces esta palabra?

—La conozco, pero no sé qué significa.

—Ningún dios puede saber qué significa. Los cuerpos de los mortales se deterioran y terminan enterrados. Sus almas se convierten en un humo frío y escapan volando hacia el inframundo, donde ni comen, ni beben ni pueden sentir calor. Todo lo que intentan asir se les cae de las manos.

Sentí un escalofrío recorrer mi piel.

—¿Y cómo lo soportan?

—Lo mejor que pueden.

El brillo de las antorchas comenzaba a desvanecerse y las sombras empezaban a envolvernos como agua oscura.

—¿Es verdad que te negaste a pedir perdón y que no te apresaron, sino que le confesaste abiertamente a Zeus lo que habías hecho?

—Sí.

—¿Por qué?

Me miró fijamente a los ojos.

—Quizá puedas responderme tú a esa pregunta. ¿Qué podría llevar a un dios a hacer algo semejante?

No pude contestar. Me parecía una locura provocar el castigo divino, pero no podía decírselo, no cuando estaba pisando su sangre.

—No todos los dioses son necesariamente iguales —añadió.

¿Qué podía replicar? No lo sé. Se oyó un grito lejano por el pasillo.

—Tienes que marcharte. Alecto no quiere dejarme mucho tiempo solo. Su crueldad crece tan rápido como la mala hierba y habrá que cortarla en cualquier momento.

Sus palabras me resultaron extrañas, porque era a él a quien iban a cortar, pero me gustaron, como si contuvieran un secreto, algo que por fuera parecía una piedra, pero que contenía una semilla en su interior.

—Me voy, entonces —le dije—. ¿Estarás... bien?

—Lo suficiente —respondió—. ¿Cómo te llamas?

—Circe.

¿Puede ser que me sonriera? Quizá fuese vanidad por mi parte. Lo que había hecho me hacía estremecer, era más de lo que había hecho en toda mi vida. Me di la vuelta y salí, dejándolo solo, recorriendo de nuevo aquellos pasillos de obsidiana. En el salón de banquetes, los dioses continuaban bebiendo y riendo, tumbados unos sobre los regazos de otros. Los observé. Esperaba que alguien hubiera reparado en mi ausencia, pero nadie lo hizo,

nadie se había dado cuenta. ¿Por qué iban a hacerlo? Yo no era nada, como un guijarro. Otra ninfa niña más entre las miles y miles que éramos.

Me entró una sensación extraña, una especie de zumbido en el pecho, como abejas en el deshielo tras el invierno. Caminé hacia el tesoro de mi padre, repleto de sus resplandecientes riquezas: copas de oro en forma de cabeza de toro, collares de lapislázuli y ámbar, trípodes de plata y cráteras esculpidas en cuarzo con asas a modo de cuello de cisne. Mi pieza favorita siempre había sido una daga con una empuñadura de marfil que representaba la cabeza de un león. Un rey se la había regalado a mi padre con la esperanza de ganarse su favor.

—¿Se lo ganó? —le pregunté una vez a mi padre.

—No —contestó él.

Cogí la daga. En mi cuarto, el filo de bronce resplandeció a la luz del candil y el león enseñó sus fauces. Debajo de ella vi la palma de mi mano, suave y sin líneas. No podía tener cicatrices, ni heridas infectadas. Nunca portaría la más leve marca del paso del tiempo. Descubrí que no temía el dolor que se iba a producir. Era otro el miedo que me atenazaba: que la hoja no produjera ningún corte, que pasara a través de mí, como si se hundiera en el humo.

No sucedió así. Mi piel se abrió al contacto con la hoja y el dolor surgió al instante: un dolor plateado y ardiente, como un relámpago. La sangre que manaba era roja, pues no tenía los poderes de mi tío. La herida sangró bastante tiempo hasta que comenzó a cerrarse por sí sola. Me senté a observarla y, según la contemplaba, surgió en mí un nuevo pensamiento. Me da vergüenza expresarlo, me resulta tan elemental, como ese descubrimiento infantil de que la mano es propia. Bueno, al fin y al cabo, es lo que era entonces: una niña.

El pensamiento fue este: toda mi vida había sido lúgubre y había transcurrido en las profundidades, pero yo no formaba parte de aquellas oscuras aguas; era una criatura inmersa en ellas.

Cuando me levanté, Prometeo ya no estaba. Habían limpiado la sangre dorada del suelo. Habían tapado el hueco que habían hecho los grilletes. Una prima náyade me contó lo que había pasado: lo habían llevado al pico de una escarpada montaña en el Cáucaso y lo habían encadenado a la roca. Un águila había recibido el mandato de acudir allí todas las tardes y desgarrarle el hígado y comérselo cocido en los vapores de su carne.

—Un castigo terrible —añadió, después de deleitarse en cada detalle: el pico del águila ensangrentado, el órgano destrozado, regenerándose solo para ser desgarrado en pedazos de nuevo—. ¿Te imaginas?

Cerré los ojos. «Debería haberle dado una lanza», pensé, algo con lo que hubiera podido defenderse y escapar. Pero eso era una tontería. Él no quería un arma. Se había entregado.

Las habladurías sobre el castigo de Prometeo apenas duraron una luna. Una dríada le había clavado su alfiler para el pelo a una de las gracias. Mi tío Bóreas y el olímpico Apolo se habían enamorado del mismo joven mortal.

Esperé hasta que mis tíos dejaron de hablar de cotilleos.

—¿Hay alguna novedad de Prometeo?

Fruncieron el ceño; lo que les había puesto delante no era plato de gusto.

—¿Qué clase de novedad esperas?

La palma de la mano me dolía en el lugar donde se había hundido el filo de la daga, aunque, por supuesto, no quedaba marca alguna.

—Padre —dije—, ¿Zeus liberará a Prometeo algún día?

Mi padre entornó los ojos, observando sus damas.

—Tendría que sacar algo mejor a cambio.

—¿Como qué?

Mi padre no contestó. La hija de alguien había sido transformada en pájaro. Bóreas y Apolo se habían peleado por el muchacho del que ambos estaban enamorados. El joven había muerto. Bóreas sonrió maliciosamente en su diván.

—¿De verdad pensabais que iba a permitir que Apolo se quedara con él?

—Su voz racheada hizo que las antorchas titilaran—. No se merece una flor así. Soplé un disco contra la cabeza del muchacho; así aprenderá ese pedante olímpico.

El sonido de la risa de mi tío era un caos: una mezcla de chillidos de delfín, ladridos de foca y agua de mar chocando contra las rocas. Un grupo de nereidas, blancas como vientres de anguilas, pasó al lado, de regreso a sus moradas salinas.

—¿Y a ti qué te pasa estos días? —dijo Perses tirándome una almendra a la cara.

—Quizá se ha enamorado —replicó Pasífae.

—Ja, ja, ja —rio Perses—, nuestro padre no consigue endosársela a nadie. Créeme que lo ha intentado.

—Al menos no tenemos que oír su voz —añadió mi madre girando la cabeza por encima de su delicado hombro.

—Ya verás como la hago hablar. —Perses me agarró del brazo y me pellizcó con los dedos.

—Te has pasado con los banquetes —soltó mi hermana burlándose de él.

—Es una anormal —dijo enrojando—. Está ocultando algo.

Entonces me agarró de la muñeca.

—¿Qué es lo que llevas siempre en la mano? Tiene algo. Ábrele los dedos.

Pasífae me agarró los dedos y me los fue abriendo uno tras otro mientras me clavaba sus largas uñas. Miraron mi mano. Mi hermana espetó:

—Nada.

\* \* \*

Mi madre volvió a parir: un muchacho. Mi padre lo bendijo, pero esta vez no hubo profecía, de modo que mi madre buscó un lugar donde dejarlo. Para entonces, mis tías ya habían aprendido y se mantuvieron mano sobre mano.

—Yo lo acogeré —dije.

Mi madre me miró burlona, pero estaba ansiosa por enseñar su nuevo collar de cuentas de ámbar.

—Bueno, así servirás para algo. Podéis graznaros mutuamente.

Eetes era el nombre que le había puesto mi padre. *Águila*. Su piel me calentaba los brazos como una piedra al sol y al tacto era suave como un pétalo aterciopelado. Era el bebé más dulce que hubiera nacido jamás. Olía a miel y a llamas recién prendidas. Comía de mis manos y no se asustaba ante la



fragilidad de mi voz. No quería más que dormir acurrucado y agarrado a mi cuello mientras yo le contaba historias. Siempre que estábamos juntos, sentía una avalancha en mi garganta: era mi amor por él, tan grande que a veces no me permitía hablar.

Parecía que él me quería también, eso era lo más maravilloso. *Circe* fue la primera palabra que dijo; la segunda fue *hermana*. De haberse enterado, tal vez mi madre se hubiera puesto celosa. Perses y Pasífae nos miraban atentos a la posibilidad de que ambos emprendiéramos una guerra. ¿Una guerra? No teníamos ninguna intención. Eetes obtuvo permiso de nuestro padre para abandonar nuestro palacio y nos buscó una costa desierta. La playa era pequeña y blanca y los árboles eran poco más que arbustos, pero para mí era una selva salvaje y exuberante.

En un abrir y cerrar de ojos había crecido y era más alto que yo, pero seguíamos andando cogidos del brazo. Pasífae se burlaba de nosotros: decía que parecíamos amantes, ¿íbamos a ser de esa clase de dioses que se acuestan con sus hermanos? Le dije que si lo pensaba era seguramente porque ella ya lo había hecho. Fue un insulto burdo, pero Eetes se rio y eso hizo que me sintiera tan aguda como Atenea, la pronta diosa del ingenio.

Con el tiempo, la gente comenzó a decir que Eetes era raro por mi culpa. No puedo demostrar que fuese así. Pero en mis recuerdos él siempre había sido raro, diferente a todos los demás dioses. Ya de niño parecía entender cosas que otros no lograban comprender. Podía decir los nombres de los monstruos que habitaban en las más remotas profundidades del mar. Sabía que las hierbas que Zeus había introducido en la garganta de Cronos recibían el nombre de *pharmaka*. Podían hacer maravillas a lo largo y ancho del mundo, y muchas de ellas habían nacido de la sangre derramada de los dioses.

—¿Cómo te has enterado de estas cosas? —le preguntaba agitando la cabeza.

—Escucho.

Yo también escuchaba, pero no era la heredera favorita de mi padre. A Eetes se lo convocaba a sentarse en todas las asambleas de mi padre. Mis tíos habían comenzado a invitarlo a sus palacios. Yo esperaba en mis aposentos a que regresara para poder ir juntos a nuestra costa desierta y sentarnos en las rocas, con la espuma del mar salpicándonos los pies. Apoyaba la mejilla en su hombro y él me hacía preguntas que jamás me había planteado y que apenas podía entender, como:

—¿Cómo sientes tu divinidad?

—¿A qué te refieres? —dije.

—Ahora —contestó—. Te diré cómo siento la mía: como una columna de agua que se derrama sin cesar sobre sí misma y es clara hasta su base. Te toca.

Intenté responder.

—Como la brisa en un peñasco. Como una gaviota chillando en su nido.

—No —dijo sacudiendo la cabeza—. Eso lo dices por lo que yo te he contado. ¿Cómo la sientes? Cierra los ojos y piensa.

Cerré los ojos. Si fuera mortal, hubiera escuchado el latido de mi corazón. Pero los dioses tenemos venas indolentes, y la verdad es que no oí nada. Pero detestaba defraudarlo. Apreté la mano contra el pecho y al poco tiempo me pareció que sentía algo.

—Una concha —dije.

—Vale. —Agitó un dedo en el aire—. ¿Una concha de almeja o de caracola?

—De caracola.

—¿Y qué hay dentro de la concha? ¿Un molusco?

—Nada —respondí—. Aire.

—No es lo mismo —argumentó—; la nada es el vacío absoluto, mientras que el aire lo llena todo. Es aliento, vida y espíritu, las palabras que pronunciamos.

Mi hermano el filósofo. ¿Sabéis cuántos dioses hay iguales? Solo otro que yo hubiese conocido. El cielo azul mostraba su bóveda sobre nuestras cabezas, pero yo me encontraba en aquel oscuro y viejo salón, lleno de grilletes y de sangre.

—Tengo un secreto —le dije.

Eetes levantó las cejas, sorprendido. Pensaba que estaría bromeando. Yo jamás había sabido nada que él no supiera.

—Fue antes de que tú nacieras —añadí.

Eetes no me miró mientras le hablé de Prometeo. Su mente funcionaba mejor (eso decía siempre) cuando no encontraba distracciones. Sus ojos estaban fijos en el horizonte, agudos como los del águila de la que procedía su propio nombre y capaces de penetrar en todas las grietas de las cosas como el agua penetra en el casco agujereado de un barco.

Cuando terminé de hablar, permaneció mucho rato en silencio. Al final dijo:

—Prometeo era un dios profético. Tuvo que saber que iba a recibir tormento y de qué modo. Y aun así lo hizo.

Nunca había tenido en cuenta ese detalle. Cómo, a pesar de ello, Prometeo le había llevado el fuego a la raza humana, aun a sabiendas de que iba directo al águila y a aquel peñasco desolado y eterno.

«Lo suficiente», me había respondido cuando le pregunté si iba a estar bien.

—¿Quién más lo sabe?

—Nadie.

—¿Estás segura? —Su voz mostró una urgencia a la que no estaba acostumbrada—. ¿No se lo has contado a nadie más?

—No —respondí—. ¿A quién? ¿Quién iba a creerme?

—Es cierto —asintió—. No debes contárselo a nadie. No deberías volver a hablar de ello, ni siquiera conmigo. Tienes suerte de que nuestro padre no se haya enterado.

—¿Crees que se enfadaría? Prometeo es su primo.

—Somos todos primos —resopló—. Incluso los olímpicos. Harías que nuestro padre pareciera un idiota incapaz de controlar a sus retoños. Te arrojaría a los cuervos.

Se me encogió el estómago de terror, y mi hermano se rio de la expresión de mi rostro.

—Así es —añadió—, ¿y para qué? Prometeo seguirá padeciendo su castigo. Te voy a dar un consejo: la próxima vez que se te ocurra desafiar a uno de los dioses, hazlo por una buena razón. No me gustaría ver a mi hermana reducida a cenizas por nada.

Se concertó el matrimonio de Pasífae. Ella andaba detrás de ello desde hacía tiempo: se sentaba en el regazo de mi padre y le ronroneaba cuántas ganas tenía de darle hijos a un poderoso señor. Había reclutado a mi hermano Perses para ese cometido: levantaba la copa para brindar por su núbil belleza en todos los banquetes.

—Minos —dijo un día mi padre desde su diván—, hijo de Zeus y rey de Creta.

—¿Un mortal? —protestó mi madre—. Dijiste que sería un dios.

—Dije que sería un hijo eterno de Zeus, y eso es.

—Técnicismos de las profecías —dijo Perses en tono de burla—. ¿Va a morir o no?

Un fognazo tan abrasador como el centro de un fuego recorrió el salón.

—¡Basta! Minos reinará sobre las almas mortales en el más allá. Su nombre perdurará a lo largo de los siglos. Está decidido.

Mi hermano no se atrevió a decir nada más, tampoco mi madre. Eetes me interceptó la mirada y escuché su voz como si me estuviera hablando. *¿Te das cuenta? No es una razón suficientemente buena.*

Me imaginaba que mi hermana se pondría a llorar por la degradación, pero, cuando la miré, estaba sonriendo. No podía determinar qué es lo que estaba pensando: mi mente seguía otro hilo. Mi piel se había cubierto con un rubor. Si Minos estaba presente, también lo estarían su familia, sus cortesanos, sus consejeros, sus vasallos, sus astrónomos, sus coperos, sus siervos y los que estaban debajo de sus siervos. Todas aquellas criaturas por las que Prometeo había dado su eternidad: los mortales.

El día de la boda, mi padre nos llevó en su carro dorado a través del mar. Los festejos se celebrarían en Creta, en el gran palacio que Minos tenía en Cnosos. Los muros estaban recién estucados y todas las superficies estaban cubiertas de coloridas flores; los tapices brillaban con un riquísimo color azafrán. No solo asistirían los titanes. Minos era hijo de Zeus, y toda esa panda de pelotas que son los olímpicos acudirían a presentar sus respetos. Las largas columnatas se llenaron al momento de dioses con sus mejores galas, haciendo sonar sus adornos, riéndose, mirando de un lado a otro para ver quién había sido invitado. El grupo más denso se arremolinaba en torno a mi padre: había inmortales de toda clase abriéndose paso a empujones para felicitarlo por aquella excelente alianza. Mis tíos estaban especialmente contentos: no era muy probable que Zeus hiciese algún movimiento contra nosotros mientras durara el matrimonio.

Pasífae resplandecía, exuberante, en la tarima nupcial, como una fruta madura. Su piel era de oro y su pelo tenía el color del sol sobre bronce pulido. A su alrededor se amontonaba un centenar de ninfas, todas ellas ansiosas y locas por decirle lo hermosa que estaba.

Me hice a un lado, fuera de la multitud. Los titanes pasaron por delante de mí: mi tía Selene; mi tío Nereo con su rastro de algas marinas; Mnemosine, madre del recuerdo, y sus nueve hijas de ligeros pies. Eché una ojeada, buscando.

Los encontré por fin al fondo de la sala. Una borrosa piña de figuras, con las cabezas juntas. Prometeo me había dicho que cada humano era diferente,

pero todo lo que podía ver era una muchedumbre indistinguible: todos con la misma piel opaca y sudorosa, las mismas ropas arrugadas. Me acerqué más. Su cabellera caía lacia, su carne colgaba flácida de sus huesos. Intenté imaginarme cómo sería acercarme a ellos, tocar esa carne mortal con la mano. La idea me produjo un escalofrío. Por entonces ya había escuchado las cosas que se rumoreaban entre mis primos acerca de lo que podían llegar a hacer con las ninfas si las encontraban solas: las violaciones, los abusos. Me costaba creerlo. Parecían frágiles como las laminillas de una seta. Mantenían el rostro dirigido al suelo, cuidadosamente, hurtándolo a la vista de las divinidades. Los mortales tenían sus propias narraciones, después de todo, sobre lo que les sucede a aquellos que se juntan con los dioses. Una mirada en un mal momento, un traspie; todo ello podía causarles la muerte y la desgracia a ellos y a sus familias durante generaciones y generaciones.

Era una especie de gran cadena de miedo, pensé. Zeus en la cima y mi padre justo debajo. Luego los hermanos e hijos de Zeus, luego mis tíos, y de ahí a todos los sucesivos rangos de dioses de los ríos, señores marinos, furias, vientos y gracias, hasta el fondo en el que nos encontrábamos las ninfas y los mortales, cada uno observando a los otros.

—No hay mucho a lo que mirar, ¿no? —La mano de Eetes me agarró del brazo—. Ven, anda, he encontrado a los olímpicos.

Lo seguí, con la sangre palpitando en mi interior. Nunca había visto a ninguno, a aquellas divinidades que gobernaban desde sus tronos celestiales. Eetes me llevó hasta una ventana que daba a un patio en el que resplandecía el sol. Allí estaban: Apolo, señor de la lira y del resplandeciente arco; su gemela, Ártemis, de luz de luna, la cazadora sin piedad; Hefesto, el herrero de los dioses, el que había fabricado las cadenas que apresaban a Prometeo; el taciturno Poseidón, cuyo tridente gobierna las olas, y Deméter, la señora de la abundancia, cuyas cosechas alimentan a todo el mundo. Me quedé mirándolos, deslizándose con elegancia en su magnificencia. Parecía que el aire se retiraba a su paso.

—¿Has visto por algún lado a Atenea? —suspiré. Siempre me habían gustado las historias que contaban sobre ella: la guerrera de ojos grises, la diosa de la sabiduría, cuya mente era más rápida que el rayo. Pero no estaba. Quizá, dijo Eetes, era demasiado orgullosa para juntarse con los terrenales titanes. Quizá era demasiado sabia para andar haciendo cumplidos como una más entre la multitud. También era posible que estuviera allí, pero se hubiera hecho invisible hasta a los ojos de las demás divinidades. Era una de las más

poderosas entre los olímpicos y era capaz de hacer algo así para observar los movimientos del poder y escuchar nuestros secretos.

Se me puso la piel de gallina con solo pensarlo.

—¿Crees que nos está escuchando ahora?

—No seas tonta. A ella le interesan los grandes dioses. Mira, ahí llega Minos.

Minos, rey de Creta, hijo de Zeus y una mortal; un semidiós, así se llamaba a los de su clase: mortales, pero bendecidos por su ascendencia divina. Sobresalía por encima de sus consejeros; su cabellera era espesa como un matojo enmarañado, y su pecho, ancho como la cubierta de un barco. Sus ojos me recordaban los salones de obsidiana de mi padre y brillaban oscuros bajo la corona de oro. Mas cuando puso su mano sobre el delicado brazo de mi hermana, de repente pareció un árbol en invierno, desnudo y consumido. Creo que se dio cuenta y frunció el ceño, lo que hizo que mi hermana aumentara más aún su brillo. «Estará muy contenta», pensé, o se sentirá más importante; ella no distingue una cosa de otra.

—Mira ahí —me dijo Eetes al oído.

Señaló a un mortal, un hombre que no había visto antes, que no parecía tan encogido como los otros. Era joven, llevaba la cabeza afeitada al estilo egipcio, con la piel de la cara cómodamente ajustada a sus rasgos. Me gustó. Sus ojos no estaban turbios por el vino como los del resto.

—Claro que te gusta —exclamó Eetes—. Es Dédalo, uno de los más maravillosos entre los mortales, un artesano casi igual a un dios. Cuando sea rey, me rodearé de esta clase de seres magníficos.

—Ah, ¿sí? ¿Y cuándo serás rey?

—Pronto, padre me va a dar un reino.

Pensé que estaba bromeando.

—¿Y podré vivir en él?

—No —contestó—. Tendrás que hacerte con uno propio.

Me tenía cogida del brazo, como siempre, pero, de repente, todo había cambiado: su voz se movía libre, como si fuéramos dos criaturas atadas por dos cuerdas diferentes, en lugar de una a la otra.

—¿Cuándo? —grazné.

—Cuando acabe esto. Nuestro padre piensa llevarme con él de inmediato.

Lo dijo como si no fuera algo de mucha importancia. Tuve la sensación de que me estaba convirtiendo en piedra. Me agarré a él.

—¿Por qué no me has dicho nada antes? —le espeté—. No me puedes

abandonar. ¿Qué va a ser de mí? No te imaginas cómo eran las cosas antes...

Me apartó las manos de su cuello.

—No montes una escena. Sabías que esto iba a pasar antes o después. No me voy a pasar toda la vida pudriéndome bajo tierra, sin nada propio.

¿Y yo?, quise preguntar. ¿Me voy a pudrir?

Pero él se dio la vuelta y se puso a hablar con uno de nuestros tíos, y, tan pronto como la pareja de novios se introdujo en la cámara nupcial, se subió al carro de mi padre y se marchó en un remolino de oro.

Perses se marchó pocos días después. A nadie le sorprendió: los aposentos del palacio de mi padre se habían quedado muy vacíos para él después de la partida de mi hermana. Dijo que se marchaba al este, a vivir entre los persas.

—Se llaman igual que yo —dijo con aire fatuo—. He oído decir que crían unos seres llamados demonios. Quiero verlos.

Mi padre frunció el ceño. La había tomado con Perses desde que se burlara de él por lo de Minos.

—¿Por qué habrían de tener más demonios que nosotros?

Perses no se tomó la molestia de responderle. Iría por travesía marítima, no necesitaba que mi padre lo llevara allí.

—Al menos allí no tendré que escuchar tu voz nunca más. —Fueron las últimas palabras que me dirigió.

En pocos días toda mi vida había dado un vuelco. De nuevo me había convertido en una niña, esperando que mi padre condujera su carro, mientras mi madre pasaba el día en holganza en las riberas de Océano. Me echaba en los salones vacíos, con la garganta arañada por la soledad, y, cuando no podía soportarla más, huía a los días con Eetes en mi playa desierta. Allí encontraba las piedras que habían tocado los dedos de mi hermano. Caminaba por las arenas que habían hollado sus pies. Era evidente que no podía quedarse: era un hijo divino de Helios, brillante y esplendoroso, con voz propia, listo y con esperanzas de llegar a ser rey. ¿Y yo?

Me acordaba de sus ojos cuando le rogaba. Lo conocía bien y podía leer lo que había en ellos cuando me miraba. *No es una razón suficientemente buena.*

Me senté en las rocas y pensé en las historias que sabía sobre ninfas que lloraron hasta convertirse en piedras o en pájaros que graznan, en animales mudos o esbeltos árboles, pensamientos encerrados en una corteza para toda la eternidad. Ni siquiera podía hacer eso, al parecer. Mi vida me mantenía

encerrada dentro de muros de granito. «Debería haber hablado con esos mortales», pensé. Podía haber pedido a alguno de ellos por esposo. Era la hija de Helios, seguro que alguno de aquellos hombres harapientos me hubiera aceptado. Cualquier cosa sería mejor que esto.

Y entonces vi la embarcación.



Conocía los barcos por las pinturas y había oído hablar de ellos en las narraciones. Eran dorados y enormes como monstruos marinos, con sus regalas talladas en marfil y asta. Los remolcaban sonrientes delfines o los tripulaban cincuenta nereidas de cabellera negra y rostros plateados como la luz de la luna.

Este tenía un mástil delgado como un árbol joven. La vela colgaba torcida y deshilachada y tenía los costados remendados. Recuerdo la sensación que me vino a la garganta cuando el marinero alzó el rostro. Estaba quemado, lustroso por el sol. Era un mortal.

La humanidad se extendía por todo el mundo. Habían pasado ya muchos años desde que mi hermano encontrara aquella tierra desierta para albergar nuestros juegos. Me quedé escondida tras un saliente del acantilado y observé al hombre navegar, rodeando las rocas y tirando de las redes. No se parecía en nada a los nobles acicalados de la corte de Minos. Tenía el pelo negro y largo, mojado por la espuma de las olas. Llevaba las ropas raídas y el cuello lleno de costras. Sus brazos tenían cicatrices de cortes producidos por las escamas de los peces. No se movía con gracia sobrenatural, sino con energía, con movimientos precisos, como una barca bien construida sobre las olas.

Podía oír mi propio pulso, sonaba alto en mis oídos. Me acordé de nuevo de aquellas historias de ninfas forzadas y violadas por mortales, pero el rostro de este hombre tenía la suavidad de la juventud, y las manos con las que manejaba su pesca parecían solo hábiles, no crueles. De cualquier manera, mi padre, al que llamaban el Centinela, estaba en el cielo, encima de mí. Si corría peligro, acudiría.

Para entonces ya estaba muy cerca de la costa, mirando dentro del agua, siguiéndole la pista a algún pez que yo no podía ver. Respiré hondo y me encaminé a la playa.

—Te saludo, mortal.

—Saludos —revolvió las redes sin soltarlas—, ¿a qué diosa me dirijo?

Su voz me sonó amable, dulce como una brisa de verano.

—A Circe —respondí.

—Ah, claro. —Su cara se mantuvo cautelosamente inexpresiva. Mucho después me contó que lo hizo así porque nunca había oído hablar de mí y tenía miedo de ofenderme. Se puso de rodillas sobre los nudosos tablones—. Mi señora, ¿he entrado sin permiso en tus aguas?

—No —respondí—, no tengo aguas. ¿Eso es una barca?

Su rostro cambiaba rápidamente de expresión, pero no lograba identificarlas.

—Sí —respondió.

—Me gustaría navegar en ella —dije.

Él dudó, luego comenzó a acercar la embarcación a la playa, pero yo no sabía lo que era esperar. Me introduje en las aguas y anduve entre las olas hasta llegar a él y subí a la barca. Sentía el calor de la cubierta bajo las suelas de mis sandalias, y su movimiento me resultaba agradable: una ligera ondulación, como si estuviera montada sobre una serpiente.

—Continúa —dije.

Qué agarrotada estaba, enfundada en mi dignidad de diosa que ni siquiera era consciente de que vestía. Él estaba aún más agarrotado que yo. Se echó a temblar cuando la manga de mi vestido rozó la suya. Apartaba la mirada cada vez que me dirigía a él. Me di cuenta con sorpresa de que conocía esa clase de gestos. Yo los había esbozado miles de veces: con mi padre, con mi abuelo y con todos esos poderosos dioses que pasaban por mi vida. *La gran cadena del miedo.*

—No, no —exclamé—, yo no soy así. No tengo casi poderes y no puedo hacerte daño. Quédate tranquilo, como estabas antes.

—Gracias, diosa, eres muy gentil. —Pero lo dijo con un tono tan acongojado que me tuve que reír. Fue la risa, más que mi queja, lo que pareció calmarlo algo. Poco a poco comenzamos a hablar de lo que nos rodeaba: los peces que saltaban, un pájaro que entraba de cabeza en las aguas. Le pregunté cómo se hacían sus redes y él me lo explicó, entusiasmado con el tema de conversación, pues les dedicaba muchos cuidados. Cuando le dije el nombre de mi padre, dirigió la mirada hacia el sol y se puso a temblar incluso más que antes, pero al término del día no había caído sobre él cólera alguna. Se arrodilló ante mí y dijo que debía haber bendecido sus redes, porque estaban más llenas de peces de lo que habían estado nunca.

Bajé la vista y observé su pelo, negro y espeso, resplandeciendo a la luz del atardecer, con sus fuertes hombros arqueados hacia el suelo. Esto es lo que

anhelan todos los dioses en sus aposentos: una veneración tan sentida. Pensé que igual él no lo había hecho correctamente o, lo que era más probable, que fuese yo quien no lo había hecho bien. Yo no quería más que ver de nuevo su rostro.

—Levántate —le ordené—. Por favor, no he bendecido tus redes. No tengo capacidad para hacerlo. He nacido de náyades que solo tienen potestad sobre las aguas dulces y ni siquiera poseo sus pequeños dones.

—Pero —añadió—, ¿puedo volver? ¿Estarás aquí? En toda mi vida nunca he conocido nada tan maravilloso como tú.

Había permanecido junto a la luz de mi padre. Había sostenido a Eetes entre mis brazos y mi cama era un montón de espesas mantas de lana tejidas por manos inmortales; sin embargo, era la primera vez en mi vida que sentía calor.

—Sí —respondí—, estaré aquí.

Se llamaba Glauco y volvió todos los días. Trajo pan, que yo nunca había probado, y queso, que sí, y aceitunas, que me encantaba ver cómo mordía. Le pregunté por su familia y me contó que su padre estaba mayor y tenía mal carácter, con continuos ataques de ira y preocupado por la comida. Su madre solía hacer brebajes con hierbas, pero ahora estaba delicada por el exceso de trabajo. Su hermana tenía cinco hijos y estaba siempre enferma y de mal humor. A todos ellos los echarían de su casa si no pagaban a su señor el tributo que les había impuesto.

Nadie me había hecho tantas confidencias. Engullía cada historia del modo en que un remolino se traga las aguas, aunque apenas era capaz de entender la mitad de lo que significaban: pobreza, trabajo duro y miedo humano. Lo único que me resultaba evidente era que el rostro de Glauco, su hermosa frente y su mirada sincera, se humedecía un poco con sus penas, aunque siempre sonreía cuando me miraba.

Me encantaba observarlo en sus tareas cotidianas, que realizaba con las manos y no con un poderoso parpadeo: remendar las redes rotas, limpiar la cubierta de la embarcación, encender fuego con el pedernal. Cuando hacía una hoguera, comenzaba meticulosamente con pedacitos de musgo seco, luego añadía ramas pequeñas, luego mayores, y así la hacía crecer más y más; todo un arte que yo también desconocía. Mi padre no necesitaba convencer a la madera para prenderla.

—Sé que te debo parecer feo —dijo al verme mirándolo, y se frotó sus manos callosas, avergonzado.

«No», pensé. «Los aposentos de mi padre están repletos de esplendorosas ninfas y musculosos dioses de los ríos, pero prefiero mirarte a ti que a cualquiera de ellos.»

Sacudí la cabeza.

—Debe de ser maravilloso ser un dios y que nada te deje marca —dijo suspirando.

—Mi hermano dijo una vez que era como ser de agua.

—Sí —dijo pensativo—, me lo imagino. Como si te estuvieras desbordando, como una copa llena. ¿Qué hermano? Nunca me has hablado de él antes.

—Se marchó para ser rey de algún lugar remoto. Eetes, se llama. —Tras tanto tiempo sin pronunciar su nombre se me hizo extraño—. Me hubiera ido con él, pero no me dejó.

—Qué tonto —dijo Glauco.

—¿Qué quieres decir?

—Eres una diosa de oro —dijo mirándome a los ojos—, hermosa y gentil. Si tuviera una hermana así, no la abandonaría nunca.

Nuestros brazos se rozaban cuando él trabajaba en la borda de la embarcación. Cuando estábamos sentados mi vestido caía sobre sus pies. Su piel era cálida y algo áspera. A veces dejaba caer algo para que él lo cogiera y así pudieran encontrarse nuestras manos.

Un día se arrodilló en la playa para encender un fuego y prepararse la comida. Era una de las cosas que más me gustaba observar: ese simple milagro mortal del pedernal y la yesca. El pelo le caía dulcemente sobre los ojos y sus mejillas resplandecían con la luz de la llama. Al momento me acordé de mi tío, que les había concedido ese don.

—Lo conocí una vez —dije.

—¿A quién? —Glauco había ensartado un pescado en un espetón y lo asaba.

—A Prometeo —respondí—. Cuando Zeus lo castigó, le llevé néctar.

—Prometeo —dijo alzando la cabeza.

—Sí. —Normalmente, no respondía tan lento—. El que trajo el fuego.

—Esa historia es de doce generaciones atrás.

—Más de doce —repliqué—. ¡Cuidado! ¡El pescado! —Se le había caído el espetón de las manos y el pescado se quemaba sobre las ascuas.

No lo sacó. Me miró fijamente.

—Pero tú y yo tenemos la misma edad...

Mi rostro le había engañado. Parecía tan joven como él.

—No, no —dije riendo.

Estaba medio vuelto hacia un lado, con las rodillas junto a las mías, y, de repente, se puso de pie, apartándose de mí con tanta rapidez que sentí el frío que dejaba su hueco. Me sorprendió.

—Los años no significan nada —le dije—. No los he aprovechado. Tú sabes tanto del mundo como yo. —Intenté tocar su mano.

—¿Cómo puedes decir eso? —La apartó—. ¿Cuántos años tienes? ¿Cien? ¿Doscientos?

Casi reí de nuevo, pero su cuello estaba rígido y sus ojos completamente abiertos. El humo del pescado quemándose en el fuego ascendió entre nosotros. Apenas le había contado nada de mi vida. ¿Qué podía decirle? Solo las mismas crueldades, los mismos desprecios a mis espaldas. En aquellos días, mi madre estaba especialmente malhumorada. Mi padre comenzaba a preferir jugar a las damas a estar con ella, y su frustración caía sobre mí. Torcía la boca cada vez que me veía aparecer. *Circe es tan necia como una piedra. Circe tiene menos luces que un leño. El pelo de Circe es fosco como el de los perros. Si tengo que volver a escuchar esa voz otra vez... De todos nuestros hijos, ¿por qué tiene que ser ella la que se quede? Nadie más la quiere.* Si mi padre la escuchaba, no parecía hacerle caso; se limitaba a mover sus fichas de un lado a otro. En el pasado me hubiera retirado a mi cuarto con las mejillas cubiertas de lágrimas, pero desde la llegada de Glauco eran como abejas sin aguijón.

—Lo siento —dije—. Fue un chiste estúpido. Nunca lo conocí, solo que me hubiera gustado. No temas. Tenemos la misma edad.

Poco a poco su postura se fue relajando. Respiró hondo.

—Vale —dijo—. ¿Te imaginas que hubieras estado viva entonces?

Terminó de comer. Arrojó los restos a las gaviotas y luego las siguió con la mirada mientras ascendían girando al cielo. Se volvió hacia mí y me sonrió. Su silueta se recortaba sobre las olas plateadas, con los hombros alzados bajo su túnica. No importaba cuántos fuegos lo viera encender; desde ese día en adelante, nunca más volvería a hablar de mi tío.

Un día, la embarcación de Glauco se retrasó. No echó el ancla, se limitó a

quedarse en la cubierta, de pie, con la mirada fija y seria. Tenía una marca en la mejilla, oscura como una ola en la tormenta. Su padre le había golpeado.

—¡Oh! —Mi pulso se aceleró—. Tienes que descansar. Siéntate a mi lado. Te traeré agua.

—No —dijo con una voz seca que no le había oído antes—, hoy no. Y nunca más. Mi padre dice que soy un gandul y que nuestras capturas están bajando. Nos moriremos de hambre por mi culpa.

—Siéntate, venga, deja que te ayude.

—No puedes hacer nada —me soltó—. Me lo dijiste. Me dijiste que no tenías poderes.

Lo observé mientras se alejaba navegando. Enfurecida, me giré y marché a toda prisa al palacio de mi abuelo. Entré por los pasillos abovedados, pasé por los aposentos de las mujeres, entre ruidos de lanzaderas, copas y el tintineo de las pulseras en las muñecas. Dejé atrás los salones de las náyades, luego los de las nereidas y dríades, hasta llegar al escabel de roble sobre el estrado desde el que gobernaba mi abuela.

Tetys la llamaban, la gran cuidadora de las aguas del mundo, nacida junto a su esposo de la propia madre tierra en el origen de los tiempos. Sus ropas formaban un charco azul a sus pies, y alrededor de su cuello había una serpiente de agua enrollada, como si fuera una estola. Ante ella había un telar dorado en el que tejía. Su rostro era viejo, pero no estaba marchito. Su fluido vientre había alumbrado a incontables hijas e hijos, y aún le presentaban a sus descendientes para que los bendijera. También yo me arrodillé una vez ante ella: me tocó la frente con la punta de sus suaves dedos. *Bienvenida, hija.*

Me arrodillé de nuevo.

—Soy Circe, la hija de Perse. Tienes que ayudarme. Hay un mortal que necesita pescados. No puedo bendecirlo, pero tú sí puedes.

—¿Es noble? —preguntó.

—De naturaleza —contesté—, pero es pobre de condición, aunque sea rico en espíritu y valentía y brille como una estrella.

—¿Y qué te puede ofrecer a cambio?

—¿Ofrecerme?

—Querida —dijo moviendo la cabeza—, siempre han de ofrecer algo, por poco que sea, aunque sea solo una libación de vino en tu fuente; si no, se les olvidará después que han de estar agradecidos.

—No tengo fuente propia y no necesito gratitud. Por favor, nunca más lo volveré a ver si no me ayudas.

Me miró y suspiró. Seguramente había escuchado peticiones como esta en miles de ocasiones. Esto es algo que comparten los dioses y los mortales: cuando somos jóvenes, pensamos que hemos sido los primeros en el mundo que hemos tenido cada sentimiento que existe.

—Bien, te concedo tu deseo y llenaré sus redes. A cambio, júrame que no te vas a acostar con él. Sabes que tu padre piensa buscarte un partido mejor que un pescador.

—Lo juro —le dije.

Él llegó saltando sobre la espuma de las olas, llamándome a gritos. Sus palabras fluían a raudales. Ni siquiera había tenido que trabajar las redes, me dijo. Los peces saltaban solos en el interior de la embarcación, grandes como vacas. Su padre estaba tranquilo, había logrado pagar el tributo e incluso tenían crédito para el año siguiente. Se arrodilló ante mí con la cabeza agachada en señal de reverencia.

—Gracias, diosa.

—No te arrodilles ante mí. —Le alcé—. Ha sido mi abuela quien ha obrado sus poderes.

—No —dijo cogiéndome de las manos—, has sido tú. Tú has sido quien la ha convencido. Circe, eres un milagro, la bendición de mi vida, me has salvado. —Apretó sus cálidas mejillas contra mis manos. Sus labios rozaron mis dedos—. Quisiera ser un dios —suspiró— para poder agradecértelo como te mereces.

Dejé que sus rizos cayeran sobre mis muñecas. Yo deseaba ser una diosa auténtica y entregarle ballenas sobre bandejas de oro, y que nunca me dejara ir.

Todos los días nos sentábamos a hablar. Tenía muchos sueños: de mayor esperaba tener su propia embarcación y su propia casa, en lugar de las de su padre.

—Y tendré siempre un fuego encendido —me decía—, prendido en tu honor. Si me lo permites.

—Preferiría que tuvieras una silla —repliqué—, para poder sentarme a hablar contigo.

Se ruborizó y yo también. Por entonces era demasiado joven. No me había juntado nunca con mis primos, aquellos dioses de anchos hombros y aquellas gráciles ninfas, cuando hablaban de amores. Nunca me había escabullido a

escondidas con un pretendiente a algún rincón íntimo. Ni siquiera sabía tanto como para decir qué era lo que quería. Si tocaba sus manos con las mías, si bajaba los labios para dar un beso, ¿qué pasaría a continuación?

Él me observaba. Su rostro parecía de arena y mostraba cientos de huellas.

—Tu padre —comenzó a tartamudear, porque hablar de Helios siempre le ponía nervioso—, ¿elegirá un marido para ti?

—Sí —respondí.

—¿Qué tipo de marido?

Creí que me iba a echar a llorar. Quería abrazarme a él y decirle que deseaba que fuera él, pero mi juramento se interpuso entre ambos. Así que le dije la verdad, que mi padre andaba a la búsqueda de príncipes o quizá de un rey, en caso de que fuera extranjero.

—Claro —dijo mirándose las manos—, claro. Eres muy preciada para él.

No le contradije. Esa noche regresé al palacio de mi padre, me arrodillé ante él y le pregunté si era posible convertir en dios a un mortal.

—Sabes que no es posible —exclamó frunciendo el ceño, irritado, ante su tablero de damas—, a no ser que ese sea el destino que determinen sus astros. Ni siquiera yo puedo cambiar las leyes del Hado.

No dije más. Mis pensamientos se arremolinaban unos con otros. Si Glauco seguía siendo mortal, envejecería, y si envejecía, moriría, y llegaría un día en que yo acudiría a nuestra playa y él no aparecería. Prometeo me lo había dicho, pero yo no lo había entendido. ¡Qué estúpida había sido! ¡Qué estúpida! En un arrebato de pánico, corrí de nuevo a ver a mi abuela.

—Ese hombre —casi me ahogo al decirlo— va a morir.

Su escabel era de roble, cubierto de las más exquisitas vestiduras. El hilo que sujetaba en sus manos era del color verde de las piedras de un río. Lo estaba devanando en la lanzadera.

—Querida nieta —se dirigió a mí—, claro que morirá. Es un mortal. Esa es su suerte.

—No es justo —protesté—. No puedo soportarlo.

—No es lo mismo una cosa que la otra —sentenció mi abuela.

Todas las resplandecientes náyades habían suspendido su charla para escucharnos a nosotras.

—Tienes que ayudarme —presioné—. Gran diosa, ¿no podrías traerlo a tus aposentos y convertirlo en inmortal?

—Ningún dios puede hacer tanto.

—Lo amo. Tiene que haber un modo —exclamé.



—¿Sabes cuántas ninfas —me dijo tras un suspiro— antes que tú albergaron la misma esperanza y terminaron frustradas?

¿Qué me importaban a mí todas esas ninfas? No eran las hijas de Helios, criadas oyendo narraciones acerca de quebrantar el mundo.

—¿No hay algo..., no conozco la palabra..., algún mecanismo, alguna posibilidad de negociar con las Moiras, algún truco, algunos *pharmaka*...?

Esa era la palabra que había utilizado Eetes cuando habló de hierbas con poderes asombrosos, surgidas de la sangre derramada de los dioses.

La serpiente marina enroscada en el cuello de mi abuela se soltó y una lengua negra salió de su cabeza en forma de punta de flecha.

—¿Cómo te atreves a hablar de eso? —espetó con una voz grave y furiosa. Su cambio repentino me dejó helada.

—¿A hablar de qué?

Ella se levantó y se desplegó en toda su estatura ante mí.

—Jovencita, he hecho por ti todo lo que se puede hacer, no hay más. Márchate de aquí y que no te vuelva a oír hablar de nuevo de esas malas artes.

La cabeza me daba vueltas, tenía un regusto acre en la boca, como si hubiera bebido vino puro. Salí de allí cruzando de nuevo a través de los lechos, las sillas, junto a las náyades que murmuraban entre risitas. *Esta se cree que, por ser la hija del sol, puede poner el mundo patas arriba a su antojo.*

Estaba demasiado enfadada como para sentir vergüenza de ninguna clase. Era verdad. No iba a poner el mundo patas arriba, sino a destruirlo, a prenderle fuego, haría todo el mal que pudiera para mantener a Glauco a mi lado. Sin embargo, lo que no me podía quitar de la cabeza era la expresión del rostro de mi abuela cuando dije aquella palabra: *pharmaka*. No era una expresión que hubiera visto entre los dioses, pero se la había visto a Glauco cuando me hablaba del tributo, de las redes vacías y de su padre. Había comenzado a saber qué era el miedo. ¿De qué podía sentir miedo un dios? Y también sabía la respuesta.

De un poder superior al suyo.

Al fin y al cabo, algo había aprendido de mi madre. Me recogí el pelo en tirabuzones, me puse mi mejor vestido y mis sandalias más resplandecientes y me presenté en el banquete de mi padre, en el que se encontraban todos mis tíos, reclinados en sus divanes color púrpura. Les serví vino, les dediqué mis sonrisas y rodeé sus cuellos con mis brazos. Les hablaba así: tío Proteo —este es el que tenía restos de carne de foca entre los dientes—, tú eres valiente y

luchaste con valor en la guerra. Cuéntame las batallas en las que participaste. ¿Dónde se libraron? Y tú, tío Nereo, tú eras el señor del mar antes de que el olímpico Poseidón te robara el título. Me muero de ganas de escuchar las hazañas de nuestra casta: dime dónde se derramó más sangre.

Logré que me contaran esas historias. Aprendí los nombres de todos aquellos lugares en los que se había derramado sangre de dioses y dónde se encontraban esos sitios. Y había uno que no estaba lejos de la playa de Glauco.

—Ven aquí —dije. Era mediodía y hacía calor. La tierra se desmenuzaba a nuestro paso—. Está muy cerca de aquí. Un lugar perfecto para dormir y descansar la fatiga de tus huesos.

Él caminaba detrás de mí, malhumorado. Siempre estaba de mal humor cuando el sol estaba alto.

—No me gusta alejarme tanto de la barca.

—Tu barca está a salvo, te lo prometo. ¡Mira! Ya hemos llegado. ¿No merece la pena darse el paseo para ver estas flores? ¡Qué hermosas son! Con ese amarillo tan claro y esas formas acampanadas.

Lo convencí para que se recostase entre las flores. Había traído agua y una cesta con comida. Estaba atenta a la mirada de mi padre, encima de nosotros. Un almuerzo en el campo, es lo que quería que pareciera en caso de que nos observara. No estaba segura de lo que podía haberle contado mi abuela.

Serví a Glauco y me quedé mirándolo mientras comía. ¿Qué aspecto tendría si fuera un dios?, me preguntaba. Cerca de allí había un bosque y daba una sombra lo suficientemente densa como para que nos ocultara de los ojos de mi padre. En cuanto se transformase, lo llevaría hasta allí y le mostraría que ya no estaba sujeta al juramento. Puse un almohadón en el suelo.

—Túmbate —le indiqué—. Duerme. ¿No te apetece dormir un poco?

—Me duele la cabeza —se quejó—, y me está dando el sol en los ojos.

Le eché el pelo hacia atrás y me moví para taparle el sol. Entonces suspiró. Siempre estaba cansado, y en un instante se le estaban cerrando los ojos.

Amontóné las flores para que se apoyara sobre ellas. «Es el momento», pensé. *Ahora.*

Él dormía como tantas veces lo había visto dormir. Siempre que me había imaginado este momento, las flores lo hacían cambiar al instante con solo tocarlo. La sangre de los inmortales pasaba al interior de sus venas y se despertaba siendo un dios, me cogía de la mano y me decía: *Ahora te lo podré agradecer como mereces.*

Volví a revolver las flores. Arranqué varias y se las puse en el pecho.

Soplé sobre ellas para que su aroma y el polen flotaran encima de él.

—Cambia —murmuré—. Ha de convertirse en un dios. Cambia.

Él seguía dormido. Las flores se inclinaban hacia a nuestro alrededor, lánguidas y frágiles como alas de polilla. Sentí que una punzada ácida me recorría el estómago. Quizá no había dado con las correctas, me dije. Tenía que haber explorado antes, había sido demasiado impaciente. Me puse en pie y recorrí la colina, buscando una colonia de flores carmesíes, vívidas, claramente repletas de poderes, pero todo lo que encontré fueron flores normales, como las que hay en cualquier colina.

Me acurruqué junto a Glauco y comencé a llorar. Las lágrimas de una náyade pueden brotar durante una eternidad, y pensé que eso era lo que me iba a llevar dar cuenta de toda mi pena. Había fracasado. Eetes no tenía razón: no había hierbas poderosas y perdería a Glauco para siempre; su belleza dulce y mortal se marchitaría hasta convertirse en polvo. Encima de nosotros, mi padre se deslizaba por su camino, y a nuestro alrededor todas aquellas flores se balanceaban en sus tallos, lánguidas y estúpidas. Las odiaba. Agarré un puñado y las arranqué de raíz. Desgarré los pétalos, hice pedazos los tallos. Sus húmedos jirones se me quedaron pegados a las manos y su savia me empapó la piel. Ascendió un aroma crudo y salvaje, acre, como vino viejo. Arranqué otro puñado: sentí las manos calientes y pegajosas. Ascendió a mis oídos un zumbido oscuro, como de una colmena.

No es fácil describir lo que pasó después. En lo más profundo de mi sangre despertó un conocimiento atávico que me susurró: la fuerza de estas flores se encuentra en su savia, que puede transformar a cualquier criatura en su ser más verdadero.

No me detuve a hacerme preguntas. Por entonces el sol se había ocultado en el horizonte. Glauco dormía en sus sueños con los labios entreabiertos, y yo levanté un puñado de flores sobre ellos, estrujándolas. La savia comenzó a gotear y a juntarse en un chorro; dejé que cayera lechosa, gota a gota, en el interior de su boca. Una gota le cayó sobre la comisura de los labios, de modo que yo la empujé con el dedo hasta su lengua. Él tosió. Tu ser verdadero, le dije; así sea.

Me puse en cuclillas, con otro puñado listo; exprimirla el campo entero si hacía falta. Justo cuando lo pensé, una sombra comenzó a crecer sobre su piel. Observé como se iba oscureciendo. Primero con un tono marrón, luego púrpura, y se extendió por todo su cuerpo como un hematoma, hasta que se cubrió del más profundo azul marino. Sus manos comenzaron a hincharse,

también sus piernas, sus hombros. Comenzaron a brotar cabellos de su barbilla, largos y de un verde cobrizo. Por las aberturas de su túnica vi como se formaban ampollas en la superficie de su pecho. Me fijé: eran percebes.

—Glauco —dije suspirando. Sentí el tacto de su mano, extraña, en mis dedos: dura, maciza y ligeramente fría. Lo zarandee—. ¡Despierta!

Sus ojos se abrieron. Durante un instante —lo que dura un aliento—, permaneció inmóvil. Luego dio un salto y se puso de pie, alzándose como una tempestad: el dios marino que siempre había sido.

—Circe —gritó—. ¡He cambiado!

No había tiempo de ir al bosque, de atraerlo hacia mí sobre el musgo. Su nueva fortaleza le daba un aspecto salvaje, y resoplaba como un toro ante una brisa de primavera.

—¡Mira! —exclamó mirando sus manos—. No tengo costras, ni cicatrices. No estoy cansado. ¡Es la primera vez en mi vida que no siento cansancio! Podría atravesar el océano entero nadando. Quiero verme. ¿Qué aspecto tengo?

—El de un dios —respondí.

Me cogió del brazo y me dio la vuelta; sus dientes brillaron en su rostro azul. A continuación se detuvo: despertaba a un nuevo pensamiento.

—Ahora puedo ir contigo. Puedo ir a los salones de los dioses. ¿Me llevarás?

No me pude negar. Lo llevé ante mi abuela. Mis manos temblaban ligeramente, pero ya tenía las mentiras preparadas en los labios. Se había quedado dormido en una pradera y se había despertado con este aspecto.

—Quizá mi deseo de convertirlo en inmortal era una especie de profecía. No es algo que resulte tan extraño en la descendencia de mi padre.

Ella apenas prestó atención a lo que le dijimos. No sospechó nada. Nadie sospechaba nunca de mí.

—¡Hermano mío! —exclamó abrazándolo—. ¡Mi más joven hermano! Esto ha sido obra de las Moiras. Eres bienvenido aquí hasta que encuentres un palacio propio.

No hubo más paseos por la playa. Pasaba todo el tiempo en aquellos salones con Glauco el dios. Nos sentamos en las riberas del crepuscular río de mi abuelo, y allí lo presenté a mis tías, tíos, primas y primos, recitando de memoria los nombres de las ninfas, una tras otra, aunque hasta ese momento

habría dicho que no los conocía todos. Ellos se arremolinaban en torno a él, rogándole que relatase su milagrosa transformación. Él entretejía muy bien el relato: su mal humor, la somnolencia que cayó sobre él como una roca y luego la fuerza que le había puesto en pie como una ola encrespada, otorgada por las propias Moiras. Les mostraba su pecho azul desnudo, cruzado por músculos divinos, y les enseñaba sus manos, pulidas como conchas batidas por las olas.

—Mirad cómo me he convertido en mí mismo.

Me encantaba la expresión de su rostro en ese momento, resplandeciente de fuerza y gozo. Mi pecho se llenaba de alegría. Deseaba decirle que había sido yo quien le había concedido ese don, pero al ver lo que le complacía creer que su conversión en divinidad había sido obra suya, no quise quitarle esa idea. Yo seguía soñando con yacer con él en aquellos oscuros bosques, pero comenzaba a llevar mi imaginación más allá y me repetía palabras que me resultaban completamente nuevas: *matrimonio, esposo*.

—Ven conmigo —le dije—. Te voy a presentar a mi padre y mi abuelo.

Fui yo quien escogió sus ropas, en tonos que hiciesen que su piel se mostrara en todo su esplendor. Le aconsejé sobre las muestras de cortesía que se esperaban de él, y me mantuve detrás, observando, mientras las ofrecía. Lo hizo muy bien y lo felicitaron por ello. Lo llevaron ante Nereo, el viejo titán y señor del mar, quien, a su vez, lo presentó a Poseidón, su nuevo señor. Juntos le ayudaron a dar forma a su palacio bajo las aguas, adornado con oro y tesoros arrastrados por las olas.

Iba a verlo a diario. La salmuera me escocía en la piel, y la mayoría de las veces él estaba demasiado ocupado con sus admirados huéspedes para concederme la más breve sonrisa, pero no me importaba. Ahora teníamos tiempo, todo el tiempo que pudiésemos necesitar. Era un placer sentarse ante aquellas mesas de plata y observar a las ninfas y a los dioses volverse micos para captar su atención. Antaño se hubieran burlado de él, lo hubieran llamado «destripapeces». Ahora le rogaban que les contara historias de cuando era mortal. Sus relatos iban magnificándose a medida que los contaba: su madre estaba encorvada como una bruja, su padre le pegaba todos los días. Ellos se quedaban atónitos y se llevaban la mano al corazón.

—Ya está solucionado —afirmaba él—. Mandé una ola gigante para que destrozase el barco de mi padre y el susto lo mató. A mi madre la bendije; ahora tiene un nuevo marido y un esclavo que la ayuda a lavar la ropa. Ha construido un altar en mi honor, y ya humea. En mi aldea esperan que los agasaje con una buena marea.

—¿Y lo harás? —preguntó una ninfa, con las manos bajo la barbilla. Era una de mis hermanas y una de las compañías más queridas de Perses; su redonda cara mostraba un barniz de malicia, pero en ese momento, mientras se dirigía a Glauco, hasta ella aparecía transformada, franca, madura como una pera.

—Ya se verá —respondió él—, depende de lo que me ofrezcan.

A veces, cuando se encontraba muy a gusto, sus pies se convertían en una cola que daba vueltas, y así sucedió entonces. La observé balanceándose en el suelo de mármol, brillando con un tono gris pálido, con sus capas de escamas ligeramente iridiscentes.

—¿Es cierto que tu padre está muerto? —le pregunté, una vez que todos se habían marchado.

—Por supuesto. Y bien que se lo merecía. Por blasfemo —dijo mientras sacaba brillo a su tridente nuevo, regalo del mismísimo Poseidón. Por el día permanecía acostado en sus lechos, bebiendo de cálices tan grandes como su cabeza. Se reía como mis tíos, con la boca abierta y rugiendo. No era un desaliñado señor de los cangrejos, sino uno de los grandes dioses marinos que, si querían, podían disponer de las ballenas a su antojo, rescatar barcos de los arrecifes y los escollos o salvar las balsas de los pescadores de las mortíferas olas.

—¿Cómo se llama esa ninfa tan bella? La de la cara redonda.

Mi cabeza se había alejado por un momento. Me estaba imaginando cómo podía pedir mi mano. «En la playa —pensaba—, en esa playa donde nos vimos por vez primera.»

—¿Te refieres a Escila?

—Eso, Escila —respondió—. Se mueve como el agua, ¿no? Plateada como el flujo de una corriente. —Sus ojos se alzaron en busca de los míos—. Circe, nunca he sido tan feliz.

Le sonreí. No veía más que al muchacho al que amaba, resplandeciente por fin. Sentía que cada honor que se le rendía, cada altar que se consagraba en su nombre, cada admirador que se arremolinaba ante él eran como regalos para mí, porque él era mío.

Empecé a ver a Escila por todas partes: riéndose un día de alguna broma de Glauco, llevándose la mano al cuello y sacudiendo la cabellera. Era muy hermosa, ciertamente, una de las joyas de palacio. Los dioses de los ríos y las ninfas suspiraban por ella, y a ella le encantaba darles esperanzas con una mirada para, seguidamente, lanzarles otra de desdén. Cuando se movía

tintineaba levemente a causa de los miles de regalos que llevaba puestos: brazaletes de coral, collares de perlas en el cuello. Se sentaba a mi lado y me los enseñaba uno por uno.

—Preciosos —le decía, sin apenas mirarlos. En el siguiente banquete aparecía con el doble de joyas, el triple; tantas como para hundir la barca de un pescador. Ahora supongo que debió enfadarla mucho el hecho de que tardara tanto en darme cuenta. Por entonces me ponía sus perlas, grandes como manzanas, ante los ojos.

—¿No son la cosa más maravillosa que has visto nunca?

Lo cierto es que había empezado a preguntarme si no estaría enamorada de mí.

—Son muy hermosas —le respondía con una ligera sonrisa.

Al final se decidió a decirlo sin ambages.

—Glauco dice que vaciará el mar de perlas si ese es mi deseo.

Estábamos en el salón de Océano, el incienso cargaba la atmósfera.

—¿Son de Glauco? —dije sobresaltada.

¡Qué expresión de gozo se fijó en su rostro!

—Sí, todas ellas. Ah, ¿es que no te has enterado? Pensé que te lo diría a ti la primera, como sois tan amigos... Quizá no eres tan amiga suya como crees. —Se quedó esperando, observándome. Me di cuenta de que había más rostros expectantes, que contenían, embelesados, la respiración. En nuestros aposentos nos gustaban estas peleas más que el propio oro—. Glauco me ha pedido que me case con él —dijo sonriendo—. Aún no he decidido qué responderle. ¿Qué me aconsejas, Circe? ¿Lo acepto, con piel azul, aletas y todo?

La risa de las náyades sonó como un centenar de fuentes manando a chorros. Me fui volando para que no viera mis lágrimas y las luciera como otro de sus trofeos.

Mi padre se encontraba junto a mi tío, el río Aqueloo, y frunció el ceño cuando interrumpí su conversación.

—¿Qué?

—Quiero casarme con Glauco. ¿Me das permiso?

—¿Glauco? —dijo con una risa—. Tiene que escoger él. Y no creo que seas tú la elegida.

Sentí una conmoción. No me paré a peinar mis cabellos ni a cambiarme de



vestido. Cada momento que pasaba era como si la sangre saliera de mi cuerpo a gotas. Fui a toda prisa al palacio de Glauco. Él estaba en los aposentos de otra divinidad, de modo que me quedé allí esperándolo, temblando, entre los restos del último banquete: cálices bocabajo y almohadones manchados de vino.

Llegó al fin. Con solo un movimiento de su mano, todo volvió al orden, y los suelos recuperaron su brillo natural.

—Circe —dijo al verme, solo eso, como podía haber dicho «pie».

—¿Tienes la intención de casarte con Escila?

Vi como una luz emanó de su rostro.

—¿No es la criatura más perfecta que hayas visto nunca? Sus tobillos son tan pequeños y delicados como los de la cervatilla más bella del bosque. Los dioses de los ríos están rabiosos porque ella me prefiere a mí, y tengo entendido que hasta Apolo está celoso.

Lamenté entonces no haber utilizado esos trucos con el pelo, los ojos y los labios que tenemos todas nosotras.

—Glauco —le dije—, ella es bella, sí, pero no te merece. Es cruel y no te ama como podrías ser amado.

—¿Qué quieres decir? —preguntó frunciendo el ceño, como si apenas pudiera recordar mi rostro. Intenté pensar qué haría mi hermana en ese momento. Di un paso hacia él y pasé mi mano por su brazo.

—Quiero decir que sé de alguien que puede amarte mejor.

—¿Quién? —dijo. Pero enseguida vi que empezaba a comprender. Levantó las manos, como para protegerse de mí. Él, que era un dios imponente—. ¡Para mí tú has sido como una hermana! —exclamó.

—Puedo ser más que eso —repliqué—. Lo sería todo para ti. —Y apreté mis labios contra los suyos.

Me apartó de sí. Su rostro tenía una expresión mezcla de ira y de pánico. Casi parecía su antiguo ser.

—Te amo desde ese primer día que te vi navegando —dije—. Escila se ríe de tus aletas y de tu barba verde, pero yo te quería cuando tenías las manos manchadas de tripas de pescado y te quejabas ante mí por la crueldad de tu padre. Yo te ayudé cuando...

—¡No! —Lanzó la mano al aire, como si fuera un látigo—. No voy a pensar en esos días. A cada hora me aparecía una nueva herida, un dolor nuevo, siempre fatigado, siempre apesadumbrado y débil. Ahora me siento en las asambleas de tu padre. No tengo que suplicar por los restos. Las ninfas me

reclaman y puedo elegir a la mejor de ellas, a Escila.

Sus palabras cayeron sobre mí como piedras, pero no iba a ponérselo tan fácil.

—Puedo ser mejor que ella —protesté—. Puedo complacerte, te lo juro. No vas a encontrar a nadie más fiel que yo. Haré cualquier cosa por ti.

Realmente creo que me quería un poco, pues antes de que pudiera decirle los miles de humillaciones que sentía en mi corazón, todas las demostraciones de amor que había atesorado, cuánto me arrastraría por él, sentí su poder rodeándome, y, con el mismo gesto de su mano con el que había puesto en orden los almohadones, me mandó de vuelta a mis aposentos.

Me eché en el suelo, sollozando. Aquellas flores lo habían convertido en su verdadero ser, que era azul, con aletas, y no era mío. Pensé que me iba a morir de tanto dolor como sentía; no era como aquel inmenso aturdimiento en el que me había sumido la marcha de Eetes, sino la sensación punzante y violenta de una cuchilla penetrando en mi pecho. Pero, por supuesto, no iba a morir. Iba a seguir con vida, y a cada momento sentiría aquella presencia abrasadora; la clase de pena que hace a las de nuestra clase preferir ser una piedra o un árbol en lugar de ser carne.

La hermosa Escila; Escila, la delicada cervatilla; Escila, la del corazón de víbora. ¿Por qué lo había hecho? No era amor: me había dado perfecta cuenta del desdén con el que hablaba de sus aletas. Quizá porque amaba a mi hermana y mi hermano, que me despreciaban. Quizá porque su padre no era más que un río, y su madre, una ninfa con rostro de escualo, y le agradaba la idea de arrebatarse algo a la hija del sol.

No me importaban sus razones. Lo único que sabía era que la odiaba, pues yo era como cualquier otra estúpida enamorada de alguien que ama a otra. «Si desapareciese —pensé—, entonces todo cambiaría.»

Abandoné el palacio de mi padre. Era justo el momento que media entre la puesta del sol y la salida de mi pálida tía. Nadie podía verme. Junté un puñado de esas flores que le convierten a uno en su ser verdadero y las llevé a la cala donde se decía que Escila acudía a diario para darse un baño. Rompí los tallos y derramé hasta la última gota de su savia en las aguas. Ya no podría ocultar nunca su malicia viperina. Toda su fealdad quedaría al descubierto. Sus cejas se espesarían, su pelo se volvería áspero y sin brillo y su nariz crecería hasta convertirse en hocico. Las residencias divinas resonarían con el eco de sus furiosos gritos y los grandes dioses vendrían a azotarme con sus látigos, pero yo les daría la bienvenida, ya que cualquier latigazo sobre mi

espalda no sería más que una muestra del amor que sentía por Glauco.

Esa noche no vinieron las furias. Tampoco a la mañana siguiente, ni en toda la tarde. Al anochecer fui al encuentro de mi madre, que estaba ante el espejo, como siempre.

—¿Dónde está mi padre?

—Se fue al palacio de Océano. El banquete de hoy se celebra allí —dijo torciendo la nariz; su rosácea lengua se quedó fija en medio de sus dientes—. Tienes los pies sucios. ¿Podrías, al menos, lavártelos?

Ni me los lavé. No quería esperar ni un momento más. ¿Y si Escila estaba en el banquete, recostada en el regazo de Glauco? ¿Y si ya se habían casado? ¿Y si la savia no había funcionado?

Ahora me resulta extraño recordar cómo me preocupaba todo esto.

Los salones estaban más concurridos que de costumbre. Apestaban a esa esencia de rosas que todas las ninfas piensan que es su atractivo especial. No lograba ver a mi padre, pero mi tía Selene estaba allí. Estaba en pie en medio de una multitud de rostros que se volvían hacia ella, como un ave junto a unas crías que esperan a ser alimentadas.

—Tenéis que entenderme, fui a echar un vistazo porque me pareció que el agua estaba muy turbia. Pensé que igual era alguna clase de... encuentro. Ya conocéis a Escila.

Sentí cómo el aliento se me paraba en el pecho. Mis sobrinos se dirigían risitas y miradas los unos a los otros. «Pase lo que pase —pensé—, no dejes ver nada.»

—Ella se agitaba de una manera muy rara, como un gato que se estuviera ahogando. Luego..., no puedo contarlo.

Se llevó la plateada mano a la boca. Fue un gesto encantador. Mi tía emanaba encanto en todo lo que hacía. Su esposo era un bello pastor, hechizado por un sueño eterno, que soñaba con ella por toda la eternidad.

—Y apareció una pierna —dijo—, una pierna espantosa, como la de un calamar, sin hueso y cubierta de limo. Le salió del vientre. Y luego otra al lado, y otra más, y otra... Hasta que le salieron doce que quedaron colgando

de su cuerpo.

Sentí un ligero escozor en las puntas de los dedos, por donde había goteado la savia.

—Y eso fue solo el comienzo —añadió Selene—. Empezó a convulsionarse y a retorcer los hombros; la piel se le volvió gris y el cuello se le alargó hasta que le salieron cinco cabezas nuevas, todas ellas con las fauces abiertas y llenas de dientes.

Mis sobrinos jadearon, pero el sonido me era distante, como el de las olas en la lejanía. Parecía imposible imaginar el horror que Selene describía. No podía creérmelo: *eso es lo que he hecho*.

—Y en ningún momento dejó de aullar ni de dar alaridos; ladraba como una jauría de perros salvajes. Me sentí aliviada cuando al final se hundió bajo las olas.

Cuando estrujé aquellas flores en la cala de Escila no había pensado cómo se lo iban a tomar mis primos: las hermanas, tías, hermanos y amantes de Escila. Si hubiera pensado en su reacción, me habría imaginado que Escila era su favorita y que, en el momento en que las furias vinieran a por mí, serían ellos los que gritarían con más fuerza pidiendo mi sangre. Pero ahora, al mirar a mi alrededor, sus rostros brillaban como espadas afiladas. Se agarraban entre sí, cacareando. *¡Ojalá hubiera estado allí! ¿Te imaginas?*

—Cuéntalo otra vez —gritó uno de mis tíos, y mis sobrinos aullaron de gozo.

Mi tía sonrió. Sus redondeados labios formaron una luna creciente, como cuando ella aparece en el cielo. Lo volvió a contar: lo de las piernas, los cuellos, los dientes.

Las voces de mis sobrinos revolotearon hasta los techos.

*Sabes que se ha acostado con la mitad de los presentes. Me alegra no haberme dejado seducir por ella.*

Por encima de las voces de los dioses ríos se alzó una: *Claro que ladra; siempre fue una perra.*

Las risas y los chillidos se clavaban en mis oídos. Vi reír lleno de júbilo a un dios río que había jurado pelear con Glauco por ella. Una hermana de Escila fingió aullar como un perro. Hasta mis abuelos habían acudido para escuchar lo sucedido y sonreían al borde del gentío. Océano susurró algo al oído de Tetys. No pude oírlo, pero llevaba media eternidad observándolo y conocía los movimientos de sus labios. *¡Qué alivio!*

Uno de mis tíos gritaba a mi lado: *¡Cuéntalo otra vez!* En esta ocasión, mi

tía se limitó a levantar sus ojos perlados. Él olía a calamares, y, en cualquier caso, se hacía tarde para el banquete. Los dioses flotaron en dirección a sus lechos. Se escanció ambrosía en las copas y comenzaron a circular. Sus labios enrojecieron por efecto del vino, y sus rostros resplandecían como joyas. Sus risas crepitaban a mi alrededor.

Me resultaba familiar esa placentera sensación, como eléctrica, pensé; la había conocido antes en otro oscuro salón.

Se abrieron las puertas y entró Glauco, tridente en mano. Su pelo tenía un color verde más intenso que nunca y flotaba en el aire como la melena de un león. Vi como los ojos de mis sobrinas se llenaban de gozo, las oía sisear nerviosas. Aquí había un filón de diversión: le contarían lo de la transformación de su amada, le dejarían la cara descompuesta y se reirían de su reacción.

Pero antes de que nadie pudiera decir nada, ahí estaba mi padre, dando largas zancadas para llevárselo aparte.

Mis primas se apoyaron, apenadas, en los codos. Helios el aguafiestas les arrebató su diversión. No importaba, Perse se la arrebataría luego, o Selene. Levantaron los cálices y retomaron el festín.

Salí detrás de Glauco. No sé cómo pude atreverme, excepto por el hecho de que mi mente estaba cubierta de una especie de marea gris, como una marejada. Me quedé fuera del cuarto al que le había conducido mi padre.

Escuché la voz grave de Glauco.

—¿Y no puede recuperar su aspecto?

Todos los que han nacido dioses conocen la respuesta a esa pregunta desde que andan en pañales.

—Ningún dios puede deshacer lo que han hecho las Moiras ni cualquier otra divinidad. De todos modos, en este palacio hay miles de bellezas, cada una tan madura como la anterior. Échales un vistazo.

Yo esperaba. Albergaba aún la esperanza de que Glauco pensara en mí; me habría casado allí mismo, pero descubrí que también albergaba otra esperanza, algo que ni siquiera hubiera podido imaginar un día antes: que llorara hasta el último grano de la sal que corría por sus venas por el regreso de Escila, aferrándose a ella como su amor único y verdadero.

—Entiendo —respondió Glauco—. Es una pena, pero, como has dicho, hay más.

Se oyó un suave sonido metálico: estaba sacudiendo las puntas de su tridente.

—La hija pequeña de Nereo es guapa, ¿no? —preguntó—. ¿Cómo se llama? ¿Tetis?

—Demasiado salada para mi gusto —respondió mi padre chasqueando la lengua.

—Bueno —replicó Glauco—. Gracias por tu excelente consejo. Lo pondré en práctica.

Pasaron a mi lado. Mi padre regresó a su sitio de oro junto a mi abuelo, y Glauco se encaminó a los lechos púrpuras. Alzó la cabeza ante las palabras de un dios río y se rio. Es el último recuerdo que tengo de su rostro: con sus dientes brillantes como perlas a la luz de las antorchas, su piel azulada.

Pasaron los años y realmente puso en práctica el consejo que le dio mi padre: se acostó con miles de ninfas, que engendraron hijos de cabello verde y con aletas, muy apreciados por los pescadores, porque muy a menudo llenaban sus redes. A veces los veía, jugando como delfines en las crestas de las olas. Nunca se acercaban a la costa.

\* \* \*

El negro río se deslizaba a lo largo de la ribera mientras las pálidas flores asentían en sus tallos a su paso. Yo permanecía ciega a todo ello. Una por una desaparecían mis esperanzas. No iba a compartir la eternidad con Glauco. No habría matrimonio entre nosotros. Jamás yaceríamos en aquel bosque. Su amor hacia mí se había ahogado y desvanecido.

Unas ninfas y unos dioses pasaron en el flujo de la corriente: sus susurros iban a la deriva en el aire, fragante, iluminado por las antorchas. Sus rostros eran los mismos de siempre, vívidos y luminosos, pero de repente me resultaron ajenos. Sus collares de joyas repiquetearon con fuerza, como picos de aves; sus bocas rojas se extendieron dando forma a sus risas. En algún lugar, entre ellos, reía también Glauco, pero no pude identificar su voz entre el gentío.

*No todos los dioses tienen por qué ser iguales.*

Mi rostro comenzó a encenderse. No era dolor exactamente, sino una punzada que crecía en intensidad. Apreté los dedos contra mis mejillas. ¿Cuánto tiempo había pasado desde la última vez que había pensado en Prometeo? Su imagen apareció frente a mí: su espalda desgarrada por los latigazos, su rostro firme y aquellos ojos oscuros que abarcaban la totalidad del mundo.

Prometeo no había proferido un solo grito, a pesar de los golpes que había recibido, aunque había quedado tan cubierto de sangre que parecía una estatua bañada en oro. Todo el tiempo los dioses habían permanecido allí quietos, mirando, y su atención refulgía como un rayo. Si hubieran tenido la oportunidad, hubieran empuñado gustosamente el látigo de la furia.

Yo no era como ellos.

*¿De veras?* La voz de mi tío sonó profunda. *Entonces, Circe, has de pensar en lo que ellos nunca harían.*

El trono de mi padre estaba cubierto de pieles de cordero perfectamente negras. Me arrodillé ante los cuellos que caían colgando hacia el suelo.

—Padre —dije—, he sido yo quien ha convertido a Escila en monstruo.

A mi alrededor, todas las voces callaron. No puedo decir si desde los lechos que estaban más lejanos me miraron, si Glauco me miró, pero todos mis tíos lo hicieron, arrebatados al instante de sus soporíferas conversaciones. Sentí una alegría intensa. Era la primera vez en mi vida que quería ser el centro de sus miradas.

—Utilicé *pharmaka* malignos para convertir a Glauco en dios y luego transformé a Escila. Tenía celos del amor que él sentía por ella y quería volverla fea. Lo hice por egoísmo, por resentimiento, y cargaré con las consecuencias.

—*Pharmaka* —repitió mi padre.

—Sí, las flores amarillas que brotan de la sangre derramada de Crono y que hacen que las criaturas cambien a su forma auténtica. Arranqué un centenar de flores y las eché en el lugar donde ella se baña.

Esperaba que se trajera un látigo, que se convocara a una furia, que se me encadenara junto a mi tío en un peñasco, pero lo único que hizo mi padre fue llenar su copa.

—No importa. Esas flores carecen de poderes, ya no los tienen. Zeus y yo nos hemos asegurado de ello.

—Padre, lo hice yo. —Lo miré fijamente—. Con mis propias manos, quebré sus tallos y unté los labios de Glauco con su savia, y él se transformó.

—Tuviste una premonición, cosa frecuente entre mi descendencia. —Su voz sonó uniforme, firme como un muro de piedra—. El destino de Glauco era ser cambiado en ese preciso momento. Las hierbas no hicieron nada.

—No —intenté protestar, pero él no cesó de hablar. Subió el tono de su voz



para tapar la mía.

—Piensa, hija mía. Si los mortales pudieran convertirse en dioses con tanta facilidad, ¿no los alimentarían todas las diosas para convertirlos en sus favoritos? ¿Y no se habrían convertido la mitad de las ninfas en monstruos? No eres la primera que siente celos en estos salones.

Mis tíos comenzaron a sonreír.

—Soy la única que sabe dónde se encuentran esas flores.

—De eso nada —interrumpió mi tío Proteo—. Fui yo quien te dio esa información. ¿Crees que te la hubiera dado si pensase que podías hacer algo dañino con ellas?

—Y si hubiera tanto poder en esas plantas —intervino Nereo—, los peces que tengo en la cala de Escila habrían cambiado también, y están enteros y en perfecto estado.

Me sonrojé.

—No —aparté la mano de Nereo, cubierta de algas—, he cambiado a Escila y ahora debo soportar el castigo en mi persona.

—Hija, estás montando una escena. —Las palabras cortaron el aire—. Si en el mundo existiera ese poder que alegas, ¿crees que le correspondería descubrirlo a alguien como tú?

Oí una risa suave a mi espalda, y en el rostro de mis tíos apareció una expresión de franco regocijo, pero lo peor de todo fue la voz de mi padre, cómo dijo esas palabras, como si estuviera arrojando basura. *Alguien como tú*. En otro momento me hubiera acurrucado y me hubiera echado a llorar. Sin embargo, ese día su desprecio cayó como una chispa en un haz de leña seca. Abrí la boca.

—Te equivocas —le solté.

Se había inclinado hacia mi abuelo para indicarle algo; ahora fijó sus ojos en mí. Su rostro comenzó a brillar.

—¿Qué has dicho?

—He dicho que esas plantas tienen poderes.

Su piel resplandeció blanca, blanca como el corazón del fuego, como las brasas más puras y ardientes. Se puso de pie y no dejaba de crecer, parecía que fuera a abrir un agujero en el techo, en la corteza terrestre, como si no fuera a detenerse hasta arañar las estrellas. Luego surgió una oleada de calor que me cubrió con el rugido de un oleaje, abrasándome la piel, aplastando el hálito de mi pecho. Traté de tomar aliento, pero no había aire; él lo había consumido todo.

—¿Te atreves a contradecirme? ¿Tú, que eres incapaz de encender una simple hoguera o invocar una gota de agua? La peor de mis hijas, anodina y ruinosa, a quien no le puedo conseguir un marido ni pagando. Desde que naciste me he compadecido de ti y te he permitido tomarte tus licencias, aunque te estabas volviendo desobediente y orgullosa. ¿Pretendes que te deteste más aún?

En otro momento, las propias rocas se hubieran fundido y todas mis líquidas primas hubieran perdido hasta la última gota de agua de su cuerpo. Mi carne comenzó a bullir y se abrió como una fruta asada, la voz se me secó en la garganta y se consumió en cenizas. Jamás hubiera imaginado que podía sentir tanto dolor, una ardiente agonía que consumía cualquier pensamiento.

—Padre —caí ante sus pies, y mi voz sonó como un graznido—, perdóname. Me equivoqué al creer tal cosa.

Poco a poco el calor comenzó a disminuir. Me quedé tumbada en el suelo de mosaico, con sus dibujos de peces y frutas de color púrpura. Mis ojos estaban casi cegados y mis manos eran garras derretidas. Los dioses río sacudieron la cabeza y resonaron como agua cayendo sobre rocas. *Helios, tienes unos hijos muy raros.*

—Es culpa de Perse —suspiró—. Los que no tuve con ella son buenos.

Ni me moví. Pasaron las horas y nadie me miró ni pronunció mi nombre. Hablaban de sus asuntos, de la calidad del vino y de la comida. Las antorchas fueron languideciendo y los lechos se fueron vaciando. Mi padre se levantó y pasó por encima de mí. Sentí el débil soplo que alzó a su paso como un cuchillo en mi piel. Había pensado que mi abuela podría consolarme, darme un ungüento que mitigara las quemaduras, pero se había ido a dormir.

«Quizá me pongan bajo custodia», pensé. Pero ¿para qué? Yo no suponía peligro alguno para el mundo.

Las olas de dolor pasaban del frío al calor y luego de nuevo al frío. Las horas pasaron mientras yo temblaba. Tenía los miembros en carne viva y ennegrecidos, la espalda me bullía llena de llagas. Tenía miedo de tocarme la cara. Pronto llegaría el amanecer y mi familia entera llegaría en tropel para el desayuno, conversando sobre las diversiones que les deparaba el día. Mirarían con desprecio al pasar por el lugar en el que yo yacía.

Poco a poco, logré ponerme en pie. La idea de regresar al palacio de mi padre era como una brasa blanca en mi garganta; no podía volver a casa. Solo

había un lugar en todo el mundo que conocía: aquellos bosques con los que tantas veces había soñado. Sus profundas sombras me esconderían, y el musgo que cubría su suelo acogería, mullido, mi maltrecha piel. Con esa imagen en la cabeza, comencé a cojear hacia allí. El aire salino de la playa se clavaba en mi garganta destrozada como si fueran agujas, y cada golpe de viento avivaba las quemaduras de mi piel hasta provocarme el grito. Al final, sentí cómo las sombras me cubrían y me acurruqué sobre el musgo. Había llovido un poco, y la humedad de la tierra me reconfortó dulcemente. Muchas veces me había imaginado a Glauco y a mí allí, tumbados, pero las lágrimas que aún podían haber aflorado por ese sueño perdido se habían secado. Cerré los ojos; pasaba de las sacudidas a los gemidos de dolor. Poco a poco, mi incesante divinidad comenzó a abrirse paso. Mi aliento se calmó, mis ojos se aclararon. Aún me dolían los brazos y las piernas, pero cuando pasaba los dedos sobre ellos era piel lo que tocaba, no quemaduras.

El sol se puso, resplandeciente, detrás de los árboles, y vino la noche con sus estrellas. Era luna negra, cuando mi tía acude a ver a su durmiente esposo. Fue ese detalle, creo, lo que me dio la confianza necesaria para ponerme en pie, porque no hubiera podido aguantar la idea de verla a ella contarle: *¡Y la imbécil de ella fue a verlas! ¡Como si siguiera creyendo que funcionan!*

El aire de la noche me producía escalofríos. La hierba estaba seca, aplastada por el calor del verano. Encontré la colina y me detuve en lo alto de la loma. A la luz de las estrellas, las flores parecían pequeñas, grisáceas y desvaídas. Agarré un tallo y lo sostuve en la mano. Estaba lánguido, con toda su savia seca y marchita. ¿Qué creía yo que iba a pasar? ¿Que iba a erguirse de repente y gritar: *Tu padre se equivoca. Tú cambiaste a Escila y a Glauco. No eres miserable e irritable, sino un nuevo Zeus?*

Entonces, mientras me encontraba allí, arrodillada, oí algo. No era un sonido, sino una especie de silencio, un zumbido leve como el espacio que separa las notas en una melodía. Esperé a que se desvaneciera en el aire para que mi mente volviera a su sitio, pero continuó.

En ese momento acudió a mi cabeza un pensamiento salvaje, bajo ese cielo. *Me comeré estas hierbas. Que salga mi verdadero yo, por fin.*

Me las llevé a la boca, pero me faltó valor. ¿Qué era yo en realidad? No soportaría saberlo.

\* \* \*

Era casi de madrugada cuando mi tío Aqueloo me encontró; la velocidad había cubierto su barba de espuma.

—Tu hermano está aquí. Quiere verte.

Lo seguí hasta el palacio de mi padre, aún un poco tambaleante. Pasamos de largo las mesas pulidas, el dormitorio cubierto de cortinajes donde dormía mi madre. Eetes se encontraba de pie sobre el tablero de damas de nuestro padre. Su rostro se había vuelto más afilado con la edad adulta; su barba leonina, espesa como un helecho. Vestía con una opulencia superior incluso a la de los dioses, con ropajes añiles y púrpuras y bordados profusamente en oro. Cuando dirigió sus ojos hacia mí, sentí la emoción del viejo amor que nos profesábamos. La presencia de mi padre era lo único que evitaba que corriera a sus brazos.

—Hermano —dije—, te he echado mucho de menos.

—¿Qué te ha pasado en la cara? —Frunció el ceño.

Me llevé la mano al rostro y sentí una punzada de dolor en mi piel pelada. Me sonrojé: no quería contárselo, y menos allí. Mi padre estaba sentado en su trono ardiente, e incluso su habitual luz tenue me causó un renovado dolor.

—¿Y bien? Aquí la tienes —intervino mi padre para ahorrarme la respuesta—. Habla ahora.

Me estremecí ante su tono de enfado, pero el rostro de Eetes estaba en calma, como si la cólera de mi padre fuera otro elemento más del salón, como una mesa o un escabel.

—He venido —comenzó— porque me he enterado de las transformaciones de Escila y Glauco a manos de Circe.

—A manos de las Moiras. Entérate: Circe no tiene ese poder.

—Te equivocas.

Me quedé en silencio, esperando que la cólera de mi padre cayera sobre él, pero mi hermano siguió hablando.

—Yo he hecho cosas parecidas, y más, muchas más, en mi reino de la Cólquide. He logrado que manara leche de la tierra, embrujado los sentidos de los humanos, creado guerreros a partir del barro. He llamado a dragones para que conduzcan mi carro. He pronunciado hechizos que han cubierto el cielo con un velo negro y destilado brebajes que han devuelto la vida a los muertos.

En boca de cualquier otro estas palabras hubieran sonado como terribles mentiras, pero la voz de mi hermano fluía con su característica convicción de siempre.

—*Pharmakeia* se llaman esas artes, porque se hacen mediante *pharmaka*,

esas hierbas que tienen poderes que operan cambios sobre el mundo, tanto las que brotaron de la sangre de los dioses como otras que crecen de la tierra común. Ser capaz de conjurar sus poderes es un don, y no soy el único que lo tiene. En Creta, Pasífae gobierna por medio de sus venenos y, en Babilonia, Perses es capaz de encarnar almas en cuerpos. Circe es la última, y es la demostración.

La mirada de mi padre estaba fija en la inmensidad, como si mirara a través de la tierra y el mar y pudiera alcanzar la Cólquide. Quizá fue un efecto del fuego del hogar, pero me dio la sensación de que la luz de su rostro titiló.

—¿Puedo hacerte una demostración?

Mi hermano extrajo de su túnica un pequeño tarro sellado con cera. Rompió el sello e introdujo el dedo en el líquido que había dentro. El olor recordaba a algo ácido y verde, con un final salobre.

Me puso el pulgar en el rostro y dijo una palabra, con una voz tan baja que no logré entenderla. Sentí un escozor en la piel y, a continuación, como una vela que se apaga, el dolor desapareció. Cuando me llevé la mano a la mejilla la sentí tersa, con un leve lustre como de aceite.

—No está mal el truco, ¿no? —dijo Eetes.

Mi padre permaneció en silencio, sentado, en un extraño mutismo. Yo también me había quedado atónita. El poder de curar el cuerpo de otro estaba únicamente en manos de los dioses superiores, no de nosotros.

Mi hermano sonrió, como si hubiera leído mis pensamientos.

—Y este es el menor de mis poderes. Emanan de la propia tierra, y por ello no están sometidos a las leyes habituales de la divinidad. —Dejó que sus palabras se quedaran suspendidas en el aire por un momento—. Evidentemente, entiendo que no puedes emitir ningún juicio aún. Debes pedir consejo, pero has de saber que me gustaría mucho hacerle a Zeus... una demostración más impresionante.

Su mirada brilló, como los dientes en las fauces de un lobo.

Mi padre comenzó a hablar lentamente. Su rostro mantenía la misma expresión de incredulidad. Experimenté una extraña sacudida. *Tiene miedo.*

—Como dices, he de pedir consejo. Esto es algo... nuevo. Hasta que se decida, ambos debéis permanecer en palacio. Los dos.

—No esperaba menos —replicó Eetes. Bajó la cabeza y se dio la vuelta para salir de la sala. Fui tras él. Sentí un hormigueo en la piel que iba a la velocidad de mis pensamientos, y una creciente esperanza que me dejaba sin aliento. Las puertas labradas en madera de mirra se cerraron tras nosotros y

nos quedamos en la antesala. El rostro de Eetes seguía en calma, como si no hubiera realizado un milagro que había dejado a nuestro padre sumido en el silencio. Mi boca se llenó con un millar de preguntas, listas para ser formuladas, pero fue él quien habló primero.

—¿Qué has estado haciendo todo este tiempo? Has tardado una eternidad. Estaba empezando a pensar que, después de todo, quizá no fueras una *pharmakis*.

No conocía esa palabra. Entonces nadie la conocía.

—*Pharmakis* —dije.

*Maga*.

Las noticias corrieron como los ríos en primavera. A la hora de la cena, los hijos de Océano susurraron al verme aparecer y se apartaron a mi paso. Si nuestros brazos se rozaban, palidecían, y, cuando le pasé una copa a un dios río, sus ojos evitaron el encuentro con los míos: *No, gracias, no tengo sed*.

—Te acostumbrarás —dijo Eetes riendo—. Estamos solos, tú y yo.

Él no daba la sensación de estar solo. Noche tras noche se sentaba en el estrado de mi abuelo en compañía de nuestro padre y nuestros tíos. Yo le miraba mientras él bebía néctar y sonreía, mostrando su dentadura. La expresión de su rostro era cambiante, ya luminosa, ya oscura, como un banco de peces en el agua.

Esperé a que nuestro padre se marchara y me senté en una silla junto a él. Deseaba ponerme a su lado en el lecho, recostarme en su hombro, pero él tenía un aspecto sombrío y severo. No sabía cómo dirigirme a él.

—¿Te gusta tu reino? ¿La Cólquide?

—Es el mejor que hay en el mundo —contestó—. He hecho lo que te dije, hermana. He reunido allí todas las maravillas de nuestras tierras.

Sonreí cuando lo escuché llamarme hermana y hablar de aquellos sueños pasados.

—Me encantaría visitarlo algún día.

Se mantuvo en silencio. Era un mago que podía romper los dientes de las serpientes, arrancar robles de raíz. No me necesitaba.

—¿Está allí Dédalo?

—No —torció el gesto—, no. Pasífae lo tiene atrapado. Quizá más adelante. Pero tengo un vellocino gigante de oro, y media docena de dragones.

No hacía falta que le sonsacara historias. Las palabras salían en tropel: los

hechizos y encantamientos que había lanzado, las bestias que había invocado, las hierbas que cortaba a la luz de la luna y destilaba para obrar milagros. Cada relato era más insólito que el anterior: truenos provocados con un chasquido de los dedos, corderos cocinados y resucitados a partir de sus huesos carbonizados.

—¿Qué fue lo que dijiste cuando me curaste la piel?

—Una palabra poderosa.

—¿Me la podrías enseñar?

—La hechicería no se enseña; uno la encuentra por sí mismo, o no.

Me acordé del zumbido que había oído al tocar esas flores, el inquietante conocimiento que me había traspasado.

—¿Desde cuándo sabes que puedes hacer todas esas cosas?

—Desde que nací —contestó—, pero tuve que esperar hasta alejarme de la mirada de nuestro padre.

Tantos años juntos y nunca me había dicho nada. Abrí la boca para reprochárselo: ¿cómo es posible que no me dijeras nada? Pero este nuevo Etes, con su vívida vestimenta, resultaba demasiado inquietante.

—¿Y no tenías miedo —pregunté— de que nuestro padre se enfadara?

—No, no iba a ser tan estúpido como para humillarlo delante de todo el mundo. —Me miró alzando las cejas y yo me sonrojé—. En cualquier caso, está ansioso por imaginar cómo puede utilizar una fuerza tal en su propio beneficio. Lo que le preocupa es Zeus. Ha de presentárselo de la manera correcta: somos una amenaza lo suficientemente importante como para que Zeus se lo tenga que pensar dos veces, pero no tanto como para que se vea obligado a actuar.

Así era mi hermano, siempre había sido capaz de ver a través de las grietas del mundo.

—¿Y qué sucederá si los olímpicos intentan arrebatarte tus poderes?

—Creo que no pueden —sonrió—, por mucho que lo intenten. Como he dicho, la *pharmakeia* no está dentro de los límites habituales del poder de los dioses.

Bajé la vista y me miré las manos, intentando imaginarlas tejiendo un hechizo para hacer que el mundo se sacudiera, pero no era capaz de sentir de nuevo esa certeza que había experimentado en el momento de escurrir la savia en la boca de Glauco o de contaminar la cala de Escila. «Quizá —pensé— si pudiera tocar esas flores de nuevo...», pero no podía salir de allí hasta que mi padre hablara con Zeus.

—¿Y crees que... puedo obrar maravillas como las tuyas?

—No —respondió mi hermano—, soy el más poderoso de los cuatro, pero tú has mostrado tu tendencia a la transformación.

—Fueron las flores, no yo —repliqué—; ellas hacen que las criaturas muestren su apariencia auténtica.

Volvió sus ojos de filósofo hacia mí.

—¿Y no te parece demasiado oportuno que esas apariencias auténticas se correspondan con nuestros deseos?

—Yo no quería convertir a Escila en un monstruo —dije mirándolo fijamente—, solo pretendía que se revelara la maldad que lleva dentro.

—¿Y crees que esa es su apariencia auténtica: un horror babeante de seis cabezas?

—¿Y por qué no? —Mi rostro ardía—. Tú no la conocías. Era muy cruel.

—Circe —dijo con una risa—, era una ramera de salón pintarrajeada, al igual que todas las demás. Si me vas a argumentar que uno de los mayores monstruos de nuestra época estaba escondido en su interior, entonces eres más necia de lo que pensaba.

—Creo que nadie sabe qué albergamos dentro.

—Lo que creo yo —dijo entornando los ojos y sirviéndose otra copa— es que Escila ha escapado al castigo que tú querías infligirle.

—No te entiendo.

—Piensa: ¿qué puede esperar de estos salones una ninfa desagradable? ¿Qué es lo más valioso en su vida?

Era como en el pasado: él preguntando, y yo incapaz de responderle.

—No lo sé...

—Claro que lo sabes. Y por eso hubiera sido un buen castigo. Hasta la más hermosa de las ninfas es una completa inútil, y una ninfa fea no sería nada, sería menos que nada. Jamás podría contraer matrimonio ni producir hijos; se convertiría en una carga para su familia y una deshonra ante los ojos del mundo entero. Viviría entre las sombras, despreciada y denigrada. Sin embargo, un monstruo —prosiguió— tendrá siempre su lugar. Podrá obtener toda la gloria que le permitan capturar sus fauces. No será amado por ello, pero tampoco se lo impedirá nadie. Así que ahórrate cualquier absurda pena que puedas albergar, olvídala. Creo que incluso cabría decir que la has mejorado.



Mi padre permaneció encerrado en compañía de mis tíos durante dos noches. Yo me quedé merodeando tras las puertas de caoba, pero no pude oír nada, ni un murmullo. Cuando salieron, sus rostros parecían tensos y sombríos. Mi padre se dirigió con resolución hacia su carro. Su capa púrpura brilló con la oscuridad del vino y sobre su cabeza resplandecía su gran corona de rayos de oro. No miró atrás cuando se alzó hacia el cielo y encaminó sus caballos hacia el Olimpo.

Aguardamos su retorno en el palacio de Océano. No había nadie recostado en la ribera ni retozando con un amante entre las sombras. Las náyades, con las mejillas enrojecidas, discutían, y los dioses río se daban empujones unos a otros. Mi abuelo nos escudriñaba a todos desde su estrado, sosteniendo en la mano su copa vacía. Mi madre presumía ante sus hermanas.

—Perses y Pasífae fueron quienes se dieron cuenta antes, por supuesto. ¿A alguien le extraña que Circe haya sido la última? Tengo la intención de tener cien hijos más, y ellos me construirán una embarcación de plata que me llevará volando por entre las nubes. Seremos los señores del Olimpo.

—¡Perse! —refunfuñó mi abuela desde la otra punta del salón.

Eetes era el único al que parecía no afectarle la tensión. Permanecía sentado y sereno en su lecho, bebiendo de su copa forjada en oro. Yo me mantuve en segunda fila, caminando por los largos pasillos, pasando la mano por los muros de piedra, siempre ligeramente húmedos por la presencia de tantas divinidades acuáticas. Inspeccioné el salón por si estaba allí Glauco; aún había algo dentro de mí que anhelaba su presencia, incluso entonces. Cuando le pregunté a Eetes si Glauco se encontraba en el banquete junto al resto de los dioses, sonrió con malicia.

—No quiere enseñar su rostro azul. Pretende que todo el mundo se olvide de cómo llegó realmente a ser quien es.

Se me retorció el estómago. No había pensado en que mi confesión fuera a arrebatarme su mayor orgullo. «Demasiado tarde», pensé. Había cometido tantos errores que me sentía incapaz de remontarme al primero. ¿Fue cambiar a Escila, cambiar a Glauco, el juramento a mi abuela? ¿Hablar con Glauco ese primer día? Me embargó una desazonadora inquietud que se proyectó mucho más atrás en el tiempo, hasta mi primer aliento.

Ahora mi padre estaría ante Zeus. Mi hermano estaba seguro de que los olímpicos no podían hacernos nada, pero no resultaría tan fácil quitarse de la cabeza la idea de cuatro titanes con poderes mágicos. ¿Qué pasaría si se producía otra guerra? El techo del gran salón de palacio se abriría sobre

nosotros y la cabeza de Zeus lo sumiría en una sombra absoluta. Entonces su mano comenzaría a aplastarnos a uno detrás de otro. Eetes podía llamar a sus dragones y, al menos, podría presentar batalla. Pero yo ¿qué podía hacer? ¿Coger flores?

Mi madre se lavaba los pies. Dos de sus hermanas sostenían el barreño de plata y una tercera derramaba el dulce aceite de mirra de una botella. Me dije que estaba siendo tonta. No habría ninguna guerra. Mi padre siempre había tenido pericia en esa clase de maniobras. Encontraría el modo de tranquilizar a Zeus.

El salón se llenó de luz: mi padre había vuelto. Su rostro parecía labrado en bronce. Le seguimos con la mirada según avanzaba a pasos largos hasta el estrado que presidía la sala. Los rayos que salían de su corona expulsaban toda sombra como a golpes de lanza. Nos miró fijamente.

—He hablado con Zeus —comenzó— y hemos llegado a un acuerdo.

Mis primos suspiraron aliviados, como el viento pasando entre las mieses.

—Está de acuerdo en que está pasando algo nuevo en el mundo, que esos poderes no se parecen a nada que haya existido anteriormente. Está también de acuerdo en que se han desarrollado en los cuatro hijos que he tenido con la ninfa Perse.

De nuevo otra onda de luz llenó el lugar, esta vez teñida de una creciente agitación. Mi madre se lamía los labios e inclinaba la barbilla como si la corona ya reposara en su cabeza. Sus hermanas se miraban unas a otras, corroídas de envidia.

—Hemos acordado también que estos poderes no suponen un peligro inmediato. Perses vive más allá de nuestros confines y no es una amenaza. El esposo de Pasífae es hijo de Zeus, y él se encargará de que ella se mantenga en el lugar que le corresponde. Eetes conservará su reino, siempre y cuando acceda a que se lo controle.

Mi hermano asintió con gravedad, pero me percaté de la sonrisa en sus ojos. *Puedo cubrir el cielo con un velo. Intentad vigilarme.*

—Todos ellos han jurado además que sus poderes les llegaron sin pedirlos y sin buscarlos, sin ninguna artimaña maliciosa ni voluntad de rebelión. Se encontraron con las hierbas mágicas por accidente.

Sorprendida, dirigí la mirada a mi hermano, pero no logré interpretar la expresión de su rostro.

—Todos ellos, a excepción de Circe. Estabais todos presentes cuando ella confesó que había buscado voluntariamente esos poderes. Se le previno de que

se mantuviera alejada de ellos y desobedeció.

En su trono tallado en marfil, el rostro de mi abuela era un témpano de hielo.

—Desobedeció mis órdenes y se enfrentó a mi autoridad. Ha utilizado sus venenos contra su propio linaje y además ha cometido otras traiciones. —La blanca quemadura de su mirada se posó sobre mí—. Es una deshonra para nuestra familia. Una ingrata con todos los cuidados que le hemos procurado. Estoy de acuerdo con Zeus en que ha de ser castigada por ello. Queda desterrada a una isla desierta en la que no pueda hacer más daño. Mañana partirá.

Un millar de ojos me acribillaron. Quería llorar, suplicar, pero no me daba el aliento. Mi voz, siempre tan débil, desapareció. «Eetes hablará en mi defensa», pensé. Pero, cuando lo busqué con los ojos, él apartó la mirada, lo mismo que el resto.

—Solo una cosa más —dijo mi padre—. Como he indicado, es evidente que la fuente de este nuevo poder procede de mi unión con Perse. —Vi el rostro de mi madre, radiante por el triunfo, a través de mi aturdimiento—. De modo que se ha decretado que no engendre más hijos con ella.

Mi madre dio un grito y cayó de espaldas en el regazo de sus hermanas. El eco de sus sollozos cubrió los muros de piedra. Mi abuelo se levantó lentamente. Se frotó la barbilla y dijo:

—Bueno, es hora del banquete.

Las antorchas ardían como estrellas y, sobre nuestras cabezas, los techos ascendían hasta la bóveda celeste. Era la última vez que vería a los dioses y las ninfas ocupar sus lugares. Me sentía aturdida. «He de despedirme», pensé, pero mis primas se apartaron de mí como fluye el agua alrededor de una roca. Las oía cuchichear con desdén al pasar. Eché de menos a Escila. Al menos ella se hubiera atrevido a decírmelo a la cara.

Pensé que debía intentar hablar con mi abuela, pero ella también me dio la espalda, y su serpiente marina le cubrió la cabeza.

Mi madre estuvo todo el tiempo llorando junto a sus hermanas, en rebaño. Cuando me acerqué a ella, levantó el rostro para que todo el mundo pudiera ver su dolor, tan bello como exagerado. *¿Es que no has hecho ya suficiente daño?*

La última opción eran mis tíos, con su cabellera salobre y cubierta de algas

y sus barbas desaliñadas, pero, cuando pensé en arrodillarme a sus pies, no tuve la fuerza de hacerlo.

Volví a mis aposentos. «Recógelo todo —me dije—, recógelo todo, te vas mañana.» Sin embargo, mis manos colgaban inertes a los lados de mi cuerpo. ¿Cómo iba a saber qué llevar? Si apenas había salido de este lugar.

Me obligué a buscar un saco para meter mis ropas y mis sandalias, un cepillo para el pelo. Pensé en llevarme un tapiz que colgaba de la pared. Representaba una boda y su fiesta, lo había tejido alguna tía mía. ¿Tendría siquiera una casa donde colgarlo? No tenía ni idea. De nada. Mi padre había hablado de una isla desierta. ¿Sería una roca desnuda sobre el mar, un banco de arena cubierto de guijarros, una tierra salvaje llena de maleza? Mi saco era absurdo, lleno de detritus de oro. «La daga —pensé—, la daga con la cabeza de león: eso será lo que me lleve.» Mas cuando la cogí, me resultó muy pequeña: no valía más que para coger trozos de comida en un banquete.

—Podría haber sido mucho peor, lo sabes, ¿no? —Eetes apareció en la puerta. Él también se marchaba, ya había llamado a sus dragones—. He oído que Zeus quería imponerte un castigo ejemplar, pero, claro está, nuestro padre no podía permitirle tantas licencias.

El vello de mis manos se erizó.

—No le habrás contado lo de Prometeo, ¿verdad?

—¿Por qué? —Sonrió—. ¿Porque se refirió a «otras traiciones»? Ya conoces a nuestro padre; solo está siendo precavido, por si acaso sale a la luz otro ser monstruoso. En todo caso, ¿qué te pueden decir? ¿Qué hiciste? ¿Llevarle una copa de néctar?

—Dijiste que nuestro padre me echaría a los cuervos —dije levantando los ojos hacia él.

—Solo si eras lo suficientemente idiota como para reconocerlo.

Mi rostro se encendió de ira.

—¿Se supone que tengo que guiarme por tus acciones y negarlo todo?

—Así es —contestó—. Así es como funciona esto, Circe. Le cuento a nuestro padre que me percaté de mi don como hechicero por accidente, él finge creerme y Zeus finge creerle. Así el mundo mantiene su equilibrio. Tu error fue confesarlo. Nunca lograré entender por qué lo has hecho.

Eso era cierto: nunca lo lograría. No estuvo presente cuando Prometeo recibió los latigazos.

—Iba a decirte otra cosa —añadió—. Por fin conocí a Glauco la noche pasada. Nunca he visto a un fantoche igual. —Chasqueó la lengua—. Espero

que elijas mejor en el futuro. Siempre has sido muy confiada.

Lo miré, apoyado en el dintel, con sus largos ropajes y sus ojos brillantes, lobunos. Al igual que en el pasado, mi corazón había dado un vuelco de alegría al verlo, pero él parecía esa columna de agua de la que me habló antaño, frío y recto, pagado de sí mismo.

—Gracias por el consejo —repliqué.

Se marchó y me quedé mirando el tapiz. El novio tenía los ojos abiertos como platos, la novia iba cubierta de velos y, tras ellos, la familia iba con la boca abierta, como imbéciles. Siempre lo había odiado. *Que se quede aquí y se pudra.*

A la mañana siguiente, subí al carro de mi padre y ascendimos con una gran sacudida hacia el cielo oscuro sin decir palabra. El aire soplaba de cara y, a cada giro de las ruedas, la noche cedía espacio ante la luz. Miré a un lado, intentando identificar los ríos y los mares, los umbríos valles, pero íbamos demasiado deprisa para que pudiera reconocerlos.

—¿De qué isla se trata?

Mi padre no respondió. Su mandíbula estaba rígida, y sus labios, pálidos por la ira. Mis antiguas heridas comenzaron a escocer por la cercanía con él. Cerré los ojos. Las tierras pasaban como una exhalación y el viento me recorría la piel. Me imaginé saltando sobre la barandilla de oro, al aire libre que se abría por debajo de nosotros. «Estaría muy bien», pensé, hasta golpear el suelo.

Aterrizamos con una sacudida. Abrí los ojos y vi una colina, alta y suave, cubierta de una espesa capa de hierba. Mi padre tenía la mirada fija en el horizonte. Sentí una repentina necesidad de arrodillarme y suplicarle que me llevara de vuelta, pero me obligué a mí misma a bajar del carro. En cuanto mis pies tocaron la tierra, el carro y él desaparecieron.

Estaba sola en aquel claro de hierba. Sentí una brisa intensa en las mejillas, el aire portaba un aroma fresco, aunque no podía disfrutarlo. Notaba la cabeza embotada y me había empezado a doler la garganta. Me tambaleé. Para entonces, Eetes ya estaría de vuelta en la Cólquide, bebiendo su leche con miel. Mis tías estarían disfrutando en sus riberas y mis primos habrían retomado sus juegos. Mi padre, claro está, se encontraba arriba, derramando su luz sobre el mundo. Todos los años que había pasado en su compañía eran como una piedra arrojada al fondo de una laguna: todas las ondas habían ya desaparecido.

Tenía cierto orgullo; si ellos no habían llorado, yo tampoco lo haría. Me apreté los ojos con las palmas de las manos hasta que se aclararon. Me obligué a dar una vuelta por el lugar.

En la cima de la colina, ante mí, había una casa, con un pórtico amplio y

unos muros contruidos con sillares de piedra muy bien ajustados. Sus puertas labradas medían el doble de un ser humano. Un poco más abajo, se extendía un festón de bosques, y, detrás de él, se entreveía el mar.

Fue el bosque lo que me llamó la atención. Los árboles eran viejos; robles, tilos y olivos nudosos por entre los que se alzaba algún ciprés como una lanza hacia el cielo. Era de ahí de donde provenía ese aroma verde y fresco que ascendía hasta la herbosa loma. Los árboles se mecían, espesos, con el viento marino, y los pájaros volaban, veloces, a través de las sombras. Aún hoy puedo recordar esa maravillosa sensación. Mi vida entera había transcurrido en los mismos salones sombríos o caminando por la misma costa raquílica poblada por unos árboles enanos. No estaba preparada para tanta exuberancia y me entraron unas ganas tremendas de lanzarme dentro, como una rana en un estanque.

Dudé. No era una ninfa de los bosques. No tenía la maña para caminar sobre las raíces o a través de las zarzas sin lastimarme. Tampoco podía adivinar qué podía haber oculto entre aquellas sombras. ¿Habría simas? ¿Y si había osos o leones?

Permanecí allí inmóvil un buen rato, con temor a esas cosas, esperando, como si fuera a venir alguien para infundirme seguridad diciéndome: *Sí, ve, no hay peligro*. El carro de mi padre se deslizó sobre el mar y empezó a sumergirse en las olas. Las sombras del bosque se volvieron más profundas y los troncos parecían entrelazarse unos con otros. «Se ha hecho tarde para ir — pensé—. Mañana.»

\* \* \*

Las puertas de la casa eran de roble, rematadas con herrajes. Con solo tocarlas, se abrieron. En el interior olía a incienso. Había una estancia grande con mesas y bancos, como para un banquete. En una punta estaba el hogar, en la otra se abría un pasillo que conducía a la cocina y los dormitorios. Era lo suficientemente grande como para hospedar a una docena de diosas, y, de hecho, esperaba encontrarme ninfas y primos en cualquier momento. Pero no. Eso era parte de mi exilio: estar completamente sola. ¿Qué castigo podría ser peor, pensaba mi familia, que privarme de su divina presencia?

Realmente la casa no era ningún castigo. Las riquezas brillaban por todas partes: baúles labrados, alfombras suaves y cortinajes dorados, camas, escabeles, elaborados trípodes y estatuas de marfil. Los alféizares de las

ventanas eran de mármol blanco, y las contraventanas, de madera de fresno. En la cocina, pasé la mano por los cuchillos, de bronce y hierro, pero también de nácar y obsidiana. Encontré cuencos de cuarzo y de plata repujada. Aunque las habitaciones estaban vacías, no había ni una mota de polvo, y más adelante me di cuenta de que la suciedad no podía traspasar el umbral de mármol. Por mucho que caminara por él, el suelo nunca se ensuciaba y las mesas brillaban. Las cenizas se desvanecían en el hogar, los platos se lavaban solos y la leña volvía a aparecer cada noche. En la bodega había cántaros de aceite y vino, cuencos con queso y cebada, siempre frescos y abundantes.

En esas habitaciones vacías, perfectas, me sentía..., no sabía cómo decirlo..., decepcionada. Después de todo, una parte de mí, creo, esperaba un peñasco en el Cáucaso y un águila hurgando en mi hígado. Pero Escila no era Zeus, y yo tampoco era Prometeo. Éramos ninfas, no merecía la pena tanto esfuerzo.

Pero era más que eso. Mi padre podría haberme dejado en una cueva o en la cabaña de un pescador, o en una playa desnuda sin nada más que una tienda. Me acordé de su cara cuando anunció la decisión de Zeus, su rabia manifiesta y resonante. Había creído que era todo por mi culpa, pero ahora, tras mi conversación con Eetes, había comenzado a entenderlo mejor. Lo que mantenía la tregua entre los dioses era el hecho de que los titanes y los olímpicos se mantenían en sus respectivas esferas. Zeus había exigido que se castigara a la progenie de Helios. Helios no podía replicarle abiertamente, pero podía responderle en cierto modo, enviarle un mensaje de desafío que sirviera para poner las cosas en su sitio. *Incluso nuestros exilados viven mejor que los reyes. ¿Ves la dimensión de nuestra fuerza? Si nos golpeas, olímpico, llegaremos más lejos que antes.*

Y esa era mi casa: un monumento al orgullo de mi padre.

El sol se había puesto hacía un rato. Encontré el pedernal y lo golpeé sobre la yesca como le había visto hacer a Glauco en tantas ocasiones, aunque yo nunca había probado a hacerlo. Tras varios intentos fallidos, las llamas comenzaron a prender y a propagarse por fin, lo que me produjo una satisfacción desconocida hasta entonces.

Tenía hambre y entré en la despensa, en la que había cuencos rebosantes de comida como para satisfacer a un centenar de comensales. Me serví un poco en un plato y me senté junto a una de las enormes mesas de roble que había en el salón. Oía el sonido de mi respiración. Me sorprendí al pensar que nunca antes había comido sola. Incluso cuando nadie me hablaba ni me miraba,



siempre tenía a alguno de mis primos o mis hermanos a mi lado. Pasé la mano por la fina veta de la madera. Tarareé algo y escuché atentamente cómo el aire se tragaba el sonido. «Así van a ser el resto de mis días», pensé. Pese al fuego, las sombras se arremolinaban en las esquinas del salón. Afuera se escuchaban graznidos de pájaros, o, al menos, eso era lo que pensaba, que eran pájaros. Cuando me acordé de esos troncos oscuros y espesos, sentí como se me erizaban los pelos de la nuca. Me acerqué a las contraventanas y las cerré; a continuación, eché el cerrojo de la puerta. Estaba acostumbrada a que me rodeara la solidez de las rocas y al poder de mi padre sobre todas ellas. Los muros de la casa me resultaban tan frágiles como hojas. Cualquier garra podía abrir un agujero en ellos. «Quizá este sea el secreto del lugar —pensé—. Quizá esté aún por venir el auténtico castigo.»

Para, me dije. Prendí unas velas y me las llevé al dormitorio. A la luz del día me había parecido grande y me había resultado agradable, pero ahora no era capaz de ver todas las esquinas a la vez. Las plumas de la cama murmuraban al rozarse, y las contraventanas de madera chirriaban como las maromas de un barco en una tormenta. A mi alrededor sentí como crecían las sombras en las agrestes cañadas de la isla.

Hasta ese momento no me había percatado de cuántas eran las cosas que temía: enormes monstruos fantasmales reptando colina arriba, criaturas nocturnas saliendo de sus madrigueras y empujando mi puerta con sus rostros ciegos. Dioses con patas de cabra deseosos de saciar sus apetitos salvajes, piratas remando sigilosos hasta mis ensenadas, planeando cómo capturarme. ¿Qué podía hacer yo? Eetes me había llamado *pharmakis*, hechicera, pero mis poderes estaban en esas flores, a océanos de distancia. Si llegaba alguien, lo único que podría hacer sería gritar, y miles de ninfas antes que yo se habían dado cuenta de lo poco que eso servía.

El miedo me paralizó por completo: cada ola era más fría que la anterior. La quietud del aire avanzaba reptando por toda mi piel y las sombras extendieron sus manos. Miré fijamente a la oscuridad, tensa, esperando oír algo más allá del pulso de mi sangre. Cada instante me resultaba largo como una noche, pero al final el cielo adquirió una textura más profunda y comenzó a clarear el horizonte. Las sombras empezaron a desvanecerse y amaneció. Me levanté, sana y salva. Cuando salí fuera, no había huellas de merodeadores, ni marcas de colas reptantes ni muescas en la superficie de la puerta. Aun así, no me sentí estúpida. Pensaba que había pasado por la más dura de las pruebas.

Contemplé de nuevo el bosque. El día anterior —¿había sido el día de

antes?— había esperado que llegara alguien y me dijera que no corría peligro. Pero ¿quién? ¿Mi padre? ¿Eetes? Eso es lo que significa el exilio: nadie vendría, nunca. Ese conocimiento me inspiraba miedo, pero, después de los terrores que me habían asaltado esa noche, me resultó pequeño e insignificante. Me había desprendido de la parte peor de mi cobardía. En su lugar permanecía una chispa de vértigo. «No me voy a comportar como un pájaro enjaulado —pensé—, demasiado debilitado para volar incluso cuando se abre la portezuela de su celda.»

Me adentré en el bosque y allí dio comienzo mi vida.

\* \* \*

Aprendí a hacerme una trenza en el pelo, para que no se me quedara enganchado en las ramas, y a atarme el peplo en la rodilla para no rozarme con las cortezas. Aprendí a reconocer las diferentes parras en flor y las coloridas rosas, a detectar las brillantes libélulas y las serpientes enroscadas. Ascendí a las cimas donde los cipreses se alzaban negros como lanzas hacia el cielo, luego descendí hasta los vergeles y los viñedos en los que crecían racimos de uvas, púrpuras y espesos como el coral. Recorrí las colinas, los prados de tomillo y lilas, resonantes de zumbidos, y dejé mis huellas en las playas amarillas. Bajé a cada cala y penetré en todas y cada una de las grutas, di con bahías amables y enseñadas en las que los barcos podían fondear a salvo. Oí aullar a los lobos y croar a las ranas en las ciénagas. Acaricié a los escorpiones, marrones y brillantes, que me desafiaban con su cola. Su veneno no me suponía más que un pellizco. Estaba ebria, como nunca me habían embriagado el vino ni el néctar que había bebido en el palacio de mi padre. «No me extraña haber tardado tanto —pensé—. Antes era una tejedora sin lana, un barco lejos del mar: mira dónde navego ahora.»

Por la noche regresé a mi casa. Ya no me asustaban las sombras; solo significaban que la mirada de mi padre había desaparecido del cielo y tenía tiempo para mí. Tampoco me importaba el vacío. Durante miles de años había intentado llenar la brecha que se abría entre mi familia y yo. En comparación, llenar las estancias de mi casa resultaba tarea fácil. Puse unos troncos de cedro en el hogar, y su negro humo me hizo compañía. Me puse a cantar, cosa que nunca me habían dejado hacer antes, porque mi madre decía que mi voz sonaba como una gaviota ahogándose. Y cuando me sentía sola, cuando echaba de menos a mi hermano o al Glauco de antes, siempre me quedaba el bosque.

Los lagartos corrían por las ramas de los árboles y los pájaros desplegaban sus alas. Las flores, al verme, parecían estirarse hacia mí, como mascotas alegres, dando brincos y reclamando caricias. Me intimidaban un poco, pero día tras día fui cogiendo confianza y acabé por arrodillarme en la tierra húmeda ante una mata de eléboro.

Sus delicados brotes ondeaban en sus tallos. No me hizo falta un cuchillo para cortarlos, tan solo el borde de la uña, que se puso pegajosa con la savia que manó. Coloqué las flores en una cesta, las cubrí con un paño y no lo quité hasta que regresé a casa, con las contraventanas completamente cerradas. No es que pensara que fuera a venir alguien a impedírmelo, pero tampoco quería tentar a la suerte.

Miré las flores sobre la mesa. Parecían encogidas, lánguidas. No tenía la menor idea de qué hacer con ellas: ¿cortarlas?, ¿hervirlas?, ¿asarlas? El ungüento de mi hermano llevaba aceite, pero no sabía de qué clase. ¿Serviría el de oliva que tenía en la cocina? Seguro que no. Debía ser algo portentoso, como un aceite hecho a partir de las semillas prensadas de los frutos de las Hespérides. No podía conseguirlas. Enrollé un tallo por debajo del dedo y se dio la vuelta, flácido como un gusano muerto.

Bueno, me dije, no te quedes ahí como una piedra. Cuécelas. ¿Por qué no?

Era un tanto orgullosa, como ya he contado, y no estaba mal. Ser más orgullosa hubiera resultado fatal.

Dejadme que os diga qué no es la hechicería: no es un poder divino que surja con un pensamiento o un parpadeo. Es algo que hay que hacer y elaborar, planear e investigar, hay que cavar, cortar y moler, cocer, decir y cantar. Y, aun después de todo esto, puede que no funcione, al contrario que los dioses. Si las hierbas no están lo suficientemente frescas, si me desconcentro, si mi voluntad es débil, las pócimas se pasan y quedan rancias.

En buena ley, nunca debería haber llegado a la brujería. Los dioses odian toda clase de labor, es su naturaleza. A lo más que llegamos es a tejer o a forjar, pero estas son habilidades manuales y no llevan aparejadas trabajos pesados, dado que todo aquello que pueda resultar un fastidio es inmediatamente eliminado por los poderes divinos. No teñimos la lana en cubas hediondas y dándole vueltas con palas, sino con un chasquido de los dedos. No hay que trabajar penosamente en la mina; los minerales salen solos y encantados de las montañas. Los dedos nunca sufren rozaduras, ni los

músculos tirones.

Todo en la brujería pasa por el trabajo pesado. Hay que encontrar cada hierba en su escondite, cosecharla en sazón, arrancarla de la tierra, escogerla y diseccionarla, lavarla y prepararla. Se las debe manejar de un modo concreto, luego de otro, para ver dónde radican sus poderes. Esperar pacientemente día tras día, dándote cuenta de los errores que has cometido y comenzando de nuevo. Con todo, ¿por qué no me importaba hacerlo? ¿Por qué no nos importaba a ninguno?

No puedo hablar en nombre de mis hermanos y mi hermana, pero en mi caso la respuesta es sencilla. Durante un centenar de generaciones había recorrido el mundo con una sensación de aturdimiento y aburrimiento, de vacío y comodidad. No había dejado huella alguna, ni hazañas de renombre. Ni siquiera quienes me habían amado un poco habían querido quedarse a mi lado.

Entonces me di cuenta de que podía domeñar el mundo a mi voluntad, como un arco se dobla para recibir una flecha. Arrostraría todo ese trabajo con gusto un millar de veces para poder mantener ese poder en mis manos. «Así se sintió Zeus la primera vez que alzó el rayo», pensé.

Mis primeras pócimas, huelga decirlo, fueron todas un desastre. Brebajes que no tenían efecto alguno, ungüentos que se disgregaban y se desparramaban, inertes, por encima de la mesa. Pensaba que si un poco de ruda era buena, más sería mejor; que la mezcla de diez hierbas sería superior a la de cinco; que mi mente podría dedicarse a vagar en sus pensamientos y que el hechizo no saldría de paseo con ella; que podría empezar destilando una pócima y, en medio del proceso, decidir elaborar otra. Carecía incluso de los más simples conocimientos sobre hierbas que cualquier mortal aprende a las faldas de su madre: que si se cuecen las plantas herbosas sale una especie de mezcla jabonosa, que si se quema un tejo en el hogar sale un humo que asfixia, que las amapolas llevan el sueño en sus venas, y el eléboro, la muerte, y que la aquilea es capaz de cerrar todas las heridas. Todos estos conocimientos tuve que adquirirlos y aprenderlos a base de ensayo y error, de quemaduras en los dedos y de vapores fétidos que hacían que saliera corriendo entre toses al jardín.

Al menos, pensaba en aquellos días de principiante, una vez que logre un hechizo, no tendré que aprenderlo de nuevo, pero ni siquiera eso fue cierto. Por muchas veces que hubiera usado una hierba antes, cada parte poseía su propio carácter. Una rosa podía revelar sus secretos si se la molía, otra había

que prensarla, con otra había que hacer una infusión. Cada hechizo era una montaña que debía escalar desde la base. Lo único que podía llevar conmigo de la última vez era la certeza de que era posible realizarlo.

Perseveré. Si mi infancia me había aportado algo, era perseverancia. Poco a poco comencé a escuchar mejor: a la savia moverse dentro de las plantas, a la sangre en mis venas. Aprendí a entender mis propias inclinaciones, a podar y a añadir, a sentir dónde había una acumulación de poderes y a decir las palabras correctas para llevarlo a su punto álgido. Toda mi vida había vivido para este momento en el que todo quedó revelado y pude entonar el hechizo con la nota más pura: para mí y solo para mí.

No hice venir a dragones ni convoqué a serpientes. Mis primeros encantamientos fueron cosas sencillas, lo que se me iba ocurriendo. Comencé con una bellota, porque tenía la idea de que si el objeto era verde y estaba en fase de crecimiento, alimentado por el agua, mi sangre de náyade podría servirme de ayuda. Durante días y meses, unté esa bellota con aceites y bálsamos, pronunciando palabras sobre ella para hacerla brotar. Intenté imitar los sonidos que le había escuchado a Eetes cuando me curó el rostro. Probé maldiciones y también oraciones, pero esa bellota seguía manteniendo arrogantemente la semilla en su interior. La tiré por la ventana, cogí otra y me mantuve agachada sobre ella la mitad de otra era. Intenté el hechizo enfadada, tranquila, contenta, medio distraída... Un día me dije a mí misma que prefería no tener poderes a volver a intentar aquel hechizo. ¿Para qué quería yo un plantón de roble? La isla estaba llena. Lo que quería realmente era una frambuesa que pasara dulcemente por mi irritada garganta, y así se lo dije a aquella cáscara marrón.

Cambió con tanta rapidez que mi pulgar se hundió en su cuerpo rojo y suave. Me quedé atónita, y luego comencé a aullar de felicidad, tanto que los pájaros se asustaron y salieron en desbandada de sus árboles.

Devolví la vida a una flor marchita. Expulsé a las moscas de mi casa. Hice que los cerezos brotaran fuera de estación y que el fuego se volviera de un verde vivo. Si Eetes hubiera estado allí, le habría dado un ataque de risa al ver estos trucos de cocina. Pero, dado que no sabía nada, nada me parecía insuficiente.

Mis poderes se solapaban unos con otros como si fueran olas. Descubrí que tenía cierta habilidad para el ilusionismo; juntaba migajas de sombras para que los ratones acudieran a ellas, hacía que pececillos blanquecinos saltaran sobre las olas bajo el pico de un cormorán. A mayor escala: un hurón para

asustar a los topos, una lechuza para mantener a raya a los conejos. Aprendí que el mejor momento para cosechar mis plantas era bajo la luna, cuando el rocío y la oscuridad provocaban la concentración de la savia; también a reconocer qué se puede plantar en un jardín y qué ha de permanecer en su lugar en el bosque. Apresé serpientes y me instruí en el modo de extraer el veneno de sus dientes. Llegué a hacer que una gota de veneno saliera del aguijón de una avispa. Curé un árbol enfermo y di muerte a una yedra venenosa con un toque de mi mano.

Sin embargo, Eetes tenía razón: mi gran don era la transformación, y siempre era a ello adonde acudían por sí solos mis pensamientos. Me planté delante de una rosa y se convirtió en un iris. Un brebaje vertido en las raíces de un fresno lo transformó en una encina. Hice que toda la leña acumulada se volviera de fresno para que su aroma impregnara mi casa cada noche. Capturé una abeja y la convertí en sapo, y a un escorpión en ratón.

Fue entonces cuando descubrí mis limitaciones. No importaba lo fuerte que fuera la mezcla, o lo bien hilado que estuviera el hechizo; el sapo seguía intentando volar, y el ratón, atacar con su cola: la transformación solo alteraba sus cuerpos, no sus mentes.

Pensé entonces en Escila: ¿seguía su yo de ninfa habitando dentro del monstruo de seis cabezas? ¿O acaso las plantas surgidas de la sangre de los dioses hacían que la transformación fuese completa? No podía saberlo. Dije en alto: *Allá donde estés, espero que encuentres satisfacción.*

Ahora sé que así es.

\* \* \*

Un día de aquellos me adentré en la parte más espesa del bosque. Me encantaba pasear por la isla, descender a las costas y subir a mis lugares favoritos, buscando musgos ocultos, helechos y enredaderas y recolectando hojas para mis encantamientos. Era al final de la tarde, y mi cesta estaba repleta. Llegué a un arbusto y me encontré con un jabalí.

Sabía desde hacía tiempo que había cerdos salvajes en la isla. Había oído sus gruñidos y había visto arbustos quebrados, y a menudo me había encontrado con algún rododendro pisoteado o un grupo de árboles jóvenes arrancados de raíz. Este era el primero que veía.

Era enorme, más grande de lo que imaginaba que pudiera ser un jabalí. Su columna se alzaba empinada y negra como las crestas del monte Cinto, y sus

lomos estaban cruzados de cicatrices producidas en luchas salvajes. Solo los héroes más valientes se enfrentan a esta clase de criaturas, y, cuando lo hacen, van armados con lanzas y perros, arqueros y ayudantes, y, por lo general, les acompañan media docena de guerreros. Yo no llevaba encima más que mi cuchillo de podar y mi cesta, y no tenía a mano ninguna pócima mágica.

Él pisó fuerte, y de su boca cayó una espuma blanca. Bajó los colmillos e hizo rechinar las mandíbulas. Sus ojos porcinos dijeron: *Puedo partir en dos a cien jóvenes y mandar sus cadáveres de vuelta a sus madres llorosas. Te voy a sacar las tripas y me las comeré para almorzar.*

Lo miré fijamente a los ojos.

—Inténtalo —dije.

Siguió mirándome, y luego se dio la vuelta y se fue nerviosamente por entre la maleza. Os lo juro por mis hechizos: ese fue el instante en que me sentí bruja por primera vez.

De noche, junto a la hoguera, pensé en esas diosas saltarinas que llevan pájaros sobre los hombros o que siempre tienen un cervatillo olisqueando sus manos o correteando delicadamente tras ellas. «Las dejaría en ridículo», pensé. Ascendí a los picos más altos y encontré un rastro solitario: aquí había una flor aplastada, allá algo de tierra removida y alguna corteza arrancada. Había elaborado una poción con azafrán, jazmín amarillo, iris y raíz de ciprés extraída cuando la luna se encontraba en su cénit. La rocié mientras entonaba: *Yo te invoco.*

Ella entró como una ola por mi puerta al siguiente anochecer; tenía los músculos de los hombros duros como piedras. Se echó junto al fuego y me lamió los tobillos con su áspera lengua. De día me traía conejos y peces. Por la noche lamía la miel que le daba en mis manos y se dormía a mis pies. A veces jugábamos, ella acechaba detrás de mí y luego saltaba para atacarme por el cuello. Entonces olía el aroma a almizcle caliente de su aliento y sentía el peso de sus patas delanteras en mis hombros.

—Mira —le decía mientras le enseñaba la daga que me había llevado del palacio de mi padre, la que estaba labrada con la cabeza de un león—. ¿Qué idiota fue el que hizo esto? Nunca han visto cómo eres realmente.

Ella hacía chasquear sus enormes fauces marrones con un bostezo.

Había un espejo de bronce en mi dormitorio que llegaba hasta el techo. Cuando pasaba por delante apenas me reconocía. Mi mirada parecía más

brillante, mi rostro se había afilado, y detrás de mí caminaba mi leona salvaje. Pensé en lo que dirían mis primos si me vieran: mis pies estaban sucios de trabajar en el jardín, el peplo atado a la altura de las rodillas, cantando con todo lo que daba mi frágil voz.

Cuánto me hubiera gustado tenerlos allí delante. Lo que hubiera dado por contemplar sus rostros atónitos al verme caminar entre manadas de lobos, sumergirme en las aguas en las que se alimentaban los escualos. Podía transformar un pez en un pájaro, pelear con mi leona y luego echarme sobre su vientre con la melena suelta. Quería escuchar sus gritos y resuellos. *¡Me ha mirado! ¡Me voy a convertir en rana!*

¿En verdad les había tenido miedo? ¿Realmente había pasado diez mil años rehuyéndolos como un ratón? Ahora entendía el atrevimiento de Eetes, el modo en que se había plantado ante nuestro padre como si fuera una imponente montaña. Cuando hacía mis embrujos, sentía esa misma envergadura y ese peso. Miré el curso del carro de mi padre, cruzando el cielo.

¿Y bien? ¿Qué tienes que decirme? Me echaste a los cuervos, pero resulta que los prefiero a vosotros.

No hubo respuesta, tampoco por parte de mi tía, la luna: cobardes. Tenía la piel radiante y los dientes apretados. Mi leona agitó la cola.

*¿Es que nadie se atreve? ¿Nadie va a plantarme cara?*

Ya veis, a mi manera, ansiaba lo que iba a suceder.



El sol se estaba poniendo, el rostro de mi padre ya estaba casi sumergido en los árboles. Me encontraba trabajando en el jardín, poniendo guías en los altos emparrados, sembrando romero y acónito. Canturreaba, además, una melodía al azar. La leona se encontraba echada en la hierba, con la boca ensangrentada por el urogallo que acababa de engullir.

—He de reconocer —dijo una voz— que me sorprende ver que eres tan sencilla después de tanta jactancia. Un jardín con flores y con trenzas. Pareces una campesina cualquiera.

El joven estaba apoyado en el muro de la casa, observándome. Llevaba el cabello suelto y enmarañado, su cara brillaba como una joya. Aunque no había luz que las iluminara, sus sandalias de oro resplandecían.

Sabía quién era, cómo no. Su rostro brillaba poderoso, de una manera inconfundible, intensa y aguda, como una espada desenvainada. Era un olímpico: el hijo de Zeus y su mensajero predilecto. El más molesto y sonriente de los dioses: Hermes.

Me estremecí, pero logré disimularlo. Las grandes divinidades huelen el miedo como los tiburones huelen la sangre, y te hacen trizas de la misma manera.

—¿Qué te imaginabas? —solté.

—Ya sabes —dijo girando una fina vara entre los dedos—, algo más vistoso: dragones, una tropa de esfinges danzantes, sangre cayendo del cielo...

Estaba acostumbrada a mis tíos de hombros anchos y blancas barbas, no a una belleza tan perfecta y natural. Cuando los escultores dan forma a la piedra, es en él en quien se inspiran.

—¿Es eso lo que se dice de mí?

—Claro. Zeus está convencido de que andas preparando venenos para todos nosotros; tú y tu hermano. Ya sabes lo preocupado que anda siempre. —Sonrió con complicidad, como si la ira de Zeus fuera tan solo una broma ligera.

—Así que vienes como espía de Zeus.

—Prefiero llamarlo «emisario», pero no, no es el caso. Mi padre no me necesita para ello. He venido porque mi hermano está enfadado conmigo.

—¿Tu hermano? —pregunté.

—Sí —contestó—, creo que habrás oído hablar de él.

Sacó una lira del interior de su capa, taraceada con oro y marfil, que brillaba como el amanecer.

—Me temo que le he robado esto —dijo— y necesito un lugar donde esconderme hasta que pase la tormenta. Esperaba que te apiadases de mí. Por una u otra razón, no creo que venga aquí a buscarme.

Se me erizó el vello de la nuca. Todo aquel que estuviera en sus cabales tenía pánico a la ira de Apolo, silenciosa como la luz del sol, mortífera como una peste. Tuve el reflejo de mirar por encima del hombro, para asegurarme de que no estaba ya avanzando hacia mí desde el cielo a grandes zancadas, apuntando con su flecha dorada a mi corazón. No obstante, había algo en mí que estaba harto del miedo y la intimidación, de mirar a los cielos y preguntarme qué es lo que me permitirían hacer.

—Pasa —dije abriéndole la puerta.

Había crecido escuchando historias de la audacia de Hermes: cómo, de niño, había salido de la cuna y había huido tras robar el ganado de Apolo; cómo había dado muerte al monstruoso centinela Argos después de lograr que sus cien ojos se quedaran dormidos; cómo podía extraer secretos de una piedra y hasta hechizar a dioses rivales para que hicieran su voluntad.

Todo ello era cierto. Era capaz de atraerte como si estuviera bobinando un hilo, de hacerte dar vueltas alrededor de una idea hasta provocarte carcajadas. Pocas veces había tratado con alguien realmente inteligente —solo había hablado un momento con Prometeo—, y en el palacio de Océano gran parte de lo que se consideraba inteligencia no era más que coquetería y perfidia. La mente de Hermes era infinitamente más aguda y rápida. Brillaba como la luz sobre las olas: deslumbraba hasta cegarte. Esa noche me entretuvo contándome historias sobre los dioses y sus locuras, una tras otra. El lujurioso Zeus transformándose en toro para seducir a una hermosa muchacha. Ares, el dios de la guerra, sometido por dos gigantes, que lo mantuvieron un año entero encerrado en una tinaja. Hefesto tendiendo una trampa a su esposa Afrodita, alzándola en una red de oro, desnuda y en compañía de su amante Ares, delante de todos los dioses. Lo contaba todo: sus absurdos vicios, sus peleas

de borrachos y sus insignificantes riñas a bofetadas; todo ello narrado con esa voz, escurridiza y siempre jovial. Me sentía desconcertada y confusa, como si me hubiera bebido uno de mis brebajes.

—¿No serás castigado por venir aquí y romper mi exilio?

Sonrió.

—Mi padre sabe que siempre hago lo que me place. De todas formas, no estoy rompiendo nada. Eres tú la que está confinada. Los demás podemos ir y venir a nuestro capricho.

Me sorprendió.

—Pero yo creía que... ¿No es el mayor castigo que se me podía imponer, obligarme a estar sola?

—Eso depende de quién venga a visitarte, ¿no? El exilio es el exilio. Zeus quería confinarte, y aquí estás. Tampoco pensaron mucho más allá.

—¿Cómo lo sabes?

—Estaba presente. Ver a Zeus y a Helios en plena negociación siempre es un perfecto pasatiempo; como dos volcanes intentando decidir si han de estallar o no.

Hermes había tomado parte en la gran guerra, me acordé entonces. Había visto el cielo arder y había dado muerte a un gigante cuya cabeza rozaba las nubes. Con toda su claridad, me resultaba perfectamente imaginable.

—Dime, ¿sabes tocar ese instrumento o solo lo has robado?

Pulsó las cuerdas con los dedos. Las notas comenzaron a brincar por los aires, brillantes y dulces como la plata. Las hilaba en una melodía con tanta facilidad que parecía el mismísimo dios de la música; la sala entera parecía encontrarse dentro del sonido.

Levantó la cabeza y el fuego le iluminó el rostro.

—¿Sabes cantar?

Esa era otra de sus cualidades: era capaz de sonsacarte todos tus secretos.

—Solo para mí —respondí—; mi voz no resulta agradable a los demás. Siempre me han dicho que suena como el graznido de una gaviota.

—¿Eso te han dicho? No me pareces una gaviota. Suenas como una voz mortal.

Debí de poner cara de asombro por su risotada.

—La mayoría de los dioses tienen una voz que se asemeja al trueno o a las rocas. A los humanos hay que hablarles con suavidad, porque, si no, se rompen en pedazos. Para nosotros las voces humanas suenan agudas y débiles.

Recordé lo amable que me había sonado la voz de Glauco la primera vez

que hablé con él. Lo había interpretado como una señal.

—No es común —me dijo—, pero a veces las ninfas nacen con voz humana. Ese es tu caso.

—¿Por qué no me lo ha dicho nadie? ¿Cómo puede ser? No tengo parte mortal, soy una titán.

—¿Quién sabe cómo funcionan las genealogías de los dioses? ¿Por qué no te lo dijeron antes? Porque seguramente lo ignoraban, sospecho. Paso más tiempo con los mortales que la mayoría de los dioses y me he acostumbrado a sus voces. Para mí no es más que otro aroma, como el condimento de una comida. Pero si vivieras entre los seres humanos, te darías cuenta enseguida: no te tendrían tanto miedo como al resto de nosotros.

En tan solo un minuto había desentrañado uno de los mayores misterios de mi existencia. Me llevé los dedos a la garganta, como si pudiera tocar la extrañeza que había en ella. *Una diosa con voz de mortal*. Estaba conmocionada y, aun así, había algo dentro de mí que parecía reconocerlo como cierto.

—Toca —dije, y comencé a cantar. La lira acompañaba mi voz con facilidad y subía el timbre para endulzar cada uno de mis fraseos. Cuando terminé, las llamas del hogar se habían reducido a ascuas y la luna estaba cubierta por un velo. Sus ojos resplandecían como gemas oscuras arrimadas a la luz; eran negros, señal de un profundo e intenso poder, el que procede del linaje de los dioses más antiguos. Por primera vez me sorprendí de lo extraño que es distinguir entre titanes y olímpicos, cuando los padres de Zeus, sin lugar a dudas, eran sendos titanes, y el abuelo del propio Hermes era el titán Atlas. Por nuestras venas corría la misma sangre.

—¿Sabes cómo se llama esta isla? —pregunté.

—Mal dios de los viajeros sería si no conociera el mundo entero.

—¿Me lo podrías decir?

—Se llama Eea —respondió.

—Eea —repetí paladeando el sonido de la palabra, suave, y se plegaba quedo, como unas alas en el aire nocturno.

—¿Te suena? —dijo observándome con atención.

—Claro. Es el lugar en el que mi padre se alió con Zeus, dando prueba de su lealtad. En el cielo que lo cubre, derrotó a un titán gigante y derramó su sangre sobre la tierra de la isla.

—¡Qué coincidencia! —exclamó—. ¡Que tu padre te haya mandado a esta isla entre todas las que hay!

Sentía como su poder escudriñaba mis secretos. En el pasado, me hubiera apresurado a ofrecerle una copa rebosante de respuestas, a entregarle todo lo que él quisiera. Ya no era la misma. No le debía nada. Solo obtendría de mí lo que yo deseara darle.

Me puse de pie y delante de él. Podía sentir mis ojos, amarillos como piedras en el lecho de un río.

—Dime, ¿cómo sabes que tu padre se equivoca respecto a mis venenos? — le solté—. ¿Cómo sabes que no te voy a drogar cuando estés sentado?

—No lo sé.

—¿Y aun así no te da miedo quedarte aquí?

—No sé lo que es el miedo.

Y así fue como nos convertimos en amantes.

Hermes regresó a menudo en los años siguientes, aleteando al atardecer. Traía manjares de los dioses: vino robado de los mismísimos lagares de Zeus, la miel más dulce del monte Hybla, en el que las abejas solo liban flores de tomillo y de tilo. Nuestras charlas eran muy agradables, tanto como nuestras cópulas.

—¿Tendrás un hijo mío?

—Jamás de los jamases —respondía riéndome.

No se molestaba. Le gustaba esa mordacidad; no había nada en él que pudieras llegar a herir. Solo preguntaba por curiosidad, porque en su naturaleza estaba encontrar respuestas, presionar en busca de la debilidad de los demás. Quería ver cuán encandilada estaba con él, pero yo había perdido la capacidad de enamorarme. No me quedaba tumbada soñando con él durante el día, no repetía su nombre en mi almohada. No era un esposo, apenas siquiera un amigo. Era una serpiente venenosa y yo era otra, y en esos términos nos complacíamos.

Me traía las noticias que me había perdido. En sus viajes recorría todas y cada una de las regiones del mundo, recogiendo cotilleos como los bajos de la ropa recogen mugre. Sabía en qué festines bebía Glauco. Se enteraba de lo alto que brotaban los chorros de las fuentes de leche de la Cólquide. Me dijo que Eetes estaba bien y que iba vestido con una capa de piel de leopardo teñida. Se había casado con una mortal y tenían una niña en crianza y otra en gestación. Pasífae seguía reinando en Creta con sus pócimas y, entre tanto, había parido un ejército de hijos para su esposo: media docena de herederos y

otras tantas hijas. Perses seguía en el este, resucitando muertos con baldes de ungüentos y sangre. Mi madre se había repuesto de sus lágrimas y había añadido a sus epítetos el de «Madre de brujas», jactándose de ello delante de mis tías. Nos reíamos de todo ello, y yo sabía que, cuando se marchaba, contaba historias sobre mí en cuanto tenía ocasión: mis uñas negras de tierra, mi leona y su olor a almizcle, los cerdos que habían empezado a acudir a mi puerta en busca de desperdicios y para que les rascara el lomo. Y, claro está, como me había echado en sus brazos como una virgen ruborizada. ¿Y qué? No me había ruborizado, pero todo lo demás era cierto.

Le fui haciendo más preguntas: dónde estaba Eea y a qué distancia estaba de Egipto y Etiopía y de otros lugares interesantes. Le pregunté también cómo andaba mi padre de humor, cómo se llamaban mis sobrinos y sobrinas y qué nuevos imperios habían aparecido en el mundo. Él daba respuesta a todas mis preguntas, pero cuando le pregunté cuán lejos me encontraba de las flores que había dado a Glauco y Escila, se rio de mí. *¿Crees que voy a afilarle las garras a la leona?*

Entonces dije con todo el desinterés que pude:

—¿Y qué hay del viejo titán Prometeo en su roca? ¿Qué tal le va?

—¿Cómo le va a ir? Todos los días pierde el hígado.

—¿Todavía? Nunca entendí por qué Zeus se enfadó tanto con él por ayudar a los mortales.

—Dime —contestó—, ¿quién hace mejores ofrendas: un hombre miserable o uno feliz?

—Uno feliz, está claro.

—Te equivocas —replicó—. Un hombre feliz está demasiado ocupado en sus asuntos. No considera que esté en deuda con nadie. Eso sí, haz que pase frío, mata a su mujer, deja lisiados a sus hijos y entonces sabrás de su existencia. Hará que su familia pase hambre durante un mes para comprarte un ternero de un año, todo blanquito. Y si puede pagarlo, te comprará un centenar.

—Pero, entonces —objeté—, finalmente tendrás que recompensarlo por ello. Si no, dejará de hacer ofrendas.

—Te sorprendería saber cuánto llega a aguantar, pero sí, al final, es mejor darle algo. Así estará de nuevo contento y uno puede empezar otra vez.

—Así pasan sus días los olímpicos, pensando en cómo hacer que la vida de los humanos sea miserable.

—No hay ninguna razón para actuar con justicia —sentenció—. Tu padre es el más claro ejemplo; arrasaría una población entera si pensara que podría

sacar de ella otra vaca.

¿Cuántas veces me había jactado en mi interior de las ofrendas que se amontonaban en los altares de mi padre? Levanté mi copa y bebí, para que no se diera cuenta del rubor que cubrió mis mejillas.

—Me imagino que irás a visitar a Prometeo —le solté—. Tú con tus alas. Llévale algo que le alivie.

—¿Por qué habría de hacerlo?

—Por cambiar, está claro. Por hacer tu primera buena acción en una vida tan disoluta. ¿No tienes curiosidad por saber qué se siente?

Se rio y yo no insistí más. No dejaba de ser un olímpico, hijo de Zeus. Me dejaba tomarme esas libertades porque le hacían gracia, pero una nunca sabe cuándo van a dejar de hacérsela. Es posible domesticar una serpiente para que coma de tu mano, pero nadie le va a quitar nunca el gusto por morder.

La primavera se convirtió en verano. Una noche en que Hermes y yo estábamos entretenidos con el vino, le pregunté finalmente por Escila.

—¡Ah! —Apareció un destello en sus ojos—. Me preguntaba cuándo llegaríamos a ella. ¿Qué quieres saber?

¿Es infeliz? Pero se hubiera reído de mí por una pregunta tan plañidera, y con toda razón. Mis artes mágicas, la isla, la leona, todo ello era producto de su transformación. No era honesto lamentarme de lo que me había dado aquella vida.

—No he sabido qué sucedió con ella después de que se sumergiera en el mar. ¿Sabes dónde está?

—No muy lejos de aquí: a una jornada de viaje en barco humano. Ha encontrado un estrecho en el que se siente cómoda. A un lado hay un remolino que se traga barcos, peces y todo lo que pase por allí; al otro, un acantilado con una cueva en el que puede esconder la cabeza. Los barcos que logran sortear el remolino acaban directos en sus fauces, y de eso se alimenta.

—¿Se alimenta? —pregunté.

—Sí. Se come a los marineros, a seis de una vez, uno por boca, y si los remeros son lentos, le da tiempo a capturar a doce. Pocos intentan defenderse, pero imagínate lo que pasa con ellos. Se pueden oír sus gritos desde bastante lejos.

Me quedé helada en mi asiento. Siempre me la había imaginado sumergida en las profundidades, chupándoles su fría sangre a los calamares, pero no, a Escila siempre le había gustado la luz del día. Le encantaba hacer llorar a los demás, y ahora era un monstruo voraz lleno de colmillos y pertrechado de

inmortalidad.

—¿Y nadie puede hacerle frente?

—Zeus podría y también tu padre, si quisieran, pero ¿por qué iban a hacerlo? Los monstruos son una bendición para los dioses; imagínate cuántas súplicas.

Se me cerró la garganta. Esos hombres que había devorado eran marineros, como lo había sido Glauco, harapientos, desesperados, macilentos y temerosos. Todos muertos. Todos convertidos en humo frío por mi mano.

Hermes me miraba fijamente. Tenía la cabeza ladeada como un pájaro que observa. Esperaba ver mi reacción. ¿Me desharía en lágrimas o actuaría como una harpía con el corazón de piedra? No cabía respuesta intermedia; ninguna otra podía encajar plenamente en el hilarante relato con el que deseaba narrar la escena.

Dejé caer la mano sobre la cabeza de la leona, sentí su poderoso y sólido cráneo bajo los dedos. Nunca dormía cuando Hermes estaba conmigo. Sus ojos permanecían entornados y atentos.

—A Escila nunca le bastó con uno —solté.

Hermes sonrió. *Una zorra con el corazón de piedra.*

—Quería contarte una cosa —prosiguió—. He oído una profecía referente a ti. Me la contó una anciana adivina que había abandonado su templo y andaba por los caminos prediciendo el futuro.

Estaba acostumbrada a sus rápidos cambios de tema y, en este caso, lo agradecí.

—¿Y daba la casualidad de que pasabas por allí cuando estaba hablando de mí?

—Evidentemente no. Le regalé una copa labrada en oro para que me contara todo lo que sabía acerca de Circe, hija de Helios y maga de Eea.

—¿Y bien?

—Me dijo que un hombre llamado Odiseo, nacido de mi sangre, llegaría un día a tu isla.

—¿Qué más?

—Eso es todo —respondió.

—Es la peor profecía que he oído en mi vida —dije.

—Ya —suspiró—. Y yo tengo una copa menos.

No soñaba con él, como ya he dicho. Tampoco trenzaba su nombre con el mío. Nos acostábamos al anochecer y a medianoche se marchaba. Entonces yo me levantaba y recorría mis bosques. A menudo mi leona me seguía el paso.



Mi más intenso placer era pasear con la brisa fresca y sentir cómo la humedad de las hojas me rozaba las piernas; a veces me detenía para cosechar una flor u otra.

Sin embargo, aún esperaba la flor que realmente ansiaba. Dejé pasar un mes desde la primera vez que Hermes y yo habíamos hablado, y luego otro más. No quería que me observara. No era su lugar. Era el mío.

No llevaba antorcha. Mis ojos brillaban más en la oscuridad que los de las lechuzas. Paseaba entre los umbríos árboles, por los vergeles, los bosquecillos y matorrales, cruzaba los arenales y subía a los acantilados. Todos los pájaros estaban en calma, y también los animales salvajes. Lo único que se oía era el viento acariciando las hojas y mi propia respiración.

Y allí estaba, escondida entre el moho de las hojas caídas, bajo los helechos y los hongos: una flor diminuta, del tamaño de una uña, blanca como la leche; la sangre de ese gigante que mi padre había derramado desde el cielo. Arranqué un tallo de entre la maraña. Durante un instante, las raíces se aferraron al suelo antes de rendirse. Eran negras y espesas, y olían a metales y a sal. No conocía la flor ni su nombre, así que la llamé *moly*, raíz, con la antigua palabra del lenguaje de los dioses.

Padre, ¿eres consciente del regalo que me hiciste? Esa flor, tan delicada que se desintegra al pisarla, porta el inquebrantable poder de la *apotrope*, la capacidad de poner en fuga todos los males. La rompedora de maldiciones, protección y defensa de toda desgracia, adorada como una divinidad por su pureza. La única cosa del mundo de la que podía tener la certeza de que jamás se volvería contra mí.

Día tras día la isla se fue cubriendo de flores. Mi jardín trepaba por los muros de la casa, exhalaba su aroma en mis ventanas. Ya nunca cerré las contraventanas. Hacía lo que quería. Si me hubierais preguntado entonces, os habría dicho que era feliz. Pero no dejaba de acordarme.

Humo frío, por mi mano.

Había amanecido y el sol se alzaba entre los árboles. Yo me encontraba en el jardín, cortando anémonas para mi mesa. Los cerdos resoplaban entre sus desperdicios. Uno de los jabalíes se puso agresivo, dando empujones y gruñidos para hacer patente su autoridad. Le miré a los ojos.

—Ayer te vi soplando burbujas en el arroyo y anteayer la cerda de la piel moteada te mandó de vuelta con un mordisco en la oreja y listo. Así que más vale que te comportes.

El jabalí bufó, se echó sobre el vientre y se calmó.

—¿Hablas con los cerdos cuando no estoy presente?

Allí estaba Hermes, con su capa de viaje y su sombrero de ala ancha inclinado sobre los ojos.

—Me gusta pensar que es al revés —repliqué—. ¿Qué te trae por aquí bajo la clara luz del sol?

—Se acerca un barco —dijo—. Pensé que querrías saberlo.

—¿Hacia aquí? —Me puse en pie—. ¿Qué barco?

Sonrió. Siempre le encantaba verme confusa.

—¿Qué me das si te lo digo?

—Vete de aquí —contesté—. Te prefiero de noche.

Se rio y desapareció.

\* \* \*

Me obligué a seguir con mi rutina habitual de la mañana, por si acaso Hermes me observaba, pero me encontraba nerviosa, con una tensa anticipación. Mis ojos se iban continuamente hacia el horizonte: un barco, un barco con tripulantes que divertían a Hermes. ¿De quién se trataría?

Llegaron en mitad de la tarde, surgiendo del espejo brillante que formaban las olas. La embarcación era diez veces mayor que la de Glauco e incluso a distancia se podía ver su exquisita construcción: de formas elegantes, pintada de colores vivos y con un enorme mascarón de proa. Avanzaba cortando el

perezoso aire hacia donde yo me encontraba, con los remeros batiendo sus palas sin tregua. Conforme se acercaban, volví a sentir esa familiar inquietud en la garganta. Eran mortales.

Los marineros echaron el ancla y un hombre saltó desde el costado de la embarcación y se acercó chapoteando a la orilla. Avanzó por la franja que unía la playa y el bosque hasta que dio con un camino, una pequeña senda hecha por los cerdos que ascendía por las puntas de los acantos y los bosquecillos de laureles, dejando atrás los matorrales de espinos. Lo perdí de vista durante un rato, pero sabía adónde conducía el sendero, así que esperé.

Se detuvo al ver a mi leona, pero solo un instante. Con hombros tensos e indomables se arrodilló ante mí en un claro de hierba. Me di cuenta de que lo conocía. Estaba más viejo y en la piel de su rostro había más arrugas, pero era el mismo hombre; aún iba afeitado y su mirada era limpia. De entre todos los mortales que hay en la tierra, los dioses solo conocen a unos pocos por su nombre. Tenemos que ser prácticos; para cuando nos aprendemos sus nombres ya están muertos. Solo los astros nos llaman la atención. Los mortales simplemente destacables apenas sois motas de polvo para nosotros.

—Mi señora —se dirigió a mí—, siento molestarte.

—Aún no lo has hecho —repliqué—. Ponte en pie, por favor, si lo prefieres.

Si percibió mi voz mortal, no dio indicio alguno. Se puso en pie, no voy a decir que con elegancia, porque su cuerpo era demasiado robusto para ello, pero sí con facilidad, como una puerta que pivota sobre una bisagra bien ajustada. Sus ojos se encontraron con los míos sin pestañear. «Está acostumbrado a tratar con dioses —pensé—, y también con brujas.»

—¿Qué es lo que trae al célebre Dédalo a mis costas?

—Es un honor que me reconozcas. —Su voz sonó firme como el viento del oeste, cálido y constante—. Vengo a transmitirte un mensaje de tu hermana. Está embarazada y se acerca el momento del parto. Te pide que asistas al alumbramiento.

—¿Estás seguro de haber venido al lugar correcto, mensajero? —pregunté mirándolo fijamente—. Entre mi hermana y yo jamás ha habido cariño.

—No me manda a buscarte por cariño —replicó.

Soplaba una brisa cargada con el aroma de las flores de los tilos. Tras su paso, el cenagoso hedor de los cerdos.

—Me han llegado noticias de que mi hermana ha dado a luz a una docena de criaturas y que cada una ha sido más fácil que la anterior. No puede morir

en un parto, y sus hijos crecen con la fuerza que les otorga su sangre. ¿Para qué me necesita, entonces?

Él extendió las manos, de aspecto habilidoso y musculosas.

—Disculpa, mi señora, no puedo contar más, pero me ha ordenado que te diga que si tú no la ayudas, no podrá hacerlo nadie. Es el concurso de tu arte lo que solicita, mi señora. Tan solo el tuyo.

De modo que Pasífae se había enterado de mis poderes y había decidido que podían serle de utilidad. Era el primer cumplido que había recibido de ella en toda mi vida.

—Tu hermana me ha pedido que te diga además que tu padre le ha dado permiso para ello. Se te dispensa de tu exilio en este caso.

Fruncí el ceño; esto era extraño, muy extraño. ¿Qué podía ser tan importante como para que ella acudiera a mi padre a pedirle este favor? Y si lo que necesitaba era magia, ¿por qué no acudía a Perses? Me parecía una artimaña, pero no entendía por qué iba a tomarse esa molestia mi hermana. Yo no suponía ninguna amenaza para ella.

Sentí la tentación. En parte por curiosidad, por supuesto, pero no solo. Aquello suponía una oportunidad para enseñarle a mi hermana en qué me había convertido. Ya no iba a caer en cualquier trampa que pudiera tenderme; nunca más.

—Qué alivio, un indulto temporal —dije—. No puedo esperar a que me liberen de esta terrible prisión.

Las colinas a nuestro alrededor estaban primaveralmente espléndidas. Dédalo no sonrió.

—Hay algo más... Me han indicado que te dijese que nuestro camino pasa por el estrecho.

—¿Qué estrecho?

Ví la respuesta escrita en su rostro: las ojeras bajo los ojos, la aflicción y el agotamiento.

—Donde habita Escila. —Una náusea me invadió la garganta.

Él asintió.

—¿Y también te ordenó que vinieses por ese camino?

—Así es.

—¿Cuántos hombres has perdido?

—Doce —contestó—. No fuimos lo bastante rápidos.

¿Cómo podía haberme olvidado de quién era mi hermana? Nunca se rebajaría a pedir un favor, siempre te obligaría a cumplir su voluntad a golpe

de látigo. Me la imaginaba perfectamente, riéndose y pavoneándose delante de Minos. *Por lo que sé, Circe se vuelve loca con los mortales.*

La odié más que nunca. Todo esto era una crueldad. Me imaginé entrando ofendida en mi casa, cerrando de golpe el gran portón. *Lo siento por ti, Pasífae. Búscate a otra imbécil.*

Pero entonces morirían otros seis o doce hombres.

Me burlé de mí misma. ¿Quién había dicho que fueran a vivir si acudía a su llamada? No conocía ningún hechizo que protegiera de monstruos. Escila montaría en cólera nada más verme y su furia caería con más violencia sobre ellos.

Dédalo me observaba atentamente, su rostro sombrío. Detrás de sus hombros, a lo lejos, el carro de mi padre se sumergía en el mar. En los polvorientos salones de los palacios, los astrónomos escudriñaban aún ahora la gloria de su crepúsculo, con la esperanza de que sus cálculos fueran correctos. La visión del hacha del verdugo hacía temblar sus rodillas.

Recogí mis ropas y las cosas de primera necesidad en un hatillo. Salí y cerré la puerta. No podía hacer otra cosa. La leona se cuidaría sola.

—Estoy lista —exclamé.

No conocía esa clase de barco, tan esbelto y bajo respecto del agua. Su casco estaba bellamente pintado con olas redondas y curvos delfines, y en la popa había un pulpo que desplegaba sus serpenteantes tentáculos. Mientras el capitán levaba el ancla, me acerqué a la proa para examinar el mascarón que había visto de lejos.

Era una joven bailarina con un vestido de danza. En su cara se reflejaba una expresión de sorpresa y gozo: los ojos muy abiertos, los labios entreabiertos y el pelo suelto sobre los hombros. Tenía las pequeñas manos entrelazadas sobre el pecho y se sostenía en equilibrio sobre los pies como si la música estuviera a punto de comenzar. Cada detalle de la figura —los rizos del pelo, los pliegues de sus ropajes— resultaba tan vivaz que parecía que en cualquier momento fuera a dar un brinco en el aire. No obstante, no era eso lo único que resultaba portentoso. La obra mostraba —no soy capaz de explicarlo— un atisbo de su naturaleza: la inquieta inteligencia de su mirada, la gracia y determinación de sus cejas, su entusiasmo y su inocencia, tan natural y verde como la hierba.

No tuve que preguntar quién era el artífice de esa obra. *Una maravilla en*

*el mundo de los mortales*, así era como mi hermano había definido a Dédalo, pero aquello era igualmente maravilloso en cualquier mundo. Examiné atentamente los deleites que proporcionaba, y a cada instante surgía uno nuevo: el pequeño hoyo de su barbilla, la forma del tobillo, rebosante de juventud.

Era una maravilla, pero llevaba también implícito un mensaje. Había crecido a los pies de mi padre y había aprendido a reconocer un alarde de poder cuando lo veía. Cualquier otro rey, en caso de tener un tesoro tal, lo hubiera guardado bajo custodia en la parte más segura de su palacio. Minos y Pasífae lo habían emplazado en un barco, expuesto al sol y al salitre, a los piratas, a la acción del mar y a los monstruos. Como diciendo: *No es gran cosa. Tenemos miles iguales; mejor aún, tenemos al hombre que los hace.*

El golpe de tambor me sacó de mi ensimismamiento. Los marineros se habían sentado en sus bancos, y comencé a sentir las primeras sacudidas del movimiento. Las aguas de la ensenada comenzaron a quedar atrás. Mi isla iba disminuyendo poco a poco.

Miré a los hombres que se encontraban en la cubierta a mi alrededor. Eran treinta y ocho en total. En la popa había cinco guardias ataviados con capas y corazas doradas. Sus narices resultaban bastas, deformadas por numerosas fracturas. Me acordé de cuando Eetes hablaba de ellos con desdén: *los matones de Minos, vestidos como princesas*. Los remeros eran lo mejor de la poderosa flota de Cnosos, tan robustos que los remos parecían diminutos en sus manos. Alrededor de ellos, los demás marineros se movían ágiles de un lado a otro para levantar un toldo que nos protegiera del sol.

En la boda de Minos y Pasífae había visto de lejos y de manera borrosa a una masa de seres humanos, tan parecidos unos a otros como las hojas de un árbol. Sin embargo, allí, bajo el cielo, cada rostro poseía una firme singularidad; uno era basto, otro suave, otro llevaba barba y tenía la nariz aguileña y la barbilla estrecha. En ellos había cicatrices, durezas y arañazos, arrugas que había dibujado el paso del tiempo y mechones de pelo. Uno se había enrollado una tela húmeda alrededor del cuello para aliviarse del calor; otro llevaba un brazalete hecho por manos infantiles, y la forma de la cabeza de un tercero recordaba a la de un camachuelo. Me entró vértigo cuando me di cuenta de que esto no era sino una fracción de una fracción de todos los humanos que había engendrado el mundo. ¿Cómo podía mantenerse tanta variedad, tal producción de mentes y rostros? ¿No se había vuelto loca la Tierra?

—¿Quieres sentarte? —me preguntó Dédalo.

Me di la vuelta, agradecida por el alivio que me proporcionaba ver un único rostro. No se podía decir que Dédalo fuera bello, pero sus rasgos mostraban una agradable solidez.

—Prefiero seguir de pie —contesté. Señalé al mascarón de proa—. Es hermosa.

Él agachó la cabeza, a pesar de ser un hombre acostumbrado a ese tipo de elogios.

—Gracias.

—Dime una cosa, ¿por qué mi hermana te tiene bajo custodia?

Al subir a bordo, el guardia más corpulento, el jefe, le había cacheado con rudeza.

—¡Ah! —sonrió ligeramente—. Minos y Pasífae tienen miedo de que no aprecie del todo su... hospitalidad.

Me acordé de lo que me dijo Eetes: *Pasífae lo tiene cautivo*.

—Seguro que has tenido ocasiones para escaparte de ellos.

—Muchas, pero Pasífae tiene algo mío que no estoy dispuesto a abandonar.

Esperé a que me contara qué, pero no lo hizo. Sus manos estaban apoyadas en la barandilla. Tenía los nudillos magullados y sus dedos eran un criadero de marcas blancas de cicatrices, como si los hubiera metido entre maderos astillados o fragmentos de vidrio roto.

—Y en el estrecho... ¿viste a Escila? —pregunté.

—No directamente. El acantilado quedaba oculto por la espuma y la niebla y ella se movía demasiado rápido. Seis cabezas atacando dos veces, con dientes del tamaño de una pierna.

Me había fijado en las manchas que había en la cubierta. Las habían frotado a fondo, pero la sangre había penetrado en la madera; era todo lo que quedaba de doce vidas. Mi estómago se retorció por la culpa, tal y como había planeado Pasífae.

—Has de saber que fui yo quien lo hizo —dije—. La que convirtió a Escila en lo que es ahora. Por ello me mandaron al exilio, y por ello mi hermana te ha hecho tomar esta ruta.

Lo miré fijamente, intentando encontrar en su rostro una huella de sorpresa, rechazo o incluso miedo, pero se limitó a asentir.

—Ya me contó.

¿Cómo no iba a hacerlo? Era una envenenadora nata; quería asegurarse de que yo quedase como una malvada, no como una salvadora, pero en esta

ocasión tenía razón.

—Hay algo que no entiendo —continué—. A pesar de su crueldad, mi hermana no suele ser estúpida. ¿Por qué se arriesga a perderte mandándote de recadero?

—Me lo he ganado a pulso. Me han prohibido decir más, pero cuando lleguemos a Creta creo que lo entenderás. —Luego vaciló—. ¿Crees que hay algo que se pueda hacer contra ella? ¿Contra Escila?

Sobre nuestras cabezas el sol quemaba los últimos jirones de nubes. Los hombres jadeaban por el calor, incluso debajo del toldo.

—No sé —contesté—. Lo intentaré.

Permanecimos en silencio junto a la bailarina mientras el mar chocaba y caía.

Esa noche acampamos en la costa de una floreciente tierra verde. Alrededor de las hogueras, los hombres se mantenían en un tenso silencio, un temeroso silencio. Se podían oír sus suspiros, los tragos de vino pasando por sus gargantas. Nadie quería pasar la noche en vela imaginando el mañana.

Dédalo había delimitado un pequeño espacio para mí con una estera, pero no me eché. No podía soportar el hecho de estar rodeada de la ansiedad que respiraban aquellos cuerpos.

Me resultaba extraño caminar por una tierra que no fuera la mía. Donde pensaba que podía encontrar un bosquecillo, no había más que un matorral; donde pensaba que habría cerdos, enseñaba los dientes un tejón. El terreno era más llano que el de mi isla; los bosques, menos altos; las flores aparecían en otras combinaciones. Vi un almendro amargo, un cerezo en flor. Mis dedos ardían en deseos de cosechar su enorme poder. Me agaché y cogí una amapola, solo para sostener su color en mis manos. Sentí el latido de sus semillas negras. *Venga, haz magia con nosotras.*

No hice caso. Pensaba en Escila, intentando hacerme una imagen a partir de los diversos relatos que había escuchado sobre ella: seis bocas, seis cabezas, doce pies que colgaban. Mas cuanto más lo intentaba, más se alejaba su imagen. En lugar de ello, veía su rostro tal y como lo había visto en nuestros salones, redondo y sonriente. La curva de su muñeca se asemejaba al cuello de un cisne. Su barbilla se inclinaba con delicadeza para susurrar algún cotilleo al oído de mi hermana. Junto a ellas, mi hermano Perses se sentaba con una sonrisa de suficiencia. Solía jugar con el pelo de Escila, enrollándolo en uno



de sus dedos. Entonces ella se giraba y le daba un golpe en el hombro, y la palmada resonaba por todo el salón. Ambos se reían; les encantaba ser el centro de atención. Recordaba que me preguntaba por qué a mi hermana no le molestaban aquellos despliegues, pues no permitía que nadie más que ella se acercase a Perses. Pero se limitaba a mirar y sonreír.

Pensé que, durante todos esos años, había vivido como un topo ciego en los salones del palacio de mi padre, pero ahora era capaz de recordar un mayor número de detalles. La túnica verde que Escila solía ponerse en fiestas especiales, sus sandalias de plata con lapislázuli en las tiras. Tenía un alfiler rematado con la imagen de un gato con el que se recogía el pelo por encima de la nuca. Se lo habían traído de... Tebas, supongo. De la Tebas egipcia, algún admirador de allí, algún dios con cabeza de animal. ¿Qué habría sido de aquella fruslería? ¿Estaría aún en la hierba junto al agua, con los restos de sus ropajes?

Había llegado a una pequeña elevación del terreno en la que había un bosque de álamos negros. Caminé entre sus troncos cubiertos de surcos. Uno de ellos había sido alcanzado por un rayo hacía poco y su corteza tenía una herida, carbonizada y rezumante. Puse un dedo en la savia quemada. Sentí su fuerza y me lamenté de no haber traído otro recipiente para recogerla. Pensé en Dédalo, ese hombre recto con fuego en sus huesos.

¿Qué sería aquello que no estaba dispuesto a abandonar? Al mencionarlo, su rostro había adoptado una expresión de preocupación y había colocado sus palabras con cautela, como si fueran las teselas de una fuente. «Seguramente se trate de un amante», pensé, una hermosa sirvienta del palacio o quizá un joven y bello palafrenero. Mi hermana podía oler esos enredos desde un año antes. Quizá incluso había sido ella misma quien los había metido en su cama, como anzuelo para capturar al pez. Sin embargo, a medida que intentaba imaginarme sus rostros, me di cuenta de que no creía que fuera eso. Dédalo no tenía el aspecto de un hombre recién enamorado, ni de un viejo amante, con una mujer a su lado desde mucho tiempo atrás. No podía imaginármelo en pareja, únicamente soltero y solo. ¿Acaso se trataba de oro, entonces? ¿De uno de sus inventos?

Pensé: «Puede que me entere si logro que sobreviva al día de mañana».

La luna pasaba sobre nuestras cabezas y la noche avanzaba con ella. La voz de Dédalo resonó de nuevo en mis oídos. *Dientes del tamaño de una pierna*. El miedo me heló la sangre, ¿qué me había creído? ¿Que me podía enfrentar a una criatura así? La garganta de Dédalo quedaría destrozada y trozos de mi

propia carne acabarían colgando de sus bocas. ¿En qué me convertiría yo después de que acabara conmigo? ¿Ceniza? ¿Humo? En huesos inmortales hundiéndose en las profundidades marinas.

Mis pies llegaron a la orilla. Caminé por ella, fría y gris. Escuché el murmullo de las olas, los graznidos de las aves nocturnas, pero, si soy honesta, era mucho más lo que estaba escuchando: esa rápida ráfaga de aire que había aprendido a reconocer. A cada momento esperaba que el sereno Hermes se posara a mi lado, provocándome entre risas. *Entonces, hechicera de Eea, ¿qué plan tienes para mañana?*

Consideré la posibilidad de pedirle ayuda, de rodillas sobre la arena, con las palmas de las manos desplegadas hacia arriba. O quizá tirarlo al suelo y complacerle allí mismo, porque lo que más le gustaba era que lo sorprendieran. Me imaginaba lo que iría contando después. *Estaba desesperada: se echó encima de mí como una gata.* «Debería acostarse con mi hermana —pensé—, se gustarían mutuamente.» Por vez primera tuve la sensación de que ya se habían acostado. Quizá lo hacían a menudo y ambos se burlaban de lo aburrida que yo era. Quizá todo esto era idea de Hermes, y era por eso por lo que había venido por la mañana, para mofarse de mí y regodearse. Reproduje mentalmente nuestra conversación, escudriñando posibles significados. ¿Ves cuán rápido te conviertes en una idiota? Eso es lo que más deseaba: hacer que los otros dudaran, provocarles inquietud y preocupación, que se tropezaran tras sus pies danzarines. Me dirigí a la oscuridad, a cualquiera de las alas silenciosas que estuvieran merodeando por allí.

«Me da igual si te acuestas con ella. Hazlo también con Perses, que es el más bello de los dos. No te mereces que tenga celos de ti.»

Quizá estuviera escuchando, quizá no. No importaba: no acudiría. Era la mejor chanza para ver hasta dónde podía llegar yo, cuánto podía llegar a maldecir y pelear. Mi padre tampoco me ayudaría. Quizá Eetes, aunque solo fuese por exhibir sus poderes, pero se encontraba en el otro extremo del mundo. La capacidad que tenía de llegar hasta él era la misma que tenía de volar por los aires.

«Estoy más sola que mi hermana», pensé. Yo había llegado hasta aquí por ella, pero nadie iba a mover un dedo por mí. Este pensamiento me calmó. Al fin y al cabo, siempre había estado sola. Eetes y Glauco no habían sido más que parones en mi larga y constante soledad. Me arrodillé en el suelo y enterré los dedos en la arena. Sentí el roce de sus granos debajo de las uñas. Me

sobrevino entonces un recuerdo, el de mi padre hablando de nuestra vieja e inquebrantable ley respecto a Glauco: ningún dios puede deshacer lo que ha hecho otro.

Pero era yo la que lo había hecho.

La luna pasó sobre nosotros. Las frías bocas de las olas se cerraban alrededor de mis pies. «Elecampa», pensé. Ceniza, aceite de oliva y abeto blanco. Beleño negro con corteza de cornejo quemada y, como base, *moly*. *Moly*, para romper una maldición, para alejar ese mal pensamiento mío que había sido la causa primera de su transformación.

Me sacudí la arena y me puse de pie. De mi hombro colgaba el hato en el que llevaba mis cosas. Los recipientes repicaban suavemente a mi paso, como cabras sacudiendo sus cascabeles. Sentí como los aromas flotaban a mi alrededor, tan familiares como la palma de mis manos: tierra, raíces firmes, sal y sangre ferruginosa.

A la mañana siguiente, los hombres permanecían en silencio, con aspecto sombrío. Uno untaba grasa en los escálamos para evitar que chirriaran, otro frotaba las manchas de la cubierta, con el rostro enrojecido, no sabría decir si por el sol o por la angustia. En la popa, un tercer hombre de negra barba oraba y derramaba vino sobre las olas. Ninguno de ellos me miró; al fin y al cabo, era la hermana de Pasífae y hacía ya mucho tiempo que habían abandonado la esperanza de recibir ayuda alguna de su parte. Pero sentía su tensión condensándose en el aire, espesándolo, el terror asfixiante que aumentaba en ellos a cada momento. La muerte estaba cerca.

«No pienses en ello —me dije—. Si te mantienes serena, ninguno de ellos morirá hoy.»

El capitán de la guardia tenía los ojos amarillentos y el rostro hinchado. Se llamaba Polidamante y era alto y robusto, pero yo era una diosa y éramos de la misma altura.

—Necesito tu capa —le dije—, y también tu túnica, ya mismo.

Entrecerró los ojos y pude leer en ellos el «no» impulsivo. Con el tiempo llegué a conocer bien a esta clase de hombres, celosos de su pequeña parcela de poder, para los que yo era simplemente una mujer.

—¿Por qué? —preguntó.

—Porque no le deseo la muerte a tus compañeros. ¿Tú sí?

Mis palabras recorrieron la cubierta, y treinta y siete pares de ojos se

dirigieron hacia mí. Se quitó sus ropas y me las entregó. Eran las más refinadas que había a bordo, un llamativo manto de lana blanca con ribetes color púrpura que llegaba hasta el suelo de la cubierta.

—¿Puedo ayudarte? —Dédalo se puso a mi lado.

Le di la capa para que la mantuviera extendida. Yo me desvestí tras ella y me puse la túnica. Las sisas resultaban grandes y la zona de la cintura ondeaba. El olor ácido a carne humana me rodeó.

—¿Podrías ayudarme con la capa?

Dédalo me la colocó, sujetándola con un broche dorado en forma de pulpo. La tela pesaba como una manta y caía suelta de mis hombros.

—Siento decirlo, pero no pareces un hombre.

—No pretendo parecer un hombre —repliqué—. Busco parecerme a mi hermano. Escila lo amó en su día y quizá lo siga amando.

Me llevé a los labios la pasta que había preparado: jacinto y miel, flores de fresno y acónito machacadas con corteza de nogal. Había logrado generar ilusiones a partir de animales y plantas en otras ocasiones, pero nunca lo había probado conmigo misma, por lo que me entró un sentimiento de duda repentino y vertiginoso. Expulsé de mí ese pensamiento; el miedo al fracaso era la peor predisposición ante un hechizo. Me concentré en Perses: su rostro de holgazán petulante, sus músculos abultados y su cuello robusto, sus manos indolentes con sus largos dedos. Invoqué cada uno de estos rasgos, uno tras otro, deseando incorporarlos a mi ser.

Cuando abrí los ojos, Dédalo me miraba fijamente.

—Pon en los remos a los hombres más firmes —ordené. Mi voz también había cambiado, sonaba profunda y repleta de arrogancia divina—. No deben parar bajo ningún concepto. Pase lo que pase.

Asintió. Llevaba una espada y me fijé en que el resto de los hombres iban también armados con lanzas, dagas y rudimentarias mazas.

—No —dije en voz alta para que me escucharan en todo el barco—. Ella es inmortal. Vuestras armas no servirán para nada y necesitaréis tener las manos libres para mantener el barco en movimiento.

De inmediato se oyó el roce de las espadas al ser envainadas y el golpe sordo de las lanzas sobre el suelo. Hasta Polidamante obedeció, con su túnica prestada. Jamás en toda mi vida me habían mostrado tanta consideración. ¿Así era la vida de Perses? Pero ya podía distinguir la borrosa silueta del estrecho en el horizonte. Me dirigí a Dédalo.

—Escucha. Existe la posibilidad de que el hechizo no logre engañarla y me

reconozca. Si sucede así, aléjate de mí y haz que se alejen todos tus hombres.

Primero llegó la bruma, cerrada, húmeda y espesa, ocultando los acantilados y después el propio cielo. Apenas podíamos ver, y el sonido de succión que provenía del remolino llenaba nuestros oídos. Por supuesto, el remolino era la razón por la que Escila había elegido ese estrecho. Para evitar ser tragados por él, los barcos tenían que dirigir su rumbo hacia el acantilado que se encontraba frente a él, derechos a sus fauces.

Avanzamos a través del aire denso. Cuando entramos en el estrecho, el sonido se hizo más sordo, resonando en las paredes rocosas. Mi piel, la cubierta, la barandilla: todo estaba cubierto de rocío. El agua hizo espuma y un remo arañó la roca. Apenas un leve sonido, pero los hombres se encogieron como si hubieran oído un trueno. Por encima de nosotros, enterrada en la niebla, estaba la gruta, y en ella, Escila.

Avanzamos, o eso creía, pero ante tal oscuridad resultaba imposible determinar cuánto o a qué velocidad. Los remeros se estremecían a causa del esfuerzo y del miedo, y los escálamos chirriaban a pesar de estar engrasados. Conté los instantes. Sin duda debíamos encontrarnos ya debajo de ella. Se estaría arrastrando hacia la entrada de la gruta, olfateando la mejor carne. El sudor empapaba las túnicas de los hombres, sus hombros se hundían. Los que no remaban se agazapaban detrás de los cabos adujados, de la base del mástil, de cualquier protección que encontrarán.

Alcé los ojos y apareció ella.

Era gris como el aire, como el propio acantilado. Siempre había imaginado que se parecería a algo: a una serpiente, un pulpo o un tiburón, pero la realidad de su aspecto resultaba abrumadora, una inmensidad que a mi mente le costaba concebir. Sus cuellos eran mayores que los mástiles de los barcos. Sus seis cabezas boqueaban, espantosamente amorfas, como si fuesen de lava. Se relamía los dientes con negras lenguas del tamaño de una espada.

Sus ojos se detuvieron en los hombres, que estaban ajenos en su sudoroso terror. Ella se acercó reptando, deslizándose sobre las rocas. Sentí un fuerte hedor a reptil, nauseabundo como el olor a nidos subterráneos de gusanos. Sus cuellos se entrelazaron ligeramente en el aire y vi que de una de sus bocas colgaba y caía un brillante hilo de saliva. Su cuerpo no era visible. Estaba escondido en la bruma, junto con sus patas, esos espantosos apéndices sin huesos de los que hablara Selene tiempo atrás. Hermes me había contado

cómo, cuando descendía para alimentarse, se aferraba con ellas a las paredes interiores de la gruta, como los apéndices curvos de las patas de los cangrejos ermitaños.

Sus cuellos comenzaron a girar y a agruparse. Estaba a punto de atacar.

—¡Escila! —grité con mi voz divina.

Ella rugió. Su voz era un caos desgarrador, como si se tratara de mil perros aullando a la vez. Algunos remeros soltaron los remos para taparse los oídos. Al final de mi campo visual vi como Dédalo apartaba a uno de ellos y ocupaba su puesto. No era momento de preocuparme por él.

—¡Escila! —grité de nuevo—. Te habla Perses. He navegado un año entero para encontrarte.

Me miró; sus ojos eran unos agujeros inertes perforados en carne gris. Una de sus gargantas emitió un sonido ahogado. No tenía cuerdas vocales.

—La perra de mi hermana ha sido castigada con el exilio por lo que te hizo —dije—. Pero se merece un castigo mayor. ¿Cuál es la venganza que deseas? Dime. Pasífae y yo la llevaremos a cabo.

Me obligaba a hablar despacio, cada momento suponía otro golpe de remo. Ella clavó en mí sus doce ojos. Pude ver las manchas de sangre seca que tenía alrededor de la boca, los jirones de carne que aún le colgaban de los dientes. Sentí como la ira crecía en mi interior.

—Hemos estado buscando una cura para ti. Una droga poderosa que te devuelva tu ser. Te echamos de menos como eras.

Mi hermano nunca hubiera hablado así, pero no parecía importarle. Ella escuchaba, enrollándose y desenrollándose sobre las rocas, al mismo ritmo que avanzaba nuestra embarcación. ¿Cuántos golpes de remo llevábamos? ¿Una docena? ¿Cien? Veía cómo operaba su embotada mente. *¿Un dios? ¿Qué hace aquí un dios?*

—Escila —continué—. ¿Te la vas a tomar? ¿Tomarás la cura que te hemos conseguido?

Ella emitió un bufido. El aliento que salió de su garganta olía a podrido y quemaba como fuego. Pero ya había dejado de ser el foco de su atención. Dos de sus cabezas observaban a los hombres que remaban. Las demás comenzaron a hacer lo mismo. De nuevo los cuellos se agruparon.

—¡Mira! —grité—. ¡Aquí la tengo!

Levanté el frasco abierto en el aire. Solo un cuello se giró para verlo, pero con esto era suficiente. Alcé el brebaje y se lo lancé. Cayó en la parte posterior de sus dientes, y vi que su tráquea hacía un movimiento ondeante al

tragárselo. Pronuncié el hechizo para devolverla a su ser.

Durante un instante no sucedió nada. Entonces dio un alarido, un sonido capaz de partir el mundo entero en dos. Sus cabezas comenzaron a agitarse y se abalanzó hacia mí. Solo tuve tiempo de agarrarme con fuerza al mástil. «Corre», pensé en Dédalo.

Ella golpeó la popa del barco. La cubierta reventó en astillas y un tramo de regala saltó por los aires. Los hombres rodaban por el suelo a mi alrededor, y de no haberme aferrado al mástil, me habría caído. Oí a Dédalo gritando órdenes, pero no podía verlo. De nuevo los cuellos viperinos se habían echado hacia atrás y esta vez, lo sabía, no iba a fallar. Golpearía la cubierta del barco, partiéndolo en dos, y luego nos iría recogiendo del agua, uno a uno.

Pero el golpe no llegó. Sus cabezas se dieron de bruces contra las olas, por detrás de nosotros. Se agitaba, embistiendo contra el agua, dando tarascadas con esas monstruosas mandíbulas como un perro que pelea contra su correa. A mi confuso cerebro le costó un momento comprender qué era lo que estaba sucediendo: había alcanzado el límite de su atadura. Sus patas no podían extenderse más desde el lugar en el que se encontraban aferradas al interior de la gruta. Lo habíamos logrado.

Ella pareció darse cuenta al mismo tiempo que yo. Gritó de rabia, golpeando nuestra estela con sus cabezas, provocando olas gigantescas. El barco escoró, entraba agua por los costados y por la popa. Los hombres se aferraban a las maromas, rozando las aguas con las piernas, pero lograron aguantar, y con cada momento que pasaba estábamos más lejos.

Escila golpeó el acantilado entre aullidos de frustración, hasta que la niebla se cerró en torno a ella y desapareció.

Apoyé la cabeza en el mástil. Mis ropas se deslizaban de mis hombros. La capa me colgaba del cuello y la piel picaba del calor. El hechizo había finalizado. De nuevo era yo.

—Diosa.

Dédalo estaba de rodillas ante mí. Tras él, los demás hombres hacían fila arrodillados. Sus rostros —espesos y macilentos, con cicatrices, barbas y quemaduras— estaban grises y alterados. Mostraban heridas y contusiones por los golpes recibidos en la cubierta.

Apenas los había visto mientras tenía delante a Escila, con sus depredadoras bocas y aquellos ojos muertos, vacíos. No me había reconocido, pensé. Ni como Perses ni de ningún otro modo. Solo la novedad de que fuera un dios la había hecho detenerse un instante. Su mente había desaparecido.

—Mi señora —Dédalo se dirigió a mí—, haremos sacrificios en tu honor todos los días de nuestras vidas. Nos has salvado la vida. Has logrado que pasemos el estrecho sanos y salvos.

Los demás hombres repitieron sus palabras y murmuraron plegarias, con sus enormes manos abiertas hacia el cielo, como bandejas. Unos pocos apoyaban la frente en el suelo, a la manera oriental. Esa adoración era lo que mi raza demandaba por los favores concedidos.

La bilis ascendió por mi garganta.

—Imbéciles —grité—, soy la responsable de que exista esa criatura. Lo hice por orgullo y por una vana ilusión, ¿y vosotros me lo agradecéis? ¿Cuando han muerto doce de los vuestros y quedan miles por morir? Esa droga que le di es la más potente que tengo. ¿No lo entendéis, mortales?

Mis palabras abrasaron el aire. La luz de mis ojos cayó a plomo sobre ellos.

—Nunca me liberaré de ella. Nunca recuperará su ser, ni ahora ni nunca. Seguirá siendo lo que es ahora. Y se dará festines con vuestra raza por toda la eternidad. Así que poneos en pie. Poneos en pie y retomad vuestros remos, y que no vuelva a oíros hablar de vuestra estúpida gratitud o lo lamentaréis.

Se agitaron avergonzados como las frágiles tinajas que eran, tartamudeando palabras sin levantar la cabeza y arrastrándose hacia sus puestos. Por encima de nosotros, el cielo se desplegaba limpio de nubes y el calor aplastaba el aire contra la cubierta. Me arranqué la capa. Quería que el sol me quemara. Quería que me abrasara hasta los huesos.



Permanecí en la proa durante tres días. No volvimos a detenernos en ninguna otra isla. Los remeros trabajaban por turnos y descansaban en la cubierta. Dédalo reparó la barandilla, luego se incorporó a los turnos de remo. Siempre se mostraba amable; me ofrecía comida y vino, o un jergón, pero nunca se quedaba a mi lado. ¿Qué podía esperar? Había soltado toda mi ira sobre él como hubiera hecho mi padre. Otra cosa más que había echado a perder.

Llegamos a la isla de Creta al séptimo día, justo antes del mediodía. El sol se reflejaba con fuerza sobre las aguas, volviendo la vela incandescente. A nuestro alrededor los barcos se arremolinaban en la bahía: barcazas de Micenas, barcos de mercancías fenicios, galeras egipcias, hititas, etíopes y provenientes de los confines occidentales. Todos los mercaderes que surcaban estas aguas querían por clientela a la rica ciudad de Cnosos, y Minos era consciente de ello. Les daba la bienvenida, les abría sus amplios y seguros embarcaderos y mandaba a sus agentes para que cobraran por el privilegio de usarlos. Minos también era el dueño de los hospedajes y de los burdeles, por lo que hasta sus manos fluía un caudaloso río de oro y joyas.

El capitán fue derecho al primer embarcadero, abierto para la flota real. A mi alrededor retumbaban el ruido y la agitación de los muelles: hombres que corrían de un lado para otro, gritaban y lanzaban fardos a las dársenas. Polidamante cruzó unas palabras con la autoridad del puerto y luego se dirigió a nosotros:

—Tenéis que venir conmigo. Tú y el artesano.

Dédalo me cedió el paso con un gesto. Atravesamos los muelles siguiendo a Polidamante. Ante nosotros, las enormes escaleras de piedra caliza aparecían desdibujadas por el calor. Una corriente de hombres, siervos y nobles, pasaban a nuestro lado, con los hombros desnudos y oscurecidos por el sol. Arriba, el palacio de la poderosa Cnosos resplandecía sobre la colina como una colmena. Ascendimos. A mi espalda oía los jadeos de Dédalo y los de Polidamante, delante de mí. Los peldaños estaban desgastados por años de interminables carreras.

Finalmente, llegamos a la cima y cruzamos el umbral hacia el interior del palacio. La luz cegadora se desvaneció y mi piel se cubrió de una fría oscuridad. Dédalo y Polidamante vacilaron, parpadearon. Mis ojos no eran mortales y no necesitaban tiempo para adaptarse. Ante mí apareció la belleza del lugar, mayor incluso que la vez primera. El palacio tenía realmente el aspecto de una colmena; cada salón conducía a un aposento decorado y cada aposento se abría a otro salón. En los muros se abrían ventanas que permitían el paso de masas cuadradas de luz dorada. A los lados se desplegaban elaborados murales: delfines y mujeres sonrientes, muchachos recogiendo flores, robustos toros embistiendo con los cuernos. En el exterior, manaban fuentes plateadas en pabellones decorados con mosaicos, y los sirvientes se apresuraban en sus tareas entre columnas enrojecidas por la hematites. Encima de cada umbral colgaba una *labrys*, el hacha doble de Minos. Me acordé de que le había regalado un collar con un colgante en forma de *labrys* a Pasífae por su boda. Ella lo había cogido como si se tratara de un gusano, y cuando llegó el día de la ceremonia solo adornó su cuello con ónice y ámbar.

Polidamante nos guio por los serpenteantes pasillos que conducían a los aposentos de la reina. Esa zona del palacio era aún más fastuosa, con ricas pinturas ocres y azul cobrizo, pero las ventanas estaban tapadas. Iluminaban las estancias antorchas doradas y refulgentes braseros. Unos tragaluces ingeniosamente disimulados dejaban entrar la luz, pero no se atisbaba el cielo; obra de Dédalo, supuse. A Pasífae nunca le gustó la mirada fisgona de nuestro padre.

Polidamante se detuvo ante una puerta decorada con volutas que imitaban flores y olas.

—La reina se encuentra dentro —dijo, y llamó.

Esperamos en la umbría quietud. No se oía nada detrás de la pesada puerta de madera, pero me percaté de que Dédalo, a mi lado, respiraba de un modo irregular.

—Mi señora —se dirigió a mí en voz baja—, te he ofendido y te pido disculpas por ello, pero más lamento lo que te vas a encontrar dentro. Desearía que...

La puerta se abrió. Ante nosotros estaba una criada sin resuello; llevaba el pelo recogido al estilo cretense, con un moño en la parte superior de la cabeza.

—La reina está de parto —comenzó a decir, pero la voz de mi hermana la interrumpió.

—¿Son ellos?

Pasífae se encontraba acostada sobre un lecho púrpura en el centro de la estancia. Su piel brillaba de sudor y su vientre estaba hinchado de un modo extraño, con una protuberancia que parecía un tumor que sobresalía de su esbelta complexión. Había olvidado lo vivaz y hermosa que era. Incluso entre dolores, dominaba la estancia, atraía toda la luz hacia sí, haciendo que todo a su alrededor resultase pálido como un hongo. Siempre había sido la que más se parecía a nuestro padre.

—Doce muertos —dije entrando en la sala—. Doce hombres muertos por tus gracias y por tu vanidad.

Ella sonrió y se levantó para recibirme.

—Es justo que Escila tuviera la oportunidad de enfrentarse a ti, ¿no crees? Déjame adivinar: has intentado devolverla a su ser. —Se rio al ver la expresión de mi rostro—. ¡Sabía que lo harías! Has creado un monstruo y solo piensas en cuánto lo lamentas. *¡Ay, pobres mortales! ¡Les he puesto en peligro!*

Actuaba con la misma caprichosa crueldad de siempre. En cierto modo fue un alivio.

—Fuiste tú la que los puso en peligro —repliqué.

—Pero fuiste tú la que no pudo salvarlos. Dime, ¿lloraste cuando los viste morir?

—Te equivocas. —Me esforcé por mantener mi voz en un tono pausado—. No vi morir a ninguno. Esos doce murieron en el viaje de ida.

No se detuvo un instante.

—Qué más da. Morirán más en cada barco que pase por allí. —Comenzó a darse golpecitos con un dedo en la barbilla—. ¿Cuántos crees que morirán en un año? ¿Cien? ¿Mil?

Mostraba sus dientes de hurón a fin de que me acobardara como hacían las náyades en el palacio de Océano, pero no podía infligirme ninguna herida que no me hubiera infligido yo anteriormente.

—Esta no es la manera de obtener mi ayuda, Pasífae.

—¿Tu ayuda? Por favor. Soy yo la que te ha sacado de ese arenal de isla. He oído decir que duermes en compañía de leones y jabalíes, pero eso se puede considerar una mejora, ¿no? Después del calamar ese de Glauco.

—Si no me necesitas —protesté—, volveré feliz a mi arenal.

—¡Vamos, hermana! No seas tan amargada, solo es una broma. ¡Mira qué importante te has vuelto! ¡Has logrado esquivar a Escila! Sabía que lo

correcto era llamarte a ti, en lugar de al fanfarrón de Eetes. Y deja de poner esa cara. He ordenado que se entregue oro a las familias de los que no han vuelto vivos.

—El oro no restituye una vida.

—Se ve que no eres reina. Créeme, la mayoría de sus familias prefiere el oro. Ahora hay otra cosa que...

No terminó la frase. Gruñó y clavó las uñas en el brazo de la sirvienta que se encontraba de rodillas a sus pies. No me había fijado en la muchacha antes, pero ahora vi que la piel de su brazo estaba cubierta de arañazos y manchas de sangre.

—Sal de aquí —le dije a la criada—. Fuera todas. No podéis estar aquí.

Sentí una oleada de satisfacción cuando las sirvientas se marcharon a toda prisa.

—¿Y bien? —le pregunté cara a cara.

Su rostro mostraba una expresión de dolor.

—¿Qué crees que pasa? Han pasado días y no se ha movido. Hay que cortar y sacarlo.

Se apartó la ropa, mostrándome la hinchazón. Una ondulación recorrió la superficie de su vientre, de izquierda a derecha, y luego en dirección contraria.

Apenas tenía conocimiento de partos. Nunca había asistido a mi madre, ni a ninguna de mis primas. Me acordaba de algunas cosas que había oído.

—¿Has intentado apretar de rodillas?

—¡Por supuesto que sí! —gritó entre espasmos de dolor—. ¡He parido ocho hijos! ¡Corta de una puta vez!

Saqué de mi ható una pócima para los dolores.

—¿Eres tonta? No me vas a dormir como si fuera una niña. Dame corteza de sauce.

—El sauce es para los dolores de cabeza, no para cirugías.

—¡Que me lo des!

Se lo di y se bebió el frasco entero.

—Dédalo —ordenó—, coge el escalpelo.

Me había olvidado de que estaba allí. Se había quedado en silencio junto a la puerta.

—Pasífae —dije—, no seas retorcida. Me has mandado venir, deja que lo haga yo.

Ella soltó una carcajada violenta.

—¿Crees que me fío de ti con un cuchillo? Tu tarea viene después. De todas maneras, lo justo es que lo haga Dédalo. Él sabe por qué. ¿No es así, artesano? ¿Se lo vas a contar a mi hermana ahora o vamos a darle una sorpresa?

—Yo me encargo —me dijo Dédalo—. Es mi obligación.

Se acercó a la mesa y cogió el escalpelo. El filo de la hoja tenía el grosor de un pelo.

Ella lo agarró por la muñeca.

—Acuérdate de lo que haré si te equivocas.

Él asintió levemente, aunque era la primera vez que veía algo similar a la ira asomando por sus ojos.

Pasífae se pasó la uña por la parte inferior del vientre e hizo una marca roja.

—Aquí —dijo.

Hacía mucho calor en aquella sala cerrada. Tenía las manos pringosas de sudor. No sé cómo Dédalo se las apañó para manejar con destreza la cuchilla. Sajó con la punta la piel de mi hermana, y manó sangre roja y dorada. Sus brazos estaban tensos por el esfuerzo, su mandíbula, rígida. Le llevó mucho tiempo, porque la carne inmortal de mi hermana oponía resistencia, pero Dédalo siguió cortando con suma concentración. Finalmente, los relucientes músculos se abrieron y, debajo, la carne cedió, dando acceso al vientre de mi hermana.

—Te toca —dijo mirándome. Su voz sonaba ronca y rota—. Sácamelo.

El lecho estaba completamente empapado, y la sala entera cubierta del hedor dulzón que emanaba de su sangre inmortal. Desde que Dédalo había comenzado a sajar, el vientre de Pasífae había dejado de ondularse. Ahora se mostraba tenso. «Como si estuviera a la espera», pensé.

—¿Qué hay dentro? —pregunté mirando a mi hermana.

—¿Qué va a haber? Un bebé —respondió. Su pelo dorado estaba enmarañado.

Introduje las manos en el hueco que se abría en sus carnes. La sangre latía caliente contra mis manos. Lentamente, me abrí paso a través de los músculos y la humedad. Mi hermana soltó un graznido ahogado.

Busqué a tientas en aquella viscosidad y, al fin, di con ello: la masa blanda de un brazo.

Sentí alivio. Ni siquiera podía definir cuál era mi temor. *No es más que un bebé.*

—Lo tengo —exclamé.

Mis dedos avanzaron lentamente hacia arriba para alcanzar el resto. Recuerdo que comencé a decirme que tenía que ir con cuidado y encontrar la cabeza. No quería retorcérsela cuando empezara a tirar.

Sentí un dolor en los dedos, tan asombroso que ni siquiera pude gritar. Me vino de todo a la cabeza: que a Dédalo debía de habersele caído el escalpelo dentro, que a Pasífae se le había roto algún hueso durante el trabajo de parto y me había cortado con él. Pero el dolor se hacía más intenso y más profundo en mi mano, como un mordisco.

Dientes. ¡Eran dientes!

Entonces sí grité. Intenté retirar la mano, pero sus mandíbulas la tenían firmemente agarrada. Asustada, tiré. Los bordes de la herida se separaron y la cosa se deslizó hacia delante. Se agitaba como un pez en un anzuelo, y la porquería que soltaba llegó hasta nuestro rostro.

Mi hermana daba alaridos. La cosa era como un ancla que tiraba de mi brazo, y sentí como las articulaciones de mis dedos se desgarraban. Grité de nuevo, con un dolor agónico, y me eché sobre la criatura, intentando agarrarle la garganta con la mano. Cuando la encontré, presioné hacia abajo, sujetando su cuerpo debajo de mí. Sus pies golpeaban el suelo de piedra, su cabeza se retorció, agitándose de un lado para otro. Finalmente logré verlo: la nariz ancha y plana, su piel brillante con la humedad del fluido del parto; el rostro peludo, grueso, coronado por dos cuernos puntiagudos. Por debajo, un cuerpo con aspecto de rana que se sacudía con una fuerza sobrenatural. Sus negros ojos me miraban fijamente.

«Dioses —pensé—, ¿qué es esto?»

La criatura emitió un sonido ahogado y abrió la boca. Saqué la mano, aplastada y cubierta de sangre. Había perdido dos dedos y parte de otro. La mandíbula de la criatura masticaba lo que había cogido. Su barbilla se giró sobre la mano con la que lo sujetaba e intentó morderme de nuevo.

Junto a mí, Dédalo, como una sombra, pálido y manchado de sangre, murmuró:

—Estoy aquí.

—El escalpelo —dije.

—¿Qué vas a hacer? No le hagas daño. Tiene que vivir —replicó mi hermana, que se revolvía en el lecho, pero no podía levantarse por los cortes hechos en los músculos.

—El cordón —contesté.

Aún unía, grueso como el cartílago, la criatura y el vientre de mi hermana. Dédalo lo serró. Me arrodillé con las piernas empapadas. Mis manos eran una dolorida masa de sangre.

—Una manta —exclamé—. Un saco.

Dédalo encontró un grueso cobertor de lana y lo extendió en el suelo a mi lado. Con los dedos desgarrados arrastré a la criatura hasta el centro del cobertor. Aún luchaba, gimiendo con furia. Dos veces estuve a punto de que se me escapara; parecía que se había vuelto más fuerte en apenas unos momentos. Dédalo juntó los extremos del cobertor y, cuando los cerró sobre su cuerpo, aparté las manos. La criatura se revolcaba en los pliegues de la manta, incapaz de procurarse escapatoria. Lo agarré por los extremos y lo levanté del suelo.

—Una jaula —exclamó Dédalo, agitado—. Necesitamos una jaula.

—Ve a por una —repliqué—. Yo lo agarro.

Salió corriendo. La criatura se retorció como una serpiente en el interior de su saco. Sus extremidades se dibujaban en la tela: la robusta cabeza, la punta de los cuernos.

Dédalo volvió con una jaula para pájaros. En su interior aleteaban aún los jilgueros, pero era sólida y suficientemente grande. Metí la manta dentro y Dédalo echó el cierre. Luego le colocó otra manta por encima y la criatura quedó oculta.

Miré a mi hermana. Estaba toda ensangrentada y su vientre era una carnicería. Las gotas de sangre caían sobre la empapada alfombra. Sus ojos desvariaban, salvajes.

—¿No le has hecho daño?

—¿Estás loca? —La miré fijamente—. Intentó comerse mi mano. ¿De dónde sale tal monstruosidad? ¡Dime!

—Cóseme.

—No —repliqué—, cuéntamelo o dejaré que te desangres.

—Perra —resopló con dificultad. El dolor la estaba dejando sin fuerzas. Hasta mi hermana tenía un límite, un lugar que no podía franquear. Nos miramos la una a la otra, con nuestros ojos amarillos mutuamente clavados en los de la otra—. ¿Y bien, Dédalo? —dijo finalmente—. Te toca. Dile a mi hermana quién es el culpable de que exista esta criatura.

—Yo. —Su rostro agotado y manchado de sangre se dirigió a mí—. Yo soy el causante de la existencia de esta bestia.

En el interior de la jaula, se oyó el húmedo masticar de la criatura. Los jilgueros habían dejado de piar.

—Los dioses mandaron un toro, completamente blanco, para bendecir el reino de Minos. La reina se maravilló ante tal criatura y deseó verlo más de cerca, pero este se alejaba de cualquiera que se le acercara. Por ello construí la figura de una vaca, con un hueco en su interior en el que ella pudiera meterse. Le puse ruedas para que pudiéramos desplazarlo hasta la playa en la que la criatura dormía. Pensé que no sería más que... No consideré...

—¡Por favor! —espetó mi hermana—. ¡Va a acabarse el mundo antes de que termines de tartamudear! Me follé al toro sagrado, ¿de acuerdo? Ahora coge el hilo.

\* \* \*

Cosí la herida de mi hermana. Llegaron los soldados —sus rostros manifestaban una consciente inexpresividad— y se llevaron la jaula a un cuarto interior. Mi hermana gritó mientras se alejaban:

—Que nadie se acerque a él sin mi autorización. ¡Dadle algo de comer!

Las criadas enrollaron en silencio la alfombra empapada y retiraron el lecho, hecho trizas, como si fuera su cometido de todos los días. Prendieron incienso y pétalos de violeta para enmascarar el hedor y se llevaron a mi hermana para bañarla.

—Los dioses te castigarán por esto —dije mientras cosía su herida. Ella se burló de mí con una atolondrada euforia.

—¿Acaso no lo sabes? Los dioses aman a sus monstruos.

—¿Has hablado con Hermes? —solté en respuesta a sus palabras.

—¿Hermes? ¿Qué pinta Hermes en esto? No necesito que ningún olímpico me explique lo evidente. Todo el mundo lo sabe. —Sonrió con suficiencia—. Todo el mundo menos tú, claro está.

Una presencia a mi lado me devolvió al mundo: era Dédalo. Era la primera vez que estábamos solos desde que había llegado a mi isla. En su frente había salpicaduras de color marrón. Sus antebrazos estaban cubiertos de manchas hasta los codos.

—¿Quieres que te vende los dedos?

—No —contesté—, gracias. Se curarán solos.

—Mi señora —dijo en tono dubitativo—, estaré en deuda contigo hasta el fin de mis días. Si no hubieras venido, me hubiera sucedido a mí.

Tenía los hombros tensos, como si fuera a recibir un golpe. La última vez que me había dado las gracias, yo había estallado encolerizada contra él. Pero



ahora me di cuenta de algo: también él sabía lo que significaba crear monstruos.

—Me alegro de que no te haya pasado a ti —afirmé mirando sus manos, llenas de costras y manchas, como todo a nuestro alrededor—. Los tuyos no vuelven a crecer.

—¿Se puede matar a la criatura? —preguntó en voz baja.

—No lo sé. —Pensé en los alaridos de mi hermana, por precaución—. Pasífae parece creer que sí, pero, aun así, el padre es el toro blanco. Puede que un dios lo proteja o puede que penda una maldición sobre cualquiera que le haga daño. Tengo que pensarlo.

Se frotó el cuero cabelludo y vi como la esperanza de una solución fácil lo abandonaba.

—Entonces, tengo que fabricar otra jaula. Esa no va a durar mucho.

Se marchó. Las manchas de sangre se secaban y endurecían en mis mejillas, y mis brazos estaban pringosos y apestaban a los flujos de la criatura. Me encontraba confusa y pesada, asqueada por toda aquella sangre. Si llamaba a las sirvientas, me conducirían a un baño, pero sabía que eso no bastaría. ¿Por qué mi hermana había llevado a cabo una abominación tal? ¿Por qué me había mandado llamar? La mayoría de las náyades hubieran salido espantadas, pero alguna nereida sería capaz de hacerlo, estaban acostumbradas a tratar con monstruos. O Perses. ¿Por qué no lo había llamado a él?

Mi mente, sin fuerzas y embotada, tan inútil como los dedos que había perdido, no encontraba respuestas. Una idea me vino clara a la cabeza: tengo que hacer algo. No podía quedarme quieta mientras un horror así se traía al mundo. Pensé que tenía que encontrar la sala donde mi hermana trabajaba. Quizá allí pudiese hallar algo que me sirviera de ayuda, un antídoto, un fármaco que lo revirtiera.

No estaba lejos; una sala que se comunicaba con su cuarto, separada por una cortina. Nunca antes había visto la sala de operaciones de otra bruja, y recorrí las estanterías sin saber muy bien qué me iba a encontrar: un centenar de cosas horripilantes, hígados de monstruos marinos, dientes de dragón, piel de gigantes desollados. Pero no vi más que hierbas, y bastante rudimentarias, además: venenosas, amapolas y unas pocas raíces curativas. No me cabía duda de que mi hermana era capaz de obrar muchas maravillas con ellas, pues siempre había tenido una gran determinación de carácter, pero era perezosa, y ahí estaba la prueba. Aquellas pocas hierbas estaban viejas y resultaban débiles, como hojas caídas. Habían sido recolectadas al azar, algunas con

brotos, otras marchitas, cortadas con cualquier clase de cuchillo a cualquier hora del día.

Comprendí algo entonces. Mi hermana podía ser el doble de diosa que yo, pero yo era el doble de hechicera que ella. Aquella basura caduca no me servía de ayuda, y las hierbas que había traído desde Eea no bastarían, por fuertes que fueran. El monstruo estaba vinculado con Creta y, al margen de lo que tuviera que hacerse, Creta debía guiar mis pasos.

Desanduve salones y pasillos hasta llegar al centro del palacio. Allí había visto unas escaleras que no conducían al puerto, sino tierra adentro, a los amplios y luminosos jardines y pabellones que, a su vez, se abrían hacia los campos en lontananza.

A mi alrededor, hombres y mujeres ajetreados barrían las baldosas del suelo, recolectaban frutos, cargaban cestos llenos de cebada. Sus ojos se mantuvieron diligentemente bajos a mi paso. Supongo que vivir con Minos y Pasífae les había hecho acostumbrarse a ignorar cosas más sangrientas que yo. Dejé atrás las casas de la periferia donde habitaban campesinos y pastores, las huertas y los rebaños en los pastizales. Las colinas se alzaban exuberantes, tan doradas por el sol que parecía que la luz emanaba de ellas. Pero no me detuve a admirar la vista; mis ojos estaban fijos en la silueta oscura que se alzaba frente al cielo.

Lo llamaban el monte Dicte. Ni siquiera los osos, los lobos o los leones se atrevían a transitar por él, solo las cabras sagradas, con sus enormes cuernos que se retorcían como caracolas. Incluso en la estación más calurosa, los bosques se mantenían umbrosos y frescos. Se cuenta que, de noche, la cazadora Ártemis recorre sus colinas con su refulgente arco, y en una de sus grutas nació el propio Zeus, a salvo de la voracidad de su padre.

Hay hierbas que solo crecen allí. Son tan raras que pocas de ellas tienen nombre. Las sentía crecer en las vaguadas, exhalar zarcillos mágicos por el aire; una flor pequeña y amarilla con el centro verde, un lirio colgante que florecía en un tono marrón anaranjado y, la más hermosa de todas, la planta del dicitamo lanudo, la reina de la curación.

No caminaba como mortal, sino como diosa, y mis pies cubrían millas y millas. Al atardecer llegué al pie de las colinas y comencé a ascender por ellas. Las ramas se entrelazaban sobre mi cabeza. La sombra se alzaba húmeda y fresca como el agua, haciendo cosquillear mi piel. Parecía que la montaña entera vibrara bajo mis pies. Incluso ensangrentada y dolorida como estaba, sentí un brote de euforia. Repasé los musgos, los montones de tierra, y, en la

base de un álamo blanco, encontré un trozo de tierra donde florecía el dicitamo. Había poderes inmersos en sus hojas, y las apreté con mis dedos dañados. El hechizo se completó con una palabra mágica; mi mano estaría curada y entera por la mañana. Recolecté algunas raíces y semillas, las guardé en mi hato y continué la marcha. Aún sentía en mí el hedor y la presencia de la sangre, y por fin logré dar con un estanque, frío y claro, alimentado por el deshielo. Agradecí la impresión que sentí al entrar en sus aguas, una sensación de dolor, limpia y curativa. Obré esos pequeños ritos de purificación que todos los dioses conocemos. Me limpié las manchas con guijarros de sus orillas.

Después me senté en la arena bajo las hojas plateadas y pensé en la pregunta que había formulado Dédalo: *¿Se puede matar a la criatura?*

Hay pocos dioses que tengan el don de la profecía, la facultad de penetrar en las sombras y vislumbrar qué hados sucederán. No todo es predecible. La mayor parte de los dioses y de los humanos tienen vidas que no están ligadas a nada; se enredan ahora aquí, ahora allí sin que medie plan alguno. Sin embargo, hay otros que portan destinos que son como lazos, cuyas vidas transcurren en línea recta, por mucho que intenten desviarse. Estas son las que nuestros profetas son capaces de ver.

Mi padre posee ese tipo de clarividencia, y durante toda mi vida había oído que esa cualidad les era transmitida también a sus hijos. Nunca había pensado en la posibilidad de ponerla a prueba. Me habían educado en la idea de que no poseía ninguno de sus poderes, pero en ese momento toqué el agua y dije: *Enséñame.*

De repente, se formó una imagen, sutil y desvaída, como si estuviera compuesta de bucles de neblina. La luz trémula de una antorcha humeante iluminaba un largo pasillo. Un hilo desenrollado a través de un pasaje de piedra. La criatura rugía, mostrando sus dientes descomunales. Era alta como un hombre, vestida con andrajos. Un mortal, espada en mano, saltaba de entre las sombras para darle muerte.

La neblina se desvaneció, y el agua del estanque recuperó su aspecto cristalino. Tenía la respuesta, pero no era la que esperaba. La criatura era mortal, pero no moriría en su niñez, ni en mis manos ni en las de Dédalo. Su hado se cumpliría muchos años después, en un futuro, y ahora debía vivir. Hasta ese momento, solo cabía la posibilidad de contenerlo. Esa labor le correspondía a Dédalo, aunque debía haber algún modo de ayudarlo en ella. Caminé entre los umbrosos árboles, pensando en la criatura y en cuál podría ser su debilidad. Recordaba sus ojos negros, salvajes, clavados fijamente en

los míos; su hambre y cómo succionaba y peleaba por mi mano. ¿Cuánto se necesitaría para saciar ese apetito? Si no hubiera sido una diosa, hubiera continuado por el brazo entero, devorándolo pulgada a pulgada.

Me surgió una idea. Necesitaría todas las hierbas secretas del Dicte y, además de estas, las malas hierbas con los poderes más fuertes, raíz de acebo y mimbre, hinojo y cicuta, acónito y eléboro. Necesitaría asimismo lo que me quedaba de *moly*. Me deslicé certera entre aquellos árboles, cosechando cada uno de los ingredientes a su tiempo. Si Ártemis anduvo por allí esa noche, procuró no cruzarse conmigo.

Regresé al estanque con todas las hojas y raíces y las molí sobre las rocas. Introduje la pasta resultante en uno de mis frascos y añadí un poco de agua. Las ondas del estanque aún contenían la sangre que me había lavado de las manos, la mía y la de mi hermana. Como si fuera consciente de ello, la corriente se arremolinó roja y oscura.

Esa noche no dormí. Me quedé en el Dicte hasta que el cielo se volvió gris y entonces emprendí el regreso a Cnosos. Cuando llegué al palacio, el sol brillaba sobre los campos. Entré en un patio que me había llamado la atención el día antes y me detuve a examinarlo de cerca. En él había un enorme círculo para albergar danzas, rodeado de laureles y robles que lo protegían del sol. Tenía la idea de que el suelo era de piedra, pero me percaté entonces de que estaba hecho de madera, de miles de piezas, tan pulidas y barnizadas que parecían una superficie uniforme. Sobre ellas estaba pintada una espiral que salía de su centro como el pliegue que forma la cresta de una ola; una obra de Dédalo, no cabía duda alguna.

Sobre él bailaba una muchacha. No sonaba ninguna música, y, sin embargo, los movimientos de sus pies mantenían un ritmo perfecto y cada paso se correspondía con el golpe de un tambor silencioso. Ella misma se movía como una ola, pero con un vaivén incesante y enérgico. Sobre su cabeza resplandecía una diadema propia de una princesa; la hubiera reconocido en cualquier parte. Se trataba de la muchacha del mascarón de proa de Dédalo.

Sus ojos se abrieron mucho al verme, como los de la estatua. Hizo una reverencia con la cabeza.

—Tía Circe —dijo—, encantada de conocerte. Soy Ariadna.

Podía reconocer algunos rasgos de Pasífae en ella, pero solo si los buscaba: su barbilla, la delicadeza de sus clavículas.

—Tienes talento —afirmé.

—Gracias —sonrió—. Mis padres te buscan.

—No me cabe duda, pero debo encontrar a Dédalo.

Ella asintió, como si fuera otra más entre los miles que lo querían a él en lugar de a sus padres.

—Te llevaré hasta él, pero debemos ir con cuidado. Los guardias vigilan.

Entrelazó sus dedos con los míos; estaban calientes y ligeramente humedecidos por el ejercicio. Me condujo por docenas y docenas de angostos pasillos, caminando en silencio por las piedras, hasta que llegamos a una puerta de bronce. Dio seis rítmicos golpes.

—Ahora no puedo jugar, Ariadna —respondió una voz—. Estoy ocupado.

—La señora Circe está conmigo —respondió ella.

La puerta se abrió y apareció Dédalo, tizado de hollín y lleno de manchas. Tras él había un taller, con una parte abierta al cielo. Había estatuas vestidas con ropajes, engranajes y herramientas que no pude reconocer. Al fondo humeaba una forja, y la colada de metal brillaba al rojo en un molde. Sobre una mesa había una espina de pescado y, junto a ella, una extraña cuchilla con el filo dentado.

—He estado en el monte Dicte —dije— y he visto el destino de la criatura. Puede morir, pero no ahora. Un día vendrá el mortal que está destinado a su eliminación. No sé cuándo será. En la visión que tuve la criatura aparecía en forma de adulto.

Observé cómo se asentaban en él mis palabras, cómo pensaba en todos los días que tendría que estar en guardia. Respiró hondo.

—Entonces, tendremos que contenerlo.

—Sí, he elaborado una pócima mágica que puede ayudar. Tiene ansia... — Me detuve al darme cuenta de que Ariadna se encontraba detrás de mí—. Tiene ansia de esa carne que le viste comer. Forma parte de su naturaleza. No puedo quitarle esa hambre, pero podemos ponerle límite.

—Cualquier cosa vale —replicó él—. Te doy las gracias.

—No me las des aún —dije—. Durante tres de las cuatro estaciones del año, el hechizo contendrá su apetito, pero volverá a aparecer en la época de la cosecha y entonces habrá que alimentarlo.

—Comprendo. —Sus ojos se posaron detrás de mí, en Ariadna.

—El resto del tiempo seguirá siendo peligroso, pero no más que cualquier otro animal salvaje.

Dédalo asintió, pero me di cuenta de que pensaba en la cosecha, y en que habría que darle alimento. Se giró hacia los moldes que se encontraban detrás de él, enrojecidos por la acción del calor.

—Mañana por la mañana tendré terminada la jaula.

—Perfecto —dije—. Nunca es demasiado pronto. Entonces formularé mi hechizo.

Después de cerrar la puerta, Ariadna se quedó esperando.

—Hablabais del recién nacido, ¿no? ¿Es a él a quien hay que mantener oculto hasta que se lo mate?

—Así es.

—Los criados dicen que es un monstruo, y mi padre me gritó cuando pregunté por él. Pero sigue siendo mi hermano, ¿no?

Dudé.

—Sé lo de mi madre y el toro blanco —continuó ella.

Ninguna hija de Pasífae podía mantenerse en la inocencia durante mucho tiempo.

—Supongo que puedes decir que es tu hermanastro —puntalicé—. Ahora vamos. Llévame ante el rey y la reina.

\* \* \*

En los muros se pavoneaban los grifos, elegantes y majestuosos. La luz del sol se vertía en las ventanas. Mi hermana se encontraba tumbada en su lecho de plata, esplendorosa y sana. A su lado, sentado en un sitial de alabastro, Minos parecía viejo y abotagado, como un objeto que flotara inerte sobre las olas. Sus ojos se echaron sobre mí como las gaviotas capturan peces.

—¿Dónde has estado? El monstruo necesita atención. ¡Para eso te trajimos hasta aquí!

—He elaborado una pócima —contesté—. Así podremos pasarle a su nueva jaula con mayor seguridad.

—¿Una pócima? ¡Quiero que lo mates!

—Querido, no seas histérico —interrumpió Pasífae—. Ni siquiera has oído qué idea tiene mi hermana. Por favor, cuéntanos, Circe. —Apoyó la barbilla en la mano, con teatral expectación.

—Contendrá el hambre de la criatura durante tres de las cuatro estaciones del año.

—¿Eso es todo?

—Por favor, Minos, vas a herir la sensibilidad de Circe. Creo que es un buen hechizo, hermana. El apetito de mi hijo «es» un poco difícil de manejar, ¿no? Ya se ha zampado a la mayor parte de nuestros prisioneros.

—¡Lo quiero muerto y punto!

—No se lo puede matar —repliqué a Minos—. Por ahora no. Su destino se cumplirá en un futuro lejano.

—¡Su destino! —Mi hermana aplaudió exultante—. ¡Cuéntanos! ¿Qué va a pasar? ¿Se escapa y se come a alguien que conozcamos?

Minos palideció, aunque trató de ocultarlo.

—Aseguraos —se dirigió a mí—, tú y el artesano, aseguraos de que esté en un lugar seguro.

—Eso —canturreó mi hermana—. Aseguraos de ello. No quiero ni pensar qué puede suceder si se escapa. Puede que mi esposo sea hijo de Zeus, pero su carne es completamente mortal. Lo cierto es que —bajó el tono de voz hasta el susurro— creo que tiene miedo de la criatura.

Cientos de veces antes había visto a alguna clase de idiota apresado entre las garras de mi hermana, pero Minos lo llevaba peor que la mayoría de ellos. Él acuchilló el aire con el dedo índice señalándome.

—¿Oyes eso? Me está amenazando abiertamente. Es culpa tuya, tuya y de toda vuestra familia. Tu padre me la entregó como si fuera un tesoro, pero si supieras todo lo que me ha hecho...

—¡Cuéntale, cuéntale! Creo que Circe apreciará la hechicería. ¿Y qué me dices de las cien muchachas que murieron contigo encima?

Sentía perfectamente a Ariadna a mi lado, quieta. Deseé que no estuviera presente.

El odio crecía en los ojos de Minos.

—¡Sucia harpía! ¡Fue tu hechizo el que provocó sus muertes! ¡Todo lo que engendras es maldad! ¡Debería haberte arrancado esa criatura de tu maldito vientre antes de que naciera!

—Pero no te atreviste, ¿verdad? Sabes cómo tu querido padre Zeus adora a esa clase de criaturas. ¿Cómo si no van a ganarse su reputación toda esa caterva de héroes bastardos suyos? —le espetó inclinando la cabeza—. De hecho, ¿no deberías estar ansioso por coger una espada? ¡Ah, lo había olvidado! Solo te complace matar criadas. Hermana mía, en serio, deberías aprender ese hechizo. Solo necesitas...

Minos se levantó de su asiento.

—Te prohíbo que sigas hablando.

Mi hermana estalló en carcajadas, su sonido más semejante a una fuente de plata. Lo tenía todo calculado, como todo lo que hacía. Minos estaba hecho una furia, pero yo la miraba a ella. Había creído que su cópula con el toro no

había sido más que un capricho depravado, pero ella no se dejaba gobernar por los deseos, sino que gobernaba a través de ellos. ¿Cuándo había sido la última vez que había visto una emoción verdadera en su rostro? Me acordé entonces de un momento del parto, aquel en el que, con el rostro desencajado por la angustia, me había gritado que el monstruo debía vivir. ¿Por qué? No se trataba de amor, no había amor alguno en ella. La criatura, por tanto, debía desempeñar alguna función dentro de sus planes.

Fueron las horas pasadas con Hermes las que me procuraron la respuesta, todas esas noticias que me traía del mundo. En la época en la que Pasífae contrajo matrimonio con Minos, Creta era el reino más rico y célebre que teníamos. Sin embargo, después habían comenzado a surgir reinos poderosos, en Micenas y Troya, Anatolia y Babilonia. Además, uno de sus hermanos había aprendido a resucitar muertos; otro, a domar dragones, y su hermana había transformado a Escila. Nadie hablaba ya de Pasífae. Ahora, de golpe, había hecho que su marchita estrella volviera a brillar con fuerza. Todo el mundo contaría la historia de la reina de Creta, creadora y madre del gran toro carnívoro.

Y los dioses no harían nada al respecto. Piensa en todas las plegarias y ofrendas que se les elevarían.

—¡Qué gracia! —apostillaba Pasífae—. ¡Sí que has tardado en darte cuenta! ¿Acaso creías que estaban muriendo por el placer de tus empeños? ¿De pura dicha? Créeme...

Me volví hacia Ariadna, que permanecía junto a mí en absoluto silencio.

—Vámonos —le dije—, no tenemos nada más que hacer aquí.

Regresamos al círculo en el que la había encontrado bailando. Los laureles y los robles despleaban el verdor de sus hojas sobre nuestras cabezas.

—Cuando formules tu hechizo —afirmó—, mi hermano dejará de ser tan monstruoso.

—Eso espero —repliqué.

Pasó un momento. Ella me miró y cruzó las manos a la altura del pecho, como si guardara un secreto en él.

—¿Te puedes quedar un poco más?

La observé bailar, con los brazos curvados como alas, con sus piernas robustas y jóvenes enamoradas de su propio movimiento. «Así es como los mortales obtienen fama», pensé; mediante la práctica y la diligencia, cuidando



sus talentos como si fueran jardines, con la esperanza de verlos resplandecer bajo el sol. Los dioses, en cambio, nacen del icor y el néctar, con su excelencia brotándoles ya de la punta de los dedos. Por ello obtienen su fama demostrando hasta dónde llega su capacidad de destrucción: destrozando ciudades, iniciando guerras, provocando pestes y criando monstruos. Todo ese humo y ese aroma que con tanta delicadeza se elevan desde nuestros altares, de los que solo queda ceniza.

Los pies de Ariadna cruzaban ligeros el círculo una y otra vez. Cada uno de sus pasos resultaba perfecto, como un regalo que se hacía a sí misma y que recibía con una sonrisa. Sentí el impulso de agarrarla por los hombros. «Hagas lo que hagas —quise decirle—, no te muestres demasiado feliz. Hará que el fuego descienda sobre tu cabeza.»

No dije nada y la dejé bailar.

Cuando el sol rozó los campos en la lejanía, vinieron unos guardias para llevarse a Ariadna. *Sus padres reclaman la presencia de la princesa*. Se la llevaron a paso de marcha, y a mí me condujeron a mi cuarto. Era pequeño y vecino a las dependencias de los siervos. No me cabe duda de que mi hermana pretendía humillarme con esto, pero me gustaba el sosiego de los muros sin pintar y de la estrecha ventana que apenas dejaba pasar un haz de aquel sol implacable. Además, era tranquilo, porque los siervos pasaban de puntillas, ya que sabían quién descansaba allí: *la hermana bruja*. Me dejaban comida cuando me encontraba ausente y solo recogían la bandeja cuando volvía a salir.

Dormí, y a la mañana siguiente recibí la visita de Dédalo. Cuando abrí la puerta, me sonrió, y yo me descubrí devolviéndole la sonrisa. Algo podía agradecerle a la criatura: la cercanía había vuelto a nuestra relación. Lo seguí hasta una escalera que conducía a la maraña de pasillos que recorría el subsuelo de palacio. Pasamos al lado de graneros, almacenes en los que se encontraban alineados multitud de *pithoi*, las enormes vasijas de cerámica que proporcionaban al palacio su inagotable provisión de aceite, vino y cebada.

—¿Y qué fue del toro blanco? ¿Lo sabes?

—No. Se esfumó cuando el vientre de Pasífae comenzó a crecer. Los sacerdotes dijeron que era la última bendición concedida por el toro. Hoy oí decir a alguien que el monstruo era un regalo de los dioses para ayudarnos a prosperar —dijo sacudiendo la cabeza—. No es que sean imbéciles de nacimiento, solo que se encuentran atrapados entre los agujones de dos escorpiones.

—Ariadna es diferente —apunté.

—Sí —asintió—. Tengo esperanzas puestas en ella. ¿Te has enterado de cómo han decidido llamar a esa cosa? El Minotauro. Saldrán diez barcos este mediodía para anunciar la noticia y otros diez más mañana.

—Muy inteligente por su parte —dije—. Minos lo reclama como propio, y, en lugar de aparecer como un cornudo, comparte la gloria de mi hermana y

pasa a ser un poderoso rey que engendra monstruos y les pone su nombre.

—Así es —afirmó Dédalo con un sonido gutural.

Habíamos llegado a la gran bodega en la que se encontraba la nueva jaula fabricada para la criatura. Tenía el ancho de la cubierta de un barco y la mitad de su longitud, y estaba forjada en un metal de un color gris semejante al de la plata. Agarré los barrotes con las manos, eran lisos y sólidos como troncos de un árbol joven. Olía a hierro, pero también a otras cosas que no era capaz de reconocer.

—Se trata de una nueva sustancia —comenzó a hablar Dédalo—. Es más difícil de trabajar, pero más duradera. Aun así, no servirá para contener a la criatura en un futuro. Ya tiene una fuerza sobrenatural, y apenas acaba de nacer, pero me concederá algo de tiempo para idear algo más permanente.

Los soldados caminaban detrás de nosotros, portando la jaula anterior sobre unas pértigas para evitar su cercanía. Cuando la introdujeron en la nueva, los barrotes resonaron al chocar. Los soldados desaparecieron antes de que se apagaran los ecos metálicos.

Me acerqué y me arrodillé junto a la jaula. El Minotauro había crecido desde su nacimiento. Sus carnes rollizas presionaban contra la celosía metálica. Limpio y seco ya de fluidos natales, la línea que separaba al bebé del toro resultaba ahora más clara que nunca, como si un demente hubiera cortado la cabeza de un novillo y la hubiera cosido a un chiquillo. Olía a carne podrida, y en el suelo de la jaula repiqueteaban huesos largos. Me entraron náuseas. *Uno de los prisioneros de Creta.*

La criatura me observaba con sus enormes ojos. Se puso en pie y comenzó a resoplar, expulsando aire por el hocico. Emitió un gemido, agudo y nervioso: me había reconocido. Reconocía mi olor y el sabor de mi carne. Abrió su boca rechoncha, como un pajarillo suplicante. *Dame más.*

Aproveché el momento. Pronuncié las palabras mágicas y derramé la pócima por entre los barrotes, en su boca abierta. La criatura se atragantó y embistió contra la jaula. No obstante, a pesar de su reacción, la expresión de sus ojos comenzó a cambiar; su furia fue amainando. Le miré fijamente a los ojos y extendí la mano. Dédalo contuvo el aliento, pero la criatura no se lanzó contra mí. Había desaparecido la tensión de sus miembros. Esperé otro momento, y a continuación abrí la cerradura y la puerta de la jaula.

Arrastró un poco los pies, los huesos resonaban bajo sus plantas.

—Calma, calma —murmuré, no sé si a mí misma, a Dédalo o a la criatura. Lentamente acerqué las manos a la criatura. Sus fosas nasales se hincharon. Lo

cogí por el brazo y resopló extrañado, nada más.

»Ven aquí —susurré, y él avanzó, encogido y tambaleándose un poco al pasar por la pequeña abertura de la jaula. Alzó la cabeza y me miró expectante, casi con dulzura.

*Mi hermano*, así se había referido a él Ariadna, pero esta criatura no había sido engendrada para la vida en familia. Era la demostración de la victoria de mi hermana, su ambición hecha carne, un látigo con el que azotar a Minos. Como recompensa, la criatura no conocería amistades ni amantes. Nunca vería la luz del sol, nunca podría caminar en libertad. Lo único que llegaría a gozar en toda su vida sería lo que le suministraran el odio, la oscuridad y sus dientes.

Cogí la jaula vieja y retrocedí unos pasos. Se quedó observándome mientras me alejaba e inclinó la cabeza con curiosidad. Cerré la puerta de la jaula, y sus orejas se movieron al oír el eco metálico. Cuando llegara la temporada de la cosecha, daría alaridos de rabia y se lanzaría con fuerza contra los barrotes, intentando arrancarlos de cuajo.

—¿Cómo lo has hecho? —resopló Dédalo.

—Solo es mitad bestia —dije—. Todos los animales que habitan en Eea son mansos.

—¿Se puede romper el hechizo?

—No por mano de otro.

Cerramos la jaula; la criatura no dejó en ningún momento de observarnos. Emitió un ruido sordo y se frotó una de sus velludas mejillas con una mano.

A continuación cerramos la puerta de madera de la sala y no lo vimos más.

—¿Y la llave?

—Mi idea es hacerla desaparecer. Cuando tengamos que moverlo, cortaré los barrotes.

Regresamos a través de la maraña de pasadizos subterráneos y salimos a los pasillos de la planta superior. Una brisa soplaba en el interior del salón pintado, y la sensación era luminosa. Distinguidos nobles caminaban a nuestro alrededor, compartiendo sus secretos entre susurros. ¿Sabían realmente qué era lo que vivía bajo sus pies? Ya se enterarían.

—Esta noche se celebra una fiesta —dijo Dédalo.

—No voy a asistir —repliqué—. Mi labor en la corte de Creta ha tocado a su fin.

—¿Te vas a marchar tan pronto? —preguntó.

—Dependo para hacerlo de la voluntad del rey y de la reina, son los que

tienen los barcos, pero me imagino que no me queda mucho. Supongo que a Minos le agradará la idea de que haya una bruja menos en Creta. Tengo ganas de volver a casa.

Era cierto; sin embargo, en aquellos esplendorosos pasillos, la idea de regresar a Eea me resultaba extraña. Sus colinas y su costa, la casa de piedra y el jardín alrededor; todo ello me resultaba muy lejano.

—Yo tengo que dejarme ver en la fiesta —dijo—, pero espero poder excusarme antes de la cena. Diosa —añadió, dubitativo—, ¿me concederías el honor de cenar conmigo?

Me había dicho que fuera cuando la luna estuviera en lo alto del cielo. Sus aposentos se encontraban en el extremo contrario del palacio a los de mi hermana. No sé si esto había sido producto del azar o si era deliberado. Llevaba una capa de mejor calidad que la que vestía antes, aunque sus pies estaban descalzos. Me condujo hasta una mesa y escanció un vino oscuro como las moras. Había bandejas desplegadas, repletas de frutas y de un queso blanco y salado.

—¿Qué tal la fiesta?

—Me alegro de no haberme quedado. —Su voz sonaba agria—. Había un cantor que narraba el glorioso nacimiento del toro-hombre. Parece ser que proviene de una estrella.

De una habitación interior salió un niño. Por aquel entonces no era capaz de determinar la edad de los mortales, pero debía de tener unos cuatro años. Alrededor de sus orejas se arremolinaba una espesa cabellera negra, rizada y despeinada, y sus extremidades aún tenían un aspecto redondeado e infantil. Su rostro era el más dulce que había visto hasta entonces, incluso entre los dioses.

—Es mi hijo —apuntó Dédalo.

Lo miré fijamente. No se me había ocurrido siquiera la posibilidad de que el secreto que guardaba Dédalo fuera un muchacho. El niño se arrodilló, como un cortesano infante.

—Noble señora —dijo con tono agudo—, bienvenida a la morada de mi padre.

—Gracias —contesté—. ¿Y tú qué, te portas bien con tu padre?

—Oh, sí. —Asintió con gesto serio.

—No te creas ni un palabra —soltó Dédalo entre risas—. Parece dulce

como la miel, pero hace lo que le viene en gana.

El niño miró sonriente a su padre. Se trataba de una vieja broma entre ellos.

Se quedó un rato con nosotros, parloteando acerca del trabajo de su padre y de cómo él lo ayudaba. Trajo las pinzas que le gustaba usar y me enseñó con una diestra maniobra cómo las sostenía sobre el fuego sin quemarse. Yo asentía a todo, pero a quien observaba era a su padre. El rostro de Dédalo se había vuelto suave como la fruta cogida en sazón y sus ojos brillaban, plenos. Nunca había considerado la idea de tener hijos, pero al verlo pude imaginarlo, como si mirara al interior de un pozo y advirtiera en su fondo el destello del agua.

No me cabía duda de que mi hermana se habría percatado al instante del amor que ambos se profesaban.

Dédalo apoyó una mano sobre el hombro de su hijo.

—Ícaro —dijo—, es hora de irse a dormir. Ve a buscar a tu niñera.

—¿Vendrás a darme un beso de buenas noches?

—Claro que sí.

Lo vimos marchar, observando cómo sus pequeños talones rozaban el dobladillo de la túnica, que le quedaba grande.

—Es muy guapo —dije.

—Tiene el rostro de su madre —y contestó antes de que pudiera preguntarle—: Murió en el parto. Era una buena mujer, aunque la conocí poco. Fue tu hermana la que concertó el matrimonio.

Así que, después de todo, no me había equivocado. Mi hermana había puesto el cebo en el anzuelo, pero, al final, había capturado al pez de otro modo.

—Lo siento.

Él agachó la cabeza.

—No es fácil, he de admitirlo. He hecho todo lo posible para ejercer de padre y de madre con él, pero me doy cuenta de que siente una carencia. Cada vez que pasa una mujer a nuestro lado me pregunta si me casaré con ella.

—¿Y piensas casarte?

Guardó silencio por un momento.

—Creo que no. Pasífae tiene ya suficientes instrumentos con los que hostigarme, y, de hecho, nunca me hubiera casado de no ser por su insistencia. Sé lo mal marido que soy, pues lo que más me gusta es trabajar con las manos, y siempre llego a casa tarde y cubierto de suciedad.

—Eso es lo que tienen en común la brujería y la invención —dije—. Creo que yo tampoco podría ser una buena esposa. Tampoco parece que haya pretendientes haciendo cola en la puerta de mi casa. Da la impresión de que la demanda de hechiceras caídas en desgracia es escasa.

—Creo que tu hermana ha colaborado bastante en ello —añadió Dédalo sonriendo.

Resultaba muy sencillo hablar tan francamente con él. Su rostro era como un estanque en calma que salvaguardaría todo aquello que se encontrara en sus profundidades.

—¿Sabes cómo vas a encerrar a la criatura cuando crezca?

—Lo he estado pensando —respondió asintiendo—. Has visto que el subsuelo del palacio es como una colmena, ¿no? Hay cientos de espacios y almacenes que no se usan ya, porque a día de hoy toda la riqueza de Creta se encuentra en el oro, no en el grano. Creo que puedo convertirlos en una especie de laberinto que tenga sus dos extremos clausurados y dejar que la criatura deambule por ellos. Se encuentra excavado en la roca, así que no habrá posibilidad de escape.

Era una buena idea, y, al menos así, la criatura tendría más espacio que la estrechez de una jaula.

—Será una maravilla —apunté—. Un laberinto que pueda contener a un monstruo adulto. Tendrás que llamarlo con un nombre acorde.

—Estoy seguro de que el propio Minos aportará alguna sugerencia que lleve su nombre.

—Siento no poder quedarme para ayudarte.

—Me has ayudado más de lo que merecía. —Alzó sus ojos al encuentro de los míos.

Se escuchó un carraspeo. La niñera estaba junto a la puerta.

—Tu hijo, señor.

—¡Claro! —exclamó Dédalo—. Disculpa.

Me sentía muy inquieta como para esperar sentada. Me dediqué a andar por la estancia. Había supuesto que estaría llena de sus maravillosas obras, con estatuas e incrustaciones por todos los rincones, pero era sencilla, con muebles de madera sin tallar. Aun así, con una mirada más atenta aparecía el inconfundible sello de Dédalo. Los acabados brillaban pulidos y las vetas habían sido lijadas hasta adquirir la suavidad de pétalos de flor. Al pasar la mano por una de las sillas, no pude encontrar las uniones.

Dédalo regresó.

—El beso de buenas noches —me explicó.

—Un niño feliz.

Se sentó y bebió un trago de vino.

—Por ahora lo es. Es demasiado joven como para darse cuenta de que es un prisionero. —Parecía que surgía un fulgor de las blanquecinas cicatrices que le cubrían las manos—. Una jaula de oro no deja de ser una jaula.

—Y en caso de que pudierais escapar, ¿adónde iríais?

—Adonde me dejen quedarme. Si pudiera elegir, a Egipto. Están construyendo edificios allí que hacen que Cnosos parezca un barrizal. He aprendido su lengua de algunos comerciantes egipcios que he conocido en el puerto. Creo que allí seríamos bienvenidos.

Contemplé su noble rostro; noble no por su belleza, sino porque, como el buen metal, había sido templado y golpeado hasta volverse fuerte. Habíamos peleado codo con codo contra dos monstruos, y él no había flaqueado en ningún momento. «Vente a Eea», quise decirle, pero sabía que la isla no tenía nada que ofrecerle.

—Espero que un día logres llegar a Egipto —dije, en cambio.

\* \* \*

Cuando terminamos la cena, regresé por los oscuros pasillos a mi habitación. La velada había sido muy agradable, pero me sentía agitada y confusa; mi mente era como el lecho de un río cenagoso que hubiera sido removido. No podía dejar de pensar en lo que me había contado Dédalo sobre su libertad. Había mucha ansiedad en su voz, y también amargura. Al menos yo me había ganado a pulso mi exilio, pero Dédalo era inocente, nada más que un trofeo conservado por la vanidad de mi hermana y de Minos. Pensé en cómo brillaban sus ojos cuando hablaba de Ícaro, con un amor puro y profundo. Para mi hermana no era más que una herramienta, una espada que pendía sobre su cabeza y que lo convertía en su esclavo. Recuerdo el placer que apareció en su rostro cuando le ordenó que le sajara el vientre; el mismo que mostró cuando me vio aparecer por la puerta.

Me había obsesionado tanto con el Minotauro que no me había dado cuenta del triunfo que suponía todo esto para ella. No solo el monstruo y la fama que le aportaba, sino todo lo que lo rodeaba: Dédalo obligado a actuar como cómplice, Minos arrastrado y humillado y Creta entera presa del miedo. Y yo, que también era su triunfo. Podía haber mandado llamar a otros, pero yo



siempre había sido el perro al que le gustaba azotar con su correa. Sabía perfectamente lo útil que resultaría, que asumiría la labor de poner orden en el caos que ella había generado, que protegería a Dédalo y que tendría al monstruo guardado de manera segura, mientras ella haría bromas echada en su lecho de oro. *¿Te gusta mi nueva mascota? No le doy más que golpes, pero mira como ella siempre viene corriendo cuando silbo.*

Me ardía el estómago. Salí de mi celda. Anduve como una diosa, invisible, entre los guardias somnolientos, entre los criados nocturnos. Llegué hasta la puerta que daba a los aposentos de mi hermana y entré. Me detuve junto a su cama. La encontré sola. Mi hermana no confiaba su sueño más que a sí misma. Sentí los hechizos nada más cruzar el umbral de su cuarto, pero no podían pararme.

—¿Por qué me hiciste llamar? —pregunté—. Quiero oírte reconocerlo.

Sus ojos se abrieron de repente, ansiosos, como si hubieran estado esperándome.

—Fue un regalo que te hice. ¿Quién hubiera disfrutado tanto como tú viéndome sangrar de ese modo?

—Puedo darte mil nombres.

Ella sonrió como sonríen los gatos. Siempre es más divertido jugar con un ratón vivo.

—¡Qué pena que no puedas usar ese hechizo nuevo contra Escila! Claro está que necesitarías la sangre de su madre, y no creo que el tiburón de Cratide te la vaya a conceder.

Ya lo había pensado. Pasífae siempre tenía claro dónde apuntar su lanza.

—Solo quieres humillarme —dije.

Ella bostezó, y su lengua rosa cubrió la blancura de sus dientes.

—He estado pensando en llamar Asterión a mi hijo. ¿Te gusta el nombre?

‘Cubierto de estrellas’, significaba.

—Es el nombre más bonito que he oído para un caníbal.

—No te pongas tan dramática. No puede ser un caníbal, no hay más minotauros que devorar. —Frunció el ceño y ladeó la barbilla—. Aunque, ahora que lo pienso, ¿contarán los centauros? Debe de haber alguna clase de parentesco entre ellos, ¿no crees?

No iba a permitir que me llevase adonde ella quería.

—Podías haber llamado a Perses.

—Perses —repitió con un gesto de la mano. Qué quería decir con eso es algo que no sabría interpretar.

—O a Eetes.

Pasífae se incorporó, y la ropa de cama descubrió su cuerpo. Estaba desnuda, excepto por un collar hecho de cuadrados de oro batido. Cada uno de ellos estaba repujado: un sol, una abeja, un hacha, la gran mole del Dicte.

—¡Me encantaría que nos quedáramos hablando toda la noche! —exclamó—. Puedo hacerte trenzas en el pelo mientras nos reímos de nuestros pretendientes. —Bajó la voz—. Creo que Dédalo se iría contigo sin pensárselo.

No pude contener mi cólera.

—No soy tu perro, Pasífae, ni un oso al que acosar. He venido a ayudarte, a pesar de nuestro pasado, a pesar de todos esos hombres a los que condujiste a una muerte segura. Te he ayudado con tu monstruo. He hecho el trabajo que te correspondía a ti y, a cambio, me pagas con burlas y ofensas. Por una vez en tu retorcida vida, di la verdad. Me has hecho venir hasta aquí para ponerme en ridículo.

—Pero eso no me cuesta nada; ya lo haces tú sola.

Había sido un comentario automático, no una auténtica respuesta. Esperé.

—Es curioso —prosiguió— que, con todo el tiempo que ha pasado, sigas creyendo que deberías recibir una recompensa por haber sido tan obediente. Pensaba que habías aprendido la lección en los salones de nuestro padre. Nadie se amilanaba como tú ni nadie ofrecía una sonrisa tan estúpida como la tuya, y, aun así, el gran Helios te pisoteó la primera, porque ya estabas postrada a sus pies.

Se inclinó hacia delante, con su melena de oro suelta, dibujando bordados en las sábanas a su alrededor.

—Te voy a contar la verdad de Helios y de todos los demás. No les importa que seas buena o no. Apenas les importa que seas malvada. Lo único que los hace escuchar es el poder. No basta con ser la favorita de tu tío o con complacer a un dios en la cama. Ni siquiera basta con ser hermosa, porque cuando te presentas ante ellos, te arrodillas y les dices: *He sido buena, ¿puedes ayudarme?*, ellos no hacen más que fruncir el ceño. Ay, bonita, las cosas no funcionan así. Debes aprender a vivir con ello, querida. ¿Y se lo has preguntado a Helios? Sabes que no hago nada sin su consentimiento.

»Cogen lo que quieren —continuó tras escupir en el suelo— y, a cambio, no te dan más que tus propios grilletes. He visto como te machacaban mil veces. Yo misma te he machacado. Y cada vez pensaba, ya está, ya hemos acabado con ella, se convertirá en piedra de tanto llorar, en un pájaro que

grazna, nos abandonará, y tanto mejor. Sin embargo, siempre regresabas al día siguiente. Todos se quedaron atónitos cuando mostraste tus poderes como hechicera, pero yo hacía mucho que era consciente de que los tenías. A pesar de que te comportaras como un ratoncito llorón, yo sabía que no te ibas a dejar machacar hasta quedar hecha polvo. Tú los detestabas, al igual que yo. Creo que es de ahí de donde nacen nuestros poderes.

Sus palabras caían sobre mi cabeza como una gran catarata. Apenas lograba asimilarlas. ¿Que ella odiaba a nuestra familia? A mí siempre me había parecido que representaba su más pura esencia, que era un reluciente monumento a la egoísta crueldad de nuestra sangre. Con todo, tenía razón: las ninfas solo podían operar a través de los poderes que tenían los demás. No podían esperar obtener poder alguno por sí mismas.

—Si es así como dices —dije—, ¿por qué has sido tan cruel conmigo? Eetes y yo estábamos solos, podrías haber sido nuestra amiga.

—¿Amiga? —prorrumpió en tono de burla. Sus labios eran de un rojo sangre perfecto, de un color que las demás ninfas solo conseguían a través de la cosmética—. En esos salones no cabe la amistad; y a Eetes no le han gustado nunca las mujeres.

—Eso no es verdad —protesté.

—¿Acaso crees que le gustabas? —rio—. Te aguantaba porque eras un mono amaestrado, porque aplaudías cada palabra que decía.

—Pues tú y Perses no erais muy diferentes.

—No tienes ni idea de quién es Perses. ¿Sabes acaso cómo tenía que complacerle? ¿Las cosas que tenía que hacer?

No quería oír ni una palabra más. Su rostro mostraba una desnudez que nunca había visto antes, y cada una de sus palabras era tan afilada que parecía que se había pasado años tallándolas para que adquiriesen esa forma exacta.

—Luego nuestro padre me entregó al imbécil de Minos, pero podía manejarlo, y es lo que he hecho. Ahora sabe cuál es su sitio, pero me ha costado. No ha sido fácil. Y nunca volveré a ser la que fui. Así que dime, hermana, ¿a quién podría haber llamado en lugar de a ti? ¿A un dios que no hubiera esperado ni un instante antes de convertirme en motivo de escarnio o hacerme suplicar por unas migajas? ¿A una de esas ninfas que andan por las aguas del mar dándose aires? —Volvió a reírse—. Hubieran salido huyendo despavoridas al primer mordisco. Son incapaces de soportar el dolor. No son como nosotras.

Sus palabras me impresionaron, como si durante todo ese tiempo sus manos

hubieran estado vacías y ahora hubiera aparecido en ellas un cuchillo. Una náusea me invadió la garganta. Di un paso atrás.

—Yo no soy como tú.

Por un instante, su rostro adoptó una expresión de sorpresa, pero al poco desapareció, como una ola barre la arena de la playa.

—Claro que no —aseveró—. En absoluto. Tú eres como nuestro padre, estúpido y mojigato, que cierra los ojos ante todo aquello que no comprende. Dime, ¿qué crees que pasaría si no fuera capaz de crear monstruos y destilar venenos? Minos no quiere una reina, solo quiere una golosina inocua que pueda tener bajo control y con la que pueda procrear hasta que muera. Le encantaría poder tenerme encadenada por toda la eternidad, y no tiene más que decírselo a su padre para que así sea. Pero no lo hace. Sabe lo que yo le haría a él primero.

Me acordé de mi padre refiriéndose a Minos: *La pondrá en su sitio.*

—Aun así, nuestro padre no se lo consentirá todo a Minos.

Su risa se me clavó en los oídos.

—Nuestro propio padre me pondría las cadenas si ello le valiera para mantener su preciosa alianza. Tú eres la prueba de ello. A Zeus le aterroriza la hechicería y exigía una víctima sacrificial. Nuestro padre te eligió a ti porque eres quien menos vale para él. Y ahora estás encerrada en esa isla y nunca saldrás de ella. Debería haber sabido que no me ibas a ser de ayuda. Vete. Vete y que nunca más te vuelva a ver.

Regresé caminando por aquellos pasillos. Mi mente estaba vacía y mi piel erizada como si se me fuera a separar de la carne. Cada sonido, cada roce, las piedras bajo mis pies, el sonido de las fuentes a través de las ventanas..., todo asaltaba pérfidamente mis sentidos. El aire adquirió un peso punzante, como las olas marinas. Me sentía una extraña en el mundo.

Cuando una figura surgió de las sombras de mi puerta, me encontraba demasiado aturdida como para gritar. Mi mano buscó la bolsa de pótimas, y entonces la luz de una antorcha lejana iluminó su rostro encapuchado.

Hablaba con tanta suavidad que solo un dios podría oírlo.

—Te estaba esperando, pero di tan solo una palabra y me iré.

Tardé un momento en comprender de quién se trataba. No había pensado que fuera tan osado, pero lo era, sin lugar a dudas. Un artista, un creador, un inventor, el mayor que había conocido el mundo. La timidez no crea nada.

¿Qué hubiera dicho si se hubiese presentado antes? No lo sé, pero en ese momento su voz fue como un bálsamo sobre mi piel herida. Deseaba sus manos, lo deseaba entero, aun mortal como era, aun lejano y efímero como siempre sería.

—Quédate —dije.

No encendimos lámpara alguna. El dormitorio estaba oscuro y templado por el calor del día. Las sombras cubrían el lecho. No se oían las ranas, ni los cantos de llamada de los pájaros. Parecía que hubiéramos hallado el callado corazón del universo. Nada se movía excepto nosotros.

Después, permanecimos echados el uno junto al otro, con la brisa de la noche acariciando nuestros miembros. Pensé en contarle la discusión que había mantenido con Pasífae, pero no la quería allí, entre nosotros. En el cielo, las estrellas estaban cubiertas por un velo, y un sirviente cruzó el patio con una antorcha titilante. Primero pensé que habían sido imaginaciones mías, pero sentí un leve temblor que agitaba el cuarto.

—¿Has notado eso?

Dédalo asintió.

—Nunca son muy intensos. Solo salen unas pocas grietas en los estucados. Últimamente se suceden con mayor frecuencia.

—No provocarán daños en la jaula.

—No —aseveró—, tendrían que ser mucho más fuertes. —Tras un breve silencio, su voz volvió a sonar tranquila en la oscuridad—. ¿Y en tiempo de cosecha? Cuando la criatura haya crecido, ¿qué desgracia veremos?

—Quince en el transcurso de una luna.

—No puedo liberarme de esta carga. —Hablaba con la respiración contenida—. Todas esas vidas... Yo he colaborado en el nacimiento de esta criatura, y ahora no puedo deshacer lo hecho.

Por mi parte, conocía perfectamente la carga de la que hablaba. Su mano rozaba la mía. Era callosa, pero no áspera. En la oscuridad, la había acariciado con los dedos, buscando las leves y pulidas suturas de sus cicatrices.

—¿Qué haces para soportarlo? —preguntó.

Mis ojos emitieron una luz tenue que me permitió ver su rostro. Me resultó sorprendente que estuviera esperando mi respuesta, que pensara que tenía alguna. Me acordé de otra sala oscura, con otro prisionero. Él también había

sido artesano. La civilización se había construido sobre las bases de su conocimiento. Durante todo ese tiempo, profundas como raíces, las palabras de Prometeo habían estado esperando en mi interior.

—Lo soportamos lo mejor que podemos —contesté.

Minos era parco en el uso de sus barcos, y ahora que el monstruo estaba encerrado, me hizo esperar conforme a sus planes.

—Uno de mis barcos mercantes va a pasar cerca de Eea. Parte en unos días. Te marcharás entonces.

No volví a ver a mi hermana, salvo de lejos, cuando la llevaban a sus almuerzos campestres y sus divertimentos. Tampoco volví a ver a Ariadna, aunque la busqué varias veces en su círculo de danzas. Pregunté a uno de los guardianes si podía conducirme hasta ella. Creo que no imaginé su sonrisa burlona.

—La reina lo ha prohibido.

Pasífae y sus mezquinas venganzas. Aquello me dolió, pero no iba a darle la satisfacción de saber que su crueldad me había hecho mella. Me paseaba por los jardines del palacio, entre sus columnatas, sus caminos y campos. Observaba a los mortales que me encontraba y sus rostros, interesantes e indómitos. Por las noches, Dédalo llamaba en secreto a mi puerta. Teníamos las horas contadas, y lo sabíamos, pero eso hacía que resultaran más dulces.

Al cuarto día, tras despuntar el alba, se presentaron los guardianes. Dédalo ya se había marchado. Le gustaba estar en casa cuando se despertaba Ícaro. Los hombres se presentaron ante mí, muy tiesos, enfundados en sus capas púrpuras, amenazantes, como si fuera a intentar abrirme paso entre ellos y huir a las montañas. Los seguí a través de los salones decorados con pinturas y hacia la monumental escalinata. En medio del caos de los muelles esperaba Dédalo.

—Pasífae te castigará por esto —le advertí.

—No más de lo que lo hace habitualmente.

Se apartó para que las ocho ovejas que Minos enviaba en agradecimiento fueran arreadas hasta el interior del barco.

—Veo que el rey sigue siendo tan generoso como siempre. —Luego señaló dos grandes contenedores que ya habían sido cargados sobre la cubierta—. Sé que te gusta mantenerte ocupada. Son invención mía.

—Gracias, es un honor —dije.

—No —respondió—, sé que estamos en deuda contigo. Sé que estoy en deuda contigo.

La parte posterior de mi garganta ardía, pero podía sentir que a nuestro alrededor todos nos observaban, y no quería empeorar su situación.

—Despídete de Ariadna en mi nombre, por favor.

—Así lo haré —asintió.

Subí a la cubierta y levanté la mano. Él levantó la suya. No me había engañado con falsas esperanzas. Yo era una diosa, él un mortal, y ambos estábamos cautivos. Grabé su rostro en mi mente, como se graban los sellos sobre la cera, para poder llevarlo siempre conmigo.

No abrí aquellos contenedores hasta que desaparecimos de su vista. Lamenté no haberlo hecho delante de él, así hubiera tenido la oportunidad de darle las gracias como se merecía. Dentro de uno había toda clase de lanas, hilos y linos sin teñir. En el otro, el más hermoso telar que había visto nunca, fabricado con madera de cedro pulida.

Aún lo conservo. Está al lado del hogar, y hasta se ha abierto camino en los cantos. Quizá no sea de extrañar, a los poetas les gustan esa clase de simetrías: la hechicera Circe diestra por igual en tejer hechizos e hilos, en urdir encantamientos y lienzos. ¿Quién soy yo para arruinar un hexámetro fácil? Pero todo lo que hay de maravilloso en mis tejidos proviene de ese telar y del mortal que lo fabricó. Siglos después, sus ensambladuras se mantienen firmes, y cuando la lanzadera se desliza por la urdimbre surge un aroma a cedro que colma el aire.

Tras mi marcha, Dédalo construyó finalmente el gran Laberinto, cuyos muros aturdían la rabia del Minotauro. Se fueron sumando cosechas, una tras otra, y sus retorcidos pasillos se fueron llenando de huesos que le llegaban hasta el tobillo. Si se prestaba atención, decían los sirvientes del palacio, se podía oír a la criatura deambulando de un lado para otro. Y, mientras tanto, Dédalo no dejó de trabajar en ningún momento. Untó dos bastidores de madera con cera amarilla y sobre ellos fue trabando las plumas recolectadas de las grandes aves marinas que se alimentaban en los litorales de Creta, largas, anchas y blancas. Fabricó dos pares de alas. Uno lo ató a sus brazos, y el otro, a los de su hijo. Ascendieron hasta el acantilado más alto de la costa de Cnosos y saltaron.

Las corrientes del océano los propulsaron y los condujeron a lo alto. Marcharon hacia el este, hacia oriente y África. Ícaro daba gritos de alegría, pues para entonces era un hombre joven y aquel era su primer momento de

libertad. Su padre se reía al verlo zambullirse y dar vueltas por los aires. El muchacho ascendió más, deslumbrado por la vastedad del cielo, y sintió el intenso calor del sol sobre los hombros. No hizo caso a los gritos de advertencia de su padre ni se dio cuenta de que la cera se estaba derritiendo. Las plumas comenzaron a desprenderse y a caer, y él cayó tras ellas y se sumergió en las olas.

Lloré por la muerte de aquel dulce muchacho, pero más lloré por Dédalo, que siguió agitando sin cesar sus alas mientras cargaba con su dolor y su desesperación. Fue Hermes el que me lo contó, por supuesto, mientras bebía de mi vino, con los pies apoyados en el hogar. Cerré los ojos y busqué ese rostro de Dédalo que había grabado en mi mente. Deseé entonces que hubiéramos concebido un hijo juntos, poder aliviarlo de alguna manera, pero no era más que un pensamiento juvenil y estúpido: como si los hijos fueran sacos de grano que se pudieran sustituir unos por otros.

Dédalo no sobrevivió a su hijo mucho tiempo. Sus miembros se volvieron grises y débiles, y todo su vigor se hizo humo. No tenía derecho alguno sobre él, y lo sabía. Pero cuando se lleva una vida solitaria, se dan pocos y preciosos momentos en los que un alma se sumerge junto a otra, del mismo modo que, una vez al año, las estrellas rozan la tierra. Para mí Dédalo fue esa clase de constelación.



Navegamos de regreso a Eea por la ruta más larga, evitando pasar junto a Escila. Nos llevó once días de travesía. El cielo dobló su arco sobre nosotros, claro y brillante. No quité ojo a las olas cegadoras, al incandescente sol. Nadie me molestó. Los hombres bajaban la vista a mi paso e incluso una vez los vi arrojar al mar una maroma que había tocado con las manos. No podía culparlos por ello. Vivían en Cnosos y sabían mucho sobre brujería.

Cuando arribamos a Eea, los hombres cargaron cuidadosamente el telar por los bosques y lo colocaron junto a mi hogar. Pastorearon también las ocho ovejas. Les ofrecí vino y un almuerzo, pero, evidentemente, no aceptaron. Regresaron a toda prisa al barco y se sentaron prestos en los remos, deseosos de desaparecer en el horizonte. Me mantuve observando hasta el momento en que se desvanecieron, como una llama que se apaga.

La leona me observaba desde la entrada. Movi6 la cola como si dijera: *Espero que aqu6 acabe esta historia.*

—S6, as6 ser6 —dije.

Despu6 de estar en los enormes salones de la soleada Cnosos, mi casa resultaba acogedora como una madriguera. Recorr6 sus pulcros cuartos y sent6 el silencio, la quietud, sin m6s huellas en el suelo que las m6s. Pas6 la mano por todas las superficies, por todos los aparadores y las copas. Todo estaba tal y como lo hab6a dejado, y as6 estar6 siempre.

Sal6 al jard6n. Arranqu6 la maleza que sol6a crecer y plant6 las hierbas que hab6a recogido en el monte Dicte. Aqu6 adquirieron un aspecto extra6o, lejos de las vaguadas ba6adas por la luna, y ahora se api6aban en los lechos de hierba, lustrosos y brillantes. Su zumbido parec6a m6s d6bil, sus colores, m6s apagados. No hab6a considerado la posibilidad de que sus poderes no sobrevivieran al trasplantarlas.

En todos los a6os que hab6a vivido en Eea, nunca me hab6a molestado mi obligada limitaci6n. Una vez fuera de los salones de mi padre, la isla me parec6a de una libertad vertiginosa y salvaje. Las costas, las cumbres; todas ellas se abr6an hacia el horizonte, llenas de magia. Si embargo, cuando

observé esos brotes frágiles, tuve por primera vez la sensación del peso real que suponía mi exilio. Si morían, no podría recolectar más. Nunca volvería a caminar por las resonantes laderas del Dicte. Nunca más volvería a coger agua de su plateado estanque. Todos esos lugares de los que me había hablado Hermes —Arabia, Asiria, Egipto— habían desaparecido para siempre.

*Nunca saldrás de allí*, había dicho mi hermana.

A pesar de ello, regresé de pleno a mi antigua vida. Hacía lo que me apetecía y en cuanto se me ocurría. Canté en las playas, reorganicé el jardín. Hacía venir a los cerdos y les frotaba el lomo cubierto de cerdas, cepillaba a las ovejas, y llamaba a los lobos para que se echaran, jadeantes, en el suelo de mi casa. La leona los observaba fijamente con sus ojos amarillos, pero se comportaba, porque mi ley era que todos los animales debían llevarse bien.

Cada noche salía a buscar mis hierbas y raíces. Realizaba todos los conjuros que me venían a la cabeza, solo por el mero placer de entretejerlos en mis manos. Por la mañana, cortaba flores para la cocina. Por las noches, tras la cena, me sentaba ante el telar de Dédalo. Me llevó algo de tiempo entender su funcionamiento, ya que no se parecía a ninguno de los telares que había conocido en las mansiones de los dioses. Tenía un asiento, y la trama se tejía hacia abajo, en lugar de hacia arriba. Si lo hubiera visto mi abuela, habría dado su serpiente marina por él. El tejido que producía era más fino que el mejor que hubiera fabricado nunca ella. Dédalo lo había supuesto bien: que me iba a gustar en todos los aspectos, su sencillez y su maestría técnica, el olor de la madera, el murmullo de la lanzadera, el modo tan satisfactorio en que las tramas se apilaban unas sobre otras. «En cierta manera, se parecía a la creación de hechizos», pensé, porque tus manos han de estar ocupadas en todo momento, y tu mente, lúcida y libre. Sin embargo, lo que más me gustaba no era el telar, sino la elaboración de tintes. Salía a buscar los mejores colores; granza y azafrán, el quermes escarlata y las caracolas marinas, que dan un color vinoso oscuro, y polvo de alumbre para que se adhirieran bien a las fibras de la lana. Los machacaba, los batía y los ponía a remojo en calderos burbujeantes hasta que de esos líquidos malolientes salía una espuma de un color vivo como el de las flores: carmesí y amarillo azafrán y ese púrpura intenso que visten los príncipes. De haber poseído la maestría de Atenea, hubiera tejido un gran tapiz que representara a Iris, diosa del arco de luz, desplegando sus colores desde el cielo.

Pero yo no era Atenea. Me conformaba con mantones sencillos, capas y mantas que cubrían mis sillas como joyas. Cubrí a la leona con una y la llamé Reina de Fenicia. Ella se sentó y movió la cabeza de un lado para otro, como si quisiera enseñarme cómo la púrpura hacía que su pelo pareciera de oro.

*Nunca conocerás Fenicia.*

Me levanté del banco de trabajo y me fui a dar un paseo por la isla, para maravillarme con los cambios que acontecían a cada hora: los zapateros que flotaban sobre la superficie de las charcas, las piedras que las corrientes de los ríos volvían verdes y pulidas, las abejas que volaban bajo, cargadas de polen. Las bahías estaban rebosantes de peces que daban coletazos, y las semillas rompían las vainas. Mi dicitamo, las lilas que había traído de Creta, habían arraigado pese a todo. *¿Ves?*, le dije a mi hermana.

En cambio, fue Dédalo el que me respondió. *Una jaula de oro no deja de ser una jaula.*

La primavera dio paso al verano, y el verano a un otoño lleno de fragancias. Por la mañana aparecían bancos de niebla y, a veces, había tormentas por la noche. El invierno se acercaba con su particular belleza; las hojas verdes del eléboro resplandecían entre los tonos pardos, y los cipreses, altos y negros, se alzaban sobre el cielo metálico. Nunca hacía realmente frío, como en la cima del monte Dicte, pero me alegré de tener aquellas capas nuevas mientras ascendía por las rocas y me exponía a los vientos. Sin embargo, por más maravillas que me procurase, por más placeres que encontrase, no lograba desprenderme de las palabras de mi hermana, que se burlaban de mí y me reconcomían la sangre y los huesos.

—Te equivocas respecto a la brujería —protesté—. No proviene del odio. Mi primer hechizo lo hice por amor a Glauco.

Podía oír perfectamente su voz de hurón, como si la tuviera delante. *Sí, pero lo hiciste para desafiar a nuestro padre, para desafiar a todos los que te despreciaban y querían evitar que cumplieses tus deseos.*

Había visto la mirada en los ojos de mi padre al darse cuenta por fin de quién era yo. Pensaba que debería haberme ahogado en la cuna.

*Eso es. Piensa en cómo anularon el vientre de nuestra madre. ¿No te has dado cuenta de la facilidad con que maneja a nuestro padre y a las tías?*

Ya me había dado cuenta. Parecía que iba más allá de su belleza, de los trucos de cama que pudiera conocer.

—Es muy lista.

*¡Muy lista!, rio Pasífae. Siempre la has subestimado. No me sorprendería nada que también tuviera sangre de bruja. Nuestros hechizos no vienen por la parte de Helios.*

Ya me lo había planteado.

*Ahora te arrepientes de haberla menospreciado. Te pasabas todos los días de tu vida lamiéndole los pies a nuestro padre, con la esperanza de que se deshiciera de ella.*

Caminaba entre las rocas. Había vivido unas cien generaciones, pero aún era como una cría para mí misma. Cólera y pena, deseos frustrados, codicia, autocompasión: estas son la clase de emociones que los dioses conocen a la perfección; pero la culpa y la vergüenza, el remordimiento, la indecisión nos resultan territorios ignotos que hay que recorrer sendero a sendero. No podía quitarme de la cabeza el rostro de mi hermana, su absoluta conmoción cuando le dije que jamás sería como ella. Pero ¿qué esperaba? ¿Que nos mandáramos mensajes de un lado a otro en los picos de las aves marinas? ¿Que compartiéramos hechizos? ¿Qué lucháramos contra los dioses? ¿Que íbamos a ser, a nuestra manera, hermanas por fin?

Hice el esfuerzo de imaginármelo: las cabezas inclinadas sobre las hierbas, su risa al ocurrírsele alguna argucia. Entonces deseé... ¡ah, docenas de cosas! Haber sabido antes quién era; haber crecido en un lugar diferente a aquellos salones resplandecientes; haber sido capaz de mitigar sus ataques, de sacarla de sus insultos, de enseñarle a recoger las mejores hierbas.

*Ja, ja, respondió ella. No me va a dar lecciones una imbécil como tú. Eres débil e ignorante, y lo peor es que has elegido ser así. Al final te arrepentirás.*

Siempre resultaba más fácil cuando se ponía aborrecible.

—No soy débil y nunca me arrepentiré de no ser como tú. ¿Te enteras?

Por supuesto, no hubo respuesta. Solo la del aire, tragándose mis palabras.

Hermes regresó. Ya no pensaba que pudiera estar compinchado con Pasífae. No era más que su naturaleza el alardear de lo que sabía y reírse de lo que los demás ignoraban. Se repantigó en mi silla de plata.

—¿Qué has hecho en Creta, entonces? Tengo entendido que has vivido cosas emocionantes.

Le ofrecí comida y vino, y lo metí en mi cama esa noche. Estaba más

hermoso que nunca, entusiasta y juguetón en nuestros encuentros. Sin embargo, cuando lo miraba surgía en mí un desagrado. En un momento me hacía reír, pero en el instante siguiente sus bromas me dejaban un regusto amargo. Cuando sus manos me tocaban me resultaban ajenas; eran perfectas y no tenían cicatrices.

Mi ambivalencia, claro está, no hacía sino provocarlo. Cualquier reto se convertía en un juego, y cualquier juego, en un placer. Si hubiera estado enamorada de él, habría salido huyendo; era mi rechazo el que lo hacía regresar una y otra vez. Él se esforzaba en envolverme, me traía regalos y noticias, me desvelaba la historia entera del Minotauro sin necesidad de que le preguntara nada.

Después de mi partida, me contó, el hijo mayor de Minos y Pasífae, Androgeo, había viajado al continente y había muerto cerca de Atenas. Para entonces, el pueblo de Creta se mostraba muy agitado por verse obligado a perder a sus hijos e hijas cada cosecha, y amenazaba con una revuelta. Minos aprovechó la ocasión. Como compensación por la muerte de su hijo, exigió que el rey de Atenas enviara siete varones y siete doncellas jóvenes para que sirvieran de alimento al monstruo, o la poderosa armada cretense invadiría Atenas. El rey, aterrorizado, aceptó el tributo, y uno de los muchachos elegidos había sido su propio hijo, Teseo.

Este príncipe era el mortal que aparecía en la visión que tuve en la laguna. No obstante, la visión no me lo había revelado todo: hubiera muerto de no ser por la ayuda de la princesa Ariadna. Ella se había enamorado de él, y para salvar su vida le entregó a escondidas una espada y le enseñó el camino que debía tomar en el interior del Laberinto, que había aprendido del propio Dédalo. Aun así, cuando Teseo salió del Laberinto con las manos manchadas de la sangre del monstruo, ella lloró, y no precisamente de alegría.

—Oí —me contó Hermes— que ella albergaba un amor antinatural por la criatura. A menudo lo visitaba en su jaula y le hablaba con dulzura a través de los barrotes, y le llevaba los manjares que servían en su mesa. Una vez se acercó tanto que los dientes del monstruo se clavaron en un hombro. Ella escapó y Dédalo le cosió la herida, pero le quedó una cicatriz en forma de corona en la base del cuello.

Me acordé de su rostro cuando dijo *mi hermano*.

—¿La castigaron por ayudar a Teseo?

—No. Escapó con él tras la muerte de la criatura. Teseo se hubiera casado con ella, pero mi hermano decidió que la quería para sí. Sabes lo que le gustan

las muchachas de pies ágiles. Le ordenó a Teseo que la abandonara en una isla, y él iría después a reclamarla como esposa.

Sabía de qué hermano me hablaba: de Dioniso, dios de la vid y de la uva, el licencioso hijo de Zeus, al que los mortales llaman Liberador porque los libera de sus preocupaciones. «Al menos —pensé—, bailará todas las noches con Dioniso.»

Hermes negó con la cabeza.

—Llegó tarde. Ella estaba dormida, y Ártemis la mató.

Lo dijo con tanta indiferencia que, por un momento, pensé que lo había oído mal.

—¿Cómo? ¿Que está muerta?

—La llevé yo mismo al inframundo.

Aquella muchacha tan ágil y llena de vida.

—¿Por qué razón?

—No he logrado sacarle una respuesta a Ártemis. Ya sabes qué carácter tiene. Algún desaire incomprensible —dijo encogiéndose de hombros.

Mis hechizos no tenían ningún poder contra los olímpicos, y lo sabía, pero en ese momento deseé intentarlo. Invocar todos mis encantamientos, introducir mi voluntad en todos los espíritus de la tierra, las bestias, los pájaros y ponerlos en contra de Ártemis, hasta que se enterara de qué significa ser víctima de una auténtica persecución.

—Vamos —dijo Hermes—. Si lloras cada vez que fallece un mortal, te ahogará en menos de un mes.

—Vete de aquí —repliqué.

Ícaro, Dédalo, Ariadna. Todos se habían marchado a los campos oscuros en los que las manos no pueden trabajar más que el aire, donde los pies ya no se posan nunca más en el suelo. «Si hubiera estado allí...», pensé. ¿Qué hubiera cambiado? Hermes tenía razón. A todas horas se producen fallecimientos de mortales, por naufragios de barcos, por heridas de espada, por ataques de fieras salvajes y hombres violentos, por enfermedades, por descuido o por la edad. Era su destino, como me dijo Prometeo, la condición que todos ellos tenían en común. Por vitales o brillantes que fuesen en vida, por muchas maravillas que fueran capaces de obrar, terminaban convirtiéndose en polvo y humo, mientras que los dioses, incluso los más pequeños e inútiles, seguirían aspirando el aire resplandeciente hasta que las estrellas se apagaran.

Hermes regresó, como siempre. Se lo permití. Cuando su luz iluminaba mis salones, mis costas no parecían tan estrechas y la conciencia de mi exilio no resultaba tan pesada.

—Cuéntame noticias —le dije—. Dime qué pasa en Creta. ¿Cómo se ha tomado Pasífae la muerte del Minotauro?

—Por lo que se cuenta, se ha vuelto loca. Solo viste de negro en señal de luto.

—No seas tonto. Estará loca únicamente para lo que le convenga —respondí.

—Dicen que ha maldecido a Teseo, y él no levanta cabeza desde entonces. ¿Te has enterado de cómo ha muerto su padre?

No me importaba qué le pudiera estar pasando a Teseo, solo quería saber de mi hermana. Hermes debía estar riéndose por dentro conforme iba contando historia tras historia: que le había prohibido a Minos meterse en su cama y que su única alegría ahora era su hija menor, Fedra; que se dedicaba a deambular por las laderas del monte Dicte, cavando la montaña entera en busca de venenos nuevos. Yo atesoraba cada chisme con la misma intensidad con la que un dragón guarda su tesoro. Me daba cuenta de que yo misma estaba buscando algo, aunque no pudiera saber a ciencia cierta de qué se trataba.

Como todos los buenos narradores, Hermes sabía que hay que dejar lo mejor para el final. Una noche, me contó una jugarreta que Pasífae le había hecho a Minos en los días siguientes a su matrimonio. Siempre que veía una muchacha que le gustaba, Minos solía ordenarle que acudiera esa noche a su lecho delante de Pasífae. Así que ella, mediante un embrujo, hizo que su semen se convirtiera en serpientes y escorpiones. Cada vez que se acostaba con una mujer, la agujoneaban y mordían por dentro hasta provocarle la muerte.

Me acordé entonces de la discusión que había presenciado entre ellos. Un centenar de muchachas, había dicho Pasífae. Seguramente fueran sirvientas, esclavas, hijas de mercaderes, de cualquiera que no se atreviera a alzar una protesta contra el rey. Todas ellas murieron nada más que por el mero placer de uno y la venganza de otra.

Hice salir a Hermes y cerré las contraventanas como nunca había hecho antes. Cualquiera hubiera pensado que me disponía a elaborar un gran conjuro, pero no recurrí entonces a hierbas de ninguna clase. Sentía una liviana sensación de gozo. La historia era tan desagradable, tan estafalaria y repugnante, que me hizo sentir una especie de acceso de fiebre. Si bien estaba atrapada en aquella isla, al menos no tenía que compartir el mundo con ella y

con los de su clase. De pie junto a mi leona dije: *Se acabó. No volveré a pensar en ellos. Los expulso de mi mente y se termina.*

La felina hundió la mejilla entre sus garras dobladas, sin levantar la vista del suelo. Así que quizá ella sabía lo que yo ignoraba.



Era primavera y me encontraba en la ladera oriental, recogiendo las primeras fresas. Los vientos marinos soplaban fuerte en esa zona, y la dulzura natural de los frutos siempre quedaba impregnada de un matiz salado. Los cerdos comenzaron a gruñir y levanté la vista. Un barco se aproximaba a la isla en medio del sol oblicuo del atardecer. Aunque traía el viento en contra, esto no lo ralentizaba ni alteraba su rumbo. Los remeros lo llevaban tan derecho como una flecha certera.

Mi estómago se revolvió. Hermes no me había avisado, y no sabía qué podía significar esto. El bajel era de estilo micénico, y llevaba un mascarón de proa tan aparatoso que debía alterar el calado de la nave. En el casco estaban pintados un par de ojos perfilados en negro. El viento traía un olor extraño, un leve hedor. Dudé un instante, luego me limpié las manos y descendí en dirección a la playa.

Por entonces el barco se encontraba cerca de la costa, y la sombra de la proa parecía una aguja proyectada sobre las olas. Conté unas tres docenas de hombres a bordo. Después, claro está, vendrían mil que afirmaron haber estado allí o que inventaron genealogías para retrotraer su linaje hasta ellos. Se decía que esa tripulación estaba formada por los mayores héroes de su generación. Valientes y aguerridos, capitanes en un centenar de esforzadas aventuras. En verdad, eso transmitía su aspecto: principescos y esbeltos, con grandes hombros, ricas capas y melenas espesas, criados con lo mejor que sus reinos podían ofrecer. Portaban sus armas con la misma naturalidad con la que la mayoría de los humanos llevan sus ropas. No cabía duda de que habían luchado contra jabalíes y habían dado muerte a gigantes desde sus días de cuna.

No obstante, sus rostros estaban contraídos y tensos. El olor se iba volviendo más intenso, y el aire estaba cargado con un denso lastre que parecía colgar del propio mástil. Me vieron, aunque permanecieron en silencio y no hicieron señales de saludo.

El ancla cayó al mar salpicando y a continuación la rampa. Las gaviotas

sobrevolaban en círculos, graznando. Descendieron dos personas, con las manos apoyadas en las armas y la cabeza gacha. Uno era un hombre, robusto y musculoso, con una melena negra que ondeaba en la brisa de la tarde; la otra —para mi sorpresa— era una mujer, alta y vestida de negro, que llevaba puesto un velo que flotaba tras ella. La pareja se aproximó a mí con andares gráciles y sin vacilación, como si se tratara de huéspedes esperados. Se arrodillaron a mis pies y la mujer alzó las manos, de dedos largos y sin adorno alguno. Llevaba el velo arreglado de tal forma que no dejaba ver ningún cabello. Tenía la barbilla dirigida al pecho con determinación, ocultando su rostro.

—Diosa —comenzó a decir—, hechicera de Eea. Venimos a pedirte ayuda. —Su voz sonaba baja pero clara, con cierta musicalidad, como si estuviera acostumbrada a cantar—. Hemos huido de un gran mal y hemos obrado un gran mal para poder escapar. Estamos contaminados.

Podía percibirlo. El aire, insano, se había espesado aún más, cubriéndolo todo con una espesura aceitosa. *Miasma*, así lo llamaban. Polución. Provenía de crímenes que no habían sido purificados, de hechos cometidos contra los dioses y del derramamiento de sangre no santificado. Era lo que me había afectado tras el nacimiento del Minotauro, hasta que me limpiaron las aguas del monte Dicte. Sin embargo, este parecía mucho más fuerte: un contagio penetrante y nauseabundo.

—¿Nos ayudarás? —dijo ella.

—Ayúdanos, gran diosa, estamos a tu merced —añadió él.

No era magia lo que pedían, sino el rito más antiguo que celebran los dioses. La *katharsis*, la limpieza a través del humo y la oración, del agua y la sangre. Me estaba prohibido hacerles preguntas acerca del crimen que habían cometido, en caso de que hubieran cometido alguno. Lo único que me cabía decir era sí o no.

El varón no tenía la disciplina de su acompañante. Cuando habló, su barbilla se había alzado un poco, por lo que le pude ver el rostro. Era joven, más joven incluso de lo que me había parecido, y tenía la barba aún rala. Su piel estaba curtida por el sol y el viento, pero tenía un lustre sano. Era hermoso, como un dios, como les gusta decir a los poetas. Sin embargo, lo que más me llamó la atención fue su determinación de mortal, la postura valiente del cuello, a pesar de todo el peso que cargaba.

—Levantaos —ordené— y acompañadme. Os ayudaré en lo que pueda.

Los conduje por los senderos de los cerdos. La mano de él asía el brazo de ella solícitamente, como si la sujetara, aunque su paso no mostraba vacilación. Si acaso, ella parecía caminar con un paso más firme que él, y, aun así, seguía manteniendo el rostro agachado.

Los conduje al interior de la casa. Pasaron por entre las sillas y se arrodillaron, silenciosos, en las piedras del suelo. Dédalo hubiera podido esculpir una hermosa estatua de ellos: *Humildad*.

Fui a la puerta trasera y los cerdos vinieron corriendo hacia mí. Puse la mano en uno de ellos, un lechón de apenas medio año, puro y sin manchas en la piel. Si fuera un sacerdote, le hubiera suministrado alguna droga para que no se asustara y se revolviere, lo que arruinaría el ritual. En mis manos, se quedó desfallecido como un niño durmiente. Lo lavé, le até las tiras sagradas y tejí una guirnalda para su cuello. Durante todo el tiempo se mantuvo en calma, como si supiera de qué se trataba y estuviera de acuerdo con ello.

Puse el cuenco de oro en el suelo y agarré el gran cuchillo de bronce. No tenía altar, pero tampoco lo necesitaba: mi templo era cualquier lugar en el que me encontrara. La garganta del animal se abrió fácilmente al paso del filo. Entonces sí pateó, pero apenas un momento. Lo agarré con fuerza hasta que sus patas se quedaron quietas, mientras la corriente roja se vertía en el recipiente. Canté los himnos, y bañé sus manos y sus rostros con agua sagrada mientras quemaba hierbas aromáticas. Sentí como el peso se iba aliviando. El aire se volvió nítido y el aroma aceitoso se desvaneció. Elevaron plegarias mientras yo sacaba la sangre y la derramaba en las raíces retorcidas de un árbol. Después cortarían el cuerpo en pedazos y lo cocinarían para que lo comieran.

—Ya está hecho —les indiqué a mi regreso.

—Gran diosa —dijo él, levantando el dobladillo de mi capa y llevándolo a los labios.

Pero yo la miraba a ella. Quería ver su rostro, libre al fin de la cuidadosa custodia a la que lo tenía sometido.

Ella alzó la cabeza. Sus ojos brillaban como antorchas. Se quitó el velo y apareció una cabellera del color que deja el sol sobre las colinas de Creta. Era una semidiosa, esa poderosa mezcla de ser humano y divinidad. Y era más que eso: era de mi familia. Nadie tenía ese aspecto dorado sino la descendencia directa de Helios.

—Siento haberte engañado —dijo—, pero no me podía arriesgar a que me expulsaras, cuando he deseado conocerte durante toda mi vida.

Había una cualidad en ella que resulta difícil de describir, una especie de

fervor, un calor que te nublaba la mente. Había supuesto que era hermosa, porque caminaba con el porte de una reina de los dioses, pero tenía una belleza extraña, diferente a la de mi madre o mi hermana. Aislados, cada uno de sus rasgos no resultaban bellos —la nariz muy afilada, la barbilla demasiado robusta—, pero juntos componían un todo semejante al del corazón de un fuego. No podías apartar la vista.

Sus ojos se aferraban a mí como si pretendieran arrancarme la piel.

—Mi padre y tú estabais muy unidos cuando erais niños. No sé qué mensajes te habrá podido mandar acerca de la descarriada de su hija.

Aquella fuerza, aquella certeza. Debería haberlas reconocido con tan solo verlas, con solo reconocer la forma de sus hombros.

—Eres hija de Eetes —dije, intentando acordarme del nombre que me había dicho Hermes—. Medea, ¿no es así?

—Y tú eres mi tía Circe.

«Se parece a su padre», pensé; ese ceño alto y definido, esa mirada imperturbable. No dije más. Me levanté y me dirigí a la cocina. Puse platos y pan en una bandeja, añadí queso y aceitunas, copas y vino. Hay que alimentar a los huéspedes antes de colmar la curiosidad del que hospeda, así lo marca la ley.

—Servíos vosotros mismos —indiqué—. Ya tendremos tiempo para las explicaciones.

Ella sirvió al hombre en primer lugar, ofreciéndole las tajadas más tiernas, apremiándole bocado tras bocado. Él comió con avidez lo que ella le puso en el plato, y cuando regresé con más también lo ingirió, con su mandíbula de héroe trabajando sin perder el ritmo. Ella comió poco. Mantenía los ojos bajos; otro secreto.

—Mi nombre es Jasón —dijo finalmente el varón apartando el plato—, heredero legítimo del reino de Yolcos. Mi padre fue un rey virtuoso, pero de corazón blando, y, cuando yo era niño, mi tío le arrebató el trono. Dijo que, cuando llegara a adulto, me lo devolvería si era capaz de darle una prueba de mi valía: un vellocino de oro, custodiado por un hechicero en su tierra, la Cólquide.

Creí que era un príncipe de verdad. Tenía la habilidad de imitarlos en su habla, dando vueltas a las palabras como si fueran peñascos, perdiéndose en los detalles de su propia leyenda. Intenté imaginármelo de rodillas ante Eetes, entre fuentes de leche y dragones enroscados en sí mismos. Seguramente mi hermano pensó que era un patán, además de un arrogante.

—La señora Hera y el señor Zeus bendijeron mi cometido. Me guiaron hasta mi barco y me ayudaron a reunir a mis compañeros de travesía. Cuando llegamos a la Cólquide, le ofrecí al rey Eetes un gran tesoro a cambio del vellocino, pero él lo rechazó. Dijo que solo me lo daría si cumplía la labor que me iba a encomendar: uncir dos bueyes y arar y sembrar un vasto campo en un solo día. Yo estaba dispuesto, claro está, y no dudé en aceptar el encargo, pero...

—Pero el encargo era imposible de realizar. —La voz de Medea se deslizó entre sus palabras con la facilidad del agua—. Era una estratagema para evitar que se hiciera con el vellocino. Mi padre no tenía intención alguna de entregarlo, por el enorme prestigio y poder que tiene este objeto. Ningún mortal, por valiente y aguerrido que sea —prosiguió mirando a Jasón y posando su mano en la de él—, podría cumplir esa tarea sin ayuda. Los toros eran obra de la magia de mi padre; estaban fabricados con bronce afilado como un cuchillo y resoplaban fuego. Aunque Jasón hubiera sido capaz de uncirlos, las semillas que tenía que sembrar eran otra trampa. Se convertirían al punto en unos guerreros que surgirían de la tierra para darle muerte.

Su mirada se clavó apasionadamente en el rostro de Jasón. Hablé, más por hacerla volver en sí que por otra cosa.

—Así que ideaste un truco —dije.

A Jasón no le gustó mi comentario. Era un héroe de la edad dorada. Los trucos eran para cobardes, para hombres sin fuerza suficiente como para mostrar coraje. Medea continuó hablando rápidamente, a pesar del ceño fruncido de Jasón.

—Mi amado rechazó toda ayuda en un primer momento, pero yo insistí, pues no podía soportar verlo en peligro.

Estas palabras lo tranquilizaron. Este modo de narrarlo le complacía más: la princesa extasiada a sus pies, abjurando de su cruel padre para quedarse con él. Visitándolo de noche, en secreto, sin más luz que la que emanaba de su rostro. ¿Quién podía negarse?

Pero ahora ella escondía el rostro y bajaba la voz, dirigiéndola a sus dedos entrelazados.

—He adquirido algunas habilidades en esas artes que mi padre y tú conocéis. Elaboré una sencilla poción para proteger la piel de Jasón del fuego que resoplaban los toros.

Ahora que sabía quién era ella, su mansedumbre me resultaba absurda, como si una gran águila intentara encorvarse para caber en el nido de un

gorrión. ¿Sencilla? ¿Una pócima así? Nunca había pensado que los mortales pudieran hacer magia, menos aún un poderoso hechizo. Pero de nuevo era Jasón el que hablaba, haciendo rodar más peñascos, unciendo los bueyes, arando y sembrando el campo.

Cuando los guerreros brotaron de la tierra, contó, conocía el secreto para vencerlos, ya que Medea se lo había revelado. Tenía que tirar una piedra en medio de ellos, quienes, enfurecidos, se atacarían entre sí. Así lo hizo, pero Eetes no quiso entregarle el vellocino. Dijo que antes Jasón debía derrotar al dragón que lo custodiaba. Medea preparó un nuevo brebaje e hizo que la bestia cayese dormida. Corrió a su barco con el tesoro obtenido, y con él, Medea: su honor jamás le permitiría abandonar a una muchacha inocente en manos de un tirano tan pérfido.

En su cabeza, ya estaba contando la historia ante su corte, ante nobles admirados y doncellas desmayadas. Ni siquiera agradeció a Medea la ayuda prestada; apenas la miraba. Como si el hecho de que una semidiosa le hubiera salvado el pellejo a cada paso no fuera más que lo que le era debido.

Ella debió de darse cuenta de mi desagrado, porque dijo:

—Es un hombre muy honrado, realmente, pues esa misma noche se casó conmigo en el barco, a pesar de que los guerreros de mi padre nos perseguían. Cuando recupere su trono en Yolcos, seré su reina.

¿Fue imaginación mía o realmente la luz de Jasón palideció un poco ante estas palabras? Se produjo un silencio.

—¿Y qué sucedió con esa sangre que limpié de vuestras manos? — pregunté.

—Sí —respondió ella con suavidad—. Iba a contártelo ahora. Mi padre estaba enfurecido. Salió en nuestra busca. Unos vientos generados por su magia propulsaban las velas de su barco, y al amanecer se encontraba muy cerca de nosotros. Sabía que mis hechizos no servirían de nada contra los suyos. Nuestro barco, aunque estaba bendecido, no podría escapar de él. Solo me quedaba un recurso: mi hermano pequeño, al que llevaba conmigo. Era el heredero al trono de mi padre, y había pensado en intercambiarlo como rehén por nuestra seguridad. Sin embargo, cuando vi a mi padre en la proa de su barco, gritando maldiciones sobre las aguas, me di cuenta de que no funcionaría. En su rostro se mostraba una manifiesta furia asesina. Nada lo satisfaría salvo nuestra ruina. Pronunció hechizos a los aires y elevó su báculo para concitarlos y arrojarlos sobre nuestras cabezas. Me invadió un miedo atroz, no por mí, sino por Jasón, que estaba libre de culpa, y su tripulación.

Miró entonces a Jasón, pero su rostro estaba vuelto hacia el fuego.

—En ese momento... No puedo describirlo. Me entró una especie de locura. Agarré a Jasón y le ordené que matara a mi hermano. Luego corté su cuerpo en pedazos y lo arrojé a las olas. A pesar de lo salvaje que era mi padre, sabía que se vería obligado a detenerse para darle un entierro apropiado. Cuando volví en mí tras este arrebató, el mar estaba vacío. Creía que había sido un sueño hasta que me vi las manos manchadas con la sangre de mi hermano.

Las extendió para que las viera, como si fueran la prueba. Estaban limpias. Las había limpiado yo misma.

La piel de Jasón había adoptado un tono gris, como si fuera plomo en bruto.

—Esposo —dijo; él se sobresaltó, aunque ella no había alzado la voz—, tu copa no tiene vino. ¿Te la lleno?

Se levantó y se dirigió hacia el cántaro rebosante con la copa en la mano. Jasón no miraba y, de no ser yo misma hechicera, no me hubiera dado cuenta de la pizca de polvos que echó en el vino y de la palabra que susurró.

—Aquí tienes, mi amor.

Su tono de voz era persuasivo como el de una madre. Él tomó la copa y bebió el vino. Su cabeza se desplomó hacia atrás y ella recogió la copa antes de que cayera de sus manos. La puso cuidadosamente sobre la mesa y se sentó de nuevo.

—Has de entenderlo —continuó—. Le resulta muy difícil. Se culpa por ello.

—No hubo locura alguna —dije.

—No —sus ojos dorados se clavaron en los míos—, aunque hay quien llama locura al amor.

—De haberlo sabido, no hubiera llevado a cabo el ritual.

—Ya —asintió—, ni tú ni muchos otros. Quizá por eso no se debe preguntar a los suplicantes. ¿A cuántos de nosotros nos concederían el perdón si se conociera lo que realmente albergan nuestros corazones?

Se quitó la capa negra y la dobló sobre la silla que se encontraba a su lado. El vestido que llevaba debajo era de color lapislázuli, ajustado a la cintura con un fino ceñidor de plata.

—¿No te arrepientes?

—Supongo que podría llorar y frotarme los ojos para complacerte, pero he elegido vivir sin falsedades. Mi padre hubiera destruido el barco entero si yo no hubiera actuado. Mi hermano era un soldado. Se sacrificó a sí mismo para

ganar la guerra.

—Solo que él no se sacrificó a sí mismo. Tú lo mataste.

—Le di un bebedizo para que no sufriera. Fue mejor de lo que les sucede a la mayoría de los seres humanos.

—Era de tu sangre.

Sus ojos estaban en llamas, brillantes como un cometa en el cielo nocturno.

—¿Acaso es más valiosa una vida que otra? Nunca lo he visto así.

—No tenía por qué morir. Podías haberte entregado con el vellocino, regresar junto a tu padre.

Su rostro adoptó ahora una expresión que era, efectivamente, como un cometa que virara su curso en dirección a la tierra y a su paso redujera los campos a cenizas.

—Me hubieran obligado a presenciar cómo mi padre hacía pedazos a Jasón y su tripulación, miembro a miembro, para recibir mi tormento a continuación. Perdona que no considere eso una opción. —Captó la expresión de mi rostro —. ¿Acaso no me crees?

—Has dicho muchas cosas sobre mi hermano en las que no lo reconozco.

—En ese caso, déjame aclarártelas. ¿Sabes cuál es el pasatiempo favorito de mi padre? A menudo llegan hombres a nuestra isla que buscan demostrarse a sí mismos su valía contra un malvado hechicero. A mi padre le encanta soltar a los capitanes de esos barcos en medio de sus dragones y verlos correr. Esclaviza a la tripulación, arrebatándoles la voluntad hasta dejar sus mentes inertes como piedras. A modo de entretenimiento para sus huéspedes, he visto a mi padre poner candente un hierro de marcar y aplicarlo sobre el brazo de uno de esos hombres. El esclavo permanece allí, quieto, quemándose hasta que mi padre lo libera. Muchas veces me he preguntado si no son nada más que cascarones huecos, o si realmente padecen lo que les están haciendo y gritan por dentro. Si mi padre me atrapa, lo sabré por mí misma, porque eso es lo que hará conmigo.

No era la misma voz con la que se había dirigido a Jasón, con esa dulzura empalagosa. Tampoco se trataba de su luminosa seguridad en sí misma. Cada una de sus palabras resultaba oscura como la cabeza de un hacha, pesada e implacable, y mi sangre se helaba con cada golpe.

—Estoy segura de que no haría daño a su propia hija.

—Para él yo no soy una hija —replicó con desdén—. Yo era material desechable, como los guerreros que surgían de las semillas o los toros que resoplaban fuego. Al igual que mi madre, a la que despachó tan pronto como



obtuvo de ella un heredero. Quizá hubiera sido diferente de no haber aprendido mis artes hechiceras, pero ya cuando tenía diez años era capaz de amansar a las víboras en sus nidos, matar corderos con una sola palabra y resucitarlos con otra. Me castigó por ello. Me dijo que ese conocimiento me hacía invendible, pero en verdad lo que no quería era que llegara a transmitir sus secretos a mi esposo.

Me pareció estar escuchando a Pasífae, como si me estuviera diciendo al oído: *A Eetes no le ha gustado nunca ninguna mujer.*

—Su mayor deseo era venderme a otro dios hechicero semejante a él que diera a cambio venenos exóticos. No encontró a ninguno más que a su hermano Perses, así que me ofreció a él. Elevé plegarias todas las noches para que esa bestia no me quisiera. Tiene por esposa a una diosa sumeria a la que mantiene en su palacio encadenada.

Me acordé de lo que me había ido contando Hermes: Perses y su palacio de cadáveres; de Pasífae diciendo: *¿Sabes acaso lo que tenía que hacer para complacerle?*

—Es extraño —dije, aunque mis palabras me sonaron vacías incluso a mí —, Eetes siempre odió a Perses.

—Ahora no es así. Son amigos íntimos, y cuando Perses lo visita no hacen más que hablar de levantar a los muertos y tirar abajo el Olimpo.

Me sentí paralizada, yerma como un campo en invierno.

—¿Y Jasón sabe todo esto?

—Claro que no, ¿estás loca? Cada vez que me mirara, pensaría en venenos y en pieles quemadas. Un hombre quiere que su esposa sea como la hierba nueva, fresca y verde.

¿No había visto cómo Jasón se había encogido? ¿Acaso no quería verlo? *Ya te tiene miedo.*

Medea se levantó y su vestido brilló como la cresta de una ola.

—Mi padre sigue persiguiéndonos. Debemos partir y continuar nuestro camino hasta Yolcos. Allí tienen un ejército con el que no podrá enfrentarse, porque la diosa Hera combate de su lado. Se verá obligado a retirarse. Entonces Jasón será proclamado rey, y yo seré reina a su lado.

Su cara refulgía. Decía cada palabra como si se tratara de una piedra con la que pretendiera construir su futuro. Sin embargo, tuve por primera vez la sensación de que era una criatura que colgaba sobre un precipicio, aferrada desesperadamente a una piedra de la que sus manos ya se resbalaban. Era joven, más joven que Glauco el día en que lo conocí.

Miré a Jasón, drogado y dormido, con la boca abierta.

—¿Te fías de su estima?

—¿Qué insinúas? ¿Que no me ama? —En un instante su voz se afiló como un cuchillo.

—Es casi un niño, y además es completamente mortal. No puede entender tu historia, ni tu hechicería.

—No hace falta que las entienda. Estamos casados, y le daré herederos y se olvidará de todo esto como si hubiera sido un delirio febril. Seré una buena esposa para él, y viviremos en prosperidad.

Le toqué el brazo con los dedos. Tenía la piel fría, como si hubiera estado caminando al viento durante un largo tiempo.

—Sobrina, me temo que no ves las cosas con claridad. Tal vez en Yolcos no te reciban como imaginas.

Ella apartó el brazo, frunciendo el ceño.

—¿Qué quieres decir? ¿Por qué no? Soy una princesa, soy digna de Jasón.

—Eres una extranjera. —Lo vi claro entonces, de repente, como si tuviera delante la escena, pintada ante mí. Los broncos nobles esperando en sus casas el regreso de Jasón, bromeando entre sí acerca de casar a sus hijas con el nuevo héroe y obtener con ello una porción de su gloria. Medea sería lo único en lo que todos se mostrarían de acuerdo—. Les desagradará tu presencia. Peor aún, sospecharán de ti porque eres la hija de un hechicero y una bruja de pleno derecho. Solamente has vivido en la Cólquide, no sabes el miedo que sienten los mortales ante los *pharmakeia*. Intentarán desautorizarte, en todo momento. No importará nada que hayas ayudado a Jasón. Ignorarán ese hecho, o quizá lo usen como prueba de tu condición antinatural.

Ella me miraba fijamente, pero no me detuvo. Las palabras me salían a borbotones de la boca y prendían fuego allí donde caían.

—Allí no vas a encontrar ni seguridad ni paz. Sin embargo, sí puedes liberarte de tu padre. No puedo remediar sus crueles actos, pero puedo asegurarme de que no te siga persiguiendo. Una vez me dijo que la hechicería no podía enseñarse. Se equivocaba. Te ocultó sus conocimientos, pero yo te mostraré los míos. Cuando llegue, lo rechazaremos juntas.

Permaneció callada un largo momento.

—¿Y Jasón?

—Déjale ser un héroe. Tú eres otra cosa.

—¿Qué es lo que soy?

En mi mente nos vi a ambas juntas, con las cabezas inclinadas sobre las

flores púrpuras del acónito, las negras raíces del *moly*. La rescataría de su impuro pasado.

—Una maga —respondí—. Con un poder sin límites, que no necesita darle explicaciones a nadie más que a sí misma.

—¡Claro! —prorrumpió—. ¿Como tú? ¿Una exiliada patética que está aburrida de su soledad? —Vio la reacción de sorpresa que apareció en mi rostro—. ¿Qué te crees, que porque te rodees de felinos y cerdos puedes engañar a alguien? Me conoces desde esta tarde y ya estás desviviéndote para que me quede contigo. Dices que quieres ayudarme, pero ¿a quién pretendes ayudar realmente? «¡Sobrina mía, querida! Seremos las mejores amigas y haremos nuestros hechizos codo con codo. Te mantendré a mi lado, y así llenaré mis días sin descendencia» —dijo torciendo el labio—. No me voy a condenar a mí misma a una muerte en vida.

Pensaba que estaba inquieta, que en aquellos días solo estaba inquieta y un tanto triste, pero ella me había desnudado completamente, y ahora me vi a través de sus ojos: una harpía amargada y sola, una araña que maquinaba para chuparle la sangre.

Con el resquemor en el rostro me levanté para ponerme frente a ella.

—Es mejor que casarse con Jasón. No eres tonta y te das perfectamente cuenta de que no es más que un debilucho. Ya te tiene miedo, y ¿cuánto lleváis casados? ¿Tres días? ¿Qué te crees que va a hacer dentro de un año? Solo le mueve el amor por sí mismo; tú no eres más que una conveniencia. Cuando estéis en Yolcos tu posición dependerá de su buena voluntad. ¿Y cuánto te crees que va a durar cuando sus paisanos le vengán llorando y diciendo que el asesinato de tu hermano traerá una maldición sobre su tierra?

—Nadie sabrá lo de la muerte de mi hermano —espetó con los puños apretados—. He hecho jurar a la tripulación que mantendrán silencio.

—No se puede mantener un secreto así. Si no fueras una cría, lo sabrías perfectamente. En cuanto esos hombres estén fuera del alcance de tu oído comenzarán a murmurar. En un día lo sabrá el reino entero, y sacudirán a tu angustiado Jasón hasta que se caiga. «Gran rey, el muchacho no murió por culpa tuya, sino por la de esa pérfida bruja extranjera. Si fue capaz de descuartizar a uno de los suyos, ¿qué clase de males será capaz de acometer ahora? Expúlsala de aquí, limpia esta tierra de su presencia y toma una esposa mejor en su lugar.»

—¡Jasón nunca prestaría oído a esas calumnias! ¡He sido yo la que le ha conseguido el vellocino! ¡Él me ama! —Allí estaba ella, anclada en su furia,

brillante y desafiante. Todos mis golpes no habían hecho sino fortalecerla. Mi abuela debió de pensar lo mismo de mí cuando me dijo: *Son dos cosas distintas*.

—Medea —dije—, escúchame. Eres joven, y en Yolcos no harás más que envejecer. No vas a estar segura allí.

—Yo envejezco día tras día —replicó—. No tengo tantos años como tú para desperdiciar. Y, en cuanto a la seguridad, no la quiero. No supone más que cadenas. Que me ataquen si se atreven. No conseguirán que Jasón se separe de mí. Tengo poderes y los usaré.

Cada vez que pronunciaba su nombre, sus ojos resplandecían con un amor fiero, salvaje. Lo tenía agarrado y no lo soltaría hasta su muerte.

—Y si intentas encerrarme aquí, pelearé contigo también.

Lo haría, estaba segura, aunque yo fuera una diosa y ella una mortal. Pelearía con el mundo entero.

Jasón se estiró. El hechizo comenzaba a desvanecerse.

—Sobrina —empecé a decir—, no voy a hacer que te quedes contra tu voluntad, pero si alguna vez...

—No —prorrumpió—, no quiero nada más de ti.

Se llevó a Jasón a la costa. No pararon para descansar ni para comer, ni siquiera esperaron a que se hiciera de día. Levaron el ancla y navegaron en la oscuridad, sin más luz que la que daban la luna tras su velo y el inquebrantable oro de los ojos de Medea. Yo permanecí entre los árboles para que ella no se diera cuenta de que los estaba observando y pudiera despreciarme por ello. Pero no tenía que haberme molestado: no miró atrás en ningún momento.

La arena de la playa estaba fresca y la luz de las estrellas me salpicaba la piel. Las olas barrían incansablemente sus huellas. Cerré los ojos y me dejé envolver por la brisa marina, cargada de aromas de salmuera y algas. Sentía como las constelaciones cumplían sus lejanos trazados sobre mi cabeza. Esperé allí un buen rato, escuchando, mandando mi mente a sumergirse en las olas. No oí nada: ni el batir de los remos ni el crujido de las velas ni voces en el viento. Sin embargo, cuando llegó lo supe. Abrí los ojos.

Su casco curvado hendía las olas de la ensenada. Él estaba de pie en la proa, con su rostro dorado perfilado sobre el cielo de alborada. En mi interior surgió un placer antiguo y tan agudo que me produjo algo parecido a un dolor. Mi hermano.

Alzó los brazos y el barco se detuvo, en perfecta quietud sobre las olas.

—Circe —su voz recorrió la distancia que nos separaba, desgarrando el

aire como una espada de bronce—, mi hija ha estado aquí.

—Sí —dije—, así es.

Su rostro se llenó de satisfacción. Cuando era niño, su cabeza me resultaba tan delicada como el vidrio. Cuando estaba dormido solía recorrer sus huesos con el dedo índice.

—Sabía que vendría. Está desesperada. Intentó amarrarme con un hechizo, pero no ha hecho más que amarrarse ella. Su fratricidio la perseguirá durante toda su vida.

—Lamento la muerte de tu hijo.

—Pagará por ella —replicó—. Haz que salga.

Mis bosques estaban en completo silencio. Los animales, agachados en el suelo, no hacían ruido alguno. Cuando era niño, le gustaba apoyar la cabeza en mi hombro y observar cómo las gaviotas se sumergían para capturar peces. Su risa era brillante como el sol de la mañana.

—He conocido a Dédalo —dije.

—¿Dédalo? —Fruunció el ceño—. Lleva muerto años. ¿Dónde está Medea? Entrégamela.

—No está aquí.

Creo que si, en ese momento, hubiera convertido el mar en piedras, no le habría sorprendido tanto. Su rostro se cubrió de incredulidad y de rabia.

—¿La has dejado marchar?

—Ella no quiso quedarse.

—¿Cómo que no «quiso» quedarse? Es una criminal y una traidora. Tu deber era retenerla hasta que yo llegara.

Nunca lo había visto tan colérico. En realidad nunca lo había visto enfadado. A pesar de ello, su rostro era hermoso, como las olas cuando levantan tormentas. Aún podía pedirle perdón, no era demasiado tarde. Podía decir que ella me había engañado. Yo era la hermana tonta, confiada en exceso e incapaz de ver los dobleces de la gente. Entonces desembarcaría y podríamos..., pero mi imaginación no pudo terminar de elaborar el razonamiento. Tras él, en los bancos, estaban sentados los remeros. Miraban de frente, sin mover un músculo ni hacer un gesto, ni siquiera para espantar una mosca o rascarse por un picor. Sus rostros resultaban vagos y vacíos, y sus brazos estaban llenos de cicatrices y costras. Quemaduras viejas.

Hacía años que lo había perdido.

Una ráfaga de aire golpeó a nuestro alrededor.

—¿Me oyes? —gritó—. Debería castigarte por ello.

—No —dije—, puedes hacer tu voluntad en la Cólquide, pero esto es Eea. Por segunda vez apareció en su rostro un gesto de verdadera sorpresa. Luego su boca se retorció.

—Lo que has hecho no ha valido de nada. Al final caerá en mis manos.

—Es posible que así sea, pero no creo que te lo vaya a poner fácil. Es como tú, Eetes, exactamente igual a ti. Ella tendrá que vivir con ello, y, por lo que parece, tú también.

Eetes me miró con una mueca de desprecio, luego se giró y alzó un brazo. Sus marineros se pusieron en movimiento como un solo hombre. Los remos batieron las aguas y se lo llevaron de mi vista.

Afuera habían comenzado las lluvias del invierno. Mi leona había dado a luz, y sus cachorros se andaban tropezando junto al hogar con sus jóvenes y torpes garras. Sin embargo, no era capaz de sonreír. La tierra parecía hacer eco de mis pasos. El cielo desplegaba sus manos vacías sobre mi cabeza.

Esperaba la llegada de Hermes a fin de que me contara qué había sido de Medea y de Jasón, pero parecía darse cuenta de cuándo lo quería a mi lado, y nunca acudía. Intenté tejer, pero mi mente me daba punzadas. Ahora que Medea había nombrado mi soledad, esta se me aparecía por todos los rincones, inevitable, como las telas de araña. Corría por la playa, subía y bajaba resollando por los senderos del bosque, intentando quitármela de encima. Cribaba una y otra vez los recuerdos que tenía de Eetes y de todas las horas que habíamos pasado uno junto al otro. Sin embargo, siempre volvía esa sempiterna sensación desazonadora de que durante toda mi vida no había sido más que una tonta.

Una vez ayudé a Prometeo, me recordaba a mí misma, pero hasta a mí me sonaba patético. ¿Cuánto tiempo iba a continuar aferrada a esos pocos minutos, intentando cubrirme con ellos como si fueran una manta hecha jirones? Lo que había hecho entonces no tenía la menor importancia. Prometeo estaba en su peñasco y yo aquí.

Los días transcurrían lentos, cayendo como los pétalos de una rosa mecida por el viento. Me agarré al telar de cedro y aspiré su olor. Intenté recordar la sensación que me producía acariciar con los dedos las cicatrices de Dédalo, pero los recuerdos estaban hechos de aire, y sus rastros se habían borrado. «Alguien llegará», pensé. De entre todos los barcos que había en el mundo, de entre todos los hombres. Alguno tiene que venir. Fijaba la vista en el horizonte hasta que los ojos se enturbiaban, con la esperanza puesta en algún pescador, algún barco mercante, algún naufragio. Nada, no pasaba nada.

Hundía el rostro en la piel de mi leona. Seguro que había alguna clase de truco divino para hacer que el tiempo pasara más rápido, para que se convirtiera en pasado sin notarlo, para dormir durante años, de modo que, al

despertar, el mundo fuera completamente nuevo. Cerré los ojos. Al otro lado de la ventana se oía el zumbido de las abejas que volaban en el jardín. La cola de la leona batía contra el suelo de piedra. Una eternidad después, cuando abrí los ojos, ni siquiera había cambiado la posición de las sombras.

Allí estaba ella frente a mí, con el ceño fruncido. De pelo oscuro, ojos oscuros, formas redondeadas y una cabellera pulcramente arreglada como el pecho de un ruiseñor. De su piel emanaba un aroma que me resultaba familiar; a aceite de rosa y al olor del río de mi abuelo.

—He venido para servirte —dijo.

Yo había estado dormitando en mi butaca. Mis ojos somnolientos la tomaron por una aparición, una especie de alucinación producto de la soledad.

—¿Cómo?

Arrugó la nariz. Por lo que parecía había agotado toda su humildad en esas palabras.

—Soy Alke —continuó—. ¿No es esto Eea? ¿No eres tú la hija de Helios?

—Así es.

—Me han castigado con convertirme en tu sierva.

Parecía que me encontraba en medio de un sueño. Lentamente me puse en pie.

—¿Castigado? ¿Quién? No tengo noticia de tal cosa. Dime, ¿qué órdenes te han hecho venir hasta aquí?

Las náyades muestran sus sentimientos al igual que el agua genera ondas. Por mucho que hubiera pensado en lo que iba a encontrarse, era evidente que no era esto lo que ella esperaba.

—Me han mandado venir los grandes dioses.

—¿Zeus?

—No —respondió—. Mi padre.

—¿Y quién es tu padre?

Nombró a un pequeño dios río que habita en el Peloponeso. Había oído hablar de él, o quizá lo había conocido algún día, pero nunca había pasado por los salones de mi padre.

—¿Y por qué te ha mandado venir aquí?

Me miró como si fuera la mayor idiota que se hubiera encontrado en su vida.

—Tú eres hija de Helios.



¡Cómo se me había podido olvidar cómo se comportaban las divinidades menores! Esa manera desesperada de aferrarse al rango, sea cual sea. Aunque hubiera caído en desgracia, por mis venas corría la sangre del sol, lo que me convertía en una ama deseable. De hecho, para alguien como su padre, mi desgracia suponía un acicate, ya que me colocaba en una posición tan baja que le permitía considerar la posibilidad de alcanzarme.

—¿Y por qué te han castigado?

—Me enamoré de un mortal —respondió—. Un noble pastor. Mi padre se enojó por ello y ahora debo penar durante un año.

La examiné. Su espalda estaba recta y sus ojos levantados. No demostraba temor alguno, ni hacia mí, ni hacia mis lobos ni mis leones. Y su padre estaba enojado con ella.

—Toma asiento —le dije—. Sé bienvenida.

Se sentó, pero su boca estaba fruncida, como si hubiera chupado una aceituna aún sin madurar. Miraba a su alrededor con gesto de disgusto. Si le ofrecía comida, ella giraba la cabeza como un niño mohíno; si intentaba hablar con ella, se cruzaba de brazos y apretaba los labios. Solo los abría para manifestarme sus quejas: por el olor de los tintes que burbujearan en el fuego, por los pelos de la leona en las alfombras, incluso por el telar de Dédalo. Y a pesar de todas sus protestas por el hecho de estar a mi servicio, no se ofrecía nunca a recoger un plato.

No hay por qué sorprenderse, me decía a mí misma. Es una ninfa, lo que significa que es un pozo negro.

—Vete a casa —le decía—, si tan mal lo estás pasando. Te libero de tu condena.

—No puedes hacerlo. Los grandes dioses me han condenado. Tú no tienes la potestad de liberarme. Me quedaré un año.

Esto debería haberla irritado, pero sonrió con suficiencia, pavoneándose como si estuviera celebrando una victoria ante un gentío. Yo la observaba. Cuando me había contado que los dioses la habían condenado al exilio no había mostrado ira, tampoco pena. Asumía su autoridad como algo natural, inevitable, como el movimiento de las esferas celestes. Pero yo también era una ninfa como ella, y también una exiliada, hija de un padre poderoso, sí, pero no tenía esposo, tenía las uñas siempre sucias y llevaba el pelo sin arreglar. Todo ello me convertía en alguien a su altura (o al menos eso pensaba ella), de modo que yo era el enemigo a batir.

*Te estás comportando como una perfecta imbécil. No soy tu enemiga, y*

*hacer muecas no es ninguna muestra real de poder. Te han convencido...* Pero incluso mientras las palabras tomaban forma en mi boca, las dejé desvanecerse. Seguramente le sonarían como si le estuviera hablando en persa. No iba a entenderme, ni aunque pasaran mil años, y yo me había hartado de ir por ahí dando lecciones.

Me incliné hacia delante y le hablé con el lenguaje que ella era capaz de entender.

—Así es como van a ser las cosas, Alke. No quiero oírte, ni quiero oler tu perfume de aceite de rosas ni encontrar pelos tuyos por la casa. Te buscarás tu comida, cuidarás de ti misma, y si me causas el menor problema, te convertiré en gusano y te echaré al mar como alimento para los peces.

Sus sonrisitas de suficiencia desaparecieron. Se puso pálida, se llevó las manos a la boca y desapareció de mi vista. Después de ese día, mantuvo las distancias, tal y como le había ordenado. Pero entre los dioses se había propagado la noticia de que Eea era un buen lugar para mandar a las hijas díscolas. Al poco llegó una dríade que había huido de quien habían elegido para ser su esposo. Después llegaron dos oréades de rostro pétreo, exiliadas a mi isla desde sus montañas de origen. Ahora, cada vez que intentaba formular un hechizo, no hacía más que escuchar el tintineo de pulseras y brazaletes. Mientras tejía en el telar, entraban y salían de mi campo de visión. Me las encontraba suspirando y murmurando por todas las esquinas. Cada vez que quería darme un baño, me encontraba con alguna de ellas, con su rostro redondo como la luna asomando sobre la superficie de las aguas. Cuando pasaba junto a ellas sus risillas me rozaban los talones. No quería seguir viviendo así. No en Eea.

Me dirigí a un claro y llamé a Hermes. Él se presentó con una sonrisa.

—¿Y qué? ¿Te gustan tus nuevas criadas?

—No —protesté—. Acude a mi padre a ver cómo podéis sacarlas de aquí.

Temía que pusiera alguna objeción a que le mandara un recado, pero le resultaba demasiado divertido para negarse.

—¿Qué te esperabas? —dijo a su regreso—. Tu padre está encantado. Dice que lo correcto es que la sangre de su sangre tenga divinidades menores como criadas. Incluso va a animar a más padres a mandarte a sus hijas.

—¡No! —exclamé—. ¡No acogeré a ninguna más! Díselo a mi padre.

—Los prisioneros no suelen dictar las condiciones de su condena.

Mi rostro se tensó, pero sabía que era mejor no mostrarle mis sentimientos.

—Dile a mi padre que si no se marchan de aquí, voy a hacerles algo

terrible. Las convertiré en ratas.

—No creo que a Zeus le guste la idea. ¿No te habían exiliado por actos contra tu propia familia? Yo que tú me andaría con cuidado, no vayas a recibir un castigo peor...

—Habla por mí, por favor. Intenta convencerlo.

—Me temo que solo soy un simple mensajero. —Un brillo intenso apareció en sus ojos negros.

—Por favor —rogué—, no las quiero aquí, de verdad. No estoy de broma.

—Claro que no estás de broma —replicó—, solo que eres muy aburrida. Utiliza tu imaginación, para algo tienen que valer. Mételas en tu cama, por ejemplo.

—Eso es absurdo —protesté—. Saldrían corriendo.

—Es lo que hacen siempre las ninfas —sonrió—, pero te voy a revelar un secreto: se les da muy mal escapar.

En una celebración en el Olimpo a una broma tal le habría seguido una carcajada general. Hermes se quedó a la espera, sonriendo de oreja a oreja como una cabra, pero no logró provocarme más que una fría cólera.

—Hasta aquí hemos llegado tú y yo —prorrumpí—. Se acabó. Hace ya mucho tiempo que se terminó. No vuelvas a aparecer por aquí.

Su sonrisa no hizo sino agrandarse. Se esfumó y no apareció más. No es que me obedeciera. También él lo daba por terminado, porque yo había cometido el imperdonable error de ser aburrida. Podía perfectamente imaginarme lo que andaría contando de mí: que carecía de sentido del humor, que era susceptible y olía a cerdo. De vez en cuando lo sentía sin verlo, buscando a mis ninfas por las colinas y mandándolas de vuelta, sonrojadas y entre risas, embelesadas por el hecho de que uno de los grandiosos olímpicos les hubiera mostrado su favor. Parecía pensar que me iba a volver loca de celos y soledad, y realmente las iba a convertir en ratas. Durante cien años había acudido a mi isla, y en todo ese tiempo su único interés había sido su propia diversión.

Las ninfas se quedaron. Cuando terminaban el tiempo asignado de servicio, venían otras para ocupar su lugar. A veces había cuatro; en otras ocasiones, seis o siete. Temblaban a mi paso, agachaban la cabeza y me llamaban «señora», pero eso no significaba nada. Me habían puesto en mi sitio. Con tan solo una palabra y un antojo de mi padre, se había desvanecido todo el poder del que presumía. No solo de mi padre: cualquier dios río se veía con el derecho de llenar mi isla con sus hijas, sin que yo pudiera hacer nada por

evitarlo.

Las ninfas se arremolinaban en torno a mí. Sus risas ahogadas flotaban por los salones. Al menos, me decía a mí misma, no eran sus hermanos, que se hubieran dedicado a fanfarronear, a pelear y dar caza a mis lobos. Pero, por supuesto, ese no era un peligro real. Nunca se castigaba a los hijos varones.

Me sentaba en el hogar a ver las estrellas girar a través de la ventana. Sentía frío, ese frío de los jardines en invierno, que se mete en lo profundo de la tierra. Hacía mis conjuros. Cantaba y trabajaba en el telar, atendía a mis animales, pero todo me resultaba diminuto, reducido al tamaño de las hormigas. La isla no necesitaba que yo hiciera nada por ella. Todo crecía y se desarrollaba independientemente de lo que yo hiciera. Las ovejas procreaban y pastaban en libertad. Vagaban por la hierba, dando empujones con sus contundentes cabezas para quitarse de encima a los lobeznos. Mi leona se quedaba dentro, junto al fuego. La piel de su boca se había cubierto de pelo blanco. Sus nietos habían tenido ya nietos, y le temblaban las ancas al caminar. Había pasado al menos cien años junto a mí, caminando a mi lado, y su vida se había prolongado por el pulso cercano de mi divinidad. A mí me había parecido tan solo una década. Daba por hecho que habría más décadas, pero un día desperté y me la encontré fría junto a mi cama. Me quedé mirando sus costados inmóviles, mi cerebro estaba aturdido, no daba crédito. Cuando la sacudí, salió volando una mosca. Con esfuerzo logré abrir sus mandíbulas, ya rígidas, y le introduje hierbas en la boca, pronunciando un conjuro, luego otro. Allí seguía, y toda su dorada fuerza se había vuelto parda. Quizá Eetes hubiera podido revivirla, o Medea, pero yo no logré hacerlo.

Construí la pira con mis propias manos; de cedro, tejo y serbal que corté yo misma, con su blanca savia rociada por donde había golpeado el filo del hacha. No pude levantarla, de modo que la llevé a rastras sobre la tela púrpura que solía ponerle en torno al cuello. La arrastré por el salón, sobre las piedras que ella había pulido con las almohadillas de sus enormes garras. La alcé hasta la parte superior de la pira y encendí el fuego. Ese día no había ni una brizna de viento, y las llamas se propagaban lentamente. Toda la tarde tardaron la piel en volverse negra y el largo cuerpo amarillo en reducirse a cenizas. Fue la primera vez que el frío inframundo de los mortales me pareció misericordioso; al menos una parte de ellos continuaba viviendo. Ella había desaparecido por completo.

Observé hasta que se apagó la última llama y regresé al interior de la casa. Un dolor me roía el pecho. Me llevé las manos a él y apreté los duros huesos y

las cavidades. Me senté ante el telar y me sentí, por fin, como la criatura que Medea había definido: vieja, abandonada y sola, sin alma y gris como las mismas rocas.

Cantaba a menudo esos días; era la mejor compañía que tenía. Esa mañana canté un viejo himno de alabanza de las labores del campo. Me gustaba cómo le daban forma mis labios, las reconfortantes listas de plantas y frutos, de granjas y establos, de manadas y rebaños, y de las estrellas que giraban por encima de ellos. Dejaba que las palabras flotaran en el aire mientras revolvía la olla burbujeante de tinte. Había visto una zorra y quería imitar el color de su pelambre. El líquido formó una espuma, mezcla de azafrán y granza. Las ninfas habían salido huyendo por el hedor, pero a mí me gustaba el modo en que me generaba un picor en la garganta y me hacía llorar los ojos.

Fue la canción lo que les llamó la atención, cómo mi voz recorrió los senderos que conducían hasta la playa. Ellos siguieron su rastro a través de los árboles hasta que divisaron el humo que salía por el tejado de la casa.

—¿Hay alguien ahí? —resonó una voz de hombre.

Recuerdo mi sorpresa. *Visitantes*. Me giré tan rápido que el tinte salpicó y una gota ardiente me cayó en la mano. Me la limpié con un manotazo y salí corriendo hacia la puerta.

Eran unos veinte, con la piel curtida por el viento y lustrosa por el sol. Tenían las manos ajadas y callosas, y en sus brazos se dibujaban los surcos de antiguas cicatrices. Tras una larga temporada en la única compañía de la repulida uniformidad de las ninfas, cada una de sus imperfecciones suponía un placer: las arrugas alrededor de los ojos, las costras en las piernas, los dedos deformados en los nudillos. Me embebí en sus ropas deshilachadas, sus rostros endurecidos. No eran héroes, ni la tripulación de un rey. Tenían que pelear para ganarse la vida, como antaño tuviera que hacer Glauco: arrastrar redes, en ocasiones transportar cargas, cazar lo que pudieran obtener para su cena. Sentí que un calor recorría mi interior. Mis dedos estaban ansiosos de coger el hilo y la aguja. Ante mí había rotos que podía remendar.

Un hombre dio un paso adelante. Era alto, de pelo cano y delgado de cuerpo. Varios de los hombres que había detrás de él tenían las manos sobre las empuñaduras de sus espadas. Era inteligente por su parte. Las islas eran sitios peligrosos. A veces te encontrabas con monstruos, y otras, con amigos.

—Mi señora —se dirigió a mí—, estamos hambrientos y perdidos.

Esperamos que una diosa como tú pueda ayudarnos en nuestra necesidad.

Le sonreí, y me sentí extraña tras tanto tiempo sin hacerlo.

—Sois bienvenidos aquí. Más que bienvenidos. Pasad dentro.

Hice salir a los lobos y a los leones. No todos los hombres eran tan imperturbables como Dédalo, y por lo que parecía, estos marineros habían pasado ya por un número suficiente de sustos. Los hice sentarse en mis mesas y entré de seguido en la cocina para sacarles bandejas repletas de higos guisados y pescado a la brasa, queso en salmuera y pan. De camino a la casa, los hombres habían visto los cerdos; se habían dado codazos unos a otros y habían cuchicheado en alto su esperanza de que matase uno para ellos. No obstante, cuando vieron las frutas y los pescados que tenían delante, estaban tan ansiosos que no protestaron, ni siquiera pararon para lavarse las manos o quitarse las espadas de la cintura. Comieron y bebieron sin descanso, hasta que la grasa y el vino oscurecieron sus barbas. Serví más pescado, más queso. Cada vez que pasaba ante ellos, agachaban la cabeza en señal de gratitud. *Diosa. Señora. Muchas gracias.*

No podía dejar de sonreír. La fragilidad de los mortales generaba amabilidad y cortesía. Sabían valorar la amistad y la mano que se les tendía. «Ojalá vinieran más por aquí», pensé. Podría alimentar a la tripulación de un barco cada día, y gustosamente. Incluso dos y tres. Quizá así volvería a sentirme yo misma.

Ví que unas ninfas miraban curiosas desde la cocina, con los ojos como platos. Yo fui corriendo hacia ellas y las hice marcharse antes de que las vieran. Aquellos hombres eran míos, mis huéspedes, a quienes agasajaría como me complaciera, y disfrutaba encargándome de que estuvieran cómodos. Puse agua fresca en cuencos para que se lavaran los dedos. Un cuchillo cayó al suelo y lo recogí. Cuando veía que la copa del capitán estaba vacía, la llenaba sacando vino de una cratera rebosante. Él la levantó dirigiéndose a mí.

—Gracias, querida.

*Querida.* La palabra me sorprendió. Antes me habían llamado diosa, y por ello creía que pensaban que era una diosa. Sin embargo, me di cuenta entonces, no mostraban ninguna reverencia ni respeto religioso alguno. El título no había sido más que un cortés halago para dirigirse a una mujer sola. Recordé lo que Hermes me había dicho tiempo atrás. *Tu voz suena mortal. No te van a temer como nos temen al resto.*

Y, efectivamente, no lo hacían. De hecho, pensaban que era como ellos. Me detuve un momento, encantada con esa idea. ¿Cómo sería mi yo mortal? ¿Una

emprendedora herborista? ¿Una viuda independiente? No, una viuda no, no quería historias tristes. Quizá una sacerdotisa, pero no de un dios.

—Dédalo visitó este lugar hace años —le dije al hombre—. Tengo aquí un altar en su memoria.

Él asintió. Me desagradó lo poco que le había impresionado, como si hubiera altares de héroes por todas partes. Bueno, quizá era así. ¿Cómo podía saberlo?

El apetito de los hombres iba disminuyendo, y comenzaron a levantar la cabeza de los platos. Empezaron entonces a mirar alrededor: la plata de los cuencos, los cálices de oro, los tapices. Mis ninfas se tomaban todas esas riquezas como lo que les correspondía, pero las miradas de esos hombres estaban llenas de admiración, en busca de nuevas maravillas. Pensé en que tenía baúles llenos de almohadones de plumas, suficientes como para improvisar unas camas en el suelo. Cuando las sacara, les diría: *Estos almohadones eran para los dioses*, y entonces aumentaría la admiración en sus ojos.

—Señora —habló de nuevo su líder—, ¿cuándo llegará tu esposo? Quisiéramos brindar por su hospitalidad.

—No tengo esposo —dije riéndome.

—Claro —sonrió a su vez—, eres demasiado joven para estar casada. Entonces es a tu padre a quien debemos darle las gracias.

Afuera era noche cerrada, y el salón irradiaba calor y luminosidad.

—Mi padre vive muy lejos —dije, y esperé a que me preguntaran quién era. Un encendedor de antorchas, ese sería un buen chiste. Sonreí en mi interior.

—Entonces, quizá haya algún otro anfitrión a quien podamos transmitirle nuestra gratitud... ¿Un tío? ¿Un hermano?

—Si queréis dar las gracias a vuestro anfitrión —dije—, dádmelas a mí. Esta casa es solo mía.

Con estas palabras, la atmósfera de la habitación cambió al momento. Cogí la cratera de vino.

—Está vacía —indiqué—, voy a traer más.

Mientras me daba la vuelta, podía escuchar el sonido de mi propia respiración; sentir como aquellos veinte cuerpos llenaban el espacio vacío que me separaba de ellos.

En la cocina, eché mano de una de mis pociones. «No seas tonta», pensé. Solo están sorprendidos de haber encontrado a una mujer sola, eso es todo,

pero mis dedos ya estaban actuando. Saqué la tapa de un frasco, mezclé su contenido con el vino y añadí miel y suero de leche para camuflar el gusto. Salí con la cratera. Veinte miradas me seguían.

—Aquí está —exclamé—. Me he guardado el mejor vino para el final. Debéis probarlo todos. Viene de los mejores viñedos de Creta.

Ellos sonrieron, complacidos por tanto lujo en mis atenciones. Observé cómo todos y cada uno de ellos llenaban su copa. Observé cómo las bebían. Para entonces cada uno de ellos debía de tener todo un barril en el estómago. Las bandejas estaban vacías, rebañadas hasta dejarlas limpias. Los hombres se apoyaban unos contra otros y hablaban en voz baja.

—Una cosa. —Mi voz sonó demasiado alta—. Ya que os he dado de comer, me gustaría saber vuestros nombres.

Levantaron las cabezas. Sus ojos se dirigieron, raudos como hurones, a su líder. Él se puso en pie, y el banco en el que estaba sentado chirrió contra el suelo.

—Antes dinos el tuyo.

Había algo extraño en su voz. Estuve entonces a punto de pronunciar la palabra que les induciría un sueño profundo. Incluso a pesar de todos los años que habían transcurrido, había una parte de mí que seguía hablando solo cuando alguien me invitaba a hacerlo.

—Circe —respondí.

El nombre no significaba nada para ellos. Cayó al suelo como una piedra. Los bancos chirriaron de nuevo. Todos los hombres se levantaron, sus ojos fijos en mí. Y yo seguía sin pronunciar palabra. Me dije entonces que me estaba equivocando, que tenía que estar equivocada. Les había dado de comer. Me habían dado las gracias. Eran mis huéspedes.

El capitán avanzó hacia mí. Era más alto que yo, y cada uno de sus músculos estaba tallado por el trabajo. Pensé... ¿qué? Que estaba siendo tonta. Que sucedería algo distinto. Que había bebido demasiado vino y que eso era lo que me producía miedo. Que mi padre vendría. ¡Mi padre! No quería comportarme como una estúpida, montar un escándalo por nada. Me imaginaba a Hermes contando la escena. *Siempre ha sido una histérica.*

El capitán estaba muy cerca. Podía sentir el calor que emanaba su piel. Su rostro estaba lleno de surcos y grietas, como el lecho de un riachuelo. Seguí esperando que dijera algo normal, como dar las gracias o hacerme una pregunta. Mi hermana se reía desde algún lugar de su palacio. *Durante toda tu vida has sido dócil, y ahora te arrepentirás de ello. Padre, sí, padre..., mira*



*lo que consigues con tu docilidad.*

Me rocé los labios con la lengua.

—¿Es que hay...?

El hombre me tiró contra la pared. Mi cabeza chocó contra la piedra irregular y la sala centelleó. Abrí la boca para pronunciar el hechizo, pero él me apretó la tráquea con el brazo y ahogó mis palabras. No podía hablar, no podía respirar. Peleé, pero era más fuerte de lo que pensaba, o quizá yo era más débil. La repentina carga de su peso, la presión grasienta de su piel sobre la mía, me impactaron. Mi mente aún estaba confusa, incrédula. Con la mano derecha desgarró mis ropas, un gesto que le era habitual. Con la izquierda seguía apretándome la tráquea. Le había dicho que no había nadie en la isla, pero él había aprendido a no correr riesgos. Eso o quizá no le gustaba oír gritos.

No sé lo que hicieron sus hombres. Quizá miraban. Si mi leona hubiera estado allí, hubiera echado la puerta abajo con las garras, pero no era más que ceniza en el viento. Afuera se oía el gruñido de los cerdos. Recuerdo lo que pensé, desnuda sobre la áspera piedra: «Después de todo solo soy una ninfa, esto es lo más corriente entre nosotras».

Una mortal se hubiera desmayado, pero yo no perdí la conciencia en ningún momento. Al final, el hombre se estremeció y su brazo perdió fuerza. Mi garganta estaba hundida hacia dentro como un leño podrido. Parecía que no podía moverme. De su pelo cayó una gota de sudor sobre mi pecho desnudo y comenzó a deslizarse. Oí hablar a sus hombres detrás de él. *¿Está muerta?*, dijo uno de ellos. *Espero que no lo esté, porque me toca a mí.* Un rostro se cernió sobre el hombro del capitán. *Tiene los ojos abiertos.*

El capitán se retiró y escupió en el suelo. El escupitajo gelatinoso tembló sobre la piedra. La gota de sudor seguía su curso, deslizándose por un surco baboso. Una cerda chilló en el patio. Comencé a tragar saliva de manera compulsiva. Mi garganta se ajustó. Sentí que se abría un espacio en mí. El hechizo para dormir que iba a haber pronunciado había desaparecido, se había secado, no podría decirlo aunque quisiera. Pero no quería. Mis ojos se alzaron al encuentro de su agrietado rostro. Aquellas hierbas valían para otra cosa, y yo sabía para qué. Respiré hondo, y pronuncié el hechizo.

Sus ojos se volvieron turbios, no entendía nada.

—¿Qué...?

No terminó la frase. Sus costillas se quebraron y su pecho comenzó a hincharse. Oí el sonido de sus carnes húmedas desgarrándose, los chasquidos

de los huesos al partirse. La nariz se hinchó, sobresaliendo de su rostro, y sus piernas se secaron como una mosca chupada por una araña. Cayó a cuatro patas. Profirió un chillido, y sus hombres chillaron con él. Y siguieron chillando un largo rato.

Al final resultó que terminé matando cerdos esa noche.

Recogí los bancos volcados, fregué los suelos mojados. Apilé las bandejas y me las llevé a la cocina. Me había lavado entre las olas, restregándome con arena hasta que salió sangre. Había encontrado el escupitajo sobre la baldosa y lo había limpiado también. No hice nada. Con cada movimiento sentía aún las marcas de sus dedos.

Los lobos y los leones habían regresado, eran sombras en la oscuridad. Estaban echados, con la cara apoyada en el suelo. Finalmente, cuando no hubo nada más que limpiar, me senté ante las cenizas del hogar. Ya no temblaba. No me movía en absoluto. Mi carne parecía haberse cuajado en torno a mí. Mi piel se extendía sobre ella como algo muerto, gomoso y repulsivo.

Comenzaba a amanecer cuando los caballos plateados de la luna regresaban a sus establos. El carro de mi tía Selene había estado toda la noche en plena actividad, su luz había brillado con fuerza en el cielo. Bajo la claridad de su rostro había arrastrado aquellos monstruosos cadáveres hasta la embarcación, había golpeado el pedernal y había visto cómo se alzaban las llamas. Ya debía de habérselo contado a Helios. Mi padre aparecería en cualquier momento, el patriarca indignado por la agresión cometida contra su hija. Mi techo crujiría bajo la presión de sus hombros. *Mi pobre niña, mi pobre hija exiliada. Jamás debí permitir que Zeus te enviase aquí.*

La estancia se volvió gris, y luego amarilla. Soplaba una brisa marina, pero no bastaba para alejar el hedor a carne quemada. Mi padre jamás había hablado de ese modo en toda su vida, y yo lo sabía. Pero sin duda, pensé, tenía que venir, aunque solo fuese para hacerme reproches. Yo no era Zeus, no se me iba a permitir matar a veinte hombres en un momento. Me dirigí al pálido costado del carro de mi padre, que comenzaba a ascender. *¿Te has enterado de lo que he hecho?*

Las sombras recorrieron el suelo. La luz se arrastró sobre mis pies, rozó el orillo de mi vestido. Cada momento se prolongaba hasta el siguiente. No vino nadie.

Tal vez la verdadera sorpresa fuese, pensé, que no hubiese pasado antes.

Los ojos de mis tíos solían posarse en mí mientras les servía el vino. Sus manos se abrían camino por mi carne. Un pellizco, una caricia, una mano que se deslizaba por debajo de la manga de mi vestido. Todos tenían esposas, no era el matrimonio lo que tenían en mente. Al final, alguno de ellos vendría a buscarme y pagaría bien a mi padre. Y se mantendría la honra de todas las partes.

La luz había llegado ya al telar, su aroma a cedro impregnaba el aire. El recuerdo de las manos de Dédalo, cubiertas de cicatrices blancas, y del placer que me habían procurado, era como un hierro candente que me atravesaba el cerebro. Me clavé las uñas en la muñeca. Hay oráculos repartidos por todas nuestras tierras. Altares en los que las sacerdotisas exhalan humos sagrados y revelan las verdades que hallan en ellos. En los dinteles de sus puertas está escrito *Conócete a ti mismo*. Pero yo había sido una extraña para mí misma, convertida en piedra sin que fuera capaz de señalar la razón.

Dédalo me había contado una vez una historia sobre los señores de Creta que lo contrataban para ampliar sus casas. Él llegaba con sus herramientas y empezaba a tirar paredes, a arrancar suelos, pero cada vez que, bajo estos, encontraba algún problema que había que arreglar, fruncían el ceño. *¡Eso no era lo acordado!*

Claro que no, decía él, era un problema oculto en los cimientos, pero, mira, ahí está, claro como el agua. *¿Ves esa viga agrietada? ¿Ves los escarabajos que devoran el suelo? ¿Ves como la piedra se está hundiendo en el pantano?*

Eso solo valía para que los señores se enojasen aún más. *¡Estaba perfecto hasta que te pusiste a cavar! ¡No te vamos a pagar! Ciérralo, tápalo con yeso. Si ha aguantado hasta ahora, seguirá aguantando.*

Así que él tapaba y sellaba el defecto, y, al llegar una nueva estación, la casa se caía. Y entonces iban a buscarlo para reclamarle que les devolviese el dinero.

—Se lo había dicho —me contó—. Se lo había dicho una y otra vez. Cuando los muros están llenos de podredumbre, solo hay un remedio.

La magulladura morada del cuello empezaba a volverse verde por los bordes. La palpé, sentí las esquirlas de dolor.

«Destruye —pensé—. Destruye y construye de nuevo.»

Vinieron, no sabría decir por qué. Alguna revolución de las Moiras, algún cambio en las rutas del comercio y la navegación. Algún aroma en el aire que

les decía: *Aquí hay ninfas, y viven solas.* Las embarcaciones arribaban a mi puerto como si una cuerda tirase de ellas. Los hombres llegaban chapoteando a la orilla y miraban a su alrededor, complacidos. Agua dulce, caza, pesca, fruta. *Y me ha parecido ver el humo de un hogar subiendo entre los árboles. ¿Oigo cantar a alguien?*

Podría haber creado un hechizo que ocultase la isla para evitar que se acercasen, tenía poderes suficientes para ello. Cubrir mis acogedoras playas con una imagen de amenazantes rocas y remolinos, de escarpados acantilados imposibles de escalar. Seguirían su rumbo y yo jamás tendría que verlos a ellos, ni a nadie, nunca más.

«No —pensé—. Es demasiado tarde para eso. Han dado conmigo. Que vean lo que soy. Que se enteren de que el mundo no es como ellos creen.»

Subieron por los senderos. Franquearon las piedras del camino que conducía a mi huerto. Todos traían la misma historia desesperada: estaban perdidos, estaban agotados, se habían quedado sin alimento. Agradecerían muchísimo mi ayuda.

A unos pocos, tan pocos que puedo contarlos con los dedos de una mano, los dejé marchar. No veían en mí su cena. Eran hombres píos, sinceramente perdidos, y yo los alimentaba, y si había entre ellos alguno apuesto, a veces me lo llevaba a la cama. Pero no se trataba de deseo, ni siquiera de una leve excitación interior. Era una especie de rabia, un puñal que dirigía contra mí misma. Lo hacía para demostrarme que mi piel seguía siendo mía. ¿Que si me agradaba la respuesta que encontraba?

—Marchaos —les decía.

Se arrodillaban ante mí sobre mis arenales amarillos.

—Diosa —imploraban—, dinos al menos tu nombre para que podamos dirigirte nuestras plegarias de agradecimiento.

Yo no quería sus plegarias, ni oír mi nombre en su boca. Quería que se fuesen. Quería bañarme, restregarme en el mar hasta hacerme sangre.

Quería que llegase la siguiente tripulación, para poder ver su carne desgarrándose nuevamente.

Siempre había un líder. No era el más robusto, ni tampoco necesariamente el capitán, sino aquel al que miraban en busca de instrucciones para su crueldad. Tenía la mirada fría y un nerviosismo velado. Como una serpiente, dirían los poetas, pero para entonces yo conocía bien a las serpientes. Prefiero a una víbora honrada, que me ataca si la importuno y no antes.

Dejé de mandar retirarse a mis animales cuando llegaban hombres. Los

dejaba repantigarse donde quisieran, por el jardín, debajo de las mesas. Me complacía ver a los hombres caminar entre ellos, temblando al ver sus dientes y su docilidad antinatural. No fingía ser mortal. Les mostraba mis centelleantes ojos amarillos en todo momento. Nada suponía la menor diferencia. Estaba sola y era una mujer, eso era lo único que les importaba.

Desplegaba mis banquetes ante ellos: carnes y queso, fruta y pescado. Les ofrecía también la mayor de mis tinajas, llena de vino a rebosar. Ellos engullían y masticaban, agarraban grandes trozos de cordero y se los echaban garganta abajo. Se servían vino y más vino, que empapaba sus labios y manchaba de rojo la mesa. En sus labios se quedaban pegados restos de especias y de cebada. *La tinaja está vacía, me decían. Llénala. Y échale más miel esta vez, la cosecha tiene un regusto amargo.*

*Por supuesto, respondía.*

Su hambre se aplacaba. Empezaban a echar un vistazo a su alrededor. Los veía fijarse en los suelos de mármol, las bandejas, el excelente tejido de mis ropas. Sonreían con petulancia. Si aquello era lo que me atrevía a mostrarles, a saber qué podría estar ocultando en la parte de atrás de mi casa.

—No me digas —decía entonces el líder—, mi señora, que una belleza como tú vive completamente sola.

—Oh, sí —respondía yo—, sola del todo.

Entonces él sonreía. No podía evitarlo. Jamás mostraba señal alguna de temor. ¿Por qué debería haberlo? Ya había tomado nota de que junto a la puerta no colgaba la capa de ningún hombre, ni el arco de ningún cazador, ni el cayado de pastor alguno. Ni rastro de hermanos, padres o hijos, ninguna venganza que fuese a perseguirlo. Si yo tuviese el menor valor para alguien, no se me permitiría vivir sola.

—Lamento oírlo —respondía.

Entonces el banco chirriaba y él se ponía en pie. Los hombres lo observaban con los ojos brillantes. Ansiaban la parálisis, la resistencia, las súplicas que vendrían.

Ese era mi momento predilecto, verlos fruncir el ceño y tratar de entender por qué no les tenía miedo. Podía sentir mis hierbas en sus cuerpos, como cuerdas de un instrumento que aguardaban a que las pulsase. Saboreaba su confusión, el advenimiento de su miedo. Y entonces pulsaba.

Sus espaldas se doblaban, obligándolos a ponerse a cuatro patas; sus rostros se hinchaban como los cadáveres de los ahogados. Se agitaban y volcaban los bancos, derramaban el vino por el suelo. Sus gritos se quebraban

hasta convertirse en graznidos. Debía dolerles mucho, de eso estoy segura.

Dejaba al jefe para el final, para que pudiese verlo todo. Se encogía, se acurrucaba contra la pared. *Por favor. Apiádate de mí, apiádate de mí, apiádate de mí.*

*No, le decía. Ni hablar.*

Una vez terminado, solo me quedaba sacarlos y conducirlos al redil. Levantaba mi vara de madera de fresno y echaban a correr. La puerta se cerraba tras ellos y se amontonaban en torno a los postes, con los ojos porcinos aún húmedos por sus últimas lágrimas humanas.

Mis ninfas no decían ni una palabra, aunque yo sospechaba que a veces espiaban por la puerta entreabierta.

—Mi señora Circe, viene otro barco. ¿Nos vamos a nuestra habitación?

—Por favor. Y sacadme el vino antes de iros.

Yo iba de tarea en tarea; tejía, trabajaba, alimentaba a mis cerdos, cruzaba y volvía a cruzar la isla. Caminaba con la espalda bien erguida, como si llevase en las manos un gran cuenco lleno a rebosar. El líquido oscuro se mecía a mi paso, siempre a punto de desbordarse, pero sin llegar a caerse nunca. Solo si me detenía, si me acostaba, sentía que empezaba a derramarse.

Novias, ninfas nos llamaban, pero no era así como el mundo nos veía realmente. Éramos un festín interminable servido sobre una mesa, hermoso y siempre joven, y al que se le daba muy mal huir.

Los maderos de la cerca de la pocilga se iban agrietando por la edad y el uso. De vez en cuando, la madera cedía y un cerdo se escapaba. Con frecuencia, acabaría arrojándose desde los acantilados. Las aves marinas lo agradecían; parecían venir desde la otra punta del mundo para darse un festín con sus carnosos cuerpos. Yo me quedaba mirando cómo desgarraban la grasa y los nervios. El trocito rosado de la cola colgaba de sus picos como un gusano. Me preguntaba si, de haberse tratado de un hombre, me hubiera apiadado de él. Pero no era un hombre.

Cuando volvía a pasar por delante de la pocilga, sus compañeros me miraban fijamente con expresión suplicante. Gemían y gruñían, apretando los hocicos contra el suelo. *Lo lamentamos, lo lamentamos.*

Lamentáis que os haya atrapado, decía yo. Lamentáis haberos creído que era débil y haberos equivocado.

En mi cama, las leonas posaban sus quijadas en mi vientre. Yo las apartaba, me levantaba y volvía a caminar.

\* \* \*

En una ocasión me preguntó: ¿Por qué cerdos? Estábamos sentados junto al hogar, en nuestros asientos habituales. Le gustaba una butaca recubierta con piel de vaca, con incrustaciones de plata. A veces acariciaba las volutas talladas con el pulgar, ausente.

—¿Por qué no? —respondí.

Me ofreció una leve sonrisa.

—Bueno, me gustaría saber por qué.

Yo sabía qué quería decir. No era un hombre piadoso, pero la búsqueda de lo que se encontraba oculto era su mayor devoción.

En mí había respuestas. Yo las sentía, enterradas muy hondo, creciendo, como los bulbos del año anterior. Sus raíces se enmarañaban con el momento en que me habían sujetado contra la pared, cuando los leones no estaban cerca, mis hechizos no podían salir de mi interior, y los cerdos chillaban en el patio.

Después de transformar a los miembros de una tripulación, los veía hozar y gruñir en la pocilga, cayendo unos sobre otros, atontados por el horror. Detestaban todo aquello: sus carnes ahora deliciosas, sus delicadas pezuñas hendidas, sus barrigas hinchadas que se arrastraban por el lodo. Era una humillación, una degradación. Añoraban hasta la desesperación sus manos, esos apéndices que los humanos usan para hacer del mundo un lugar más cómodo.

Vamos, les decía, no está tan mal. Deberíais apreciar las ventajas de ser cerdos. Son rápidos y escurridizos gracias al barro y, por tanto, difíciles de atrapar. Al ser bajos y estar cerca del suelo, no resulta fácil derribarlos. No son como los perros, no necesitan amor. Pueden sobrevivir en cualquier sitio, comiendo cualquier cosa, sobras y desechos. Parecen idiotas y aburridos, cosa que hace que sus enemigos se confíen, pero son listos. Son capaces de recordar las caras.

Nunca me hacían caso. La verdad es que los humanos convertidos en cerdos son terribles.

Sentada junto al hogar, alcé mi copa.

—A veces —le dije—, hay que conformarse con el desconocimiento.

No le agradó la respuesta, pero esa era su perversidad: en cierto modo era eso lo que más le gustaba. Había visto cómo lograba arrancarle verdades a los humanos como si fueran ostras, cómo era capaz de abrir un corazón con solo una mirada o una palabra oportuna. Pocas eran las cosas en el mundo que no



cedían ante sus indagaciones. Al final, creo que el hecho de que yo le opusiera resistencia era lo que más le gustaba de mí.

Pero ahora me estoy adelantando.

*Un barco, dijeron las ninfas. Muy remendado, con ojos dibujados en el casco.*

Eso me llamó la atención. Los piratas comunes no disponían de oro para malgastarlo en pintura. Pero no salí a verlo. La espera era parte del placer, el momento en que llamasen a mi puerta y yo dejase mis hierbas para ir a abrirla de par en par. Ya no quedaban hombres píos, hacía mucho que no había ninguno. Mi boca había pulido el hechizo hasta dejarlo como un canto rodado.

Añadí un puñado de raíces a la poción que estaba haciendo. Llevaba *moly*, y el líquido resplandecía.

La tarde pasó sin que los marineros hiciesen acto de presencia. Las ninfas me informaron de que estaban acampados en la playa y habían encendido hogueras. Pasó otro día, y por fin, al tercero, llamaron a mi puerta.

Aquel barco pintado suyo era lo mejor que tenían. Sus rostros estaban llenos de arrugas como los de los ancianos. Tenían los ojos enrojecidos y mortecinos. Se sobresaltaron al ver a mis animales.

—A ver si lo adivino —dije—, ¿estáis perdidos? ¿Estáis hambrientos, cansados y tristes?

Comieron bien. Bebieron más. En sus cuerpos abultaba, aquí y allá, la grasa, aunque bajo esta tenían músculos duros como árboles. Sus cicatrices eran largas, protuberantes y largas. Habían tenido una temporada buena, y luego se tropezaron con alguien a quien no le hicieron gracia sus robos. Eran saqueadores, de eso no me cabía duda. Sus ojos no dejaban de contar mis tesoros ni por un momento, y sonrieron de oreja a oreja al ver el resultado de sus cálculos.

Ya no esperaba a que se levantasen y viniesen a por mí. Alcé la vara, pronuncié la palabra. Se fueron chillando a la pocilga como todos los demás.

Las ninfas me estaban ayudando a recolocar los bancos derribados y a fregar las manchas de vino cuando una de ellas miró por la ventana.

—Señora, hay otro en el sendero.

Ya me había parecido que la tripulación era demasiado escasa para manejar aquel barco. Parte de los hombres debían de haberse quedado esperando en la playa, y ahora habían enviado a uno en busca de sus

compañeros. Las ninfas sirvieron más vino y se escabulleron.

Abrí la puerta cuando el hombre llamó. Caían sobre él los últimos rayos de sol del día, que resaltaban el color rojizo de su cuidada barba, el leve tono plateado de su cabellera. Llevaba una espada de bronce a la cintura. No era tan alto como algunos, pero vi que era fuerte, y de junturas bien trabajadas.

—Señora —me dijo—, mi tripulación se ha acogido a tu cobijo. Espero que puedas dármelo a mí también.

Le ofrecí toda la luz de mi padre en mi sonrisa.

—Eres tan bienvenido como tus amigos.

Lo observé mientras llenaba las copas. «Otro ladrón», pensé. Pero sus ojos apenas rozaron mis ricos ornamentos. Por el contrario, se detuvieron en un taburete, que yacía aún volcado en el suelo. Se inclinó y lo puso derecho.

—Gracias —dije—. Son mis gatos, que siempre andan tirando algo.

—Claro —respondió.

Le serví comida y bebida, y lo conduje al pie del hogar. Él cogió la copa y se sentó en el asiento de plata que le indiqué. Le vi hacer una leve mueca al inclinarse, como si sintiese la punzada de alguna herida reciente. Una cicatriz irregular recorría su musculosa pantorrilla desde el talón hasta el inicio del muslo, pero era antigua y desvaída. Hizo un gesto con la copa en la mano.

—Nunca había visto un telar como ese —comentó—. ¿Es un diseño oriental?

Un millar de hombres como él habían pasado por aquella estancia. Habían catalogado cada pulgada de oro y plata, pero ni uno de ellos se había fijado en el telar.

Dudé por un brevísimo momento.

—Es egipcio.

—Claro. Son los mejores artesanos, ¿verdad? Qué ingenioso utilizar una segunda vara en lugar de pesas. Es mucho más eficaz para tensar la urdimbre. Me encantaría tener un plano. —Su voz era sonora y cálida, con una capacidad de atracción que me recordaba a las mareas del océano—. A mi esposa le haría mucha ilusión. Esas pesas la volvían loca. Siempre andaba diciendo que alguien tenía que inventar algo mejor. Desgraciadamente, yo no he tenido tiempo para dedicarme a ello. Uno de mis muchos fracasos como marido.

*Mi esposa.* Esas palabras me desconcertaron. Si alguno de los hombres de todas las tripulaciones que habían pasado por mi isla tenía esposa, jamás la habían mencionado. Me sonrió, con sus oscuros ojos fijos en los míos. Sostenía la copa en la mano con soltura, como si fuese a beber en cualquier

momento.

—Aunque la verdad es que lo que más le gusta de tejer es que, mientras trabaja, todos los que la rodean creen que no puede oír lo que dicen. Así se entera de las noticias más enjundiosas. Sabe quién se va a casar, quién espera un hijo y quién se dispone a iniciar un conflicto.

—Tu esposa parece una mujer inteligente.

—Así es. No le encuentro explicación al hecho de que se casase conmigo, pero, como redundaba en mi beneficio, procuro no llamar su atención sobre ello.

La sorpresa me provocó una carcajada. ¿Qué hombre hablaba de ese modo? Ninguno que yo hubiera conocido. Al mismo tiempo, había en él algo que me resultaba casi familiar.

—¿Dónde está tu esposa ahora? ¿En tu barco?

—En casa, gracias a los dioses. No la haría navegar con semejante hatajo de andrajos. Gobierna la casa mejor que cualquier regente.

Mi atención se centró ahora completamente en él. Los marineros comunes no hablaban de regentes, ni parecían tan cómodos al verse rodeados de incrustaciones de plata. Se apoyaba en el brazo tallado de la butaca como si estuviese en su lecho.

—¿Llamas andrajosa a tu tripulación? —inquirí—. No me parecen tan distintos de otros hombres.

—Eres muy amable al decirlo, pero mucho me temo que la mayor parte del tiempo se comportan como bestias —suspiró—. Es culpa mía. Como capitán, debería mantenerlos más a raya. Pero hemos luchado en una guerra, y ya sabes cómo eso puede envilecer hasta a los hombres más nobles. Y de estos, por más que yo los aprecie, nadie dirá jamás que fueron nobles.

Me habló con confianza, como si yo comprendiese sus palabras. Pero lo único que yo sabía de la guerra era por las historias de los titanes que mi padre me había contado. Di un sorbo a mi vino.

—La guerra siempre me ha parecido una opción absurda para los humanos. Ganen lo que ganen con ella, solo tendrán un puñado de años para disfrutarlo antes de morir. Y lo más probable es que perezcan en el intento.

—Bueno, está la cuestión de la gloria. Pero ojalá hubieras podido hablar con nuestro general. Podrías habernos ahorrado un montón de problemas.

—¿Por qué razón luchabais?

—A ver si recuerdo la lista. —Comenzó a contar con los dedos—. Venganza, lujuria, soberbia, avaricia, poder... ¿Qué me dejó? Ah, sí, vanidad y rencor.

—Suenan como un día cualquiera entre los dioses —repliqué.

Se rio y alzó la mano.

—Es tu divino privilegio hacer tal afirmación, mi señora. Yo solo puedo agradecer que muchos de esos dioses hayan luchado en nuestro bando.

*Divino privilegio.* Entonces, sabía que era una diosa. Pero no demostraba el menor asombro. Podría haber sido su vecina, sobre cuya valla se asomaba para charlar sobre la cosecha de higos.

—¿Dioses luchando entre mortales? ¿Quiénes?

—Hera, Poseidón, Afrodita. Y Atenea, por supuesto.

Fruncí el ceño. No había oído nada al respecto. Aunque, por otra parte, ya no tenía manera de recibir noticia alguna. Hermes había desaparecido tiempo atrás, a mis ninfas no les interesaban las noticias mundanas, y los hombres que se sentaban a mi mesa pensaban únicamente en sus apetitos. Mis días se habían reducido a lo que abarcaban mis ojos y tocaban las yemas de mis dedos.

—No temas —dijo—, no agotaré tu paciencia con el largo relato de la guerra, pero esa es la razón por la que mis hombres andan tan desaliñados. Pasamos diez años luchando en las costas de Troya, y ahora están desesperados por volver al calor de sus hogares.

—¿Diez años? Troya debe de ser toda una fortaleza.

—Sí, era bastante robusta, pero fue nuestra debilidad la que prolongó la guerra, no su resistencia.

Esto también me sorprendió. No que fuese cierto, sino que él lo admitiese. Su irónica autocrítica resultaba encantadora.

—Diez años es mucho tiempo para estar lejos del hogar.

—Y ahora ha transcurrido mucho más. Zarpamos de Troya hace dos años. Nuestra travesía de regreso ha sido un poco más difícil de lo que hubiera deseado.

—Entonces, no tienes que preocuparte por el telar —dije—. A estas alturas tu esposa habrá dejado de esperarte y habrá ideado uno mejor ella misma.

Su expresión se mantuvo serena, pero vi que algo cambiaba en ella.

—Lo más probable es que estés en lo cierto. Y también habrá duplicado la extensión de nuestras tierras; no me sorprendería.

—¿Y dónde se encuentran esas tierras tuyas?

—Cerca de Argos. Tierra de vacas y cebada, ya sabes.

—Mi padre también cría vacas —dije—. Siente predilección por las de piel completamente blanca.

—Es difícil conseguir una raza pura. Debe de cuidarlas bien.

—Así es —dije—. Es lo único que le preocupa.

Lo estaba observando. Tenía las manos grandes y callosas. Señalaba con la copa aquí y allá, removiendo un poco su vino, pero sin derramarlo jamás. Y sin llevárselo a los labios en ningún momento.

—Lamento —comenté— que mi añada no sea de tu agrado.

Bajó la vista, como si le sorprendiese ver que aún tenía la copa en la mano.

—Mis disculpas. Estaba disfrutando tanto de tu hospitalidad que me olvidé del vino. —Se dio un golpecito con los nudillos en la sien—. Mis hombres dicen que sería capaz de olvidar la cabeza si no la llevase pegada al cuello. ¿Adónde dijiste que se habían ido?

Me dieron ganas de reír. Estaba nerviosa, pero mantuve la voz tan en calma como la suya.

—Creo que están en el jardín de atrás. Hay una sombra excelente para el descanso.

—Confieso que estoy maravillado —dijo—, conmigo nunca están tan callados. Has debido de causarles mucha impresión.

Oí un zumbido, como antes de lanzar un hechizo. Su mirada era como una cuchilla bien afilada. Todo esto había sido un prólogo. Como si estuviésemos en una representación teatral, nos pusimos en pie.

—No has bebido —dije—. Muy inteligente. Pero sigo siendo una bruja, y estás en mi casa.

—Espero que podamos zanjar este asunto de un modo razonable.

Había posado su copa. No desenvainó su espada, pero su mano reposaba en la empuñadura.

—No me dan miedo las armas, ni la visión de mi propia sangre.

—Entonces, eres más valiente que la mayoría de los dioses. En una ocasión vi a Afrodita dejar morir a su hijo en el campo por un rasguño.

—Las brujas no somos tan delicadas —repliqué.

La empuñadura de su espada estaba arañada por diez años de batallas; su cuerpo, lleno de cicatrices, estaba alerta y en tensión. Tenía las piernas cortas pero firmes y musculadas. Se me erizó la piel. Me di cuenta de que era guapo.

—Dime —pregunté—, ¿qué llevas en esa bolsa que mantienes tan pegada a la cintura?

—Una hierba que encontré.

—De raíces negras —dije— y flores blancas.

—Así es.

—Los mortales no pueden recoger *moly*.

—No —se limitó a decir—, no pueden.

—¿Quién te lo dio? No te preocupes, ya lo sé. —Pensé en todas las veces que Hermes me había visto recolectarlo, en todas las veces que me había interrogado sobre mis hechizos—. Si tienes el *moly*, ¿por qué no has bebido? Debió de contarte que ningún hechizo mío podría afectarte.

—Me lo dijo —respondió—, pero tengo el hábito de ser prudente, y es un hábito difícil de romper. Y, por muy agradecido que yo le esté, el Divino Astuto no es conocido por ser de fiar, precisamente. Ayudarte a convertirme en cerdo sería una broma muy de su estilo.

—¿Siempre eres tan desconfiado?

—¿Qué puedo decir? —Mostró las palmas de las manos—. El mundo es un lugar horrible, y tenemos que vivir en él.

—Creo que eres Odiseo —dijo—, nacido de la misma sangre que el Astuto.

No le asombró mi insólito conocimiento. Era un hombre acostumbrado a tratar con los dioses.

—Y tú eres la diosa Circe, hija del sol.

Mi nombre en su boca hizo que brotara en mí una sensación aguda y ansiosa. Ciertamente, era como las mareas del océano, pensé. Podías alzar la mirada y ver que la playa había desaparecido.

—La mayoría de los humanos no me conocen por lo que soy.

—La mayoría de los humanos, según mi experiencia, son imbéciles —dijo—. Pero he de confesarte que estuviste a punto de hacerme renunciar a mi juego. ¿Tu padre? ¿El rebaño de vacas?

Estaba sonriendo, invitándome a reír, como si fuéramos dos niños traviesos.

—¿Eres rey? ¿Caballero?

—Príncipe.

—Entonces, príncipe Odiseo, estamos en igualdad, pues tú tienes el *moly* y yo tengo a tus hombres. Yo no te puedo hacer daño, pero si tú me atacas, jamás volverán a su verdadero ser.

—Eso me temía —respondió—. Y, claro está, las venganzas de tu padre Helios son terribles. Supongo que no me gustaría ser testigo de su ira.

Helios nunca me defendería, pero eso no se lo iba a decir a Odiseo.

—Tienes que comprenderme; tus hombres iban a robármelo todo.

—Lo siento mucho. Son jóvenes y tontos, y he sido demasiado indulgente con ellos.

No era la primera vez que presentaba esa disculpa. Dejé que mis ojos se posasen en él, que lo observasen detenidamente. Me recordaba un poco a Dédalo, por su ecuanimidad y su ingenio. Pero por debajo de esa soltura podía sentir una turbación que Dédalo nunca había poseído. Quería verla salir a la luz.

—Quizá podamos encontrar otra forma de resolver esta situación.

Su mano seguía en la empuñadura de su arma, pero él hablaba como si estuviésemos decidiendo qué íbamos a cenar.

—¿Qué propones?

—¿Sabes? —le dije—, Hermes me contó una profecía sobre ti una vez.

—¿Ah, sí? ¿Y qué decía?

—Que estabas destinado a venir a mi casa.

—¿Y qué más?

—Eso era todo.

Levantó una ceja.

—Me temo que es la profecía más simplona que he oído jamás.

Me reí. Me sentía serena, como un halcón en un peñasco. Mis talones seguían agarrados a la roca, pero mi mente ya planeaba por el aire.

—Te propongo una tregua —dije—. Una especie de prueba.

—¿Qué clase de prueba? —Se inclinó ligeramente hacia delante, en un gesto que llegaría a resultarme familiar. Ni siquiera él podía ocultarlo todo. Corría a asumir cualquier reto que se le presentase. Su piel olía a labor y a mar. Conocía diez años de historias. Yo estaba ansiosa y hambrienta como una osa en primavera.

—Tengo entendido —dije— que hay quienes aprenden a confiar en el amor.

Mis palabras lo sorprendieron, y cómo gocé al vislumbrar fugazmente su estupor, antes de que lo disimulase.

—Mi señora, solo un idiota diría que no a recibir semejante honor. Pero lo cierto es que también creo que solo un idiota diría que sí. Soy mortal. En cuanto deje el *moly* a un lado para reunirme contigo en el lecho, podrías pronunciar tu hechizo. —Hizo una pausa—. A menos, claro está, que jures por el río de los muertos no hacerme daño alguno.

Un juramento por el río Estige sería vinculante incluso para el mismo Zeus.

—Eres precavido —respondí.

—Parece que tenemos eso en común.

«No», pensé. Yo no era precavida. Yo era temeraria, imprudente. Él era otro cuchillo, podía sentirlo. Otro tipo de cuchillo, pero cuchillo igualmente.

No me importaba. Pensé: «Clávate en mí». Por algunas cosas vale la pena derramar sangre.

—Haré ese juramento —dije.



Más adelante, años más tarde, oiría una canción sobre nuestro encuentro. El muchacho que la cantaba carecía de talento, desafinaba más veces de las que entonaba bien, pero la dulce musicalidad de los versos brillaba a pesar de su maltrato. No me sorprendió la forma en que se me retrataba: la orgullosa hechicera derrumbada ante la espada del héroe, arrodillada y suplicando clemencia. Humillar a las mujeres parece ser el pasatiempo predilecto de los poetas. Como si no pudiese haber historia a menos que nos arrastrásemos y sollozásemos.

Nos acostamos juntos en mi amplia cama de oro. Deseaba verlo relajado por el placer, apasionado, desnudo. No se quedó desnudo en ningún momento, pero el resto sí lo vi. Encontramos cierta confianza entre nosotros.

—En realidad no soy de Argos —confesó. La luz del fuego titilaba sobre nosotros, proyectando largas sombras en las sábanas—. Mi isla es Ítaca. Es demasiado pedregosa para criar vacas. Nos dedicamos a las cabras y a los olivares.

—¿Y la guerra? ¿También era ficticia?

—La guerra fue real.

No tenía descanso. Era como si estuviese permanentemente preparado para esquivar una lanza que le dirigiesen desde las sombras. Sin embargo, el cansancio empezaba a asomar en su cabeza, como las rocas al bajar la marea. Conforme a las normas de la hospitalidad, no debería interrogarlo antes de ofrecerle alimento y descanso, pero ya habíamos dejado atrás esos miramientos.

—Dijiste que la travesía ha sido difícil.

—Zarpé de Troya con doce barcos. —Bajo la luz amarillenta, su rostro parecía un escudo antiguo, maltratado y cubierto de surcos—. Solo quedamos nosotros.

A pesar de todo, sus palabras me impresionaron. Once barcos suponían más de quinientos hombres muertos.

—¿Cómo os sobrevino semejante desastre?

Relató la historia como si me estuviese dando la receta para un asado de carne: las tormentas que los habían arrastrado por medio mundo; las tierras llenas de caníbales y vengativos salvajes; una voluptuosa tribu que los envenenó con fármacos para someter su voluntad. Habían caído en una emboscada que les había tendido el cíclope Polifemo, un violento gigante con un solo ojo que era hijo de Poseidón. El cíclope había devorado a media docena de hombres, les había chupado hasta los huesos. Odiseo había tenido que dejarlo ciego para escapar, y ahora, en venganza, Poseidón los perseguía por los mares.

No era de extrañar que cojease, ni que tuviese el pelo cano. *He aquí un hombre que se ha enfrentado a monstruos.*

—Y ahora Atenea, que siempre ha sido mi guía, me ha vuelto la espalda.

No me sorprendió oír su nombre. La astuta hija de Zeus veneraba las argucias y el ingenio por encima de todo. Odiseo era justo el tipo de hombre que ella apreciaría.

—¿Qué le ha ofendido?

No estaba segura de que fuese a responder, pero tomó un largo aliento.

—La guerra es origen de muchos pecados, y yo no anduve a la zaga a la hora de cometerlos. Cuando solicitaba su perdón, ella siempre me lo concedía. Entonces llegó el saqueo de la ciudad. Se arrasaron templos, se derramó sangre en los altares. —Ese era el mayor de los sacrilegios: mancillar de sangre y vísceras los objetos sagrados de los dioses—. Yo formé parte de esos actos junto con los demás, pero, cuando otros se quedaron para elevar sus plegarias, yo no me quedé con ellos. Fui... impaciente.

—Llevabas diez años luchando —dije—. Es comprensible.

—Eres benévola, pero creo que ambos sabemos que no es así. En cuanto me encontré a bordo, los mares alzaron iracundas olas a mi alrededor. El cielo se oscureció hasta volverse negro como el metal. Traté de volver atrás con mi flota, pero era demasiado tarde. La tormenta que lanzó nos arrojó lejos de Troya. —Se frotó los nudillos como si le dolieran—. Ahora, cuando intento hablar con ella, no me responde.

Había ido de desastre en desastre. Y aun así, a pesar de su agotamiento, de su descarnada aflicción, había entrado en la casa de una bruja. Se había sentado junto a mi hogar sin mostrar el menor indicio de todas estas tribulaciones, todo encanto y sonrisas. Cuánta determinación le habría hecho falta, cuánta vigilante voluntad. Pero ningún humano es infinito. Su rostro se tiñó de agotamiento. Su voz estaba ronca. Había pensado que era como un

puñal, pero entonces me di cuenta de que era él quien estaba abierto en canal. Sentí un dolor en el pecho. Meterlo en mi cama había sido una especie de reto, pero el sentimiento que ahora palpitaba en mí era mucho más antiguo. Allí estaba él, con sus carnes abiertas ante mí. *Esto es algo roto que yo puedo arreglar.*

Me agarré a este pensamiento con las manos. Cuando llegó aquella primera tripulación, yo estaba desesperada, dispuesta a adular a cualquiera que me regalase una sonrisa. Ahora era una hechicera letal, que demostraba su poder piara tras piara. De repente, recordé las viejas pruebas a las que Hermes solía someterme. ¿Sería toda dulzura y suavidad o una harpía? ¿Una ingenua o un vil monstruo?

Esas no podían seguir siendo las únicas opciones.

Lo cogí de las manos y le hice levantarse.

—Odiseo, hijo de Laertes, has pasado grandes apuros. Estás seco como las hojas en invierno, pero aquí hallarás refugio.

El alivio que asomó a sus ojos recorrió cálidamente mi piel. Lo conduje al salón y ordené a las ninfas que se encargasen de procurarle comodidad: que llenasen una bañera de plata y lavasen sus sudados miembros, que le trajesen ropa limpia. Después del baño apareció, limpio y resplandeciente, ante las mesas sobre las que habíamos servido montones de comida. Pero no se movió para tomar asiento.

—Perdóname —dijo, con sus ojos fijos en los míos—, pero no puedo comer.

Sabía lo que quería. No se exaltó ni suplicó, simplemente esperó mi decisión.

A mi alrededor, el aire parecía pintado de oro.

—Ven —le dije.

Atravesé el salón y salí a la pocilga. La cancela se abrió de par en par con solo tocarla. Los cerdos chillaron, pero, cuando lo vieron detrás de mí, su terror cesó. Unté el hocico de cada uno de ellos con aceite y pronuncié el hechizo. Las cerdas desaparecieron de sus cuerpos y ellos se pusieron en pie y recuperaron su forma humana. Corrieron hacia él, sollozando y agarrándolo de las manos. Él lloró también, no ruidosamente, sino con grandes lágrimas, hasta que su barba quedó empapada y oscura. Parecía el encuentro entre un padre y sus hijos extraviados. ¿Qué edad tendrían cuando salieron de Troya? La mayor parte de ellos no podían ser más que muchachos. Me mantuve a cierta distancia, como una pastora que vigila su rebaño.

—Sed bienvenidos —dije cuando sus lloros amainaron—. Atracad vuestro barco en la playa y traed a vuestros compañeros. Sois todos bienvenidos.

Comieron bien toda aquella noche, riendo y brindando. Parecían más jóvenes, renovados en su alivio. El agotamiento de Odiseo también había desaparecido. Yo lo observaba desde mi telar, interesada en ver otra faceta: la del comandante con sus hombres. Eso se le daba muy bien, como todo lo demás; se divertía con sus ocurrencias, los reprobaba gentilmente, con una serenidad tranquilizadora. Ellos se congregaban en torno a él como las abejas en torno a su colmena.

Cuando las bandejas estuvieron vacías y los hombres comenzaron a encorvarse en los bancos, les di mantas y les dije que buscasen lecho donde más cómodo les resultase. Unos cuantos se acostaron en estancias vacías, pero la mayoría salió fuera para dormir bajo las estrellas de verano.

Solo Odiseo se quedó en el salón. Lo conduje a la silla de plata, junto al hogar, y le serví vino. Su rostro estaba sereno, y se inclinó de nuevo hacia delante, como si estuviese ansioso por recibir lo que pudiese ofrecerle.

—El telar que admiraste —dije— fue creado por Dédalo, el artesano. ¿Conoces ese nombre?

Me complació ver su sincera sorpresa y agrado.

—No me extraña entonces que sea tan maravilloso. ¿Me permites?

Asentí con la cabeza, y él se acercó al telar de inmediato. Con una mano recorrió sus varas, de la base a la cima. Lo tocaba con reverencia, como un sacerdote en un altar.

—¿Cómo te hiciste con él?

—Fue un regalo.

Había una interrogación en sus ojos, una brillante curiosidad, pero no indagó más. Por el contrario, comentó:

—Cuando era niño y todos jugaban a luchar contra monstruos como Heracles, yo soñaba con ser Dédalo. Me parecía la mayor de las genialidades ser capaz de ver madera y hierro en bruto e idear maravillas. Fue una decepción para mí descubrir que no tenía talento para ello. Siempre me cortaba los dedos.

Pensé en las cicatrices blanquecinas que cubrían las manos de Dédalo. Pero me contuve.

Su mano se posó en la vara lateral como si fuese la cabeza de un perro fiel.

—¿Puedo verte tejer en él?

No estaba acostumbrada a tener a nadie tan cerca mientras trabajaba. La madeja parecía espesarse y enmarañarse entre mis dedos. Sus ojos seguían cada uno de mis movimientos. Me hacía preguntas sobre para qué servía cada pieza y en qué se diferenciaba de otros telares. Yo las respondía lo mejor que sabía, aunque al final tuve que confesarle que no tenía con qué compararlo.

—Este es el único telar que he usado en mi vida.

—Me cuesta imaginar tanta felicidad. Como beber vino en lugar de agua toda la vida. Como tener a Aquiles de recadero.

No conocía ese nombre.

Su voz recitó como la de un bardo: Aquiles, príncipe de Ftía, el más veloz de los griegos, el mejor de los guerreros aqueos que habían luchado en Troya. Apuesto, brillante, nacido de la temida nereida Tetis, elegante y mortal como el mismo mar. Los troyanos habían caído a su paso como la hierba al de la guadaña, y hasta el poderoso príncipe Héctor había perecido atravesado por su lanza de fresno.

—No te agradaba —le dije.

Cierta diversión interna asomó a su rostro.

—Lo apreciaba, en cierto modo. Pero era un soldado terrible, por muchos hombres que fuese capaz de matar. Tenía ciertas ideas excesivamente personales sobre la lealtad y el honor. Cada día era una nueva lucha para hacer que se atuviese a nuestros propósitos, mantenerlo en el buen camino. Entonces murió lo que más quería, y se volvió incluso más difícil de controlar. Pero, como decía, su madre era una diosa, y las profecías se adherían a él como las algas. Se enfrentaba a asuntos más grandes de lo que yo seré capaz de comprender jamás.

Eso no era mentira, pero tampoco era verdad ninguna. Había dicho que Atenea era su protectora. Había caminado con gentes capaces de hacer que el mundo se resquebrajase como un huevo.

—¿Qué era lo que más quería?

—Su amante, Patroclo. No me apreciaba mucho, pero también es cierto que los buenos guerreros nunca me aprecian. Aquiles enloqueció tras su muerte; o al menos estuvo a punto de enloquecer.

Hacía un rato que le había dado la espalda al telar. Quería verle la cara mientras conversábamos. Tras las ventanas, el cielo oscuro comenzaba a tornarse gris. Una loba aulló sobre sus patas. Lo vi dudar por fin.

—Mi señora Circe —comenzó—, bruja dorada de Eea. Nos has mostrado

clemencia, y la necesitábamos. Nuestro barco está hecho astillas; los hombres están a punto de derrumbarse; me avergüenza pedirte más, pero creo que debo hacerlo. Mi mayor esperanza sería quedarnos aquí un mes. ¿Es demasiado?

Sentí que una explosión de felicidad se derramaba como miel por mi garganta, pero mantuve mi expresión inalterable.

—No creo que un mes sea demasiado.

Se pasaba los días trabajando en el barco. Al anochecer nos sentábamos junto al hogar mientras sus hombres cenaban, y por la noche se venía a mi cama. Tenía los hombros anchos, esculpidos por las horas pasadas guerreando. Yo recorría sus irregulares cicatrices con las manos. Había placer en ello, pero en realidad el mayor placer venía después, cuando yacíamos juntos en la oscuridad y él me contaba historias de Troya, y evocaba para mí la guerra golpe de lanza a golpe de lanza. Me hablaba del orgulloso Agamenón, líder de las huestes, y tan frágil como el metal mal templado; de su hermano Menelao y del rapto de su esposa, que había provocado la guerra; de Áyax, valiente pero duro de mollera, con la constitución de una montaña; de Diomedes, la implacable mano derecha de Odiseo. Y después, de los troyanos: del apuesto Paris, el risueño joven que le había robado el corazón a Helena; de su padre de barba blanca, Príamo, el rey de Troya, a quien los dioses amaban por su gentileza; de Hécuba, su reina de espíritu guerrero, cuyo vientre había dado tantos nobles frutos; de Héctor, su primogénito, noble heredero y baluarte de su gran ciudad amurallada.

«Y Odiseo», pensé yo. La concha en espiral, en la que siempre había una curva fuera del alcance de la vista.

Comenzaba a entender lo que había querido decir cuando me había hablado de la debilidad de su ejército. No era el vigor lo que les había fallado, sino la disciplina. Jamás había habido una recua de hombres más orgullosos, díscolos e inflexibles, cada uno de ellos convencido de que la guerra sería un fracaso sin él.

—¿Sabes quién gana realmente las guerras? —me preguntó una noche.

Estábamos echados en las alfombras que había a los pies de la cama. Momento a momento, había ido recuperando su vitalidad. Ahora sus ojos brillaban, iluminados por la tormenta. Cuando hablaba se convertía, a un tiempo, en abogado, bardo y charlatán, capaz de defender su causa, entretener y correr el telón para desvelar los secretos del mundo. No se trataba

únicamente de sus palabras, aunque resultara ingenioso con ellas, sino de todo el conjunto: su rostro, sus gestos, los variables tonos que adquiriría su voz. Diría que era como un hechizo, pero no conocía hechizo alguno que pudiese igualarlo; solo él poseía ese don.

—Los generales son los que se llevan la fama, por supuesto, y ciertamente son quienes ponen el oro, pero siempre lo están llamando a uno a su tienda para pedirle informes de lo que va a hacer en vez de dejarte hacerlo. Las canciones dicen que son los héroes. Ellos son otra pieza del todo. Cuando Aquiles se pone su casco y se abre su ensangrentado camino a golpe de espada por el campo de batalla, a los hombres se les hincha el corazón en el pecho. Recuerdan las historias que les han contado, y ansían ser parte de ellas. *Yo luché al lado de Aquiles. Estuve junto a Áyax, escudo con escudo. Sentí el impulso y el roce de sus grandes lanzas.* Esos soldados, claro está, son otra pieza importante, pues, aunque sean débiles e inconstantes, cuando unen sus fuerzas pueden llevarte a la victoria. Pero hay una mano que debe unir todas esas piezas y hacer de ellas un todo. Una mente que las guíe hacia un mismo propósito, y que no se amilane ante las necesidades de la guerra.

—Y esa es tu parte —dije—, lo que significa que, después de todo, eres como Dédalo. Solo que, en lugar de la madera, tú trabajas a los hombres.

¡Qué mirada me dirigió! Como un vino sin mezcla.

—Tras la muerte de Aquiles, Agamenón me denominó el mejor de los griegos. Otros hombres lucharon con coraje, pero se amilnaron ante la verdadera naturaleza de la guerra. Solo yo tuve el estómago necesario para darme cuenta de lo que había que hacer.

Su pecho, surcado por las cicatrices, estaba desnudo. Di unos leves golpecitos sobre él, como tratando de sondar lo que yacía en su interior.

—¿Por ejemplo?

—Prometemos clemencia a los espías para que confiesen lo que saben, pero luego los matamos. Azotamos a los hombres que se amotinan. Adulamos a los héroes para que salgan de su melancolía. Mantenemos la moral alta a toda costa. Cuando el gran héroe Filoctetes estaba incapacitado por una herida supurante, los hombres perdieron el ánimo, así que lo abandoné en una isla y les dije que había sido él quien había pedido que lo dejase allí. Áyax y Agamenón se hubieran batido hasta la muerte ante las puertas cerradas de Troya, pero fue a mí a quien se le ocurrió el truco del caballo gigante, y fui yo quien ideó la historia que convenció a los troyanos para que lo metieran dentro de la ciudad. Me agazapé en su vientre de madera con los hombres que había

elegido y, si alguno de ellos temblaba a causa del miedo o de la presión, le ponía mi cuchillo en el cuello. Cuando los troyanos durmieron por fin, nos abrimos paso entre ellos como zorros entre polluelos de suaves plumas.

Todo esto no eran canciones que cantar ante una corte, ni relatos de la gran edad de oro. Sin embargo, en su boca, estas historias no parecían tan deshonrosas, sino justas, ocurrentes y de un sabio pragmatismo.

—Pero ¿por qué fuiste a la guerra si desde un inicio sabías cómo eran los otros reyes?

Se frotó la mejilla.

—Bueno, por un estúpido juramento que había hecho. Traté de librarme de él. Mi hijo solo tenía un año, y todavía me sentía como un recién casado. Habría otras ocasiones para alcanzar la gloria, pensé, y cuando el emisario de Agamenón vino a buscarme me fingí loco. Salí desnudo y me puse a arar un campo en pleno invierno. Él puso a mi hijo delante del arado; yo me detuve, claro está, y fui reclutado con los demás.

«Qué amarga paradoja», pensé: para mantener con vida a su hijo tuvo que perderlo.

—Debiste de enojarte mucho.

Él levantó las manos y luego las dejó caer.

—El mundo es un lugar injusto. Mira lo que le pasó al consejero de Agamenón; Palamedes, se llamaba. Sirvió con honra en el ejército, pero cayó en una zanja durante una guardia nocturna. Alguien había colocado estacas afiladas en el fondo. Fue una pérdida terrible.

Sus ojos resplandecían. De haber estado allí el bueno de Patroclo, le hubiera dicho: *Señor, tú no eres un auténtico héroe; no eres un Heracles ni un Jasón. No pronuncias discursos sinceros, desde un corazón puro. No cometes actos nobles bajo la espléndida luz del sol.*

Pero yo había conocido a Jasón, y sabía la clase de actos que podían cometerse a la luz del sol. No dije nada.

Los días pasaron, y con ellos las noches. Mi casa estaba repleta de cuatro docenas de hombres y, por primera vez en mi vida, me vi inmersa en carne mortal. Aquellos cuerpos frágiles suyos requerían una atención sin descanso, alimento y bebida, sueño y reposo, limpieza de sus miembros y de sus fluidos. «Cuánta paciencia tienen los mortales», pensé, para pasar por todo eso hora tras hora. Al quinto día, a Odiseo se le resbaló una lezna y le perforó la yema



del pulgar. Le puse un unguento y pronuncié mis conjuros para evitar la infección, pero aun así tardó media luna en curarse. Iba observando el paso del dolor por su rostro. Ahora dolía, y ahora todavía dolía, y ahora, y ahora. Y esa no fue más que una de sus incomodidades, a la que se sumaban una contractura en el cuello, la acidez de estómago y el dolor de viejas heridas. Yo pasaba las manos por sus abultadas cicatrices, aliviándolo como mejor podía. Me ofrecí a borrar sus cicatrices, pero él negó con la cabeza.

—¿Cómo me reconocería a mí mismo?

Me alegré en secreto. Le sentaban bien. Era Odiseo, el superviviente, y llevaba ese nombre cosido en la piel. Quienquiera que lo viera debía saludarlo y decir: *He aquí un hombre que ha visto mundo. He aquí un hombre con historias que contar.*

Podría haberle contado, en aquellas horas, historias más; sobre Escila y Glauco, Eetes, el Minotauro; sobre la pared de piedra clavándose en mi espalda; el suelo de mi salón cubierto de sangre sobre la que se reflejaba la luna; sobre los cuerpos que había arrastrado, uno a uno, colina abajo que y había quemado junto con su barco; sobre el sonido que hace la carne cuando se desgarran y cambia de forma y sobre cómo, cuando transformas a un hombre, puedes interrumpir la transformación a la mitad, y entonces esa cosa monstruosa, mitad hombre, mitad bestia, muere.

Su rostro adquiriría una expresión profunda al escucharme, su mente inquieta examinaría, sopesaría, catalogaría mis palabras. Pero por más que fingiese que podía ocultar mis pensamientos tan bien como él, sabía perfectamente que no era cierto. Sería capaz de ver hasta mis entrañas. Haría acopio de mis debilidades y las clasificaría junto con las del resto, al lado de las de Aquiles o Áyax. Las llevaba consigo como otros hombres llevan sus puñales.

Contemplé mi cuerpo, desnudo a la luz del fuego, y traté de imaginarlo con su historia escrita en la piel: el rayo en la palma de la mano; la mano sin los dedos; los miles de cortes producidos por mis tareas de hechicera; los surcos provocados por el fuego de mi padre; la piel del rostro semejante a una vela medio derretida. Y esas eran solo las cosas que habrían dejado marca.

No habría reverencia alguna. ¿Cómo había definido Eetes a las ninfas feas? *Una mancha sobre la faz del mundo.*

Mi vientre liso brillaba bajo mi mano, con el color de la miel bajo el sol. Acerqué a Odiseo a mí. Yo era una hechicera dorada que no tenía pasado alguno.

\* \* \*

Empezaba a conocer un poco a sus hombres, a aquellos corazones inconstantes de los que me había hablado, esos cántaros agujereados. Polites poseía mejores modales que el resto, Euríloco era terco y taciturno. Elpénor, con sus finas facciones, tenía la risa de un búho chillón. Me recordaban a los lobeznos, a los que se les pasaban las penas en cuanto tenían el estómago lleno. Bajaban la mirada cuando yo pasaba, como para asegurarse de que sus manos seguían estando ahí.

Se pasaban los días enteros jugando. Hacían carreras por las colinas y por la playa. Siempre venían corriendo junto a Odiseo, jadeando. ¿Serás el juez de nuestro concurso de tiro con arco? ¿Del lanzamiento de disco o de lanza?

A veces se iba con ellos, sonriente, pero otras veces los gritaba o los golpeaba. No era tan complaciente ni tan ecuánime como pretendía. Vivir con él era como estar de pie junto al mar. Cada día era de un color diferente, sus olas, coronadas de espuma, alcanzaban una altura distinta, pero siempre poseía la misma incesante intensidad que te atraía hacia el horizonte. Cuando la regala de su barco se rompió, la arrancó con furia de una patada y arrojó los trozos al mar. Al día siguiente, pesaroso, fue al bosque con su hacha, y cuando Euríloco se ofreció a ayudarlo, le enseñó los dientes. Aún era capaz de controlarse, mostrar la cara que debía de haber empleado cada día para dirigir a Aquiles, pero le costaba, y después de un arrebató tenía tendencia a ponerse de mal humor. Los hombres solían rehuirlo, y yo veía la confusión en sus rostros. Dédalo me había dicho en una ocasión: *Hasta el mejor hierro se vuelve quebradizo si se lo golpea demasiado.*

Yo me mostraba suave como el aceite, tranquila como las aguas cuando no hay viento. Lo sacaba a pasear, le pedía que me contase historias sobre sus viajes entre tierras y gentes extrañas. Él me habló de los ejércitos de Memnón, hijo de la aurora, rey de Etiopía, y de las amazonas que cabalgaban con sus escudos de media luna. Había oído que algunos de los faraones de Egipto eran mujeres vestidas con ropas de hombre. En la India, le habían dicho, había hormigas del tamaño de zorros que excavaban oro entre las dunas. Y lejos, al norte, había un pueblo que no creía que el río de Océano rodeaba la tierra, sino que en su lugar había una enorme serpiente, gruesa como un barco y siempre hambrienta. Jamás podía quedarse quieta, pues su apetito la hacía avanzar, devorándolo todo bocado a bocado, y un día, cuando se hubiera comido el mundo entero, se devoraría a sí misma.

Pero, por muy lejos que hubiera viajado, su relato siempre regresaba a Ítaca. A sus olivares y sus cabras, a sus leales sirvientes y a los excelentes perros de caza que había criado con sus propias manos. A sus nobles progenitores y a su anciana aya, al primer jabalí que había cazado, que le había hecho la larga cicatriz que había visto en su pierna. A su hijo, Telémaco, que ahora estaría bajando de las montañas con sus rebaños. *Se le dará bien el pastoreo, a mí siempre se me dio bien. Todo príncipe debe conocer sus tierras, y no hay mejor manera de aprender que llevando a pastar a las cabras.* Nunca dijo: *¿Y si cuando llegue a casa todo se ha convertido en ceniza?* Pero yo veía ese pensamiento en él, vivo como un segundo cuerpo, alimentándose en la oscuridad.

Para entonces ya era otoño, la luz iba menguando, la hierba crujía bajo nuestros pies. Casi había transcurrido el mes. Estábamos echados en mi lecho.

—Creo que tendremos que marcharnos pronto, o pasar aquí el invierno.

La ventana estaba abierta; la brisa sopló sobre nosotros. Era una de sus argucias: servirme una frase como quien coloca una bandeja en una mesa para ver qué pones tú en ella. Pero, para mi sorpresa, continuó.

—Yo me quedaría —dijo—, si tú me lo permites. Sería solamente hasta la primavera. Me iré en cuanto los mares sean navegables. Apenas supondrá retraso alguno.

Eso último no me lo dijo a mí, sino a alguien con quien estaba discutiendo en silencio. A sus hombres, quizá, o a su esposa, a mí me daba igual. Mantenía el rostro vuelto para que no viese mi satisfacción.

—Te lo permito —respondí.

\* \* \*

Después de eso, algo cambió en él, se liberó de una tensión que no me había dado cuenta de que sentía. Al día siguiente se fue canturreando a la playa con su tripulación. Arrastraron el barco hasta una cueva bien abrigada. Lo vararon, plegaron la vela y estibarón todos sus útiles para mantenerlos resguardados de las tormentas invernales hasta la primavera.

A veces lo veía observarme. Su rostro se volvía atento, y comenzaba a hacer preguntas como quien no quiere la cosa, dando rodeos; sobre la isla, sobre mi padre, el telar, mi historia, la hechicería. Había llegado a conocer bien aquella mirada: era la misma que mostraba cuando veía un cangrejo con

tres pinzas o se maravillaba con las extrañas mareas de la bahía oriental de Eea. El mundo estaba lleno de misterios, y yo no era más que otro enigma entre millones de enigmas más. No le respondía y, aunque fingía estar contrariado, empecé a ver que eso le procuraba un extraño placer. Una puerta que no se abría cuando él llamaba era toda una novedad para él, y también una especie de alivio. Todo el mundo le hacía confesiones. Él me las hacía a mí.

Algunas historias me las contaba a la luz del día; otras salían únicamente cuando el fuego se extinguía y solo las sombras podían discernir su rostro.

—Fue después de lo del cíclope —me contó— cuando por fin tuvimos un poco de suerte. Desembarcamos en la Isla de los Vientos, ¿la conoces?

—La isla del rey Eolo —respondí. Uno de los lacayos de Zeus, cuya tarea era gobernar los vientos que hacen girar a los barcos por el mundo.

—Le caí en gracia y nos hizo ganar velocidad en nuestra travesía. Me dio además un gran saco que contenía todos los vientos desfavorables, para que no pudiesen causarnos problemas. Durante nueve días y nueve noches, surcamos las olas a toda velocidad. No dormí ni una hora, pues estaba custodiando el saco. Por supuesto, les había dicho a mis hombres de qué se trataba, pero...

—sacudió la cabeza— ellos decidieron que se trataba de un tesoro que no quería compartir. Lo que habían recibido en Troya hacía mucho que se lo habían tragado las aguas, y no querían regresar a casa con las manos vacías. En fin —dijo inspirando profundamente—, te puedes imaginar lo que sucedió.

Me lo imaginaba. Sus hombres estaban ahora más revoltosos que nunca, encantados con la perspectiva de pasar ociosos todo el invierno. Por la noche les gustaba jugar a un juego que consistía en lanzar posos de vino. Ponían como diana una bandeja, pero su puntería era terrible, pues para entonces ya se habían bebido jarra tras jarra de vino. La mesa se iba manchando como si hubiese habido una matanza, y esperaban que las ninfas la limpiasen. Cuando les dije que tenían que hacerlo ellos mismos, se miraron unos a otros y, de haber sido cualquier otra persona, me hubieran desobedecido, pero aún recordaban sus hocicos.

—Finalmente, cuando ya no pude evitarlo —prosiguió Odiseo—, me quedé dormido. No noté que me arrancaban el saco de las manos; fue el aullido de los vientos lo que me despertó. Salieron en remolinos del saco y nos hicieron retroceder tanto en nuestro curso como si no hubiéramos zarpado. Desanduvimos todo el camino. Creen que estoy apenado por los compañeros que perdimos, y así es, pero a veces es lo único que puedo hacer para no matarlos yo mismo. Tienen arrugas, pero carecen de sabiduría. Los llevé a la

guerra antes de que pudiesen hacer todas esas cosas que lo convierten a uno en un hombre cabal. No estaban casados cuando partieron. No tenían hijos. No habían conocido años de cosechas escasas, en los que tuvieran que rebuscar en el fondo de sus graneros; ni conocían tampoco los años buenos, para poder aprender a ahorrar. No han visto a sus padres envejecer y comenzar a flaquear. No los han visto morir. Me temo que les he robado no solo su juventud, sino también su edad.

Se frotó los nudillos. De joven había sido arquero, y la fuerza que requiere tensar la cuerda, encocar la flecha y disparar agota las manos como ninguna otra acción. Había dejado su arco atrás al partir a la guerra, pero el dolor lo había seguido. En una ocasión, me había contado que, de haber traído su arco, hubiera sido el mejor arquero de ambos ejércitos.

—Entonces, ¿por qué lo dejaste?

Por cuestiones políticas, me había explicado. El arco era el arma de Paris. Paris, el apuesto ladrón de esposas.

—Entre los héroes, lo consideraban un cobarde. Ningún arquero hubiera sido nombrado el mejor de los griegos jamás, por diestro que fuera.

—Los héroes son imbéciles —repliqué.

Él soltó una carcajada.

—En eso estamos de acuerdo.

Tenía los ojos cerrados. Guardó silencio por tanto tiempo que creí que se había dormido. Luego añadió:

—Si hubieras visto lo cerca que estábamos de Ítaca... Ya podía oler las hogueras de los pescadores en la playa.

Empecé a pedirle pequeños favores. ¿Podría matar un ciervo para la cena? ¿Podría ir a pescar unos peces? Mi pocilga se estaba cayendo a pedazos, ¿podía arreglar los postes de la cerca? Me proporcionaba un agudo placer verlo entrar por la puerta con las redes repletas o con cestas llenas de fruta de mis huertos. Me ayudaba a ponerles tutores a las viñas en el jardín. Hablábamos de los vientos que soplaban, de que a Elpénor le había dado por dormir en la azotea, y de si deberíamos prohibírselo.

—Ese idiota —dijo— acabará rompiéndose el cuello.

—Le diré que solo lo tiene permitido si está sobrio.

Odiseo gruñó.

—Es decir, nunca.

Sabía que estaba siendo una tonta. Aunque se quedase tras la primavera y hasta la siguiente, un hombre como él nunca podría ser feliz encerrado en mis estrechas costas. Y, aunque hallase algún modo de mantenerlo contento, seguiría habiendo límites, pues era mortal, y ya no era joven. «Debes estar agradecida —me decía a mí misma—, un invierno es más de lo que tuviste con Dédalo.»

No estaba agradecida. Aprendí a cocinar sus platos favoritos y sonreía al ver el placer que sentía comiéndolos. Por la noche nos sentábamos juntos frente al hogar y repasábamos los acontecimientos del día.

—¿Qué opinas del roble grande —le decía—, al que le ha caído un rayo encima? ¿Crees que se pudrirá por dentro?

—Le echaré un vistazo —respondía—. Si está podrido, no será difícil derribarlo. Lo haré mañana antes de la cena.

Lo cortó, y luego se pasó el resto del día cortando las zarzas.

—Estaban demasiado crecidas. Lo que de verdad necesitas son unas cabras. Un rebaño de cuatro te las dejaría segadas en un mes. Y mantendría a raya las hierbas.

—¿Y dónde voy a encontrar cabras?

Aquella palabra que rompía el hechizo entre nosotros: *Ítaca*.

—Da igual —dije—. Transformaré a una parte de las ovejas y arreglado.

En la cena, mis ninfas habían empezado a acercarse a los hombres, a llevarse a los que les gustaban a sus camas. Esto también me complacía. Mi casa se mezclaba con la suya. En una ocasión le había contado a Dédalo que jamás me casaría, porque tenía las manos sucias y me gustaba demasiado mi trabajo. Pero he aquí un hombre que también tenía las manos sucias.

*¿Y dónde crees que aprendió todas estas habilidades domésticas, Circe?*

*Mi esposa*, decía siempre cuando hablaba de ella. *Mi esposa, mi esposa*. Ponía esas palabras por delante de sí como un escudo, como las gentes del campo que se niegan a pronunciar el nombre del dios de la muerte por temor a que venga y se lleve a sus seres queridos.

Penélope era su nombre. A veces, mientras él dormía, yo pronunciaba esas sílabas en la negrura. Era una osadía, o quizá una prueba. ¿Ves? No viene. No tiene los poderes que crees.

Me aguanté todo lo que pude, pero al final ella era esa costra que tenía que arrancarme. Aguardé a que su respiración hiciese ese sonido que significaba

que estaba lo bastante despierto como para hablar.

—¿Cómo es ella?

Me habló de sus maneras gentiles, de cómo sus serenas instrucciones hacían saltar a los hombres más rápido que cualquier grito. Era una excelente nadadora. Su flor favorita era la del azafrán, y lucía el primer ejemplar de la temporada en el pelo como amuleto de buena suerte. Odiseo tenía el hábito de hablar de ella como si estuviese en la habitación de al lado, como si no los separasen doce años y remotos mares.

Era prima de Helena, me dijo. Mil veces más lista y más prudente, aunque Helena era lista a su manera, pero veleidosa, obviamente. Para entonces ya le había oído contar historias sobre Helena, la reina de Esparta, hija mortal de Zeus, la mujer más bella del mundo. Paris, príncipe de Troya, se la había arrebatado a su marido Menelao, iniciando así la guerra.

—¿Se fue con Paris por decisión propia o por la fuerza? —pregunté.

—¿Quién puede saberlo? Pasamos diez años acampados a sus puertas y, que yo sepa, jamás intentó huir, pero, en cuanto Menelao invadió la ciudad, se arrojó desnuda a sus brazos, jurando que había sido un tormento, que lo único que quería era recuperar a su esposo. Nunca sabremos toda la verdad por ella. Es escurridiza como una serpiente y siempre anda buscando su propio beneficio.

«No es muy distinta de ti», pensé.

—Mi esposa, por el contrario —añadió—, es constante. Constante en todas las cosas. Hasta los hombres sensatos pierden el rumbo alguna vez, pero ella nunca. Es como una estrella fija, como un arco de buena factura. —Se hizo un silencio en el que sentí cómo se movía sumido en sus recuerdos—. Nada de lo que dice tiene un solo significado, ni una sola intención, pero es firme. Se conoce a sí misma.

Sus palabras penetraron en mí con la facilidad de un puñal bien bruñido. Sabía que la amaba desde el momento en que me había hablado de que tejía. Y, aun así, se había quedado, mes tras mes, y yo me había dejado engatusar. Ahora lo veía todo con más claridad: todas aquellas noches en mi cama no habían sido más que sus mañanas de viajero. Cuando estás en Egipto, veneras a Isis; cuando vas a Anatolia, sacrificas un cordero en honor de Cibele; eso no supone una ofensa para tu Atenea, que sigue en casa.

Pero incluso mientras pensaba eso sabía que no era toda la verdad. Recordé todas las horas que había pasado en la guerra, templando el fino vidrio del carácter de los reyes, los enojos de los príncipes, compensando el

orgullo de cada guerrero con el de su compañero. Era una hazaña similar a domar los toros que resoplaban fuego de Eetes, con la única ayuda de sus argucias. Pero cuando regresase a casa, a Ítaca, no habría héroes díscolos, no habría consejos ni asaltos nocturnos, no habría estratagemas desesperadas que pergeñar ni moriría hombre alguno. ¿Y cómo iba a regresar a casa, a su hogar y a sus olivos, un hombre así? Me di cuenta de que su armonía doméstica conmigo era más bien una especie de ensayo. Cuando se sentaba junto al fuego, cuando trabajaba en mi huerto, trataba de volver a cogerle el tranquilo, de recordar la sensación de clavar un hacha en la madera y no en la carne; cómo encajar de nuevo en Penélope, con la suavidad de una de las juntas de Dédalo.

Dormía a mi lado. De vez en cuando su aliento quedaba atrapado en el fondo de su garganta. *Clac.*

Pasífae me hubiera aconsejado que preparase una poción amorosa que lo atase a mí. Eetes me hubiera dicho que le robase su ingenio. Imaginé su rostro libre de todo pensamiento, salvo los que yo quisiera introducir en él. Se sentaría en mi regazo, alzando la mirada hacia mí con un gesto fatuo, devoto y vacío.

Llegaron las lluvias invernales, y toda la isla olía a tierra. A mí me encantaba esa estación, las arenas frías, el eléboro blanco en flor. Odiseo había cogido peso y ya no hacía tantas muecas de dolor cuando se movía. Sus arranques de mal humor se habían reducido. Yo traté de encontrar satisfacción en ello, como al ver un jardín bien atendido, me decía a mí misma. Como al ver a los corderos recién nacidos levantarse sobre sus trémulas patas.

Los hombres se mantenían cerca de la casa, bebiendo para entrar en calor. Para entretenerse, Odiseo les contaba relatos sobre las heroicidades de Aquiles, Áyax y Diomedes, y los traía de nuevo a la vida en la luz del crepúsculo para cometer sus gloriosas hazañas. Los hombres se quedaban cautivados, con un gesto maravillado en sus rostros. *Recordad, susurraban asombrados, que nosotros caminamos entre ellos. Nos enfrentamos a Héctor. Nuestros hijos contarán nuestra historia.*

Él les sonreía como un padre indulgente, pero esa noche se mofó.

—Fueron tan capaces de hacerle frente a Héctor como de volar. Cualquiera con dos dedos de frente echaba a correr en cuanto lo veía.

—¿Incluido tú?



—Pues claro. Áyax apenas podía plantarle cara, y solo Aquiles podría haberlo derrotado. Yo soy bastante buen guerrero, pero conozco mis límites.

Así era, pensé. Muchos cerraban los ojos y fantaseaban sobre la fuerza que ansiaban tener, pero él era territorio cartografiado y reconocido, cada piedra, cada montículo, detectados con precisión cristalina. Tenía muy bien tomada la medida de sus propios dones.

—Yo vi a Héctor en una ocasión —me contó—. Fue en los primeros días de la guerra, cuando aún fingía que podía haber una tregua. Estaba sentado al lado de su padre, Príamo, en un desvencijado taburete y lograba hacer que pareciese un trono. No brillaba como el oro, no era un tipo pulido y perfecto, pero era el mismo de principio a fin, como un bloque de mármol extraído de una sola pieza de la cantera. Su esposa, Andrómaca, nos sirvió el vino. Más tarde supimos que le había dado un hijo, Astianacte, ‘el que reina en la ciudad’, pero Héctor lo llamaba Escamandro, por el río que recorre Troya.

Había algo en su voz.

—¿Qué le pasó?

—Lo que les pasa a todos los hijos en una guerra. Aquiles mató a Héctor, y después, cuando el hijo de Aquiles, Pirro, arrasó el palacio, se llevó al pequeño Astianacte y le aplastó la cabeza. Fue un horror, como todo lo que hacía Pirro, pero era necesario. El niño hubiera crecido con un cuchillo clavado en el corazón. El mayor deber de un hijo es vengar a su padre. De haber vivido, hubiera reunido un ejército y hubiera venido a por nosotros.

La luna se había reducido a una esquirla al otro lado de la ventana. Permaneció en silencio, dándole vueltas a sus pensamientos.

—Es extraño lo reconfortante que me resulta la idea de que, si me matasen, mi hijo se haría a la mar y perseguiría a los hombres que me derribaron. Se presentaría ante ellos y diría: «Habéis osado derramar la sangre de Odiseo, y ahora la vuestra será derramada a su vez».

La habitación estaba en calma. Hacía mucho rato que los búhos se habían retirado a sus árboles.

—¿Cómo era tu hijo?

Se frotó la base del pulgar, donde se había clavado la lezna.

—Le llamamos Telémaco por mi destreza con el arco —‘luchador lejano’, quería decir—; pero lo gracioso es que lloró todo el primer día de su vida como si estuviésemos en pleno campo de batalla. Las mujeres probaron todos los remedios que sabían: arrullarlo, pasearlo, fajarle los brazos, mojarle un pulgar en vino para que se lo chupase... La comadrona decía que jamás había

visto tanto genio. Hasta mi vieja aya se tapaba los oídos. Mi esposa se había puesto pálida, pues temía que el niño estuviese enfermo. «Dejádmelo a mí», dije. Lo alcé en mis brazos y lo miré a los ojos. «Hijo mío», dije, «estás en lo cierto, este mundo es un lugar salvaje y terrible, que merece tus gritos; pero ahora estás a salvo, y todos necesitamos dormir. ¿Nos vas a conceder un poco de paz?». Y se calmó. Se quedó callado en mis brazos. Después de eso, era imposible encontrar un niño más dócil. Siempre estaba sonriendo, riendo con todo el mundo que se paraba a hablarle. Las criadas se inventaban excusas para venir a pellizcar sus rollizas mejillas. «¡Qué gran rey será algún día!», decían. «¡Es suave como el viento del oeste!»

Siguió hablando de sus recuerdos; el primer trozo de pan de Telémaco, su primera palabra, lo mucho que le gustaban las cabras y esconderse debajo de las sillas, riéndose para que lo encontraran. Tenía más historias de un solo año de vida de su hijo que las que tenía mi padre tras una eternidad conmigo.

—Sé que su madre hará que me tenga presente, pero yo a su edad ya estaba dirigiendo las partidas de caza. Había matado un jabalí. Solo espero que me quede algo que enseñarle a mi regreso. Quiero dejarle alguna huella.

Estoy segura de que dije algo vago y reconfortante. *Claro que le dejarás huella. Todos los niños necesitan un padre, te esperará.* Pero volvía a pensar en lo implacable que era la vida de los mortales. Incluso mientras hablábamos, los momentos pasaban. Aquel bebé tan dulce se había desvanecido. Su hijo se hacía mayor, crecía, se convertía en hombre. Odiseo ya se había perdido trece años de su vida. ¿Cuántos más perdería?

Mis pensamientos volvían a menudo a aquel atento muchacho de ojos serenos. Me preguntaba si sabía lo que su padre esperaba de él, si sentía el peso de esas esperanzas. Lo imaginaba saliendo a los acantilados cada día, rezando por la llegada de algún barco. Imaginaba su desencanto, su tierna pena contenida antes de acostarse cada noche, acurrucado en su cama del mismo modo que antaño se había acurrucado en los brazos de su padre.

Ahuequé las manos en la oscuridad. Yo no tenía mil mañas ni era una estrella fija, pero por primera vez sentí algo en aquel espacio. Una esperanza, un aliento vivo que quizá aún podía crecer entre ellas.

Los árboles comenzaban a echar brotes. El mar seguía coronado de espuma, pero pronto se calmaría el oleaje y llegaría la primavera, y, con ella, el momento de que Odiseo zarpase. Navegaría raudo para cruzar el mar, capearía temporales y esquivaría la gran mano de Poseidón, con la mirada fija en su hogar. Y en mi isla se haría nuevamente el silencio.

Me acostaba a su lado bajo la luz de la luna cada noche. Dame solo una estación más, me imaginaba diciéndole. Solo hasta que acabe el verano, entonces es cuando llegan los mejores vientos. Eso lo sorprendería; yo era capaz de captar el más leve indicio de decepción en sus ojos. Las hechiceras doradas no deben suplicar, así que dejé que la isla abogara por mí, que hablase a través de su elocuente belleza. Cada día las piedras iban desprendiéndose de su gelidez y los capullos se iban hinchando. Salíamos a almorzar sobre la hierba verde. Paseábamos por la arena templada por el sol y nadábamos en la luminosa bahía. Me lo llevaba a la sombra de un manzano para que su fragancia lo envolviese mientras dormía. Desplegué todas las maravillas de Eea como una alfombra a sus pies, y vi que comenzaba a flaquear.

Sus hombres también lo vieron. Llevaban trece años viviendo a su lado y, aunque en su mayor parte sus retorcidos pensamientos solían estar fuera de su alcance, percibían un cambio, al igual que los perros de caza pueden oler los estados de ánimo de su amo. Día a día, se iban inquietando cada vez más. Pronunciaban el nombre de Ítaca en voz alta en cada ocasión que encontraban, el de la reina Penélope, el de Telémaco. Euríloco vagaba por mis salones lanzándome miradas de furia. Lo veía murmurar por las esquinas con los demás. Cuando yo pasaba, se hacía un silencio, bajaban la mirada. De uno en uno y de dos en dos fueron abordando, a hurtadillas, a Odiseo. Yo esperaba que él los mandara marcharse, pero se limitaba a contemplar el polvoriento aire del crepúsculo por encima de sus hombros. «Debería haberlos dejado convertidos en cerdos», pensé.

Los poetas llaman al sueño el Hermano de la Muerte. Para la mayoría de los humanos, esas horas oscuras son un recordatorio de la quietud que los aguarda al final de los días. Pero Odiseo dormía como vivía, dando vueltas, incansable, lleno de murmuraciones que hacían que mis lobos levantasen las orejas. Yo lo observaba a la luz gris perla del amanecer: los temblores de su rostro, la esforzada tensión de sus hombros. Retorcía las sábanas como si fuesen oponentes a los que trataba de derribar en una lucha. Había permanecido a mi lado todo un año de días de paz y aún seguía yendo a la guerra cada noche.

Los postigos estaban abiertos. Debía de haber llovido por la noche, pensé. El aire que entraba por ellos parecía lavado y muy claro. Cada sonido —el trinar de los pájaros, el crujir de las hojas, el rumor de las olas— quedaba suspendido en el aire como el tañido de una campana. Me vestí y salí al encuentro de toda esa gloria. Los hombres de Odiseo dormían aún. El péñor estaba arriba, en la azotea, envuelto en una de mis mejores mantas. El viento soplaba a mi alrededor como notas de lira, y mi propio aliento parecía resonar en armonía con él. De una rama cayó una gota de rocío; sonó contra la tierra como el tintineo de una campanilla.

Sentí que se me secaba la boca.

Salió de mi bosquecillo de laureles. Cada línea de su cuerpo era bella, de una elegancia perfecta. Sobre su cabello, oscuro y suelto, lucía una corona. De su hombro colgaba un reluciente arco de madera de olivo con las puntas de plata.

—Circe —dijo Apolo, y ese fue el más hermoso tañido posible. Todas las melodías del mundo le pertenecían. Alzó una elegante mano—. Mi hermano me advirtió sobre tu voz. Creo que será mejor que hables lo menos posible.

Sus palabras carecían de malicia, aunque quizá fuese así como sonaba la malicia con aquel tono perfecto.

—No seré silenciada en mi propia isla.

Dio un respingo.

—Hermes me dijo que eras difícil. Vengo a traer una profecía para Odiseo. Sentí que me tensaba. Las adivinanzas olímpicas siempre tenían doble filo.

—Está dentro.

—Sí —replicó—, ya lo sé.

El viento me abofeteó. No tuve tiempo para gritar. Se me metió por la garganta y se abrió paso violentamente hasta el estómago como si el cielo entero pasase por mí como por un embudo. Me dieron arcadas, pero su fuerza

arrolladora siguió derramándose en mi interior, dejándome sin aliento, ahogándome en aquella fuerza extraña. Apolo me observaba con un gesto de complacencia en el rostro.

El claro quedó arrasado. Odiseo estaba de pie en una playa y a su alrededor se alzaban unos acantilados. En la distancia, había cabras y olivares. Vi una casa de muros anchos, con un patio pavimentado en piedra y las paredes repletas de armas ancestrales. *Ítaca*.

Entonces Odiseo apareció ahora en una playa distinta, de arena oscura y con un cielo que jamás había conocido la luz de mi padre. Sobre ella se alzaban oscuros álamos y sauces que arrastraban sus hojas por aguas negras. No cantaba ningún pájaro, no se movía ningún animal. Reconocí el lugar de inmediato, aunque nunca había estado allí. Una gran cueva abría sus fauces, y en ellas había un anciano con unos ojos que no veían. Oí su nombre en mi mente: *Tiresias*.

Me arrojé a la tierra de mi bancal. Escarbé, arranqué las raíces del *moly* y me metí unas pocas en la boca, con la tierra marrón aún pegada a ellas. El viento cesó de inmediato, amainó con tanta rapidez como había llegado. Tosí, mi cuerpo entero temblaba. La lengua me sabía a cieno y a ceniza. Luché para incorporarme sobre las rodillas.

—¿Osas maltratarme en mi propia isla? —dije—. Tengo sangre de titán. Esto provocará una guerra. Mi padre...

—Fue tu padre quien lo sugirió. Mis receptores deben llevar la profecía en su propia sangre. Deberías sentirte honrada —replicó—. Has parido una visión de Apolo.

Su voz sonaba como un himno. Su hermoso rostro solo mostró una levísima confusión. Quise despellejarlo con mis propias uñas. ¡Los dioses y sus normas incomprensibles! Siempre tenían un motivo para verte postrada de rodillas.

—No le contaré la profecía a Odiseo.

—Eso no es de mi incumbencia —dijo—. La profecía ha sido entregada.

Y desapareció. Apoyé la frente en el arrugado tronco de un olivo. Mi pecho se hinchaba y se hundía, frenético. Temblaba por la rabia y la humillación. ¿Cuántas veces tendría que sucederme algo así para aprender? Cada uno de mis momentos de paz no era sino una mentira, pues me era dado a capricho de los dioses. Daba igual lo que yo hiciera, cuánto tiempo viviera; en un arrebató podrían descender sobre mí y hacer conmigo lo que quisieran.

El cielo todavía no estaba completamente azul. Dentro, Odiseo seguía durmiendo. Lo desperté y lo conduje al salón. No le conté la profecía. Lo vi

comer y acaricié mi rabia como si fuera la punta de un cuchillo. Quería mantenerla afilada todo el tiempo que me fuera posible, pues sabía lo que vendría después. En la visión, había vuelto a Ítaca. La última de mis pequeñas esperanzas había desaparecido.

Saqué los mejores platos, serví el vino más añejo. Pero su sabor había desaparecido. El rostro de Odiseo mostraba un gesto abstraído; se pasó el día mirando hacia la ventana, como si fuera a venir alguien. Hablamos cortésmente, pero sentía que estaba esperando a que los hombres comiesen, a que se fuesen a la cama. Cuando el último de ellos se hubo sumido en el sueño, se arrodilló.

—Diosa —me dijo.

Nunca me llamaba así, y por eso lo supe. Lo supe con certeza. Tal vez alguna divinidad lo había visitado también a él. Tal vez había soñado con Penélope. Nuestro idilio había terminado. Bajé la vista hacia su cabello, entreverado de gris. Sus hombros estaban rígidos; sus ojos, clavados en el suelo. Sentí una ira sorda. Al menos podía mirarme a la cara.

—¿Qué sucede, mortal? —Mi voz sonó alta. Mis leones se revolviéron.

—Debo irme —dije—. Llevo demasiado tiempo aquí. Mis hombres están impacientes.

—Entonces vete. Soy tu anfitriona, no tu carcelera.

Tampoco ahora me miró.

—Lo sé, mi señora. Y te estoy inmensamente agradecido.

Tenía los ojos castaños y cálidos como la tierra en verano. Sus palabras eran sencillas. No había arte alguno en ellas, cosa que, por descontado, tenía también su arte. Siempre sabía mostrar su mejor cara. Sentí que, en cierto modo, me estaba vengando cuando le dije:

—Tengo un mensaje de los dioses para ti.

—Un mensaje. —Su rostro adquirió un gesto de recelo.

—Dicen que llegarás a casa, pero primero te ordenan hablar con el profeta Tiresias en la casa de la muerte.

Ningún hombre en sus cabales sería capaz de oír semejante cosa sin estremecerse. Él se había puesto rígido y pálido como la piedra.

—¿Por qué?

—Los dioses tienen sus razones, que no han tenido a bien compartir.

—¿Es que esto no tendrá fin jamás?

Su voz sonó desgarrada. Su rostro era como una herida que había vuelto a abrirse. Mi ira se desvaneció; él no era mi adversario. Su camino ya iba a ser

bastante difícil sin el dolor que pudiéramos hacernos el uno al otro.

Le toqué el pecho, allí donde latía su gran corazón de capitán.

—Ven —le dije—, no te abandonaré.

Lo conduje a mi cuarto y allí le transmití el conocimiento que llevaba todo el día bullendo en mí, rápido e incesante, como las burbujas de un riachuelo.

—Los vientos te llevarán más allá de las tierras y los mares, hasta el límite mismo del mundo de los vivos. Allí hay una playa, con un bosque de álamos negros y mansas aguas oscuras sobre las que se ciernen unos sauces. Es la entrada al inframundo. Allí has de cavar un hoyo del tamaño que te indicaré. Llévalo con la sangre de una oveja negra y un carnero, y haz libaciones a su alrededor. Las sombras hambrientas acudirán en tropel. Estarán desesperadas por esa vida después de tanto tiempo en la oscuridad.

Él había cerrado los ojos, imaginando quizá las almas que emergerían de sus salones grises. A algunas las conocería: a Aquiles y Patroclo, Áyax y Héctor; a todos los troyanos que había matado, y también a los griegos, y a los miembros de su tripulación que habían sido devorados y aún clamaban justicia. Pero eso no sería lo peor. También habría almas que no podía predecir: las de quienes habían muerto en su hogar durante su ausencia. Quizá sus padres o Telémaco. Tal vez la propia Penélope.

—Debes mantenerlas alejadas de la sangre hasta la llegada de Tiresias. Él beberá su parte y después te dará su consejo. Entonces regresarás aquí por un solo día, pues seguramente pueda ofrecerte más ayuda.

Odiseo asintió. Tenía los párpados grises. Le toqué la mejilla.

—Duerme —le dije—. Lo vas a necesitar.

—No puedo —respondió.

Le entendía. Se estaba preparando, haciendo acopio de sus fuerzas para batallar una vez más. Yacimos uno al lado del otro en callada vigilia durante las largas horas de la noche. Cuando amaneció, lo ayudé a vestirse con mis propias manos. Le coloqué la capa sobre los hombros. Le puse el cinturón y le entregué su espada. Cuando abrió la puerta, encontramos a Elpénor tirado en el suelo de piedra. Finalmente, se había caído de la azotea. Observamos sus labios azulados, el feo ángulo de su cuello.

—Ya ha empezado. —La voz de Odiseo sonaba lúgubre y resignada. Entendí lo que quería decir. Volvía a estar bajo el yugo de las Moiras.

—Lo conservaré hasta tu vuelta. Ahora no tienes tiempo para funerales.

Llevamos el cadáver, envuelto en una sábana, a una de mis camas. Les di provisiones para el viaje y las ovejas que necesitaba para el ritual. El barco

ya estaba preparado, sus hombres lo habían aparejado días atrás. Ahora lo cargaron y lo empujaron mar adentro. Las aguas estaban frías y revueltas, y el aire estaba turbio y neblinoso. Tendrían que luchar por cada legua que recorriesen, y por la noche sus hombros estarían hechos un nudo. «Debería haberles dado algún ungüento para tratarlos», pensé. Pero ya era demasiado tarde.

Vi cómo el barco se perdía trabajosamente en el horizonte y luego volví a casa y retiré la sábana que cubría el cuerpo de Elpénor. Los únicos cadáveres que había visto en mi vida eran los que habían quedado destrozados en el suelo de mi casa, irreconocibles como hombres. Le toqué el pecho. Estaba duro y frío. Había oído decir que, tras la muerte, los rostros parecen más jóvenes, pero Elpénor solía reír a menudo, y sin la chispa de la vida su rostro estaba flácido y lleno de arrugas. Lo lavé y ungué su piel con aceites, con tanto cuidado como si todavía pudiese sentir el tacto de mis dedos. Mientras trabajaba, canté una melodía para acompañar a su alma mientras esperaba para cruzar el gran río hacia el inframundo. Lo envolví de nuevo en su mortaja, pronuncié un conjuro para protegerlo de la putrefacción y cerré la puerta al salir.

En el huerto, las hojas verdes eran tan jóvenes que brillaban como cuchillas. Hundí los dedos en la tierra. Se acercaba el húmedo verano, y pronto tendría que poner varas a las viñas. El año anterior me había ayudado Odiseo. Acaricié este pensamiento como quien acaricia una magulladura, para ver si dolía. Cuando se fuera, ¿sería yo como Aquiles, sollozando por su amante perdido, Patroclo? Traté de imaginarme corriendo por las playas, tirándome del pelo, abrazándome a un trozo de alguna túnica vieja que había dejado atrás, llorando por la pérdida de la mitad de mi alma.

No podía imaginarlo, y saber esto me produjo otro tipo de dolor. Pero quizá fuese así como debía ser. En los cuentos, dioses y mortales nunca se unen por mucho tiempo.

Aquella noche me quedé en la cocina cortando acónito. Odiseo debía estar ya frente a sus muertos. Cuando se marchó, le puse una ampolla en la mano y le pedí que me trajese sangre del hoyo que iba a hacer; quedaría imbuida de la fría presencia de las sombras, y yo quería sentir ese poder ceniciento y sobrenatural. Ahora lamentaba habérselo pedido. Era una petición más propia de Perses o de Eetes, de alguien que solo tenía hechicería en las venas y carecía de calidez.

Hice mi tarea con cuidado, moviendo los dedos con precisión, consciente



de cada sensación. Mis hierbas me observaban desde sus anaqueles. Fila tras fila de ingredientes cuyos poderes había cosechado con mis propias manos. Me gustaba verlas allí, en sus cuencos y frascos: salvia y rosa, marrubio, achicoria, lauro, el *moly* en su tarro de cuarzo. Y por último, aún en su caja de cedro, el silfio molido con ajenjo, la poción que tomaba cada luna desde la primera vez que me había acostado con Hermes. Cada luna salvo la última.

Las ninfas y yo esperamos en la arena, viendo cómo el barco se acercaba. Los hombres caminaron hasta la playa en silencio. Sus cuerpos estaban encorvados como si cargasen con piedras, parecían débiles y envejecidos. Examiné el rostro de Odiseo. Fue horrible, fui incapaz de leer su expresión. Hasta sus ropas estaban desgastadas, descoloridas, grises. Parecían peces atrapados bajo una capa de hielo invernal.

Di un paso adelante, iluminándolos con los ojos.

—¡Bienvenidos! —exclamé—. Bienvenidos, corazones de oro. ¡Hombres de roble! Sois héroes de los que harán leyenda. Habéis completado uno de los trabajos de Heracles: ver la casa de la muerte y salir de ella con vida. Venid, hemos tendido mantas para vosotros sobre la hierba mullida. Hay vino y alimento. ¡Descansad y recuperaos!

Se movían con lentitud, como ancianos, pero se sentaron. Los esperaban bandejas con carne asada y vino de un rojo profundo. Les servimos comida y bebida hasta que sus mejillas cogieron color. El sol caía a plomo, derritiendo la fría bruma de la muerte.

Llevé a Odiseo a un lado, hacia unos arbustos.

—Cuéntame —le pedí.

—Viven —dijo—. Esa es la mejor noticia que tengo. Mi hijo y mi esposa están vivos. También mi padre.

Su madre no. Esperé.

Fijó la vista en sus rodillas llenas de cicatrices.

—Agamenón estaba allí. Su esposa tenía un amante, y, cuando él regresó, lo mató como a un buey mientras se bañaba. Ví a Aquiles y a Patroclo, y a Áyax, con la herida que él mismo se infligió. Envidiaban mi vida, pero al menos sus batallas han terminado.

—Y la tuya también terminará. Llegarás a Ítaca. Lo he visto.

—Llegaré a Ítaca, pero Tiresias dijo que cuando lo haga encontraré hombres asediando mi casa, comiendo mis alimentos y usurpando mi puesto.

Tengo que encontrar un modo de matarlos. Pero luego moriré por causa del mar, mientras aún pise la tierra. A los dioses les encantan las adivinanzas.

En su voz había más amargura de la que había oído nunca.

—No puedes pensar en eso —le aconsejé—, solo servirá para atormentarte. Piensa mejor en el camino que se abre ante ti, que te lleva a tu hogar, a tu esposa y a tu hijo.

—Mi camino... —dijo, pesaroso—. Tiresias me lo ha descrito. Debo pasar por Trinakia.

Esa palabra fue como una flecha que da en la diana. ¿Cuántos años habían pasado desde que oí el nombre de esa isla por última vez? El recuerdo se alzó ante mí: mis resplandecientes hermanas, Encanto y Bella y las demás vacas, meciéndose como azucenas en el crepúsculo dorado.

—Si no molesto al ganado, llegaré a casa con mis hombres, pero si las vacas sufren algún daño, tu padre dará rienda suelta a su ira. Pasarán años antes de que vuelva a ver Ítaca, y todos mis hombres morirán.

—Entonces, no recales allí —dije—. No pises siquiera su orilla.

—No me detendré.

Pero no era tan sencillo, y ambos lo sabíamos. Las Moiras engatusaban y engañaban, te ponían obstáculos para reconducirte hacia sus pruebas; cualquier cosa podía servirles: los vientos, las olas, los débiles corazones de los hombres.

—Si encalláis —dije—, no salgáis de la playa. No vayáis a ver los rebaños. No puedes saber la tentación que supondrán si estáis hambrientos. Son a las vacas lo que los dioses son a los mortales.

—Resistiré.

No era su falta de voluntad lo que yo temía, pero ¿qué bien haría con decirlo, con cernirme sobre él como un ave de mal agüero? Él sabía cómo eran sus hombres. Y una nueva idea estaba surgiendo en mí. Recordé las rutas marinas que Hermes me había dibujado tanto tiempo atrás. Las repasé en mi mente. Si pasaba por Trinakia, entonces...

Cerré los ojos. Otro castigo de los dioses. Para él, y también para mí.

—¿Qué sucede?

Abrí los ojos.

—Escúchame —dije—, hay cosas que debes saber. —Le describí el viaje. Uno a uno expuse los peligros que debía evitar: los bajíos, las islas bárbaras, las sirenas, esas aves con cabeza de mujer que atraen a los hombres hacia su muerte con sus cánticos. Finalmente, no pude posponerlo más—. Tu camino te

obliga a pasar también por donde se encuentra Escila, ¿la conoces?

La conocía. Observé cómo recibía el golpe. Seis hombres o doce.

—Tiene que haber algún modo de evitarla —dijo—, algún arma que pueda usar.

Esa era una de las cosas que más me gustaba de él: el modo en que siempre luchaba por su suerte. Desvié el rostro para no tener que ver su expresión mientras le decía:

—No, no hay nada. Ni siquiera para un mortal como tú. Yo me enfrenté a ella una vez, hace mucho, y me salvé solo gracias a la magia y a mi divinidad. Pero con las sirenas sí podrás emplear tus argucias. Taponas los oídos de tus hombres con cera, y deja los tuyos sin cubrir. Si te atas al mástil, quizá llegues a ser el primer hombre que oiga su canción y sobreviva para contarla. ¿No sería esa una buena anécdota que contar a tu esposa y a tu hijo?

—Lo sería.

Pero su voz sonó apagada como un cuchillo romo. No había nada que yo pudiese hacer. Se me escapaba de las manos.

Llevamos a Elpénor a su pira. Hicimos los ritos en su honor, cantamos sus hazañas de guerra, inscribimos su nombre en la historia de los humanos que habían vivido. Las ninfas sollozaron y los hombres lloraron, pero Odiseo y yo permanecimos sin lágrimas y callados. Después cargamos su barco con todas las provisiones que cabían en la bodega. Sus hombres ocuparon sus puestos en el aparejo y en los remos. Estaban ansiosos por partir, se lanzaban miradas los unos a los otros, golpeaban la cubierta con los pies. Yo me sentía vacía, abierta en canal como una playa bajo una quilla.

Odiseo, hijo de Laertes, el gran viajero, príncipe de las mil argucias y artimañas, me había enseñado sus cicatrices y, a cambio, me había permitido fingir que yo no tenía ninguna.

Subió a bordo del barco y, cuando se dio la vuelta para mirarme, ya me había ido.

¿Cómo relatarían la escena las canciones? La diosa en su solitario promontorio, con su amado perdiéndose en la distancia; los ojos húmedos pero inescrutables, en una mirada introspectiva hacia sus pensamientos íntimos. Rodeada de animales tendidos a sus pies. Tilos en flor. Y por fin, justo antes de que él desaparezca en el horizonte, ella levanta una mano y la lleva a su vientre.

Empezaron a hervirme las entrañas en el momento en que levaron el ancla. Yo, que no había estado enferma en toda mi vida, me sentía ahora enferma a cada momento. Vomitaba hasta despellejarme la garganta, mi estómago crujía como una nuez seca, se me agrietaban las comisuras de la boca. Era como si mi cuerpo estuviese dispuesto a echar fuera todo lo que había comido en cientos de años.

Las ninfas se retorcían las manos y se aferraban unas a otras. Jamás habían visto nada igual. Durante el embarazo, las de nuestra estirpe resplandecían y se hinchaban como brotes. Creían que estaba envenenada o que había sido maldita con alguna nefasta transformación, que mi cuerpo se estaba volviendo del revés, de dentro afuera. Cuando intentaban ayudarme, las alejaba de mí. El niño que llevaba dentro sería considerado un semidiós, pero la palabra resultaba engañosa. De mi sangre heredaría algunas cualidades especiales, la belleza o la rapidez, la fuerza o el encanto, pero todas las demás procederían de su padre, pues la de los mortales es una raza más ligada al mundo que la de los dioses. Su carne estaría sujeta a los miles de punzadas, rasguños y fatalidades que amenazan a todos los humanos. No confié esa fragilidad a ningún dios, a ningún pariente, a nadie más que a mí misma.

—Marchaos —les dije con mi nueva voz quebrada—. No me importa cómo lo hagáis..., mandad recado a vuestros padres y marchaos. Esto es para mí.

Nunca supe qué pensaron de mis palabras. Sufrí un nuevo ataque; mis ojos quedaron ciegos y llenos de lágrimas. Supongo que sus padres accedieron por temor a que se propagasen los embarazos producto de relaciones con mortales. La casa resultaba extraña sin ellas, pero no tenía tiempo para pensar en ello, ni

tampoco para llorar a Odiseo. Las náuseas no cesaban. Se apoderaban de mí a cada hora. No podía entender por qué me habían dado tan fuertes. Me preguntaba si era la sangre mortal que luchaba contra la mía, o si efectivamente estaba maldita, si algún maleficio perdido de Eetes había vagado por el mundo todo este tiempo hasta que por fin había dado conmigo. Pero mi malestar no remitía con ningún antídoto, ni siquiera con el *moly*. «No es ningún misterio —me decía—. ¿Acaso no has insistido siempre en la dificultad en todo lo que haces?»

En aquel estado no podría defenderme de ningún marinero y lo sabía. Me arrastré hasta mis frascos de hierbas y pronuncié el hechizo que había ideado tanto tiempo atrás: una ilusión que hacía que la isla pareciera hostil, con rocas peligrosas para cualquier barco que pasase junto a sus costas. Luego me eché en el suelo, jadeando por el esfuerzo. Me dejarían en paz.

Paz. De no sentirme tan enferma, me habría reído. El olor agrio del queso en la cocina, el hedor a salmuera de las algas en la brisa, la tierra llena de lombrices tras la lluvia, las rosas marchitas que se ponían marrones en los rosales. Todo ello llevaba el escozor de la bilis a mi garganta. Luego venían las migrañas, como púas de erizo clavándoseme en los ojos. «Así debía de haberse sentido Zeus antes de que Atenea naciese de su cráneo», pensé. Me arrastré hasta la habitación y me eché en la oscuridad que me procuraban los postigos cerrados, soñando con lo hermoso que sería que me cortasen el cuello y todo terminase.

Sin embargo, por extraño que parezca, aun en tales extremos de padecimiento, no era del todo desgraciada. Estaba acostumbrada a la infelicidad, a aquella infelicidad informe y opaca que se desplegaba hacia todos los horizontes; pero esta tenía costas, depresiones, un propósito y una forma. Había esperanza en ella, pues llegaría a su fin y me traería a mi retoño. A mi hijo. Ya fuese por hechicería o por las dotes proféticas de mi sangre, sabía que sería un niño.

Iba creciendo, y con él crecía su fragilidad. Nunca me había alegrado tanto de poseer mi carne inmortal, que ahora lo envolvía como una armadura. Me embelesaba sentir sus primeras patadas y le hablaba continuamente, mientras molía mis hierbas, mientras cortaba ropas para cubrir su cuerpo, mientras entrelazaba juncos para hacerle una cuna. Imaginaba al niño, al muchacho, al hombre que sería caminando a mi lado. Le enseñaría todas las maravillas que había reunido para él, esta isla y su cielo, los frutos y las ovejas, las olas y los leones. La perfecta soledad que nunca volvería a ser solitaria.

Me llevé la mano al vientre. *Tu padre me dijo una vez que deseaba más hijos, pero no es esa la razón por la que vives. Tú eres para mí.*

Odiseo me había contado que las contracciones de Penélope habían sido tan leves al principio que había pensado que eran un dolor de estómago por haber comido demasiadas peras. Las mías cayeron sobre mí desde el cielo como un rayo. Recuerdo que fui a rastras del huerto al interior de la casa, encorvada para mitigar el dolor desgarrador de la contracción. Tenía la poción de sauce preparada y bebí un poco, y luego me la bebí toda, y al final acabé por lamer el cuello de la botella.

Sabía muy poco sobre el parto, sus fases y su progresión. Las sombras cambiaban de forma, todo era un momento infinito, sentía un dolor como si me estuviesen moliendo con unas piedras hasta hacerme polvo. Grité y empujé durante horas, y el bebé seguía sin llegar. Las comadronas sabían trucos para ayudar a que el niño se moviese, pero yo no conocía a ninguna. Pero sí sabía una cosa: si el parto duraba demasiado, mi hijo moriría.

Y continuó. En mi agonía, tiré una mesa. Después encontraría la estancia destrozada como si hubiera sido invadida por osos; tapices arrancados de las paredes, taburetes hechos añicos, bandejas rotas. No recuerdo nada. Mi mente daba tumbos entre mil temores. ¿Estaría el bebé muerto ya? ¿O era como mi hermana y estaba criando un monstruo dentro de mí? El dolor incesante solo parecía confirmarlo. Si el bebé estaba sano y no era antinatural, ¿por qué no salía ya?

Cerré los ojos. Introduje una mano en mi cuerpo y palpé en busca de la suave curva de la cabeza del niño. No tenía cuernos, ni ninguna otra cosa espantosa que pudiera notar. Solo que estaba atrapado dentro de mí, apretujado entre mis músculos y mis huesos.

Dirigí mis plegarias a Ilitía, diosa de los nacimientos. Ella tenía la potestad de aflojar mi vientre y traer al niño al mundo. Se decía que velaba por los nacimientos de todos los dioses y semidioses. *Ayúdame*, clamé. Pero no acudió. Los animales lloriqueaban en sus esquinas, y yo empecé a recordar los rumores que corrían entre mis primas en los salones de Océano tanto tiempo atrás. Si un dios desea que tu hijo no nazca, puede impedir que Ilitía acuda.

Esta idea se apoderó de mi mente, que no dejaba de dar vueltas. Alguien estaba impidiendo que acudiera. Alguien se atrevía a hacerle daño a mi hijo. Esto me dio la fuerza que necesitaba. Apreté los dientes en la oscuridad y me

arrastré hasta la cocina. Cogí un cuchillo y, con gran esfuerzo, coloqué un gran espejo de bronce frente a mí, pues ya no había un Dédalo que pudiese ayudarme. Me apoyé en la pared de mármol, entre las patas de las mesas rotas. La frescura de la piedra me calmó. Este niño no era ningún minotauro, sino un mortal. No podía cortar demasiado hondo.

Temía que el dolor me destrozase, pero apenas sentí el corte. Oí un sonido áspero, como el de dos piedras rozándose, y me di cuenta de que era mi propia respiración. Las capas de carne se separaron y por fin lo vi: con los brazos y las piernas encogidos, como un caracol dentro de su concha. Lo miré fijamente, con miedo a moverlo. ¿Y si ya estaba muerto? ¿Y si no lo estaba y lo mataba al tocarlo? Pero tiré de él, su piel se encontró con el aire y comenzó a sollozar. Yo sollocé con él, pues jamás había oído un sonido tan dulce. Lo puse sobre mi pecho. Las piedras sobre las que yacíamos me parecieron entonces plumas. Él temblaba y temblaba, apretado contra mi piel con su carita mojada, viva. Corté el cordón umbilical, con el niño siempre en mis brazos.

¿Ves? Le dije. No nos hace falta nadie. Por respuesta, croó como una rana y cerró los ojos. Era mi hijo, Telégono.

No me entregué con calma a la maternidad. La afrontaba como los soldados se enfrentan a sus enemigos, alerta y dispuestos, con la espada en alto contra los golpes que pudieran venir. Y, aun así, mis preparativos no bastaron. En aquellos meses que había pasado con Odiseo, creía haber aprendido algo sobre lo que la vida mortal requería. Varias comidas al día, fluidos corporales, limpieza e higiene. Había preparado veinte pañales, y me consideraba precavida, pero ¿qué sabía yo de los bebés mortales? Eetes estuvo en mis brazos menos de un mes. Con veinte pañales no tuve ni para la mitad del primer día.

Agradecí a los dioses el hecho de no necesitar dormir. A cada minuto tenía que lavar y hervir, limpiar, fregar y poner en remojo. Pero ¿cómo podía hacerlo si a cada minuto el niño necesitaba algo: comida, pañales limpios, dormir...? Esto último siempre me había parecido que les resultaba de lo más natural a los mortales, tan fácil como respirar, pero él parecía incapaz de hacerlo. Por más que lo envolviese y arropase, por más que lo meciese y le cantase, chillaba, jadeaba y se sacudía hasta que los leones huían despavoridos, hasta que me hacía temer que se pudiera hacer daño. Preparé una especie de cabestrillo para llevarlo, de modo que estuviera siempre junto

a mi corazón. Le daba hierbas calmantes, quemaba incienso, llamaba a los pájaros para que cantasen en nuestra ventana. Lo único que lo ayudaba era pasear: pasear por los salones, por las colinas, por la playa. Entonces se agotaba por fin, cerraba los ojos y dormía. Pero si me detenía, si intentaba acostarlo, se despertaba de inmediato. E incluso cuando caminaba sin cesar, se despertaba pronto y empezaba a gritar de nuevo. En su interior había un océano entero de pena al que solo se le podía poner coto por un momento, pero que jamás se agotaba. ¡Cuántas veces, en aquellos días, pensé en el sonriente hijo de Odiseo! Probé con su truco, junto con todos los demás. Alcé el mullido cuerpecillo de mi hijo en el aire, le prometí que estaba a salvo. Solo sirvió para que gritase más alto. Fuese lo que fuese lo que le confería su dulzura al príncipe Telémaco, debía de proceder de Penélope. Este era el hijo que yo me merecía.

Con todo, teníamos nuestros momentos de paz: cuando por fin dormía, cuando mamaba en mi pecho, cuando sonreía al ver los pájaros que alzaban el vuelo desde un árbol. Lo miraba y sentía un amor tan intenso que parecía que se me abrían las carnes. Hice una lista de todas las cosas que sería capaz de hacer por él: escaldarme la piel; arrancarme los ojos; caminar descalza hasta dejarme los pies en carne viva, si con ello conseguía que él estuviera sano y feliz.

Pero no era feliz. Un momento, pensaba, solo necesito un momento sin su rabia húmeda en mis brazos. Pero no había ni uno. Odiaba el sol. Odiaba el viento. Odiaba los baños. Odiaba estar vestido, estar desnudo, que lo acostase boca abajo y que lo acostase boca arriba. Odiaba este vasto mundo y todo lo que había en él, y parecía que yo era lo que más odiaba de todo.

Pensé en todas las horas que antes pasaba trabajando en mis hechizos, cantando, tejiendo. Sentía su pérdida como si me hubieran arrancado un miembro. Me decía a mí misma que hasta añoraba convertir a los hombres en cerdos, pues al menos eso se me daba bien. Deseaba arrojarlo de mi lado, pero en lugar de eso seguí caminando con él en la oscuridad, paseando de un lado a otro ante las olas y, a cada paso, añoraba mi antigua vida. Dije amargamente al aire nocturno mientras él sollozaba:

—Al menos no me preocupa que esté muerto.

Me tapé la boca con la mano, pues esta era más invitación de la que el dios del inframundo necesitaba para presentarse. Acerqué su feroz carita a la mía. Tenía los ojos llenos de lágrimas, el pelo revuelto, un pequeño rasguño en la mejilla. ¿Cómo se lo había hecho? ¿Qué villano había osado hacerle daño?



Todo lo que había oído sobre los bebés mortales me vino a la cabeza como un torrente: que morían sin motivo alguno, por cualquier razón, porque se enfriaban demasiado, porque pasaban hambre, por acostarlos de un modo u otro. Sentía cada aliento en su fino pecho, lo improbable que era, lo imposible que era que aquella criatura tan frágil, que no podía siquiera levantar la cabeza, pudiese sobrevivir a los rigores del mundo. Pero sobreviviría, sobreviviría aunque tuviese que luchar mano a mano con el dios oculto.

Fijé la mirada en la oscuridad. Escuché atentamente, como hacen los lobos, en busca de cualquier peligro. Tejé nuevamente aquellas ilusiones que hacían que mi isla pareciera un montón de escarpadas rocas. Pero seguía teniendo miedo. A veces, cuando estaban desesperados, los humanos eran muy temerarios. Si desembarcaban en las rocas de todos modos, oírían los gritos del niño y vendrían. ¿Y si había perdido mis mañas y no lograba hacerlos beber? Recordé las historias que me había contado Odiseo sobre las cosas que los soldados les hacían a los niños. Recordé a Astianacte y a todos los hijos de Troya, aplastados y empalados, descuartizados, pisados por caballos, asesinados para que no pudiesen vivir, hacerse fuertes y regresar un día en busca de venganza.

Toda mi vida había esperado que la tragedia me encontrase. Nunca había dudado de que lo haría, pues tenía más deseo, más resistencia y más poderes de los que otros creían que merecía, y todas ellas eran cosas que atraían el impacto del rayo. La aflicción me había chamuscado una docena de veces, pero su fuego nunca me había atravesado la piel. Mi locura de aquellos días procedía de una nueva certeza: la de que por fin había encontrado aquello que los dioses podían usar contra mí.

Seguí luchando y mi hijo creció. Eso es todo lo que puedo decir. Se calmó y eso me calmó a mí, o quizá fue todo lo contrario. Ya no miraba tan atentamente ni pensaba tan a menudo en escaldarme la piel. Sonrió por primera vez y empezó a dormir en su cuna. Pasó una mañana entera sin llorar y pude trabajar en mi huerto. *Chico listo, dije. Me estabas poniendo a prueba, ¿verdad?* Él levantó los ojos de la hierba al oír mi voz y sonrió otra vez.

Su mortalidad siempre acompañaba, constante como el latido de un segundo corazón. Ahora que podía sentarse, estirarse y agarrar cosas, todos los objetos cotidianos de mi casa empezaron a mostrar sus dientes ocultos. Las ollas que hervían al fuego parecían saltar al encuentro de sus dedos. Los

cuchillos que resbalaban de la mesa no le caían en la cabeza por un pelo. Si lo acostaba, llegaba una avispa zumbando, o salía un escorpión de una grieta escondida y levantaba la cola. Las chispas del fuego siempre parecían saltar dibujando un arco hacia su carne tierna. Yo lograba esquivar cada uno de estos peligros justo a tiempo, pues nunca estaba a más de un paso de él, pero esto solo me hacía temer más el momento de cerrar los ojos, de dejarlo solo por un instante. El montón de leña podía derrumbarse y caerle encima. Una loba que había sido mansa toda su vida podía atacar de repente. Me despertaba y me encontraba con una víbora acechando su cuna, con las fauces abiertas.

Creo que es indicativo de lo aturdida que estaba por el amor, el temor y la falta de sueño el hecho de que tardase tanto en darme cuenta de que los insectos no suelen llegar en batallones, y de que diez ollas caídas en una mañana era algo que superaba hasta la torpeza que pudiera provocar mi agotamiento; en recordar que, en la agonía de mi parto, no se había permitido que Ilitía viniese en mi ayuda; en preguntarme si, frustrado, ese dios oculto que lo había hecho podría intentarlo de nuevo.

Até a Telégono a mí y caminé hasta la poza que estaba en la ladera del monte. Había ranas, pececillos plateados y zapateros. Las hierbas crecían espesas y enmarañadas. No sabría decir por qué busqué el agua en ese momento. Tal vez se trataba de alguna reminiscencia de mi sangre náyade.

Toqué la superficie del agua con el dedo.

—¿Hay algún dios que quiera hacer daño a mi hijo?

El agua se estremeció y se formó la imagen de Telégono. Yacía envuelto en una mortaja de lana, lívido e inerte. Retrocedí con un respingo, con un grito ahogado, y la visión se hizo añicos. Por un momento no pude hacer nada más que tomar aliento y apretar mi mejilla contra la cabeza de Telégono. Sus frágiles mechones de pelo eran más ralos por el cogote debido a sus incesantes movimientos en la cuna.

Volví a llevar mi mano trémula al agua.

—¿De quién se trata?

El agua solo me mostró el cielo.

—Por favor —supliqué.

Pero no obtuve respuesta y sentí que el pánico me subía por la garganta. Había dado por hecho que era alguna ninfa o algún dios río quien nos amenazaba. Esos trucos con insectos, fuego y animales eran a lo más que

llegaban los poderes naturales de las deidades inferiores. Me había preguntado incluso si sería mi madre, en un arrebato de celos porque yo pudiese tener hijos cuando ella ya no podía, pero este dios tenía la capacidad de escapar a mi visión. Solo había un puñado de deidades con tal capacidad en todo el mundo. Mi padre. Mi abuelo, quizá. Zeus y algunos de los olímpicos.

Apreté a Telégono contra mí. El *moly* podía protegernos de un hechizo, pero no de un tridente ni de un rayo. Caería ante esos poderes como una planta de trigo.

Cerré los ojos y traté de vencer el miedo que me estrangulaba. *Tengo que tener la mente clara y ser lista. Tengo que recordar todos los trucos que los dioses menores han usado contra los dioses superiores desde el inicio de los tiempos. ¿Acaso no me contó Odiseo en una ocasión una historia sobre la madre de Aquiles, una ninfa marina, que había encontrado la manera de regatear con Zeus? Pero no me había dicho qué manera era. Y al final su hijo había muerto.*

Sentía la respiración como la hoja de una sierra en mi pecho. *Tengo que enterarme de quién se trata, me dije. Eso es lo primero. No puedo protegerme de sombras. Dadme algo a lo que enfrentarme, algo contra lo que luchar.*

Al volver a casa encendí el fuego en el hogar, aunque no lo necesitábamos. La noche era cálida, el verano iba menguando hacia el otoño, pero quería oler el aroma del cedro en el aire, y el olor de las hierbas que había echado sobre las llamas. Sentí un cosquilleo en la piel. En cualquier otro momento lo hubiera atribuido al cambio de tiempo, pero ahora me parecía lleno de malicia. Se me erizó la piel del cuello. Recorrí el suelo de piedra, arrullando a Telégono en mis brazos hasta que por fin, exhausto de tanto sollozar, se durmió. Eso era lo que estaba esperando. Lo acosté en su cuna, luego la acerqué al fuego y ordené a mis leones y mis lobos que lo rodeasen. No podrían detener a un dios, pero la mayoría de las deidades son cobardes. Sus garras y sus fauces podían hacerme ganar algo de tiempo.

Me puse en pie frente al hogar, con mi vara en la mano. El aire estaba cargado de un expectante silencio.

—Tú, que pretendes matar a mi hijo, acércate. Acércate y háblame a la cara, ¿o solo te atreves a matar en la sombra?

La habitación estaba en absoluto silencio. No oía nada más que la respiración de Telégono y la sangre que corría por mis venas.

—No necesito sombra alguna. —La voz cortó el aire—. Y tú no eres quién para cuestionar mis propósitos.

Azotó la estancia, alto, recto, un relámpago blanco, como un rayo en el cielo nocturno. Su casco adornado con crines de caballo rozaba el techo; su reluciente armadura centelleaba; la lanza que llevaba en la mano era larga y fina, y su punta afilada se perfilaba a la luz del fuego. Era una certeza ardiente, y ante ella toda la atareada y mancillada escoria del mundo debía postrarse. Era la hija favorita de Zeus, Atenea.

—Lo que yo desee sucederá. No hay remedio.

Aquella voz otra vez, como un metal punzante. Había estado en presencia de divinidades superiores: mi padre y mi abuelo, Hermes, Apolo, pero la mirada de Atenea me atravesó como no lo habían hecho las suyas. Odiseo me había dicho una vez que era como un cuchillo fino como un cabello, tan delicado que no sabrías ni que te había cortado mientras tu sangre se derramaba, gota a gota, por el suelo.

Tendió una mano inmaculada.

—Entrégame al niño.

Todo el calor había desaparecido de la estancia. Hasta el fuego que crepitaba a mi lado parecía pintado en la pared.

—No.

En sus ojos se mezclaban el color de la plata vieja y el gris de la piedra.

—¿Osas oponerte a mí?

El aire se había enrarecido. Me sentí jadear en busca de aliento. En su pecho lucía su famosa égida, una coraza de cuero ribeteada de hilos de oro. Se decía que estaba hecha con la piel de un titán, al que había desollado con sus propias manos y cuya piel había teñido. Sus refulgentes ojos me prometían: *También tú terminarás como un vestido si no te sometes a mi voluntad y suplicas mi misericordia.* Se me secó la boca y sentí que me temblaba el cuerpo, pero si había algo en el mundo que sabía con certeza era que no existe la misericordia entre los dioses. Retorcí la piel de entre mis dedos. El dolor agudo me puso firme.

—Así es —dije—, aunque la batalla no parece muy justa: tú contra una ninfa desarmada.

—Entrégamelo por voluntad propia y no tiene por qué haber ninguna batalla. Me aseguraré de que sea rápido; no sufrirá.

*Nunca escuches a tu enemigo*, me había dicho Odiseo una vez. *Obsérvalo, eso te lo dirá todo.*

La observé. Armada, protegida con su armadura de pies a cabeza; casco, lanza, égida, grebas. Era una estampa aterradora: la diosa de la guerra, lista para la batalla. Pero ¿por qué había preparado toda esa panoplia para luchar contra mí, que nada sabía de combates? A menos que temiera alguna otra cosa, algo que la hiciera sentirse débil y, de algún modo, desprotegida.

El instinto me hizo repasar los miles de horas que había pasado en los salones de mi padre y también con la *polymetis* de Odiseo, el hombre de las mil argucias.

—Gran diosa, llevo toda mi vida oyendo historias sobre tu enorme poder. Por eso tengo que preguntarte: hace ya un tiempo que deseas ver muerto a mi hijo y, aun así, vive. ¿Cómo es eso posible?

Empezó a retorcerse como una serpiente, pero yo seguí.

—Lo único que se me ocurre, pues, es que alguien no te lo permite. Que algo te lo impide. Las Moiras, para cumplir sus propósitos, no te permiten matarlo inmediatamente.

Al oír la palabra *Moiras*, sus ojos centellearon. Era una diosa de la razón, nacida de la brillante e inquieta mente de Zeus. No iba a obedecer sin más en caso de que alguien le prohibiera algo, aunque ese alguien fuesen las tres diosas grises en persona. Se dispondría a analizar la prohibición punto por punto hasta descomponerla en átomos, y buscaría una manera de soslayarla.

—Así que por eso has operado como lo has hecho, con avispas y ollas volando por los aires. —La miré fijamente—. Cuánto han debido de irritar a tu espíritu guerrero esos recursos tan bajos.

Su mano brilló con un fulgor blanco alrededor de su lanza.

—Nada ha cambiado. El niño debe morir.

—Y así será, cuando tenga cien años.

—Dime, ¿por cuánto tiempo crees que tus hechizos podrán oponerme resistencia?

—Todo el tiempo que haga falta.

—Te precipitas demasiado. —Dio un paso hacia mí. El penacho de crin siseó al rozar el techo—. Has olvidado tu lugar, ninfa. Soy hija de Zeus; quizá no pueda atacar directamente a tu hijo, pero las Moiras no han dicho nada sobre lo que puedo hacerte a ti.

Colocó sus palabras en la estancia con la precisión de quien coloca teselas en un mosaico. Incluso entre los dioses, Atenea era conocida por su ira.

Quienes la desafiaban eran convertidos en piedras y arañas, se volvían locos, eran arrancados de la faz de la tierra por remolinos de aire, perseguidos por maldiciones hasta los confines del mundo. Y si yo desaparecía, Telégono...

—Eso es —dijo con una sonrisa fría e inexpresiva—, empiezas a entender tu situación.

Levantó su lanza del suelo. Ahora no brillaba, sino que fluía como una líquida oscuridad en su mano. Retrocedí hacia el costado trenzado de la cuna, con la mente aturdida.

—Es cierto, puedes intentar hacerme daño a mí —dije—, pero yo también tengo un padre y una familia, y no se toman a la ligera los ataques indiscriminados a su estirpe. Se pondrían furiosos, quizá hasta se verían movidos a actuar.

La lanza seguía flotando sobre el suelo, pero ella no la sostenía.

—Si hay una guerra, titán, el Olimpo la ganará.

—Si Zeus quisiese una guerra, hubiera lanzado sus rayos sobre nosotros hace mucho, pero no lo ha hecho. ¿Qué le parecerá que destruyas la paz que tanto le ha costado instaurar?

Vi en sus ojos cómo iba calculando, como si fueran piedrecitas, las ventajas e inconvenientes de la situación.

—Tus amenazas son bastante burdas. Esperaba que pudiéramos discutir esto con algo de sensatez.

—No puede haber sensatez alguna cuando pretendes asesinar a mi hijo. Estás furiosa con Odiseo, pero él ni siquiera sabe de la existencia del niño. Matar a Telégono no supondrá un castigo para él.

—Eso crees tú, bruja.

De no haber estado la vida de mi hijo en juego, me hubiera reído al ver lo que vi en sus ojos. Aun con toda su inteligencia, era incapaz de ocultar sus emociones. ¿Por qué habría de hacerlo? ¿Quién iba a osar hacerle el menor daño a la gran Atenea por sus pensamientos? Odiseo me había contado que estaba enojada con él, pero él no entendía la verdadera naturaleza de los dioses. No estaba enojada. Su ausencia no era más que el viejo truco del que Hermes me había hablado: volverle la espalda a tu favorito para que se desespere; luego vuelves en todo tu esplendor y te deleitas en sus adulaciones.

—Si no es para hacerle daño a Odiseo, ¿para qué buscas la muerte de mi hijo?

—Eso no te corresponde a ti saberlo. He visto el porvenir y te digo que ese niño no puede vivir. Si sobrevive, lo lamentarás el resto de tus días. Le tienes

cariño, y no te lo reprocho, pero no dejes que tu devoción de madre te nuble el juicio. Piensa, hija de Helios. ¿Acaso no es más prudente entregármelo ahora, cuando apenas ha pisado este mundo, cuando su carne y tus afectos están aún a medio formar? —Su voz se enterneció—. Imagina cuánto peor será para ti en un año, en dos o en diez, cuando tu amor se haya desarrollado del todo. Es mejor que lo dejes ir ahora al mundo de las ánimas sin resistirte. Es mejor que tengas otro hijo y empieces de nuevo, con nuevas alegrías. Ninguna madre debería tener que presenciar la muerte de su hijo, y, sin embargo, si esa muerte ha de venir, si no hay otro modo, aún puede haber cierta compensación.

—¿Compensación?

—Por supuesto. —Su rostro brilló sobre mí como el fuego de la forja—. ¡No creerás que pido sacrificios sin ofrecer una recompensa por ellos! Tendrás el favor de Palas Atenea; mi buena voluntad, por toda la eternidad. Erigiré un monumento en su honor en esta isla. Con el tiempo, te enviaré otro hombre bueno, para que engendres con él otro hijo. Bendeciré el nacimiento, protegeré al niño de todo mal. Será un líder entre los mortales, temido en la batalla, sabio en el consejo, honrado por todos. Dejará herederos y satisfará todas tus esperanzas maternas. Me encargaré de ello.

Era el mejor premio del mundo, raro como las manzanas doradas de las Hespérides: el juramento de amistad eterna de una olímpica. Tendría todas las comodidades, todos los placeres. Nunca volvería a tener nada que temer.

Contemplé aquella espléndida mirada gris, aquellos ojos como dos piedras preciosas que se giraban para captar la luz. Estaba sonriendo, con la mano tendida hacia mí, como dispuesta a recibir la mía. Cuando había hablado de tener más hijos, casi había canturreado, como si estuviese arrullando a un bebé; pero Atenea no tenía hijos, y jamás los tendría. Su único amor era tener la razón, y eso nunca ha sido lo mismo que poseer sabiduría.

*Los hijos no son sacos de grano que puedan cambiarse unos por otros.*

—Obviando el hecho de que me ves como a una yegua a la que preñar a tu antojo, el auténtico misterio es por qué es tan importante para ti la muerte de mi hijo. ¿Qué es lo que va a hacer para que la poderosa Atenea esté dispuesta a pagar tanto para evitarlo?

Toda su dulzura se desvaneció en un instante. Su mano se retiró, como una puerta que se cierra de golpe.

—¿Te pones en mi contra, entonces? ¿Tú, con tus yerbajos y tu escasa divinidad?

Su poder se cernía sobre mí, pero tenía a Telégono y no estaba dispuesta a

renunciar a él por absolutamente nada.

—Así es —respondí.

Sus labios se retrajeron, enseñando los blancos dientes.

—No podrás vigilarlo todo el tiempo. Acabaré por llevármelo.

Y desapareció. Pero respondí de todos modos, dirigiéndome a la gran estancia vacía y a los oídos dormidos de mi hijo:

—No tienes ni idea de lo que soy capaz.



El resto de aquella noche lo pasé andando de un lado para otro, repasando las palabras de Atenea. Mi hijo crecería y haría algo que ella temía, algo que le afectaba en lo más hondo. Pero ¿qué? Algo que yo también lamentaría, había dicho. Caminé dando vueltas y vueltas, pero no pude encontrar la respuesta. Finalmente, me obligué a dejar el tema a un lado. De nada servía tratar de descifrar los enigmas de las Moiras. La cuestión era que Atenea volvería una y otra vez.

Me había jactado de que Atenea no sabía de lo que yo era capaz, pero lo cierto era que yo tampoco. No podía matarla ni tampoco transformarla. No podíamos correr más que ella, ni podíamos escondernos. Ninguna ilusión que pudiera conjurar podría ocultarnos de su penetrante mirada. Pronto Telégono andaría y correría, y ¿cómo iba a mantenerlo a salvo entonces? Un terror negro se apoderaba de mi cerebro. Si no pensaba algo, la visión de la poza se haría realidad: su cuerpo, lívido e inerte, en su mortaja.

Solo tengo recuerdos fragmentarios de aquellos días. Los dientes apretados cuando exploraba la isla, concentrada, para arrancar flores y moler hojas, buscar cada pluma, cada piedra y cada raíz con la esperanza de que alguna de ellas pudiera ayudarme. Se acumulaban en vacilantes montones por toda la casa, y la atmósfera de la cocina se llenó de polvo. Yo picaba y hervía, con los ojos bien abiertos y la mirada fija como la de un caballo exhausto tras una larga cabalgata. Mantenía a Telégono atado a mí mientras trabajaba, pues temía liberarlo. Él detestaba estar así y chillaba y me golpeaba en el pecho con sus rechonchos puños.

Allá donde fuera, olía el aroma metálico de la piel de Atenea. No sabía si era ella, que se estaba burlando de mí, o si mi pánico me provocaba imaginaciones, pero me espoleaba como un aguijón para seguir adelante. Desesperada, intenté recordar todas las historias de olímpicos derrotados que mis tíos me habían contado. Pensé en ir a ver a mi abuela, a las ninfas marinas, a mi padre, en postrarme a sus pies. Pero, aunque estuviesen dispuestos a ayudarme, no osarían enfrentarse a la ira de Atenea. Tal vez Eetes se hubiera

atrevido, pero ahora me odiaba. ¿Y Pasífae? No valía la pena ni preguntar.

No sé en qué estación fue, qué hora del día era. Solo veía mis manos trabajando sin cesar delante de mí, mis cuchillos manchados, las hierbas machacadas y molidas sobre la mesa, el *moly* que había hervido y vuelto a hervir. Telégono se había dormido, tenía la cabeza echada hacia atrás y el rubor de la furia aún en las mejillas. Me detuve un momento para respirar y recomponerme. Me escocían los ojos al parpadear. Las paredes ya no parecían de piedra, sino suaves como un tejido, y daban la impresión de caer hacia adentro. Por fin había tenido una idea, pero necesitaba algo: algo que proviniera de la casa de Hades. Los muertos han pasado por donde la mayoría de los dioses no pueden pasar y, por tanto, pueden contener a los de nuestra estirpe mejor que los vivos. Pero no tenía manera de conseguir eso que buscaba. Ningún dios, salvo aquellos que gobiernan las almas, puede poner el pie en el inframundo. Pasaba horas andando de un lado para otro haciendo vanas conjeturas sobre cómo podía sobornar a alguna deidad infernal para que arrancase un puñado de asfódelos o consiguiese agua del Estige, o cómo podía construir una balsa y navegar en ella hasta el borde del inframundo y luego utilizar el truco de Odiseo para atraer a los fantasmas y robar un poco de su humo. La idea me hizo recordar la ampolla que Odiseo había llenado para mí con sangre del hoyo que había cavado. Las sombras lo habían tocado con sus avariciosos labios, y quizá aún contuviese el hedor de su aliento. La saqué de su caja y la levanté hacia la luz. El líquido oscuro fluía dentro del vidrio. Eché una gota y trabajé todo el día con ella, destilándola para extraer aquel débil aroma. Le añadí *moly* para darle más fuerza y forma. Mi corazón latía entre la esperanza y la desesperación: *Funcionará, no funcionará.*

Esperé hasta que Telégono se durmió de nuevo, pues no podía concentrarme como necesitaba mientras él se peleaba conmigo. Preparé dos hechizos aquella noche. Uno llevaba la gota de sangre y un poco de *moly*; el otro contenía fragmentos de cada lugar de la isla, desde sus acantilados hasta sus salares. Trabajé frenéticamente y, cuando salió el sol, sostuve los dos frascos cerrados ante mí.

Estaba jadeando de cansancio, pero no quería esperar ni un momento más. Con Telégono aún atado a mí, ascendí hasta el pico más alto, una franja de roca desnuda bajo el cielo. Puse los pies sobre la piedra.

—Atenea quiere matar a mi hijo, así que he de defenderlo —clamé—. Contemplad ahora el poder de Circe, bruja de Eea.

Derramé la gota de sangre sobre la roca. Siseó como el bronce fundido al

entrar en contacto con el agua. Un humo blanco subió por el aire y se propagó. Se fue acumulando y formó un enorme arco sobre la isla, que se cerró sobre nosotros. Una capa de muerte en vida. Si Atenea venía, se vería obligada a retroceder, como un tiburón al encontrar agua dulce.

El segundo hechizo lo pronuncié por debajo de este. Era un encantamiento que se entretejía con la propia isla, con cada pájaro, cada bestia, cada grano de arena, cada hoja y cada roca, cada gota de agua. Los marqué a todos, y a todas las generaciones posteriores que estas contenían, con el nombre de Telégono. Si alguna vez Atenea atravesaba aquel humo, la propia isla, con sus animales y pájaros, sus ramas y rocas, hasta las raíces enterradas en la tierra, se alzaría en defensa de Telégono. Y juntas le plantaríamos cara.

Permanecí en pie bajo el sol, esperando una respuesta, un crepitante rayo, que la lanza gris de Atenea atravesase mi corazón y lo clavase en la roca. Me oí respirar con cierta dificultad. El peso de aquellos hechizos pesaba sobre mi cuello como un yugo; eran demasiado grandes para sostenerse por sí mismos, y hora tras hora tendría que llevarlos conmigo, reforzarlos con mi voluntad y renovarlos por completo cada mes. Me llevaría tres días hacerlo: uno para volver a reunir todos los trocitos de isla —playa, huerto y pradera; escama, pluma y pelo—; otro día para mezclarlos, y un tercero de absoluta concentración para extraer el hedor de la muerte de las gotas de sangre que había reunido. Pero nada de esto importaba. Había dicho que haría cualquier cosa por mi hijo y ahora lo demostraría, y, llegado el caso, soportaría el peso del mismo firmamento.

Esperé toda la mañana, tensa, pero no hubo respuesta alguna. Estaba hecho, pensé por fin. Éramos libres. No solo nos habíamos librado de Atenea, sino de todo el mundo. Soportaba el peso de los hechizos, pero me sentía liviana. Por primera vez, Eea era solo nuestra. Llena de emoción, me arrodillé y desenrollé la tela con la que había atado a mí a mi hijo. Lo dejé libre sobre la tierra.

—Estás a salvo. Por fin podemos ser felices.

Qué tonta fui. Todos aquellos días de miedo mío y restricciones para él eran como una deuda que había que pagar. Echó a correr por la isla y se negaba a sentarse o detenerse siquiera un momento. Le había atrancado el paso a Atenea, pero todos los peligros normales de la isla seguían allí: rocas, acantilados, bichos que podían picar y que yo tenía que arrancarle de las manos. Cada vez que trataba de cogerlo, echaba a correr a toda velocidad, desafiante, hacia algún precipicio. Parecía estar enfadado con el mundo; con las piedras que no conseguía tirar lo bastante lejos, con sus propias piernas,

que no corrían lo bastante rápido. Quería subirse a los árboles como hacían los leones, de un gran salto, y cuando no era capaz la emprendía a puñetazos con sus troncos.

Yo trataba de cogerlo en brazos y le decía: *Ten paciencia, ya te llegará la fuerza con el tiempo.* Pero él se alejaba de mí gritando y no encontraba consuelo, pues no era de esos niños a los que se les puede enseñar algo brillante y se les pasa el disgusto. Le daba hierbas calmantes y leche caliente con vino y especias, hasta pociones para dormir, pero no servían de nada. Lo único que lo calmaba era el mar. El viento, tan incansable como él, las olas llenas de movimiento. Se metía en el agua, con su manita agarrada a la mía, y señalaba. *El horizonte,* le decía yo. *El cielo abierto. Las olas, mareas y corrientes.* Se pasaba el resto del día musitando estas palabras para sí, y si trataba de alejarlo del mar para enseñarle otra cosa, como frutos o flores, algún pequeño hechizo, se alejaba corriendo de mí, retorciendo el gesto. *¡No quiero!*

Lo peor eran los días en que yo tenía que volver a dar forma a aquellos dos hechizos. Escapaba de mí cada vez que lo quería a mi lado, pero, en cuanto me ponía a trabajar, pateaba el suelo y lloraba para reclamar mi atención. *Mañana te llevaré al mar,* le prometía, pero eso no significaba nada para él, y destrozaba la casa para que yo lo mirara. Para entonces ya era mayor, demasiado grande para atarlo a mi pecho, y los desastres que era capaz de provocar habían crecido con él. Volcó una mesa llena de platos; se subía a los estantes y rompía mis frascos. Ordenaba a los lobos que lo vigilasen, pero era demasiado hasta para ellos y se marchaban al jardín. Mi pánico iba en aumento. El hechizo se agotaría antes de que pudiera renovarlo. Atenea vendría con toda su ira.

Sé cómo estaba en aquellos tiempos: inestable, inconstante, como un arco de mala factura. La crianza de Telégono sacaba a la luz cada uno de mis defectos, cada pequeño egoísmo, cada debilidad. Un día en que tenía que renovar los hechizos, cogió una gran cratera de cristal y la hizo añicos sobre sus pies descalzos. Acudí corriendo para cogerlo en brazos, barrer y fregar, pero él me golpeó como si le hubiera arrebatado a su mejor amigo. Al final tuve que meterlo en un dormitorio y cerrar la puerta. Gritó y gritó, y oí un ruido, como si estuviese dándose cabezazos contra la pared. Terminé de limpiar e intenté trabajar, pero para entonces mi cabeza parecía darse cabezazos a sí misma. No dejaba de pensar que, si permitía que siguiese con su rabieta el tiempo suficiente, tendría que acabar por agotarse y caer

dormido, pero él seguía, enfureciéndose cada vez más, conforme las sombras se iban alargando. El día se acababa y el hechizo no estaba listo. Sería fácil decir que mis manos se movían solas, pero no fue así. Estaba furiosa, echaba humo.

Siempre me había jurado que nunca usaría mi magia con él. Imponer mi voluntad a la suya me parecía algo propio de Eetes, pero en aquel momento cogí la adormidera y las demás hierbas para el sueño y las puse en el fuego hasta que cocieron. Fui a su habitación; le estaba pegando patadas a los trozos de postigo que había arrancado de las ventanas. *Ven aquí*, le dije. *Toma esto*.

Lo bebió y volvió a arrancar trozos de postigo, pero ahora no me importó. Era casi un placer verlo. Aprendería la lección. Entendería quién era su madre. Pronuncié la palabra.

Cayó como una piedra. Su cabeza golpeó el suelo tan fuerte que di un respingo. Corrí hacia él. Creía que sería como si estuviese durmiendo, con los ojos plácidamente cerrados, pero tenía todo el cuerpo rígido, congelado en su postura, con los dedos tensos como garras y la boca abierta. Su piel estaba fría bajo mis dedos. Medea había dicho que no sabía si aquellos esclavos de los salones de su padre podían percibir lo que les sucedía. Yo sí. Tras sus ojos sin expresión pude sentir su terror y su confusión.

Grité, horrorizada, y el hechizo se rompió. Su cuerpo se relajó y él se alejó tambaleándose y mirándome con furia, como un animal acorralado. Sollocé. Sentí mi vergüenza caliente como la sangre. *Lo siento*, le dije una y otra vez. Me permitió acercarme, cogerlo en brazos. Toqué suavemente el chichón que le había salido al golpearse la cabeza. Pronuncié una palabra para aliviarlo.

Para entonces, la habitación estaba ya a oscuras. Fuera se había puesto el sol. Lo sostuve en los brazos por tanto tiempo como pude, hablándole en voz baja, cantándole. Luego lo llevé a la cocina y le di de cenar. Comió agarrado a mí y recuperó las fuerzas. Se bajó de mi regazo y echó a correr otra vez, batiendo puertas, tirando las cosas de los estantes que podía alcanzar. Sentí un cansancio tan grande que creí que iba a desplomarme. Y con cada momento que pasaba, el hechizo que nos protegía de Atenea se iba deshaciendo.

Él no dejaba de mirarme por encima del hombro, como si me estuviese retando a ir tras él, a hechizarlo, a pegarle, no sabía a qué. Por el contrario, cogí del estante más alto el gran tarro de miel que siempre me andaba pidiendo. *Toma*, le dije, *ahí tienes*.

Corrió a por él y se puso a darle vueltas hasta que lo rompió. Luego chapoteó en los charquitos pringosos y echó a correr otra vez, dejando un

rastró que iban lamiendo los lobos. Y así pude terminar los hechizos. Tardé un montón en bañarlo y meterlo en la cama, pero por fin estaba bajo las mantas. Me agarró la mano, envolviendo mis dedos con sus deditos calientes. Me carcomían la culpa y la vergüenza. «Debería odiarme», pensé. Debería huir. Pero yo era lo único que tenía. Su respiración empezó a calmarse, sus miembros se relajaron.

—¿Por qué no puedes ser más tranquilo? —susurré—. ¿Por qué tiene que ser tan difícil?

Como en respuesta, se me apareció una visión de los salones de mi padre: el suelo de tierra estéril, el negro fulgor de la obsidiana; el sonido de las piezas deslizándose por el tablero, y las piernas doradas de mi padre junto a mí. Yo estaba callada y tranquila, pero recordaba aquel deseo constante de subir al regazo de mi padre, levantarme, correr y gritar, coger las piezas del tablero y lanzarlas contra las paredes; mirar fijamente los leños hasta que estallasen en llamas, arrancarle cada uno de sus secretos, como quien sacude las frutas de un árbol. Pero si yo hubiera hecho una sola de esas cosas siquiera, mi padre no habría tenido piedad; me habría hecho arder hasta reducirme a cenizas.

La luna brillaba sobre la frente de mi hijo. Vi las manchas que el agua y el paño no habían quitado del todo. ¿Por qué habría de ser tranquilo? Yo nunca lo fui, ni su padre cuando yo lo conocí. La diferencia era que él no temía ser quemado.

\* \* \*

En los largos días que siguieron, me agarré a este pensamiento como a un mástil que habría de salvarme del oleaje. Y eso me ayudó un poco, pues cuando me miraba fijamente, furioso y retador, plantándome cara con todo su espíritu, podía recordarlo y tomar aliento.

Llevaba viviendo mil años, pero no me parecían tan largos como la infancia de Telégono. Había rezado para que hablase pronto, pero luego lo lamenté, pues eso no servía más que para que diese voz a su furia. *No, no, no*, chillaba al tiempo que se apartaba de mí. Y entonces, un instante después, volvía a subirse a mi regazo gritando *Madre* hasta que me dolían los oídos. *Estoy aquí*, le decía, *estoy aquí mismo*. Pero no era lo bastante cerca. Podía pasarme el día paseando con él, jugando a todo lo que él quisiera, pero si desviaba la atención un momento, se enfurecía y lloraba agarrado a mí. Cómo

deseé entonces tener allí a mis ninfas, tener a alguien a quien pudiera agarrar del brazo y preguntarle: *Pero ¿qué le pasa a este niño?*, pero luego, al momento, me alegraba de que nadie pudiera ver lo que le había hecho, cómo había permitido que aquellos primeros meses de terror mío afectasen a su mente. No era de extrañar que tuviese aquellos arrebatos de furia.

*Ven*, lo llamaba, *hagamos algo divertido. Te voy a enseñar a hacer magia. ¿Quieres que transforme esta baya para ti?* Pero él la tiraba y echaba a correr hacia el mar otra vez. Cada noche, cuando se dormía, me quedaba de pie junto a su cama y me decía: *Mañana lo haré mejor*. A veces hasta era verdad. A veces echaba a correr riendo hacia la playa y se sentaba acurrucado en mi regazo mientras contemplábamos las olas. Seguía dando patadas con los pies, sus manos me pellizcaban la piel de los brazos sin cesar, pero su mejilla descansaba sobre mi pecho, y yo sentía el ir y venir de su aliento. Mi paciencia se desbordaba. *Puedes gritar todo lo que quieras, pensaba, puedo soportarlo*.

Fuerza de voluntad, fuerza de voluntad a todas horas. Como un hechizo, al fin y al cabo, pero un hechizo que me había hecho a mí misma. Telégono era un gran río siempre a punto de desbordarse, y yo tenía que disponer canales a cada momento para reconducir el torrente de forma segura. Empecé a contarle cuentos, historias sencillas sobre un conejo que busca comida y la encuentra, un bebé que espera a que su madre venga. Pedía más, así que yo seguí. Esperaba que aquellos cuentos tan plácidos reconfortasen su alma luchadora, y quizá lo hicieran. Un día me di cuenta de que había pasado una luna entera desde la última vez que se había tirado al suelo con una pataleta. Pasó otra luna, y en algún momento de aquellos meses gritó por última vez. Ojalá pudiera recordar cuándo. No, ojalá pudiera haberme dicho a mí misma cuándo llegaría ese momento, para poder contemplar ese horizonte en todos aquellos días de desesperación.

De su mente brotaban hojas, pensamientos y palabras que parecían salir de la nada. Tenía seis años. Ya no fruncía el ceño y le gustaba verme trabajar en el huerto mientras arrancaba alguna raíz.

—Madre —me dijo un día, posando su mano en mi hombro—, prueba cortando por aquí. —Sacó un cuchillo que había empezado a llevar consigo, y la raíz cedió a su corte—. ¿Ves? —dijo con gesto grave—, es fácil.

Seguía amando el mar. Conocía cada molusco, cada pez. Construía balsas con troncos y navegaba por la bahía. Hacía pompas en los charcos que dejaba la marea y observaba a los cangrejos.

—Mira este —me decía tirándome de la mano—. Nunca he visto uno tan grande, nunca he visto uno tan pequeño. Este es el más brillante. Aquel es el más negro. A ese cangrejo le falta una pinza y le está saliendo otra en su lugar. Qué listo, ¿a que sí?

Una vez más, deseé que hubiera alguien más en la isla, pero ya no para que me compadeciese, sino para que lo adorase conmigo. Le diría: *Mira, ¿te lo puedes creer? Hemos capeado tormentas y tempestades. Le he fallado y aun así es una maravilla del mundo.*

Hizo una mueca al ver que se me humedecían los ojos.

—Madre —dijo—, el cangrejo se recuperará. Si te lo he dicho; ya le está saliendo otra pinza. Ven aquí y mira este. Tiene unas pintitas que parecen ojos. ¿Crees que podrá ver por ellas?

Por la noche ya no quería que le contase cuentos, sino que se inventaba los suyos. Creo que ahí es adonde se fue toda su impetuosidad, pues todos sus cuentos estaban llenos de criaturas estrafalarias: grifos, monstruos marinos y quimeras que venían a comer de su mano y él los llevaba a correr aventuras, o bien los vencía con astutas estratagemas. Quizá cualquier niño que solo tuviese la compañía de su madre hubiera sido igual de imaginativo. No sabría decirlo, pero su cara exhibía una expresión arrebatada cuando conjuraba esas visiones. Parecía crecer día a día: ocho, diez, doce años. Su mirada se volvió grave; sus miembros, esbeltos y fuertes. Tenía por costumbre tamborilear con un dedo sobre la mesa mientras impartía lecciones de moral como un anciano. Las historias que más le gustaban eran las que versaban sobre valentía y virtudes recompensadas. *Y por eso nunca se debe..., siempre se debe..., por eso uno debería asegurarse de...*

Me encantaba su certeza, aquel mundo suyo que era un lugar en el que las buenas acciones estaban claramente separadas de las malas, un mundo de errores y consecuencias, de monstruos derrotados. No era un mundo que yo conociera, pero viviría en él todo el tiempo que Telégono me lo permitiese.

Fue una de esas noches, en verano, cuando los cerdos buscaban trufas tranquilamente bajo nuestra ventana. Él tenía trece años. Yo me reí y dije:

—Te sabes más cuentos que tu padre.

Lo vi dudar, como si un ave extraña a la que él temía hubiera echado a volar. Había preguntado por su padre antes, pero yo siempre le había respondido: *Todavía no ha llegado el momento.*

—Venga —le dije con una sonrisa—, pregunta y responderé. Ya es hora.

—¿Quién era?



—Un príncipe que visitó esta isla. Conocía mil y un trucos.

—¿Qué aspecto tenía?

Creía que mis recuerdos de Odiseo me sabrían a sal, pero sentí cierto placer al evocarlo.

—Tenía el cabello y los ojos oscuros, y un toque rojizo en la barba. Sus manos eran grandes, y sus piernas, cortas y recias. Siempre era más rápido de lo que una esperaba.

—¿Por qué se marchó?

La pregunta era como un plantón de roble, pensé. Una sola rama verde que crece hacia arriba, pero por debajo las raíces eran largas y profundas. Respiré hondo.

—Cuando se marchó, no sabía que te llevaba en el vientre. Tenía una esposa en su país, y también un hijo. Pero había más cosas. Los dioses y los mortales no logran crear uniones felices. Hizo lo correcto al marcharse cuando lo hizo.

Su rostro estaba sumido en la reflexión.

—¿Cuántos años tenía?

—No pasaba mucho de los cuarenta.

Le vi contar.

—Entonces, aún no ha cumplido los sesenta. ¿Vive aún?

Me resultaba extraño pensar en Odiseo paseando por las costas de Ítaca, tomando el aire. Había tenido muy poco tiempo para soñar desde el nacimiento de Telégono, pero la imagen apareció sólida, completa, ante mí.

—Creo que sí. Era muy fuerte. De carácter, quiero decir.

Ahora que no había impedimento, quiso saber todo lo que recordaba de Odiseo: su linaje, su reino, su esposa, su hijo, sus ocupaciones cuando era niño, sus honores de guerra. Yo aún conservaba las historias en mí, vívidas como cuando Odiseo me había relatado por primera vez aquellas mil conspiraciones y pruebas. Sin embargo, algo extraño sucedió cuando empecé a contárselas a Telégono; me vi vacilando, omitiendo, alterando. Con el rostro de mi hijo delante, la brutalidad de aquellas historias brillaba como no lo había hecho nunca. Lo que antes me había parecido una aventura ahora me resultaba algo feo y sangriento. Hasta el propio Odiseo me parecía distinto, despiadado en lugar de resuelto. Las pocas veces que le contaba una historia tal cual, mi hijo fruncía el ceño. *No me la has contado bien, decía. Mi padre nunca haría semejante cosa.*

*Tienes razón,* le respondía. *Tu padre dejó ir a aquel espía troyano del*

*morrión de piel de comadreja, que regresó sano y salvo con su familia. Tu padre siempre cumplía sus promesas.*

Telégono sonreía de oreja a oreja. *Sabía que mi padre era un hombre honorable. Cuéntame más de sus nobles hazañas.* Y yo me inventaba otra mentira. ¿Me lo hubiera reprochado Odiseo? No lo sabía, y no me importaba. Hubiera hecho cosas mucho peores, muchísimo peores, para hacer feliz a mi hijo.

De vez en cuando, en aquellos tiempos, me preguntaba qué le diría a Telégono si alguna vez me pedía que le contase mi historia, cómo podría pulir figuras como las de Eetes, Pasífae, Escila o los cerdos. Al final no tuve ni que intentarlo; nunca preguntó.

Empezó a pasar largas horas solo por la isla. Cuando volvía, estaba ruborizado y hablaba por los codos. Su cuerpo estaba creciendo, y notaba cómo le iba cambiando la voz. *Cuéntame más cosas de mi padre, me pedía. ¿Dónde está Ítaca? ¿Cómo es? ¿Está muy lejos de aquí? ¿Qué peligros hay en el camino?*

Era otoño, y yo estaba cocinando las frutas en almíbar para el invierno. Podía hacer que los árboles florecieran en cualquier momento, pero le había encontrado el gusto a esta tarea; las burbujas dulces, los colores traslúcidos como joyas, el almacenamiento de los frutos de una buena estación en mis frascos.

—¡Madre! —Telégono entró gritando en la casa—. Hay un barco que necesita nuestra ayuda. Está frente a nuestra costa, medio hundido..., ¡se irán a pique si no desembarcan!

No era la primera vez que avistaba marineros. Pasaban con frecuencia cerca de nuestra isla, pero era la primera vez que había querido ayudarlos. Dejé que me condujera hasta el acantilado. Era cierto, el barco estaba escorado y el casco hacía aguas.

—¿Ves? ¿Desharás el hechizo, solo por esta vez? Estoy seguro de que nos lo agradecerán.

*¿Y cómo lo sabes?, quise decir. A menudo los hombres más necesitados son los que más detestan mostrar agradecimiento y están dispuestos a atacarte solo por volver a sentirse poderosos.*

—Por favor —dijo—. ¿Y si es alguien como mi padre?

—No hay nadie como tu padre.

—Se van a hundir, madre. ¡Se van a ahogar! No podemos quedarnos aquí mirando, ¡tenemos que hacer algo!

Su rostro estaba lleno de aflicción. En sus ojos brillaban las lágrimas.

—¡Por favor, madre! No puedo soportar verlos morir.

—Solo por esta vez —respondí—. Solamente una vez.

El viento nos traía sus gritos. *¡Tierra, tierra!* Viraron la embarcación hacia nosotros. Le hice prometer a Telégono que permanecería escondido mientras ellos subían hasta la casa. Debía quedarse en su habitación hasta que bebieran el vino y desaparecer de nuevo en cuanto yo le hiciese la menor señal. Accedió a todo ello, hubiera accedido a cualquier cosa. Fui a la cocina y preparé mi vieja poción. Me sentía como si estuviera en dos habitaciones a un tiempo. Aquí estaba mezclando las hierbas que había mezclado cientos de veces, con mis dedos descubriendo sus antiguos movimientos. Y aquí estaba mi hijo, dando brincos como un loco. *¿De dónde son, lo sabes? ¿Con qué rocas crees que han chocado? ¿Podemos ayudarlos a arreglar el barco?*

No sé qué respondí. Se me había helado la sangre en las venas. Trataba de recordar aquella capacidad de mando que antes tenía. *Pasad, claro que os ayudaré. ¿No queréis más vino?*

Aunque lo esperaba, di un respingo cuando llamaron a la puerta. Abrí y allí estaban: desharrapados, hambrientos y desesperados, como todos. ¿Parecía el capitán una serpiente dormida? No sabría decirlo. Sentí una súbita náusea en la garganta. Quise cerrarles la puerta en las narices, pero era demasiado tarde para eso. Ya me habían visto, y mi hijo estaba del otro lado de la pared, tratando de escucharlo todo. Le había advertido de que tal vez tuviera que hacer uso de mi magia con ellos. Había asentido. *Por supuesto, madre, lo entiendo.* Pero no tenía ni idea. Nunca había oído el crujido que hacían las costillas al expandirse, el húmedo desgarró de la carne al adoptar su nueva forma.

Se sentaron en los bancos. Comieron, y el vino bajó por sus gargantas. Yo seguía observando al capitán. Veía el ansia en sus ojos, que recorrieron el salón y se posaron en mí. Se puso en pie.

—Mi señora —dijo—, ¿cuál es tu nombre? ¿A quién debemos agradecerle esta comida?

Los habría transformado en ese momento, pero Telégono ya estaba entrando en el salón. Llevaba una capa y una espada a la cintura. Era alto y recio como un hombre hecho y derecho. Tenía quince años.

—Os encontráis en la casa de la diosa Circe, hija de Helios, y de su hijo,

llamado Telégono. Vimos que vuestro barco se hundía y os permitimos venir a nuestra isla, aunque normalmente está cerrada a los mortales. Nos complacerá ayudaros en todo lo posible mientras estéis aquí.

Su voz sonó firme como tablones bien pulidos. Tenía los ojos oscuros como su padre, pero con pequeñas motas amarillas. Los hombres lo miraron fijamente. Yo lo miré. Pensé en Odiseo, separado de Telémaco durante años, y en lo mucho que le impresionaría verlo de repente hecho un hombre.

El capitán se arrodilló.

—Diosa, gran señor. Las benditas Moiras han debido de traernos hasta aquí.

Telégono le indicó al hombre que se levantase con un gesto. Ocupó la cabecera de la mesa y se sirvió comida de las bandejas. Los hombres apenas comieron. Se volvían hacia él como las vides hacia el sol, con gesto impresionado, compitiendo por contarle sus historias. Yo observaba la escena, preguntándome dónde había ocultado aquel don todo aquel tiempo, pero luego me di cuenta de que yo tampoco había hecho magia ninguna hasta que no tuve plantas con las que trabajar.

Lo dejé bajar con ellos a la playa y ayudarlos con sus reparaciones. No estaba preocupada, al menos, no demasiado. Mi hechizo sobre los animales de la isla lo protegería, pero más lo protegería su propio hechizo, pues aquellos hombres parecían criaturas encantadas. Era más joven que todos ellos, pero asentían ante cada palabra que salía de sus labios. Les enseñó dónde estaban los mejores bosques, qué árboles podían talar. Les mostró los ríos y las zonas umbrías. Se quedaron tres días mientras arreglaban el agujero de su barco y se alimentaban con nuestras provisiones. En todo ese tiempo, Telégono solo se separó de ellos para dormir. Lo llamaban señor cuando hablaban de él y le pedían su opinión con toda seriedad, como si fuera todo un maestro carpintero de noventa años en lugar de un muchacho que veía un barco por primera vez.

*Mi señor Telégono, ¿qué te parece, valdrá así?*

Él examinaba la reparación. *Así está bien, creo. Muy bien hecho.*

Ellos sonreían encantados y, cuando se hicieron a la mar, se asomaron por la borda, gritando sus agradecimientos y sus plegarias. Su rostro estuvo lleno de gozo hasta que dejó de ver el barco. Luego, su alegría se esfumó.

Confieso que durante muchos años había mantenido la esperanza de que fuese hechicero. Había intentado enseñarle los nombres y propiedades de mis hierbas; hacía pequeños hechizos en su presencia con la esperanza de que alguno le llamase la atención, pero él nunca mostró el menor interés. Ahora me

daba cuenta de por qué. La brujería transforma el mundo; Telégono solo quería formar parte de él.

Intenté decirle algo, no recuerdo qué, pero él ya se estaba alejando de mí en dirección hacia el bosque.

Pasó fuera todo aquel invierno, y también la primavera y el verano. Desde que el primer rayo de sol aparecía en el cielo hasta que se ponía, no lo veía. Le pregunté unas cuantas veces adónde iba, y él hacía un gesto vago con la mano hacia la playa. No insistí. Estaba preocupado, siempre andaba corriendo hacia alguna parte, sin aliento, y volvía a casa con la túnica llena de yerbajos. Yo veía como sus hombros iban ganando fuerza, como su mandíbula se ensanchaba.

—¿Puedo quedarme la cueva de la playa? —me preguntó—. La cueva donde mi padre guardó su barco.

—Todo lo que hay aquí es tuyo —le dije.

—Pero ¿puede ser para mí solo? ¿Prometes no entrar en ella?

Recordé lo mucho que mis intimidades juveniles habían significado para mí.

—Lo prometo —accedí.

Luego me he preguntado muchas veces si había utilizado conmigo aquellos encantos suyos que tanto habían afectado a los marineros, pues en aquellos días me sentía como una vaca bien alimentada, plácida, confiada. *Déjalo ir*, me decía. *Es feliz, está creciendo. ¿Qué mal puede guardarlo allí?*

—Madre —me dijo un día, justo después del amanecer, con la pálida luz comenzando aún a calentar las hojas. Yo estaba arrodillada en el huerto, arrancando las malas hierbas. Él no solía levantarse tan temprano, pero era el día de su cumpleaños. Tenía dieciséis años.

—Te he preparado peras con miel —le dije.

Él alzó la mano para mostrarme una fruta a medio comer, brillante y jugosa.

—Ya las he encontrado, gracias. —Hizo una pausa—. Tengo que enseñarte algo.

Me sacudí la tierra y lo seguí por el sendero del bosque hasta la cueva. Dentro había una pequeña embarcación, casi del tamaño de la de Glauco.

—¿De quién es? —inquirí—. ¿Dónde están sus tripulantes?

Él negó con la cabeza. Tenía las mejillas coloradas, los ojos brillantes.

—No, madre, es mía. Se me había ocurrido hacerla antes de que vinieran

aquellos hombres, pero verlos trabajar me ayudó a construirla más rápido. Me regalaron parte de sus herramientas y me enseñaron a hacer las demás. ¿Qué te parece?

Al mirarla detenidamente me di cuenta de que su vela estaba hecha con mis sábanas, y que los listones estaban poco pulidos, aún llenos de astillas. Estaba enfadada, pero también había en mí cierto orgullo y sorpresa. Mi hijo había construido un barco solo, sin nada más que unas herramientas rudimentarias y su voluntad.

—Es muy elegante —dije.

Telégono sonrió de oreja a oreja.

—¿A que sí? Me dijo que no debía contarte nada, pero no quería ocultártelo. Pensé...

Dejó de hablar al ver la expresión de mi rostro.

—¿Quién te lo dijo?

—No pasa nada, madre, no tiene mala intención. Me ha estado ayudando. Me dijo que antes solía visitarte con frecuencia. Que sois viejos amigos.

*Viejos amigos.* ¿Cómo había pasado por alto este peligro? Recordé entonces lo encantado que parecía Telégono cuando volvía a casa cada noche. Mis ninfas solían volver con la misma cara. Atenea no podía atravesar mi hechizo, pues no tenía poderes en el inframundo, pero él iba a todas partes. Cuando no estaba jugando con sus dados, conducía a los espíritus hasta las puertas de Hades. El dios de las intromisiones, el dios de los cambios.

—Hermes no es amigo mío. Cuéntame todo lo que te ha dicho, inmediatamente.

La vergüenza moteó su cara.

—Dijo que podía ayudarme, y así lo hizo. Dijo que tenía que ser sin titubeos. Que si uno va a arrancarse una costra, lo mejor es hacerlo rápido. No tardaré ni medio mes, y estaré de vuelta en primavera. Hemos probado el barco en la bahía, es sólido.

Sus palabras salieron tan a borbotones que me costó descifrarlas.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué es lo que no te va a llevar ni medio mes?

—El viaje a Ítaca —respondió—. Hermes dice que puede ayudarme a esquivar a los monstruos, así que no tienes que tener miedo por eso. Si zarpo con la marea de mediodía, llegaré a la siguiente isla antes de que caiga la noche.

Me sentí incapaz de decir nada, como si me hubieran arrancado la lengua de la boca.

Él me puso la mano en el brazo.

—No tienes que preocuparte. Estaré a salvo. Hermes es mi ancestro por parte de padre, según me ha dicho. Nunca me traicionaría. ¿Me oyes, madre?

—Observaba mi rostro con ansia por debajo de su flequillo.

Se me helaba la sangre al ver su falta de madurez. ¿Había sido yo tan joven alguna vez?

—Es un dios de la mentira —le dije—. Solo los tontos tienen fe en él.

Se ruborizó, pero su rostro adoptó una expresión retadora.

—Sé quién es. No dependo únicamente de él. He preparado mi arco, y me ha enseñado a usar un poco la lanza. —Señaló una vara apoyada en la esquina, con uno de mis viejos cuchillos de cocina atado a la punta. Debió de darse cuenta de mi expresión de horror, pues añadió—: Aunque no voy a tener que usarla. Solo tardaré unos días en llegar a Ítaca y entonces estaré a salvo con mi padre.

Estaba inclinado hacia mí, ansioso. Creía haber dado respuesta a todas mis objeciones. Estaba orgulloso de sí mismo, de la brillantez de sus nuevos planes. Con qué facilidad había pronunciado aquellas palabras: *a salvo con mi padre*. Me recorrió una rabia inmediata y nítida.

—¿Qué te hace creer que serás bienvenido en Ítaca? Lo único que sabes de tu padre son historias. Y él ya tiene un hijo. ¿Crees que a Telémaco le gustará ver a su hermano bastardo?

Dio un leve respingo al oír la palabra *bastardo*, pero respondió con bravura:

—No creo que le importe. No voy en busca de su reino, ni de su herencia, y así se lo haré saber. Pasaré allí todo el invierno, y así tendremos tiempo de conocernos.

—Así que ya está decidido. Tú y Hermes tenéis un plan y ahora creéis que lo único que falta es que yo te desee un buen viaje.

Me miró sin saber qué decir.

—Dime —prosegui—, ¿qué te ha contado el sabihondo de Hermes sobre su hermana, la que desea verte muerto? ¿Sobre el hecho de que te matará en cuanto pongas un pie fuera de esta isla?

Estuvo a punto de suspirar.

—Madre, eso fue hace mucho tiempo. Seguro que se le ha pasado.

—¿Pasado? —Mi voz desgarró las paredes de la cueva—. ¿Eres imbécil? Atenea no olvida. Te comerá de un bocado, como un búho comiéndose a un estúpido ratón.

Se puso pálido, pero insistió como el corazón valiente que era.

—Asumiré el riesgo.

—No lo harás. Te lo prohíbo.

Me miró fijamente. Nunca antes le había prohibido nada.

—Pero tengo que ir a Ítaca. He construido el barco. Estoy listo.

Di un paso hacia él.

—Deja que te lo explique más claramente. Si te vas, morirás. Así que no vas a zarpar. Y si lo intentas, reduciré ese barco tuyo a cenizas.

En su rostro no había más que conmoción. Me di media vuelta y me fui.

No zarpó aquel día. Yo pasé el día dando vueltas por la cocina, y él se quedó en sus bosques. Anocheceía cuando volvió a casa. Revolvió ruidosamente en los baúles en busca de ropa de cama. Solo había venido a demostrarme que no iba a dormir bajo mi techo.

Cuando pasó junto a mí, le dije:

—Quieres que te trate como a un hombre, pero actúas como un chiquillo. Has vivido aquí protegido toda tu vida, no entiendes los peligros que te aguardan en el mundo. No puedes fingir que Atenea no existe.

Estaba preparado para saltar, como la estopa con la chispa.

—Tienes razón. No conozco el mundo. ¿Cómo iba a conocerlo si nunca me pierdes de vista?

—Atenea estuvo junto a ese mismo hogar exigiéndome que te entregara a ella para poder matarte.

—Lo sé —replicó—, me lo has contado cien veces. Pero no lo ha vuelto a intentar desde entonces, ¿a que no? Estoy vivo, ¿no es así?

—¡Gracias a los hechizos que creé y que mantengo! —Me levanté para plantarle cara—. ¿Tienes idea de lo que he tenido que hacer para mantener su fuerza, de las horas que he pasado preocupada por ellos, poniéndolos a prueba para asegurarme de que Atenea no pudiese romperlos?

—A ti te gusta hacer esas cosas.

—¿Que me gusta? —Una carcajada me arañó la garganta—. ¡Me gusta hacer mi trabajo, cosa para la que apenas he tenido tiempo desde que naciste!

—¡Pues vete a hacer tus conjuros! ¡Ve y deja que me vaya! Sé sincera, ni siquiera sabes si Atenea sigue estando enfadada. ¿Has intentado hablar con ella? ¡Han pasado dieciséis años!

Lo dijo como si dieciséis años fuesen dieciséis siglos. No podía imaginar



el alcance de los dioses, la falta de piedad que produce ver el auge y la caída de generaciones enteras a tu alrededor. Era mortal y joven. Una tarde de aburrimiento era como un año para él.

Sentía que mi cara se iba encendiendo, ganando calor.

—Crees que todos los dioses son como yo, que puedes ignorarlos cuando te plazca, tratarlos como si fueran tus criados, que sus deseos son como moscas que puedes apartar con la mano, pero son capaces de destrozarte por simple placer, por despecho.

—¡Miedo y dioses! ¡Miedo y dioses! No hablas de otra cosa. Nunca has hablado de otra cosa, y, sin embargo, miles y miles de hombres y mujeres andan por el mundo y llegan a la vejez. Algunos de ellos hasta son felices, madre. No se limitan a amarrarse a un puerto seguro con cara de desesperación. Y yo quiero ser uno de ellos. Voy a ser uno de ellos. ¿Por qué no lo entiendes?

A mi alrededor, el aire había comenzado a resquebrajarse.

—Tú eres el que no entiende. He dicho que no te vas a ir, y no hay más que hablar.

—¿Y ya está? ¿Me quedaré aquí toda la vida? ¿Hasta que me muera? ¿Sin intentar siquiera salir de aquí?

—Si es necesario, sí.

—¡No! —Dio un puñetazo a la mesa que había entre nosotros—. ¡Me niego! Aquí no hay nada para mí. Aunque llegue otro barco y te suplique que lo dejes atracar, ¿qué pasará entonces? Estarán aquí unos días y luego se irán, y yo seguiré atrapado aquí. Si esto es vida, prefiero morir. Prefiero que Atenea me mate, ¿me oyes? ¡Al menos entonces habré visto algo más que esta isla en toda mi vida!

Se me nubló la vista.

—No me importa lo que prefieras. Si eres demasiado estúpido para salvar tu propia vida, yo lo haré por ti. Mis hechizos lo harán.

Por primera vez, vaciló.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que no sabrías siquiera lo que has perdido; que nunca volverías a pensar en irte.

Dio un paso atrás.

—No. No beberé tu vino; no tocaré nada que tú me des.

Sentí el sabor del veneno en la boca; era un placer verlo asustado por fin.

—¿Crees que eso me detendrá? Nunca has entendido lo fuerte que soy.

Recordaré su mirada mientras viva, la mirada de un hombre que ha visto caer el velo y contempla el verdadero rostro del mundo.

Abrió la puerta de golpe y salió huyendo hacia la oscuridad.

Yo me quedé allí de pie por mucho tiempo, como un árbol quemado hasta la raíz por el impacto de un rayo. Luego bajé a la playa. El aire era fresco, pero la arena aún conservaba el calor del día. Pensé en todas las horas que había pasado con él allí, con su piel contra la mía. Quería que caminase libremente por el mundo, sin quemaduras y sin miedos, y había conseguido lo que deseaba. Él no podía concebir la idea de una diosa despiadada dispuesta a atravesarle el corazón con su lanza.

No le había hablado de su primera infancia, de lo furioso y difícil que era entonces. No le había hablado de la crueldad de los dioses, de la crueldad de su propio padre. Debería haberlo hecho, pensé. Llevaba dieciséis años sosteniendo el firmamento sin que él se diese cuenta. Debería haberle obligado a recolectar las plantas que le salvaban la vida. Debería haberle hecho permanecer junto al fuego mientras pronunciaba mis conjuros. Tenía que entender con cuántas cosas había cargado en silencio, todo lo que había hecho para mantenerlo a salvo.

¿Y luego qué? Estaba en algún lugar del bosque, escondiéndose de mí. Con cuánta facilidad me habían venido a la mente los hechizos que me permitirían arrebatarse sus deseos, como quien le corta la parte podrida a una fruta.

Apreté los dientes. Quise gritar, tirarme de los pelos, sollozar. Quise maldecir a Hermes por sus medias verdades y sus tentaciones..., pero Hermes no era tan importante. Había visto la expresión de Telégono cuando miraba al mar y susurraba: *horizonte*.

Cerré los ojos. Conocía la playa tan bien que no necesitaba ver para caminar por ella. Cuando Telégono era niño, solía hacer listas de todas las cosas que sería capaz de hacer para mantenerlo sano y salvo. No era un juego muy entretenido, porque la respuesta era siempre la misma: cualquier cosa.

Una vez, Odiseo me había contado una historia de un rey que tenía una herida que ningún doctor ni el tiempo podían curar. Acudió a un oráculo y recibió su respuesta: solo el hombre que le había infligido la herida podría curarla, con la misma lanza que había utilizado. De manera que el rey había recorrido medio mundo cojeando hasta que encontró a su enemigo, que le curó la herida.

Deseé que Odiseo estuviera allí para poder preguntarle: pero ¿cómo consiguió el rey que le ayudara el hombre que le había provocado una herida tan profunda?

La respuesta que me vino a la mente era de otra historia. Mucho tiempo atrás, en mi amplio lecho, le había preguntado a Odiseo:

—¿Qué hiciste cuando Aquiles y Agamenón se negaron a escucharte?

Él había sonreído a la luz del fuego.

—Muy fácil. Elaboré un plan sin contar con ellos.

Lo encontré en el olivar. Las mantas yacían enmarañadas a su alrededor, como si hubiera estado peleando conmigo en sueños.

—Hijo mío —le dije. Las palabras resonaron bien alto en el aire en calma. No había amanecido aún, pero sentía que las grandes ruedas del carro de mi padre se acercaban—. Telégono.

Abrió los ojos y levantó las manos para alejarme de él. Sentí un dolor profundo, como si me atravesase una daga.

—Vengo a decirte que puedes partir, y que te ayudaré, pero con condiciones.

¿Sabía él cuánto me costaba pronunciar esas palabras? No creo que pudiera saberlo. Uno de los dones de la juventud es el de no sentir el peso de sus deudas. El gozo lo inundaba ya. Se lanzó sobre mí, hundió su rostro en mi cuello. Cerré los ojos. Olía a hojas verdes y a savia viva. Llevábamos dieciséis años oliéndonos únicamente el uno al otro.

—Esperarás dos días para partir —dije—. Y tendremos que hacer tres cosas.

Asintió con entusiasmo.

—Lo que quieras. —Ahora que yo había perdido, se mostraba complaciente. Al menos era elegante en la victoria. Lo conduje a la casa y le llené los brazos con hierbas y frascos. Juntos los llevamos tintineando a su barco. Allí, en la cubierta, me puse a cortar, moler y mezclar mis ungüentos. Me sorprendió que observase atentamente. Normalmente se iba cuando elaboraba mis hechizos.

—¿Para qué servirá?

—Para protegerte.

—¿De qué?

—De todo lo que se me ocurra. De cualquier cosa que Atenea pueda invocar: tormentas, monstruos marinos, una vía de agua en el barco.

—¿Monstruos marinos?

Me alegró verlo palidecer un poco.

—Esto los mantendrá alejados. Si Atenea quiere atacarte en el mar, tendrá que hacerlo ella misma, directamente, y no creo que pueda, pues está atada por las Moiras. Tienes que mantenerte siempre a bordo y, en cuanto arribes a Ítaca, ve junto a tu padre y pídele que interceda ante Atenea por ti. Ella lo protege y tal vez le haga caso. Júrame que lo harás.

—Lo haré. —Su rostro adoptó un gesto solemne en la penumbra.

Vertí las pócimas sobre cada burdo listón, cada pulgada de vela, recitando mis conjuros.

—¿Puedo probar? —preguntó.

Le di lo que quedaba de una de las pócimas. Derramó un poco sobre la cubierta y recitó las palabras que me había oído decir.

Golpeó la madera.

—¿Ha funcionado?

—No —respondí.

—¿Cómo sabes qué palabras has de emplear?

—Empleo las que tienen significado para mí.

Su cara mostraba esfuerzo, como si estuviese empujando una roca colina arriba. Miró fijamente los listones y pronunció otras palabras, y luego otras. La cubierta siguió igual. Me miró con gesto acusador.

—Es difícil.

A pesar de todo, me reí.

—¿Creías que no lo era? Escucha, cuando te propusiste construir este barco no levantaste el hacha una vez pensando que con eso estaba hecho. Tuviste que trabajar día tras día. La hechicería es igual. Yo llevo siglos practicándola y todavía no la domino.

—Pero es más que eso —dijo—. Es que yo no soy un hechicero como tú.

Entonces pensé en mi padre tantos años atrás, cuando redujo aquel leño del hogar a cenizas y me dijo: *Y ese es el menor de mis poderes.*

—Probablemente no seas hechicero —respondí—, pero eres otra cosa. Algo que todavía no has descubierto; por eso partes.

Su sonrisa me recordó a la de Ariadna, cálida como la hierba en verano.

—Cierto —dijo.

Lo llevé a una parte de la playa donde daba la sombra. Mientras se comía las últimas peras, tracé su ruta con piedras y marqué las paradas y peligros que tenía por delante. No pasaría junto a Escila; había otras rutas para ir a Ítaca.

El hecho de que Odiseo no hubiera podido navegarlas no era sino parte de la venganza de Poseidón.

—Me parece bien que Hermes te ayude, pero nunca debes depender de él. Todo lo que dice se lo lleva el viento. Y siempre debes tener cuidado con Atenea. Puede ir a tu encuentro bajo otras formas. Una bella doncella, quizá. No te dejes engañar por ninguna tentación que pueda ofrecerte.

—Madre —se había puesto colorado—, voy en busca de mi padre. Es lo único que tengo en mente.

No dije más. Aquellos días fuimos más amables el uno con el otro de lo que habíamos sido nunca, incluso antes de pelearnos. Por las noches nos sentábamos juntos frente al hogar. Telégono metía un pie debajo de uno de los leones. Aún era otoño, pero las noches ya eran frescas. Le serví su comida favorita, pescado asado relleno de hierbas y quesos. Comió y luego dejó que lo aleccionara.

—Ríndele todo tipo de honores a Penélope —le dije—. Arrodíllate ante ella, ofrécele plegarias y regalos; te daré algunos adecuados. Es una mujer razonable, pero a nadie le agrada tener al hijo espurio de su marido a sus pies.

»Y, sobre todo, ten cuidado con Telémaco. Él es quien tiene más que perder contigo. Muchos bastardos han llegado a reyes, y él lo sabe. No confíes en él. No le des la espalda. Será listo y rápido, ha sido educado por tu padre.

—Yo soy bueno con el arco.

—Contra troncos de robles y faisanes, pero no eres un guerrero.

Respiró hondo.

—De todas formas, aunque intente hacerme algo, tus poderes me protegerán.

Lo miré horrorizada.

—No seas tonto. No tengo poderes que puedan ayudarte fuera de este lugar. Depender de eso supondría tu muerte.

Me tocó el brazo.

—Madre, solo digo que es mortal; la mitad de mi sangre viene de ti, con las ventajas que eso conlleva.

¿Qué ventajas? Quise darle una sacudida. ¿Cierta encanto? ¿Cierta manera de embelesar a los mortales? Su rostro, tan lleno de audaces esperanzas, me hizo sentir vieja. En él había florecido la juventud, había madurado. Los oscuros bucles le caían sobre los ojos, y su voz había adquirido gravedad. Haría suspirar a muchachas y muchachos, pero lo único que yo veía eran los miles de puntos débiles de su cuerpo a través de los que se podía poner fin a

su vida. La desnudez de su cuello parecía obscena a la luz del hogar.

Se inclinó hacia mí.

—Estaré bien, te lo prometo.

*No puedes hacer esa promesa*, quise gritarle. *No sabes nada*. Pero ¿de quién era la culpa? Le había ocultado el verdadero rostro del mundo. Le había pintado su historia de bonitos y brillantes colores, y él se había enamorado de mi arte. Y ahora era demasiado tarde para dar marcha atrás y cambiar eso. Si tan vieja era, debería ser sabia. Debería saber que de nada sirve aullar cuando el pájaro ya ha volado.

Le había dicho que teníamos que hacer tres cosas, pero la última la tenía que hacer yo sola. No me preguntó de qué se trataba. De algún conjuro, debió de pensar. *Alguna hierba que mi madre quiere arrancar*. Esperé a que se acostara y luego me dirigí a la orilla del mar bajo la luz de las estrellas.

Las olas se deslizaban sobre mis pies, retorcían el dobladillo de mi vestido. Estaba cerca de la cueva donde el barco de Telégono aguardaba. En unas horas, mi hijo subiría a bordo, llevaría la roca cuadrada que le servía de ancla y desplegaría la vela cosida con irregulares puntadas. Era buen chico y me diría adiós con la mano mientras supiera que podía verlo. Luego se daría la vuelta, esforzándose por distinguir la diminuta isla rocosa que yacía al final de sus esperanzas.

Estaba recordando los salones de mi padre, las negras corrientes de Océano, el gran río que rodea toda la tierra. Si un dios tenía sangre náyade, podía introducirse en sus olas y avanzar por túneles rocosos, a través de miles de afluentes que lo llevarían al lugar por donde su río corría bajo el lecho del mar.

Eetes y yo solíamos ir allí. Las dos aguas no se mezclaban en el lugar donde se encontraban, sino que generaban una especie de membrana, viscosa como una medusa. A través de esta membrana se podían ver los destellos de la fosforescencia en la oscuridad del océano, y, si acercabas la mano, podías sentir las profundas y gélidas aguas que corrían al otro lado. Volvíamos con los dedos adormecidos y salados.

«Mira», me había dicho Eetes señalando algo que se movía en aquellas tinieblas infinitas. Vi deslizarse una pálida sombra gris, enorme como un barco. Venía hacia nosotros, con sus fantasmales alas que no emitían sonido alguno en la negrura. Solo se oía el roce de su cola picuda arrastrándose por

el fondo arenoso.

*Trigón* lo había llamado mi hermano. El mayor de su especie, una divinidad por derecho propio. Se decía que el padre Urano, el creador del mundo, lo había colocado allí por seguridad, pues el veneno que había en la cola de la criatura era el más potente del universo. Con solo tocarlo, un mortal moriría al instante, y un dios quedaría condenado a una vida de tormentos. ¿Y una deidad menor? ¿Qué podía hacernos a nosotros?

Contemplamos su espeluznante y extraño rostro, su boca plana como un corte. Vimos pasar sobre nosotros su barriga blanca con sus branquias. Eetes tenía los ojos abiertos como platos, brillantes. «Imagina qué buen arma sería.»

Me disponía a romper mi exilio, y lo sabía. Por eso había esperado a que cayera la noche y a que las nubes cubrieran los ojos de mi tía. Si tenía éxito, regresaría por la mañana, antes de que nadie notase mi ausencia. Y si no, probablemente no habría ya castigo para mí.

Me adentré en las aguas. Mojaron mis piernas, mi vientre. Pasaron por encima de mi rostro. No tuve que cargarme con piedras como hubiera tenido que hacerlo una mortal para luchar contra mi capacidad de flotar. Caminé con paso firme hacia el lecho marino. Por encima de mí, las olas mantenían su incesante movimiento, pero yo estaba a demasiada profundidad para sentir las. Mis ojos iluminaban el camino. La arena se movía a mi paso, y una platija huyó velozmente de mis pies. Ninguna criatura se me acercaba. Podían oler mi sangre náyade, o quizá algún resto de veneno en mis manos, después de tantos años de brujerías. Me preguntaba si debería haber intentado hablar con las ninfas marinas, buscar su ayuda, pero pensaba que no les iba a gustar lo que venía a hacer.

Me sumergí más profundamente, descendiendo hacia los espectros de la negrura. Aquellas aguas no eran mi elemento y lo sabía. El frío me calaba en los huesos, la sal me escocía en la cara. El océano pesaba como una montaña sobre mis hombros, pero siempre había tenido la virtud de la resistencia y seguí avanzando. En la distancia vislumbré las enormes masas flotantes de ballenas y calamares gigantes. Agarré con fuerza mi cuchillo, con su hoja tan afilada como podía soportar el bronce, pero ellos también se mantuvieron alejados de mí.

Finalmente, llegué al lecho más profundo del mar. La arena allí estaba tan fría que me quemaba los pies. Todo era silencio, el agua estaba completamente



inmóvil. La única luz que había procedía de pequeñas luminiscencias a la deriva. Aquel dios era muy sabio; hacía que quien lo visitara tuviese que viajar hasta un lugar tan hostil, donde no vivía nada más que él.

Lo llamé.

—Gran señor de las profundidades, vengo del mundo para retarte.

No oí nada. A mi alrededor se desplegaba la ciega extensión de sal. Entonces la negrura se abrió y apareció él. Era enorme, blanco y gris, y quedó impreso en las profundidades como un destello del sol en el ojo. Sus silenciosas alas describían un movimiento ondulante, y de sus puntas fluían pequeñas corrientes. Sus ojos eran finos y rasgados como los de un gato; su boca, un corte limpio. Lo miré fijamente. Al adentrarme en el agua, me había dicho a mí misma que esto sería como la lucha con el Minotauro, otro ser olímpico al que superar en sagacidad. Pero ahora, con su terrible inmensidad ante mí, me acobardé. Aquella criatura era más antigua que todas las tierras del mundo, vieja como la primera gota de sal. Hasta mi padre sería como un niño para él. Plantarle cara era una empresa tan fútil como tratar de contener el mar. Me bañó un terror frío. Toda mi vida había temido que un gran horror me invadiera. Ya no iba a tener que esperar más tiempo. Aquí estaba.

*¿Con qué propósito me retas?*

Todos los grandes dioses tienen el poder de hablar en pensamientos, pero oír a aquella criatura en mi mente hizo que mi estómago se volviese agua.

—Vengo a por el veneno de tu cola.

*¿Y para qué deseas semejante poder?*

—Atenea, hija de Zeus, quiere arrebatarte la vida a mi hijo. Mis poderes no pueden protegerlo, pero el tuyo sí.

Sus ojos sin párpados se fijaron en los míos. *Sé quién eres, hija del sol. Todo lo que el mar toca acaba viniendo a buscarme a las profundidades. Te he saboreado. He saboreado a toda tu familia. Tu hermano también vino en una ocasión en busca de mi poder. Se fue con las manos vacías, como todos los demás. No soy alguien contra quien puedas luchar.*

La desesperación recorrió todo mi ser, pues sabía que decía la verdad. Todos los monstruos de las profundidades estaban llenos de cicatrices producidas por sus batallas con sus hermanos monstruos. Él no. Su piel era completamente lisa, pues nadie osaba oponerse a sus antiguos poderes. Incluso Eetes había reconocido sus límites.

—Aun así —respondí—, debo intentarlo. Por mi hijo.

*Es imposible.*

Sus palabras eran tan planas como el resto de su ser. Sentía cómo la voluntad me iba abandonando por momentos, debilitada por el frío incesante de aquellas olas y por su mirada impertérrita.

—No puedo aceptarlo —insistí—. Mi hijo debe vivir.

*No hay deber alguno en lo que a la vida de un mortal se refiere, salvo el de la muerte.*

—Si no puedo retarte, tal vez pueda darte algo a cambio. Algún regalo. Alguna tarea que pueda hacer por ti.

La raja de su boca se abrió en silenciosa risa.

*¿Qué podrías tener tú que yo quisiera?*

Nada, y lo sabía. Me observó con sus pálidos ojos de gato.

*Mi ley es la que ha sido siempre. Si quieres mi cola, primero tendrás que someterte a su veneno. Ese es el precio. El dolor eterno a cambio de unos cuantos años más para tu hijo mortal. ¿Vale la pena pagarlo?*

Pensé en el parto, que casi había acabado conmigo. Pensé en el dolor incesante, sin cura, sin remedio, sin alivio.

—¿Le ofreciste lo mismo a mi hermano?

*La oferta es igual para todos. La rechazó. Todos la rechazan.*

Saberlo me dio cierta fuerza.

—¿Qué más condiciones hay?

*Cuando dejes de necesitar su poder, arrójala al mar, para que pueda volver a mí.*

—¿Eso es todo? ¿Lo juras?

*¿Pretendes que me comprometa, muchacha?*

—Así sabría que cumplirás tu parte del trato.

*La cumpliré.*

Las corrientes se movían a nuestro alrededor. Si hacía aquello, Telégonos viviría. Eso era lo único que importaba.

—Estoy lista —dije—. Dame.

*No. Tienes que llevar la mano al veneno por ti misma.*

El agua me lamía. La oscuridad marchitaba mi coraje. La arena no era suave, sino que estaba llena de trozos de huesos. Todos los que morían en el mar hallaban aquí su último descanso. Se me erizó la piel, me escocía y parecía que iba a desgarrarse y abandonarme. No había piedad entre los dioses, lo había sabido toda mi vida. Me obligué a dar un paso adelante. Mi pie se enganchó en algo. Una caja torácica. Lo liberé. Si me detenía, no me volvería a mover jamás.

Me acerqué a la unión entre su cola y su piel gris. La carne que la cubría parecía de una blandura malsana, como algo podrido. Su espinazo rozaba levemente el lecho marino. De cerca podía ver su borde dentado y oler su veneno, espeso y de una dulzura repugnante. ¿Sería capaz de salir de las profundidades cuando tuviese el veneno dentro? ¿O me quedaría allí, agarrada a la cola, mientras mi hijo moría en el mundo exterior?

*No lo prolongues más*, me dije. Pero era incapaz de moverme una pulgada. Mi cuerpo, con su sencilla sensatez, se oponía a la autodestrucción. Mis piernas se tensaron para huir, para regresar a la seguridad de la tierra firme. Como Eetes y tantos otros que habían venido en busca del poder de Trigón habían hecho antes que yo.

Estaba rodeada de tinieblas y corrientes oscuras. Imaginé el brillante rostro de Telégono ante mí. Estiré la mano.

Mi mano atravesó el agua sin tocar nada. La criatura flotaba frente a mí de nuevo, con sus inexpresivos ojos fijos en los míos.

*Ya está.*

Mi mente estaba tan en tinieblas como el agua. Era como si el tiempo hubiera dado un salto.

—No entiendo.

*Habrías tocado el veneno. Con eso basta.*

Me sentí como si estuviera loca.

—¿Cómo es posible?

*Soy tan viejo como el mundo e impongo las condiciones que me place. Tú eres la primera que las ha cumplido.*

Se levantó de la arena. El batir de su ala me rozó el cabello y, cuando se detuvo, la juntura donde su cola se encontraba con su cuerpo estaba ante mí de nuevo.

*Córtala. Empieza por la parte carnosa de arriba, de lo contrario el veneno goteará.*

Su voz sonó tranquila, como si me dijese que cortase una fruta. Yo aún estaba aturdida por la impresión. Observé aquella piel sin marcas, delicada como la cara interna de una muñeca. Era incapaz de imaginarme cortándola; era como cortar la garganta de un niño.

—No puedes permitir que te haga esto —le dije—. Tiene que haber algún truco. Podría arrasar el mundo con semejante poder. Podría amenazar al mismo Zeus.

*El mundo del que hablas no significa nada para mí. Has ganado, ahora*

*toma tu premio. Corta.*

Su tono no era duro ni amable, pero yo lo sentí como un latigazo. El agua pesaba sobre mí, las vastas profundidades se extendían hacia su noche infinita. La carne blanda de Trigón aguardaba ante mí, lisa y gris. Y yo seguía sin poder moverme.

*¿Estabas dispuesta a pelear conmigo para obtener mi veneno, pero no lo quieres si te lo doy voluntariamente?*

Mi estómago se retorció sobre sí mismo.

—Por favor, no me obligues a hacerlo.

*¿Obligarte? Muchacha, eres tú quien ha venido a mí.*

No sentía el mango del cuchillo en la mano. No sentía nada. Mi hijo me parecía tan lejano como el cielo. Levanté la cuchilla y acerqué la punta a la piel de la criatura. Se desgarró como se desgarran las flores, con un corte fácil e irregular. El icor dorado se derramó por mis manos. Recuerdo lo que pensé: «Sin duda, estoy condenada por esto. Puedo elaborar todos los hechizos y lanzas mágicas que quiera, pero pasaré el resto de mis días viendo sangrar a esta criatura».

El último trozo de piel se desprendió. La cola quedó libre en mi mano. Era casi ingravida y de cerca poseía cierto aspecto iridiscente.

—Gracias —dije, pero mi voz no era más que aire.

Sentí las corrientes moverse. Los granos de arena susurraban al rozarse. Estaba alzando las alas. En la oscuridad que nos rodeaba flotaban los destellos de su sangre dorada. Bajo mis pies estaban los huesos de miles de años. Pensé: «No puedo soportar este mundo ni un momento más».

*Entonces, muchacha, crea otro.*

Se esfumó en la oscuridad, dejando tras de sí una estela dorada.

El camino de vuelta fue largo con aquella muerte en la mano. No vi a ninguna criatura, ni siquiera de lejos. Antes las había desagradado, ahora me rehuían. Cuando emergí en la playa casi amanecía ya y no había tiempo para descansar. Me dirigí a la cueva y busqué la vieja vara que Telégono había estado usando como lanza. Temblando aún un poco, mis manos desenrollaron la cuerda que ataba el cuchillo a su extremo. Me quedé observando el palo retorcido un momento, preguntándome si debería buscar uno nuevo. Pero él había practicado con este, así que me pareció más seguro dejarlo, torcido y todo, pues a eso era a lo que se había acostumbrado Telégono.

Cogí la cola por su base, con cuidado. Se había cubierto de una película transparente. La até al extremo de la vara con cordel y magia, y luego la cubrí con una funda de cuero encantado con *moly* para mantener el veneno bajo control.

Telégono dormía, con el rostro sereno, las mejillas cubiertas por un leve rubor. Me quedé de pie a su lado, mirándolo, hasta que despertó. Dio un brinco, luego entornó los ojos.

—¿Qué es eso?

—Protección. Solo puedes tocar la vara. Un rasguño de su punta supone la muerte para los humanos y el tormento para los dioses. Mantenla siempre enfundada. Es solo para que la uses contra Atenea, o en caso de peligro extremo. Después, debes devolvérmela.

Él no tenía miedo alguno, nunca lo había tenido. Sin vacilación, estiró la mano y agarró la lanza.

—Es más ligero que el bronce. ¿Qué es?

—La cola de Trigón.

Las historias de monstruos siempre habían sido sus favoritas. Me miró fijamente.

—¿De Trigón? —exclamó, maravillado—. ¿Le has arrancado la cola?

—No —dije—, él me la dio, a cambio de algo. —Recordé aquella sangre dorada manchando las profundidades del océano—. Llévatela y vive.

Se arrodilló ante mí con los ojos clavados en el suelo.

—Madre —comenzó a decir—, diosa...

Le puse los dedos sobre la boca.

—No. —Lo ayudé a levantarse. Era tan alto como yo—. No empieces con eso ahora. No va contigo, ni conmigo.

Me sonrió. Nos sentamos juntos a la mesa, comimos el desayuno que había preparado, luego dispusimos todo lo que iría en el barco, lo cargamos con provisiones y regalos para sus anfitriones, y lo arrastramos hasta el borde del mar. Su rostro se iba iluminando minuto a minuto, sus pies casi no tocaban el suelo. Me dejó abrazarlo una última vez.

—Saludaré a Odiseo de tu parte —dijo—. Voy a tener tantas historias que contarte, madre, que no te las vas a poder creer todas. Te voy a traer tantos regalos que no podrás ver la cubierta del barco.

Asentí. Le toqué el rostro con los dedos, y Telégono zarpó, diciéndome adiós con la mano hasta que desapareció de mi vista.

Las tormentas invernales llegaron pronto aquel año. Llovía con unas gotas punzantes que apenas parecían mojar el suelo. Luego vino un viento azotador que dejó los árboles sin hojas en un solo día.

Llevaba sin estar sola en mi isla... no sabía cuánto. ¿Un siglo? ¿Dos? Me había dicho a mí misma que mientras él estuviese fuera haría todas las cosas que había dejado de hacer los últimos dieciséis años. Trabajaría en mis hechizos de la mañana a la noche, arrancaría raíces y me olvidaría de comer, recolectaría el mimbre y haría montones de cestos hasta que llegasen al techo. Sería una época de paz, los días pasarían sin sobresaltos; un tiempo de descanso.

Por el contrario, recorría la playa de arriba abajo, mirando a lo lejos, como si pudiera hacer que mis ojos alcanzasen a ver Ítaca. Contaba los momentos, descontándolos del tiempo de su viaje. Ahora estaría deteniéndose en busca de agua. Ahora estaría avistando la isla. Ahora habría llegado a palacio y se habría arrodillado. Odiseo... ¿qué haría? Antes de que se fuera no le había contado que estaba embarazada. De hecho, le había contado muy poco. ¿Qué le parecería un hijo engendrado por nosotros dos?

Todo irá bien, me tranquilizaba a mí misma. Es un muchacho del que puedes estar orgullosa. Odiseo verá sus cualidades con claridad, del mismo modo que supo ver la calidad del telar de Dédalo. Lo acogerá bajo su ala y le enseñará las artes de los mortales: a manejar la espada, a tirar con el arco, a cazar, a hablar en un consejo. Telégono se sentará en sus banquetes y embelesará a los habitantes de Ítaca mientras su padre lo observa con orgullo. Se ganará hasta a Penélope y a Telémaco. Quizá fuera capaz de hallar un lugar en su corte y pudiera ir y venir entre Ítaca y mi isla, y tendrá una buena vida.

¿Y qué más, Circe? ¿Cabalgarán a lomos de grifos y se volverán todos inmortales?

El aire olía a escarcha, y del cielo cayeron uno o dos copos de nieve. Había recorrido las colinas de Eea miles y miles de veces. Los álamos, negros y blancos, entrelazaban sus brazos desnudos. A los pies de los cornejos y de

los manzanos aún había frutos marchitándose. El hinojo estaba tan alto que me llegaba a la cintura, las rocas marinas estaban blancas por la sal. En lo alto, los cormoranes volaban llamando a las olas. A los mortales les gusta decir de estas maravillas naturales que son inmutables, eternas, pero lo cierto es que la isla siempre estaba cambiando, fluyendo sin cesar a través de las generaciones. Habían pasado más de trescientos años desde mi llegada. Al roble que crujía sobre mi cabeza lo había conocido cuando era un retoño. La arena de la playa avanzaba y retrocedía, sus curvas mutaban con cada invierno. Hasta los acantilados estaban distintos, tallados por la lluvia y el viento, por las garras de los incontables lagartos que escarbaban en ellos, por las semillas que brotaban y arraigaban en sus grietas. Todo estaba unido por el constante ritmo del aliento de la naturaleza. Todo menos yo.

Durante dieciséis años, había ignorado este pensamiento. Telégono me lo hacía fácil, con la locura de su primera infancia llena de amenazas de Atenea, luego las rabietas, su floreciente juventud y todos los caóticos pormenores de la vida que arrastraba consigo cada día: túnicas que lavar, comidas que servir, sábanas que cambiar. Pero, ahora que se había ido, podía sentir la verdad asomando la cabeza. Aunque Telégono sobreviviese a Atenea, aunque lograra llegar a Ítaca y volver, lo perdería de todos modos. Por un naufragio o por enfermedad, por un saqueo o por una guerra. A lo máximo que podía aspirar era a ver desfallecer su cuerpo, miembro a miembro; ver cómo sus hombros iban cayendo, sus piernas comenzaban a temblar, su vientre comenzaba a hundirse sobre sí mismo. Y al final tendría que ponerme ante su cadáver de pelo cano y verlo ser pasto de las llamas. Las colinas y los árboles que tenía ante mí, los gusanos y los leones, las piedras y los tiernos brotes, el telar de Dédalo..., todo se estremeció como si fuera un frágil sueño. Por debajo de todo ello estaba el lugar que realmente habitaba, una fría eternidad de una pena infinita.

Una de mis lobas se puso a aullar. «Calla», le dije, pero ella siguió aullando; su voz resonaba en las paredes, me chirriaba en los oídos. Me había quedado dormida delante del fuego, con la cabeza apoyada en las losas del hogar. Me incorporé aturdida, con el tejido de la manta impreso en la piel. Por las ventanas entraba a borbotones la luz invernal, dura y pálida. Se me clavaba en los ojos y dibujaba en el suelo sombras que me llegaban a la altura de la rodilla. Quería dormirme otra vez, pero la loba gimió y aulló, hasta que por fin

me obligué a levantarme. Fui a la puerta y la abrí de un tirón. ¡Venga!

La loba me dio un empujón y atravesó el claro corriendo. Yo la vi marchar. Arcturos, la llamábamos. La mayor parte de los animales no tenían nombre, pero esta era la favorita de Telégono. Se encaminó colina arriba, hacia el acantilado que daba a la playa. No me había puesto una capa, y los crecientes vientos de tormenta me abofetearon mientras subía el monte hasta donde se encontraba Arcturos. Los mares eran los peores del invierno, revueltos, racheados, bravos. Solo la mayor de las necesidades haría que un marinero se hiciera a la mar. Miré con atención, convencida de que estaba errada, pero allí estaba: un barco. El de Telégono.

Bajé corriendo por los bosques, por entre los matorrales de espinos. El terror y la alegría se debatían en mi garganta. *Ha vuelto. Ha vuelto demasiado pronto. Debe de haberse producido algún desastre. Está muerto. Ha cambiado.*

Chocó conmigo entre los laureles. Lo agarré, lo estreché entre los brazos, hundiendo mi rostro en su hombro. Olía a sal y parecía más robusto que antes. Me agarré a él, exhausta tras el alivio.

—Ya has vuelto.

No respondió. Levanté la cabeza y escruté su rostro. Estaba demacrado, magullado, con signos de no haber dormido. Lleno de tristeza. Sentí que una sensación de alarma me recorría todo el cuerpo.

—¿Qué pasa? ¿Qué sucede?

Parecía que se estuviese ahogando. Arcturos se frotó contra su rodilla, pero él ni la tocó. Tenía el cuerpo frío y rígido. El mío se enfrió también.

—Dime qué ha pasado —insistí.

Pero él estaba perdido. Había contado muchas historias a lo largo de su vida, pero esta se le había quedado dentro, adherida como la mena a la roca. Le cogí la mano.

—Sea lo que sea, te ayudaré.

—¡No! —Se apartó de mí bruscamente—. ¡No digas eso! Tienes que dejarme hablar.

Tenía la cara lívida, como si hubiera ingerido un veneno. El viento seguía soplando, retorciendo nuestras ropas. Yo no sentía nada más que las pocas pulgadas que nos separaban.

—Cuando llegué, mi padre no estaba —dijo tragando saliva—. Fui al palacio y me dijeron que había salido de caza. No me alojé allí. Me quedé en el barco, como me dijiste.



Asentí con la cabeza. Temía que se derrumbase si decía algo.

—Por las noches paseaba un poco por la playa. Siempre llevaba la lanza conmigo. No quería dejarla en el barco, no quería...

Su rostro se contrajo en un espasmo.

—Se estaba poniendo el sol cuando llegó un barco. Era una embarcación pequeña, como la mía, pero llena de tesoros. Brillaban mientras el barco se mecía en las olas. Creo que eran armaduras, algunas armas, cráteras. Su capitán echó el ancla y saltó desde la proa.

Me miró a los ojos.

—Sabía que era él. Incluso desde aquella distancia. Era más bajo de lo que me esperaba. Tenía los hombros anchos como un oso y el cabello completamente gris. Podría haber sido cualquier marinero; no sé por qué le reconocí. Fue como si..., como si todo este tiempo mis ojos hubieran estado esperando precisamente esa figura.

Conocía la sensación. Así era como me había sentido yo al verle por primera vez en mis brazos.

—Lo llamé, pero él ya venía hacia mí. Me arrodillé. Pensé...

Se llevó el puño al pecho, como si pudiese atravesarlo. Se estaba conteniendo.

—Creí que él también me reconocía. Pero estaba gritando. Dijo que no podía robarle y saquear sus tierras, que me iba a dar una lección.

Podía imaginar la sorpresa de Telégono. Él, a quien nunca habían acusado de nada en toda su vida.

—Venía corriendo hacia mí. Le dije que estaba equivocado, que tenía permiso de su hijo, el príncipe. Eso solo sirvió para que se enfureciera aún más. «Yo soy quien gobierna aquí», me dijo.

El viento nos azotaba, su piel estaba rugosa, erizada por el frío. Traté de rodearlo con los brazos, pero era como si hubiera abrazado un roble.

—Se plantó frente a mí. Su rostro estaba cubierto de arrugas y de manchas de sal. Tenía el brazo vendado; la sangre empapaba el vendaje. Llevaba un cuchillo en el cinto.

Sus ojos se perdían en la lejanía, como si estuviese arrodillado en aquella playa otra vez. Recordé los brazos de Odiseo, llenos de cicatrices, marcados por cientos de cortes superficiales como el que describía. Le gustaba luchar cuerpo a cuerpo. Era mejor recibir golpes en los brazos, decía, que en las entrañas. Su sonrisa en la oscuridad de mi habitación. *Esos héroes. Deberías verles las caras cuando echo a correr derechito a ellos.*

—Me dijo que dejase mi lanza. Le dije que no podía, pero él seguía gritando que tenía que tirarla, que la tirase. Entonces trató de agarrarme.

La escena se fue dibujando en mi mente: Odiseo con los hombros desnudos, sus piernas fibrosas, abalanzándose sobre mi hijo, al que no le había salido aún la barba. Todas aquellas historias que le había ocultado me vinieron de repente a la cabeza. Odiseo dejando inconsciente a golpes al amotinado Tersites; todas las veces que el respondón Euríloco aparecía con los ojos morados y la nariz hinchada. Odiseo tenía una paciencia infinita con los caprichos de Agamenón, pero con quienes estaban por debajo de él podía ser tan duro como las tormentas invernales. Le agotaba ver tanta ignorancia en el mundo, tantas voluntades tozudas a las que había que controlar y dirigir hacia sus propósitos, tantos corazones alocados a los que había que conducir diariamente, desviarlos de sus esperanzas particulares hacia la suya. No había boca que contuviese tanta capacidad de persuasión. Había que tomar atajos, y él los tomaba. Quizá hasta le procurase cierto placer aplastar algún alma quejosa que osase interponerse en el camino del Mejor de los Griegos.

¿Y qué habría visto el Mejor de los Griegos al mirar a mi hijo? Un carácter dulce, sin miedo. Un joven que no se había plegado a la voluntad ajena en toda su vida.

Me sentía como una cuerda de la que tiraban con demasiada fuerza, con una tensión insoportable.

—¿Y qué pasó?

—Eché a correr hacia el palacio. Allí podrían contarle que no tenía malas intenciones. Pero él era muy rápido, madre.

Las cortas piernas de Odiseo resultaban engañosas. En rapidez no le andaba a la zaga a Aquiles. En Troya había ganado todas las carreras pedestres. Una vez, luchando, le había puesto la zancadilla a Áyax.

—Agarró mi lanza y me tiró hacia atrás. La funda de cuero cayó. Tenía miedo de soltarla. Temía que...

Telégono estaba vivo ante mí, pero sentí el tardío arranque de pánico. Qué cerca había estado. Si la lanza se hubiera retorcido mientras la tenía agarrada, si lo hubiera rozado...

Y entonces me di cuenta. Lo supe. Su rostro era como un campo quemado. Su voz se quebró de pena.

—Le grité que tenía que tener cuidado. Se lo dije, madre. Le dije: «No dejes que la punta te toque», pero me la arrancó de las manos. Fue el más leve rasguño. Se dio con la punta en la mejilla.

La cola de Trigón. La muerte que había puesto en sus manos.

—Su rostro... se paralizó. Cayó. Traté de limpiarle el veneno, pero no había herida siquiera. «Te llevaré a ver a mi madre», le dije, «y ella nos ayudará». Tenía los labios blancos. Lo abracé. «Soy tu hijo, Telégono, nacido de la diosa Circe.» Me oyó. Creo que me oyó. Me miró antes... de morir.

Sentí la boca vacía. Por fin todo estaba claro. La absoluta desesperación de Atenea, su rostro rígido al decirme que lamentaría que Telégono viviese. Temía que hiciese daño a alguien a quien amaba, ¿y quién era el ser a quien Atenea amaba más?

Me llevé la mano a la boca.

—Odiseo.

Se encogió al oír la palabra, como si fuese una maldición.

—Intenté avisarle. Lo intenté... —Sus palabras se ahogaron.

El hombre con quien tantas noches me había acostado había muerto por el arma que yo había enviado, muerto en los brazos de mi hijo. Las Moiras se estaban riendo de mí, de Atenea, de todos nosotros. Era su broma favorita y amarga: aquellos que luchan contra las profecías no hacen sino apretarlas más en torno a sus gargantas. El brillante cepo se había cerrado, y mi pobre hijo, que nunca había hecho daño a nadie, estaba atrapado. Había navegado de vuelta a casa durante todas aquellas horas vacías, con aquella culpa demoledora en el corazón.

No sentía las manos, pero las obligué a moverse. Lo agarré de los hombros.

—Escucha —dije—, escúchame. No puedes culparte a ti mismo. Estaba escrito hace mucho, escrito de cien maneras distintas. Odiseo me contó una vez que estaba destinado a morir a manos del mar. Creí que se refería a un naufragio, ni siquiera consideré otra posibilidad. Estaba ciega.

—Deberías haber dejado que Atenea me matase. —Tenía los hombros hundidos, la voz apagada.

—¡No! —Lo sacudí, como si pudiese sacarle de encima aquella idea perversa—. Nunca lo conseguiría. Nunca. Ni aunque hubiera sabido entonces lo que iba a pasar. ¿Me estás escuchando? —La desesperación rasgó mi voz—. Conoces las historias de Edipo y de Paris. Sus padres intentaron matarlos, pero ambos vivieron para enfrentarse a sus destinos. Ese ha sido tu camino siempre. Tienes que buscar consuelo en eso.

—¿Consuelo? —Alzó la vista—. Está muerto, madre. Mi padre está muerto.

Mi viejo error de siempre; corría tanto para ayudarlo que no me paraba a

pensar.

—Oh, hijo mío —dije—. Es una auténtica agonía. Yo también la siento.

Sollozó. Mi hombro se fue mojando con el contacto de su rostro. Lloramos juntos bajo las ramas desnudas al hombre que yo había conocido, al hombre que él no había podido conocer. Las grandes manos de labrador de Odiseo. Su voz seca describiendo con precisión las locuras de dioses y mortales. Sus ojos que todo lo veían y tan poco revelaban. Todo había perecido. Lo nuestro no había sido fácil, pero nos habíamos portado bien el uno con el otro. Él había confiado en mí, y yo en él, cuando no había nadie más en quien confiar. Era la mitad de mi hijo.

Después de un rato, se apartó de mí. Sus lágrimas habían menguado, aunque yo sabía que volverían a surgir.

—Tenía la esperanza... —No terminó la frase, pero el final estaba claro. ¿Qué esperan siempre los hijos? Hacer que sus progenitores se enorgullecen de ellos. Sabía lo dolorosa que la muerte de esa esperanza podía ser.

Le puse la mano sobre la mejilla.

—Las sombras del inframundo saben de los actos de los vivos. No te guardará rencor. Te oirá y estará orgulloso.

A nuestro alrededor, los árboles se sacudieron. El viento había cambiado de dirección. Mi tío Bóreas soplabá su frío aliento sobre el mundo.

—El inframundo —dijo—; no había pensado en eso. Estará allí. Cuando muera, podré verlo. Podré suplicarle que me perdone. Pasaremos juntos el resto de la eternidad, ¿no es así?

Su voz estaba llena de esperanza. Vi la imagen en sus ojos: el gran capitán caminando hacia él por los campos de asfódelos. Se arrodillaría sobre sus rodillas de humo, y Odiseo le indicaría con un gesto que se levantase. Vivirían juntos en la casa de los muertos. Juntos adonde yo no podría ir jamás.

La pena me subía por la garganta, amenazando con engullirme. Pero yo había estado dispuesta a tocar el veneno por él. ¿No podía pronunciar esas simples palabras para ofrecerle unas migajas de consuelo?

—Así será —dije.

Su pecho se hinchó, pero se estaba calmando. Se limpió las manchas de las mejillas.

—Entonces, entiendes por qué tenía que traerlos. No podía dejarles allí después de lo que hice. No pude negarme cuando me pidieron venir. Están agotados, y tan afligidos como yo.

Yo también estaba exhausta, falta de sueño y azotada por una ola tras otra.

—¿De quién hablas?

—De la reina y de Telémaco —dijo—. Están esperando en el barco.

Las ramas se inclinaron a mi alrededor.

—¿Los has traído aquí?

Parpadeó ante la agudeza de mi voz.

—Por supuesto. Me pidieron que los trajese. Ya no les quedaba nada en Ítaca.

—¿Cómo que no les quedaba nada? Telémaco es el rey, y Penélope, la reina madre. ¿Por qué iban a marcharse?

Telégono frunció el ceño.

—Eso fue lo que me dijeron. Dijeron que necesitaban ayuda. ¿Cómo podía cuestionar sus intenciones?

—¿Cómo has podido no hacerlo? —El corazón me latía en la garganta. Oí a Odiseo como si estuviese allí mismo. *Mi hijo dará caza a quienes me derriben. Dirá: «Habéis osado derramar la sangre de Odiseo, y ahora la vuestra será derramada».*

—¡Telémaco ha jurado matarte!

Me miró fijamente. Con todas las historias que había oído de hijos que vengaban la muerte de su padre, y aún se sorprendía.

—No —respondió lentamente—. Si hubiera querido matarme, lo habría hecho por el camino.

—Eso no demuestra nada —repliqué con la voz rota—. Su padre empleaba mil argucias, y la primera de ellas era fingir amistad. Quizá quiera atacarnos a los dos. Quizá quiera que yo te vea caer.

Un momento antes nos estábamos abrazando, pero ahora Telégono dio un paso atrás.

—Estás hablando de mi hermano —dijo.

Aquella palabra, *hermano*, en sus labios. Pensé en Ariadna tendiéndole la mano al Minotauro, y en la cicatriz de su cuello.

—Yo también tengo hermanos —dije—. ¿Sabes lo que me harían si estuviese en su poder?

Estábamos sobre la tumba de su padre, y aun así seguíamos librando la misma vieja batalla. Dioses y temor, dioses y temor.

—Es el único descendiente de mi padre que queda en el mundo. No le daré la espalda. —Su aliento sonaba áspero—. No puedo deshacer lo que he hecho, pero al menos puedo hacer esto. Si no nos aceptas, nos iremos. Los llevaré a otra parte.

Sería capaz de hacerlo, no me cabía duda. Se los llevaría lejos. Sentí aquella vieja rabia crecer en mí, la misma rabia que me había hecho jurar que quemaría el mundo entero antes de permitir que le ocurriera mal alguno. Con ella me había enfrentado a Atenea y me había cargado el firmamento sobre los hombros. Me había adentrado en las oscuras profundidades. Había cierto placer en ello, en aquella enorme avalancha ardiente que me atravesaba. En mi mente se sucedían estampas de destrucción: la tierra arrojada a la oscuridad, islas hundiéndose en el mar, mis enemigos transformados y arrastrándose a mis pies. Pero ahora, cuando buscaba esas fantasías, el rostro de mi hijo impedía que arraigasen. Si quemaba el mundo, Telégono ardería con él.

Tomé aliento, dejé que el aire salado llenase mi ser. No necesitaba aquellos poderes, por el momento, al menos. Puede que Penélope y Telémaco fuesen listos, pero no eran Atenea, y a ella la había mantenido alejada dieciséis años. Si creían que podrían hacerle algún daño aquí, estaban muy equivocados. Los hechizos que lo protegían en la isla seguían teniendo efecto. Su loba nunca se alejaba de su lado. Mis leones vigilaban desde sus rocas. Y aquí estaba yo, su madre bruja.

—Vamos, entonces —respondí—. Enseñémosles Eea.

Estaban esperando en la cubierta del barco. Tras ellos, el pálido círculo del sol resplandecía en el cielo frío y proyectaba sombras en sus rostros. Me pregunté si lo habrían planeado así. Odiseo me había dicho una vez que la mitad de un duelo consiste en maniobrar en torno al sol, tratar de que la luz acuchille los ojos de tu enemigo. Pero yo era de la estirpe de Helios, y ninguna luz podía cegarme. Los vi con claridad. Penélope y Telémaco. ¿Qué iban a hacer?, me pregunté, medio atolondrada. ¿Arrodillarse? ¿Cuál es el saludo adecuado para una diosa que ha engendrado un hijo con tu marido? ¿Y si ese hijo provoca luego su muerte?

Penélope inclinó la cabeza.

—Es un honor, diosa. Agradecemos que nos acojas. —Su voz era suave como la nata, su rostro, sereno como el agua en calma. «Muy bien —pensé—. Así es como lo vamos a hacer. Me conozco el cuento.»

—Sois mis honorables huéspedes. Sed bienvenidos —repliqué.

Telémaco llevaba un cuchillo en la cintura. Era el tipo de cuchillo que usan los humanos para destripar animales. Sentí que mi corazón daba un vuelco. Qué listo. Una espada, una lanza, son armas de guerra, pero un viejo cuchillo

de caza, con la empuñadura ya desgastada, no levanta sospechas.

—Y tú eres Telémaco —dije.

Su cabeza hizo un leve movimiento al oír su nombre. Creía que se parecería a mi hijo, repleto de juventud y elegancia, pero era delgado, de gesto serio. Debía de tener unos treinta años. Parecía mayor.

—¿Te ha informado tu hijo de la muerte de mi padre? —preguntó.

*Mi padre.* Las palabras quedaron suspendidas en el aire como un reto. Su audacia me sorprendió; no la esperaba de un aspecto semejante.

—Así es —respondí—. Y la lamento. Tu padre era el tipo de hombre sobre el que se componen canciones.

El rostro de Telémaco se tornó fugazmente rígido. Sentía ira, pensé, por mi osadía al pronunciar el epitafio de su padre. Bien. Me convenía que se enfadase. Así cometería errores.

—Venid —dije.

Los lobos se movían, silenciosos y grises, a nuestro alrededor. Yo iba delante. Necesitaba espacio para respirar antes de que ocupasen mi casa y mi hogar. Un momento para hacer planes. Telégonos llevaba el equipaje, había insistido. No habían traído gran cosa, difícilmente podía ser aquello el armario de una familia real, aunque, por otra parte, Ítaca no era Cnosos. Podía oír a Telégonos detrás de mí, indicándoles los lugares difíciles, las raíces y piedras en las que podían tropezar. Su culpa pesaba en el aire como las brumas invernales. Al menos su presencia parecía distraerlo, sacarlo de su desesperación. En la playa me había tocado el brazo y me había susurrado: *Penélope está muy débil, creo que no está comiendo. ¿Ves lo delgada que está? Deberías mantener a los animales lejos de ella. Y preparar comidas sencillas. ¿Podrías hacer un caldo?*

Me sentía desconectada de la tierra. Odiseo había muerto y aquí estaba Penélope, y yo tenía que prepararle un caldo. Después de pronunciar tantas veces su nombre, finalmente había venido a mí. «Busca venganza —pensé—. Tiene que ser eso. ¿Con qué otro fin iban a venir?»

Llegaron a mi puerta. Nuestras palabras seguían siendo dulces; *pasad, gracias, queréis comer algo, qué amable...* Serví la comida: caldo, por supuesto, y bandejas con queso, pan y vino. Telégonos les sirvió generosos platos, no les quitaba ojo a sus copas. Su rostro seguía tenso con aquellas culpables atenciones. Mi niño, que con tanta destreza había presidido la mesa

ante toda una tripulación de marineros, vacilaba ahora, observándoles como un perro, esperando la menor migaja de perdón. Para entonces ya había oscurecido, las velas estaban encendidas. Sus llamas temblaban al compás de nuestro aliento.

—Mi señora Penélope —dijo—, ¿ves el telar del que te hablé? Lamento que hayas tenido que dejar el tuyo en Ítaca, pero puedes utilizar este siempre que quieras. Si mi madre está de acuerdo.

En otras circunstancias, me hubiera reído. Era un viejo dicho: tejer en el telar de otra mujer es como acostarse con su marido. Observé a Penélope para ver si se inmutaba.

—Me alegra ver tal maravilla. Odiseo me hablaba de él a menudo.

Odiseo. Aquel nombre, desnudo en la habitación. Si ella no vacilaba, yo tampoco lo haría.

—En ese caso, quizá Odiseo te contara también que lo construyó el mismísimo Dédalo. Nunca he sido una tejedora digna de tal regalo, pero tú eres célebre por tu destreza. Espero que lo pruebes.

—Eres demasiado amable —dijo—. Me temo que lo que has oído son exageraciones.

Y así seguimos. No hubo lágrimas ni recriminaciones, y Telémaco no se abalanzó sobre la mesa para atacar a Telégono. Yo no apartaba la vista de su cuchillo, pero él lo llevaba como si no fuese consciente de su presencia. No hablaba, y su madre hablaba muy poco. Mi hijo siguió esforzándose, rellenando el silencio, pero yo veía que su pena iba creciendo por momentos. Sus ojos se fueron apagando. Un leve temblor convulso había comenzado a recorrer su cuerpo.

—Estáis exhaustos —dije por fin—. Os indicaré vuestras camas.

No era una sugerencia. Se levantaron; Telégono se tambaleaba un poco. Les enseñé sus habitaciones a Penélope y Telémaco, les llevé agua para que se aseasen y los vi cerrar sus puertas. Luego seguí a mi hijo y me senté a su lado en la cama.

—Puedo darte una poción para dormir —le dije.

Negó con la cabeza.

—Dormiré.

En su desesperación y fatiga, se mostraba complaciente. Me dejó cogerle la mano y apoyó la cabeza en mi hombro. No pude evitar encontrar cierto placer en ello; él, que tan raras veces me permitía aquella cercanía. Le acaricié el cabello, un poco más claro que el de su padre. Sentí como el temblor le



recorría de nuevo.

—Duerme —murmuré, pero ya estaba durmiendo. Lo recosté con cuidado sobre la almohada, lo tapé con la manta y protegí la habitación con un conjuro para amortiguar el ruido y extinguir la luz. Arcturos jadeaba a los pies de la cama.

—¿Dónde está el resto de tu manada? —le pregunté—. Quiero que vengan aquí también.

Ella me miró con sus pálidos ojos. *Conmigo basta.*

Cerré la puerta al salir y atravesé las sombras nocturnas de mi casa. Al final no había mandado a mis leones que se retirasen. Siempre era instructivo ver cómo reaccionaba la gente ante ellos. Penélope y Telémaco no habían vacilado. Quizá mi hijo les había advertido de su presencia. ¿O era algo que Odiseo habría mencionado? Esta idea me produjo un escalofrío. Escuché, como si pudiese llegarme una respuesta de sus habitaciones. La casa estaba en calma. Dormían, o quizá pensaban en silencio.

Cuando entré en mi comedor, Telémaco estaba allí. Estaba de pie en el centro de la estancia, dispuesto como una flecha contra la cuerda del arco. El cuchillo refulgía en su cinto.

«Aquí viene», pensé. Pero sería en mis términos. Pasé a su lado y me dirigí al hogar. Serví una copa de vino y cogí mi butaca. Sus ojos me seguían en todo momento. *Bien.* Sentí la energía en toda mi piel, como el cielo antes de una tormenta.

—Sé que planeas matar a mi hijo.

Nada se movió, salvo las llamas del hogar.

—¿Cómo lo sabes? —inquirió.

—Porque eres un príncipe, e hijo de Odiseo. Porque respetas las leyes de los dioses y de los hombres. Porque tu padre está muerto, y mi hijo es la causa de su muerte. Quizá pienses intentarlo conmigo también. ¿O solo querías que lo viese?

Mis ojos brillaron, proyectando sus propias sombras.

—Mi señora, no os deseo mal alguno ni a ti ni a tu hijo —afirmó.

—Qué amable —repuse—. Me quedo completamente tranquila.

Sus músculos no eran los de un guerrero, prominentes y duros. Carecía de cicatrices y callosidades, hasta donde yo podía ver. Pero era un príncipe micénico, sofisticado y ágil, entrenado desde la cuna para el combate. Sin duda, Penélope había sido escrupulosa en su educación.

—¿Cómo puedo demostrarte que no miento? —Su tono era de gravedad.

Pensé que se estaba burlando de mí.

—No puedes. Sé que un hijo está obligado a vengar el asesinato de su padre.

—Eso no lo niego. —Su mirada no dudaba—. Pero eso solo es de aplicación si el padre es asesinado.

—¿Y dices que el tuyo no lo ha sido? Sin embargo, traes un cuchillo a mi casa —dije, alzando una ceja.

Miró hacia abajo, como sorprendiéndose al verlo.

—Es para tallar —dijo.

—Ya —repliqué—, eso imaginaba.

Sacó el cuchillo de su cinto y lo dejó encima de la mesa con un crudo tintineo.

—Yo estaba en la playa cuando mi padre murió —dijo—. Había oído los gritos y temía que hubiera una pelea. Odiseo no era... muy afable en los últimos tiempos. Llegué demasiado tarde, pero vi el final. Le había arrebatado la lanza a Telégono. No murió por su mano.

—La mayoría de los hombres no buscan razones para perdonar la muerte de su padre.

—Yo no puedo hablar por esos hombres —respondió—, pero insistir en la culpa de tu hijo sería injusto.

Aquella palabra resultaba extraña en sus labios; era una de las favoritas de su padre. Aquella sonrisa irónica, las manos en alto. *¿Qué puedo decir? El mundo es un lugar injusto.* Ponderé al hombre que estaba ante mí. A pesar de mi ira, había algo atractivo en él. No se andaba con finuras cortesanas. Sus gestos eran sencillos, torpes incluso. Poseía la adusta determinación de un barco preparado para afrontar una tormenta.

—Deberías entender —dije— que cualquier intento de herir a mi hijo fracasará.

Miró de soslayo a los leones que yacían amontonados.

—Creo que lo entiendo.

No esperaba de él esa sequedad en la respuesta, pero no me reí.

—Le dijiste a mi hijo que ya no os quedaba nada en Ítaca. Ambos sabemos que te aguarda el trono. ¿Por qué no lo ocupas?

—Ya no soy bienvenido en Ítaca.

—¿Por qué?

No dudó.

—Porque me quedé mirando mientras mi padre caía. Porque no maté a tu

hijo allí mismo. Y después, cuando la pira ardió, no lloré.

Sus palabras eran serenas, pero había en ellas el calor de las brasas nuevas. Recordé la mirada que había visto en su cara cuando hablé de honrar a Odiseo.

—¿No lloras la muerte de tu padre?

—Sí. Lloro porque jamás conocí al padre que todo el mundo me decía que tenía.

Entorné los ojos.

—Explícate.

—No soy buen narrador.

—No te estoy pidiendo que me cuentes un cuento. Has venido a mi isla. Me debes la verdad.

Pasó un momento y luego asintió.

—Y la tendrás.

Yo había ocupado la silla de madera, él se sentó en la de plata. El antiguo asiento de su padre. Era una de las cosas que primero me había llamado la atención de Odiseo, cómo se espatarraba en la butaca como si fuera un lecho. Telémaco se sentaba recto como un alumno llamado a recitar la lección. Le ofrecí vino. Declinó mi ofrecimiento.

Cuando Odiseo no regresó a casa tras la guerra, dijo, comenzaron a llegar pretendientes en busca de la mano de Penélope. Los vástagos de las familias más prósperas de Ítaca y los ambiciosos hijos de las islas vecinas venían en busca de esposa, y de un trono, si podían hacerse con él.

—Ella los rechazó a todos, pero ellos se iban quedando en palacio año tras año, comiendo de nuestra despensa, exigiéndole a mi madre que eligiera a alguno de ellos. Ella les pedía una y otra vez que se fuesen, pero ellos se negaban. —La ira todavía ardía en su voz—. Sabían que no les podíamos hacer nada; no éramos más que un jovencito y una mujer solos. Cuando yo les recriminaba su actitud, se limitaban a reír.

Yo misma había conocido hombres así. Y los había enviado a mi pocilga.

Pero entonces Odiseo regresó. Diez años después de zarpar de Troya, siete después de abandonar Eea.

—Vino disfrazado de mendigo y solo nos reveló su identidad a unos pocos. Ideamos una forma de poner a prueba el coraje de los pretendientes de mi madre: quien fuese capaz de tensar la cuerda del gran arco de Odiseo ganaría

la mano de mi madre. Uno por uno, los pretendientes lo intentaron y fracasaron. Finalmente, mi padre dio un paso adelante. Con un solo movimiento, tensó la cuerda y atravesó la garganta del peor de ellos con una flecha. Había pasado mucho tiempo temiendo a aquellos hombres, pero cayeron ante él como la hierba al paso de la guadaña. Los mató a todos.

El hombre de guerra, curtido por veinte años de lucha. El Mejor de los Griegos después de Aquiles blandía su arco una vez más. Por supuesto que no habían tenido la menor oportunidad ante él. Eran muchachos inexpertos, sobrealimentados y mimados. Era una buena historia: los pretendientes, haraganes y crueles, asediando a la fiel esposa, amenazando al heredero leal. Se habían ganado su castigo de acuerdo con las leyes de los dioses y de los humanos, y Odiseo se presentó como la muerte misma para imponérselo; era el héroe ofendido que enderezaba el curso del mundo. Hasta a Telégono le hubiera parecido bien esa moraleja. Y, sin embargo, la estampa me resultaba repulsiva: Odiseo, vadeando ríos de sangre en los salones con los que tanto había soñado.

—Al día siguiente vinieron los padres de los pretendientes. Eran todos hombres de la isla. Nicanor, que poseía los mayores rebaños de cabras. Agatón, con su vara de pino tallada. Eupeites, que siempre me dejaba coger peras de su huerto. Fue él quien habló, y dijo: *Nuestros hijos eran invitados en tu casa, y tú los mataste. Buscamos reparación.*

*Vuestros hijos eran ladrones y villanos*, dijo mi padre. Luego hizo un gesto, y mi abuelo arrojó su lanza. La cabeza de Eupeites se partió en dos y sus sesos saltaron por los aires. Mi padre nos ordenó que matáramos al resto, pero entonces se presentó Atenea.

Así que Atenea había vuelto a él por fin.

—Ella dio el conflicto por zanjado. Los pretendientes habían pagado un precio justo y no habría más derramamiento de sangre. Pero, al día siguiente, empezaron a llegar los padres de los guerreros. «¿Dónde están nuestros hijos?», querían saber. «Llevamos veinte años esperando su regreso de Troya.»

Yo conocía las historias que Odiseo tendría que contarles: tu hijo fue devorado por un cíclope; a tu hijo se lo comió Escila; tu hijo fue descuartizado por caníbales; tu hijo se emborrachó y se cayó de una azotea; unos gigantes hundieron el barco de tu hijo mientras yo huía.

—Tu padre aún tenía tripulación cuando zarpó de mi isla. ¿No sobrevivió ninguno de sus miembros?

Vaciló un momento.

—¿No lo sabes?

—¿El qué? —Pero, mientras hablaba, se me secó la boca tanto como las arenas amarillas de Eea. En la locura que había sido la infancia de Telégono, no había tenido tiempo de preocuparme por lo que no estaba en mis manos, pero entonces recordé la profecía de Tiresias con tanta claridad como si Odiseo acabara de contármela—. El ganado —dije—. Se comieron el ganado.

Telémaco asintió.

—Así es.

Un año habían vivido conmigo aquellos hombres impetuosos y temerarios. Los había alimentado, había tratado sus enfermedades y curado sus heridas, me había complacido en ver su recuperación. Y ahora estaban barridos de la faz de la tierra como si no hubieran vivido jamás.

—Cuéntame cómo pasó.

—Cuando su barco pasaba junto a Trinakia, estalló una tormenta que los obligó a atracar en la isla. Mi padre hizo guardia durante días, pero la tormenta no cesaba, el barco encalló y mi padre acabó por quedarse dormido.

El mismo cuento de siempre.

—Mientras dormía, sus hombres mataron algunas vacas. Las dos ninfas que guardan la isla lo presenciaron y se lo contaron... —vaciló de nuevo. Lo vi ponderar las palabras: *a tu padre*— al señor Helios. Cuando mi padre se hizo a la mar de nuevo, el barco se hizo añicos. Todos los hombres se ahogaron.

Podía imaginar a mis medio hermanas, con sus largas cabelleras doradas y los ojos pintados, sobre sus bonitas rodillas. *Oh, padre, no ha sido culpa nuestra. Castígalos.* Como si alguna vez hubiera necesitado que lo animasen. Helios y su inagotable ira.

Sentía los ojos de Telémaco puestos en mí. Me obligué a alzar mi copa y beber.

—Prosigue. Sus padres fueron a palacio.

—Sus padres vinieron a palacio y, cuando supieron de la muerte de sus hijos, empezaron a exigir la parte del botín que sus hijos habían ganado luchando en Troya. Odiseo dijo que estaba todo en el fondo del mar, pero los hombres insistieron. Vinieron una y otra vez, y con cada visita la rabia de mi padre iba en aumento. Azotó a Nicanor con una vara. Derribó a Cleito. «¿Quieres saber la verdadera historia de tu hijo? Era un imbécil y un fanfarrón. Era avaricioso y estúpido y desobedeció a los dioses.»

Me desconcertó oír palabras tan burdas en boca de Odiseo. Una parte de

mí quiso protestar, decir que no sonaba propio de él, pero ¿cuántas veces lo había oído alabar tácticas semejantes? La única diferencia era que ahora Telémaco me lo estaba contando con claridad. Imaginé a Odiseo suspirando y levantando las manos en el aire. *Así es la vida del comandante. Así de tonta es la humanidad. ¿No es acaso parte de nuestra tragedia humana que algunos hombres hayan de ser azotados como burros para hacerlos entrar en razón?*

—Después de eso no volvieron más, pero mi padre seguía rumiando. Estaba seguro de que conspiraban contra él. Mandó poner centinelas por todo el palacio, de día y de noche. Hablaba de entrenar perros y de cavar trincheras para capturar a los villanos en la oscuridad. Diseñó los planos de una gran empalizada que quería construir, como si estuviésemos en un campamento de guerra. Debería haber dicho algo entonces, pero... aún tenía la esperanza de que aquello se le pasase.

—¿Y tu madre? ¿Qué pensaba ella?

—No pretendo saber lo que piensa mi madre. —Su voz se había tensado. Recordé que no se habían hablado en toda la noche.

—Ella te crio, alguna idea debes tener.

—Nadie puede adivinar lo que está haciendo mi madre hasta que lo ha hecho. —Ahora no solo había tensión en su voz, sino también amargura. Esperé. Había empezado a darme cuenta de que el silencio lo animaba a hablar más que las palabras.

»Hubo una época en que compartíamos todos nuestros secretos —dijo—. Diseñábamos la estrategia que seguiríamos cada noche con los pretendientes: si iba a recibirlos o no, si se mostraría altiva o conciliadora, si debía sacar el vino bueno o si debíamos fingir alguna confrontación ante ellos. Cuando era niño estábamos juntos todos los días. Me llevaba a nadar, y después nos sentábamos debajo de un árbol y observábamos a las gentes de Ítaca en sus tareas cotidianas. Mi madre conocía la historia de cada hombre o mujer que pasaba y me la contaba, pues siempre decía que si uno quiere gobernar al pueblo, debe comprenderlo primero.

La mirada de Telémaco estaba clavada en el aire. La luz del fuego resaltaba un bache en su nariz en el que no había reparado antes. Una vieja fractura.

—Siempre que me inquietaba por la seguridad de mi padre, ella sacudía la cabeza. «Nunca temas por él. Es demasiado listo como para dejarse matar, pues conoce todas las argucias que puede albergar el corazón de los hombres, y cómo volverlas a su favor. Sobrevivirá a la guerra y regresará a casa.» Y yo

me quedaba tranquilo, ya que lo que mi madre decía siempre acababa ocurriendo.

Como un arco de buena factura, así la había descrito Odiseo. Una estrella fija. Una mujer que se conocía a sí misma.

—Una vez le pregunté cómo lo hacía, cómo podía entender el mundo tan bien. Me dijo que era cuestión de mantenerse muy quieta y de no mostrar tus emociones, de dejar espacio para que los demás revelen sus intenciones. Intentó ponerlo en práctica conmigo, pero la hacía reír. «¡Eres tan discreto como un toro escondiéndose en una playa!», me decía.

Era cierto que Telémaco no era discreto. El dolor se dibujaba con claridad y precisión en su rostro. Lo compadecí, pero, si era sincera, también lo envidiaba. Telégono y yo no perdimos una cercanía que jamás habíamos tenido.

—Entonces mi padre regresó a casa y todo aquello desapareció. Era como una tormenta de verano, que lo ilumina todo en el cielo. Cuando él estaba presente, todo lo demás se desvanecía.

Yo conocía ese truco de Odiseo. Lo había visto todos los días durante un año.

—Acudí a ella el día que mi padre azotó a Nicanor. «Temo que está yendo demasiado lejos», le dije. Ni siquiera apartó la mirada de su telar. Lo único que me respondió es que debíamos darle tiempo.

—¿Y ayudó el tiempo?

—No. Cuando mi abuelo murió, mi padre culpó a Nicanor, solo los dioses saben por qué. Le disparó con su arco y arrojó el cadáver a la playa para que se lo comieran los pájaros. Para entonces no hablaba más que de conspiraciones, de que los hombres de la isla estaban reuniendo armas contra él, de que los sirvientes se confabulaban para traicionarlo. Por la noche caminaba de un lado a otro frente al hogar, y cada palabra que salía de su boca era sobre guardias y espías, medidas y contramedidas.

—¿Y se produjeron esas traiciones?

—¿Una revuelta en Ítaca? —Negó con la cabeza—. No tenemos tiempo para eso. La rebelión es cosa de islas prósperas, o para los que están tan oprimidos que no tienen elección. Para entonces yo estaba furioso. Le decía que no había conspiración alguna, que nunca la había habido y que haría mejor diciéndoles alguna palabra amable a nuestros hombres que conspirando para matarlos. Me sonrió. «¿Sabes que Aquiles fue a la guerra con diecisiete años? —me dijo—. Y no era el soldado más joven que había en Troya. Chicos de

trece, catorce años lucharon con honor en el campo de batalla. He descubierto que el coraje no es cuestión de edad, sino de espíritus valerosos.»

No imitaba a su padre, no exactamente. Sin embargo, el ritmo de su discurso poseía la cautivadora dulzura y confidencialidad del de Odiseo.

—Quería decir que yo era una deshonra, por supuesto. Un cobarde. Que debería haberme enfrentado yo solo a los pretendientes. ¿Acaso no tenía quince años cuando empezaron a llegar? Debería haber sido capaz de disparar con su arco, no solo de tensar la cuerda. En Troya no hubiera sobrevivido ni un solo día.

Podía ver la escena: el humo del fuego y el olor a bronce viejo, y al jugo de las olivas prensadas. Y Odiseo envolviendo a su hijo en vergüenza con toda su destreza.

—Le dije que ahora estábamos en Ítaca, que la guerra había terminado y que todo el mundo lo sabía menos él. Eso lo enfureció. Dejó de sonreír. Me dijo: «Eres un traidor. Deseas que muera para ocupar mi trono. Quizá hasta pienses en apurar el proceso».

La voz de Telémaco era firme, casi monocorde, pero sus nudillos se pusieron blancos en el brazo de la butaca.

—Le dije que era él quien deshonraba nuestra casa, que podía vanagloriarse de sus hazañas de guerra todo lo que quisiera, pero que lo único que había traído a casa era muerte; que sus manos nunca volverían a estar limpias y tampoco las mías, pues lo había seguido en su baño de sangre y lo lamentaría el resto de mis días. Después de eso todo acabó. Me expulsó de sus consejos. Me echó de sus salones. Le oía gritarle a mi madre que había criado una víbora.

El salón quedó en silencio. Podía sentir el lugar en el que el calor del fuego se desvanecía y moría ante el frío del invierno.

—La verdad es que creo que él hubiera preferido que hubiera sido un traidor. Al menos así hubiera podido entender a su hijo.

Lo había estado observando, mientras hablaba, en busca de los gestos de su padre, de esas argucias de Odiseo que eran tan invisibles como las mareas del océano. Las pausas y las sonrisas, el tono seco y los gestos despectivos, todos ellos armas que blandía contra quien lo escuchaba para convencer, provocar y, sobre todo, aplacar. No había visto nada de ello. Telémaco recibía los golpes de frente.

—Después fui a ver a mi madre, pero él había puesto guardias para negarme el paso y, cuando grité por encima de sus cabezas, mi madre dijo que



debía ser paciente y que no lo provocase. La única persona que estaba dispuesta a hablar conmigo era mi vieja aya, Euriclea, que también había sido el aya de mi padre. Nos sentamos junto al fuego, comiendo pescado. *No siempre fue así*, me decía ella una y otra vez. Como si eso cambiase algo. Aquel hombre furioso era el único padre que yo tenía. Ella murió poco después, pero mi padre no se quedó a ver arder su pira. Dijo que estaba harto de vivir entre cenizas. Se hizo a la mar en una barca y regresó un mes después con cintos de oro, copas y una coraza nueva, y las ropas cubiertas de salpicaduras y de sangre seca. Nunca lo había visto tan feliz. Pero no duró. A la mañana siguiente estaba gruñendo porque el salón estaba lleno de humo y los criados eran torpes.

Lo había visto con ese tipo de humor. Cada pequeño defecto del mundo lo enfurecía, el despilfarro, la estupidez y la lentitud de sus hombres, y también las cosas irritantes de la naturaleza, las picaduras de las moscas, la madera que se combaba y las zarzas que le desgarraban la capa. Cuando vivía conmigo, yo mitigaba todas esas cosas, envolviéndolo en mi magia y mi divinidad. Quizá por eso había sido tan feliz. Yo había llamado idilio al tiempo que pasamos juntos. Quizá *ilusión* hubiera sido una palabra más adecuada.

—A partir de entonces, comenzó a hacer saqueos cada mes. Nos llegaban informes poco creíbles: que había tomado una nueva esposa, la monarca de algún reino continental; que allí gobernaba felizmente entre vacas y cebada; que lucía una diadema de oro, daba banquetes hasta el amanecer, comía jabalíes enteros y reía a carcajadas; que había tenido otro hijo.

Tenía los ojos de Odiseo. De la misma forma y color, incluso en intensidad, pero la expresión era distinta: la mirada de Odiseo siempre trataba de atraer, de engatusar; la de Telémaco se volvía sobre sí misma.

—¿Había algo de cierto en todo eso?

Él levantó los hombros y los dejó caer.

—¿Quién puede saberlo? Quizá iniciase los rumores él mismo para hacernos daño. Le mandé un mensaje a mi madre diciendo que las cabras necesitaban una atención especial y me fui a vivir a una cabaña del monte. Mi padre podía conspirar y enfurecerse, pero así no tendría que verlo. Mi madre podía comer un trozo de queso en todo el día y dejar que sus ojos envejeciesen ante su telar, y tampoco tendría que verlo.

El fuego había consumido todos los leños. Los restos refulgían blancos moteados de ceniza.

—Y en esta miserable situación llegó tu hijo. Espléndido como el sol, dulce como la fruta madura. Llevaba aquella lanza ridícula y regalos para todos, cráteras de plata, capas y oro. Su rostro era apuesto y sus esperanzas restallaban como el fuego. Me daban ganas de sacudirle. Pensé: «Cuando mi padre regrese, este pobre muchacho aprenderá que la vida no es como el canto de un bardo». Y así fue.

La luna se había alejado de la ventana, y la estancia estaba envuelta en sombras. Las manos de Telémaco descansaban sobre sus rodillas.

—Intentabas ayudarlo —dije—. Por eso bajaste a la playa.

Sus ojos estaban clavados en las cenizas de la hoguera.

—Pero resultó que no me necesitaba.

Cuántas veces había imaginado a Telémaco. Como un muchacho callado esperando a Odiseo, como un joven fogoso clamando venganza por tierra y mar. Pero ahora era un hombre, y su voz sonaba apagada y exhausta. Era como esos mensajeros que recorren distancias enormes con noticias para sus reyes. Emiten sus palabras entre jadeos y luego caen al suelo para no volver a levantarse.

Sin pensar, estiré el brazo y le puse la mano sobre el suyo.

—Tú no eres tu sangre. No dejes que tu padre te arrastre con él.

Bajó la mirada hacia mis dedos por un momento, luego la alzó hacia mi rostro.

—Me compadeces. No lo hagas. Mi padre mentía sobre muchas cosas, pero estaba en lo cierto cuando me llamó cobarde. Permití que fuese así año tras año, que se enfureciese y azotase a los criados, que gritase a mi madre y convirtiese nuestra casa en cenizas. Me ordenó que lo ayudase a matar a los pretendientes y lo hice. Luego me dijo que matase a todos los hombres que los habían ayudado, y también lo hice. Luego me ordenó que reuniese a todas las esclavas que habían yacido con alguno de ellos y las obligase a limpiar el suelo cubierto de sangre, y que, cuando terminasen, las matase también.

Esas palabras me sobresaltaron.

—Las muchachas no habían tenido elección. Odiseo tenía que saberlo.

—Odiseo me ordenó que las desollase como si fuesen animales. —Sus ojos sostuvieron mi mirada—. ¿No me crees?

No recordé una historia, sino docenas. Siempre le habían gustado las venganzas. Siempre había detestado a quienes creía que le habían traicionado.

—¿Hiciste lo que te ordenó?

—No —respondió—. En lugar de eso, las colgué. Cogí doce trozos de sogas

e hice doce nudos. —Cada palabra era un cuchillo que clavaba en sus propias carnes—. Nunca había visto cómo se hacía, pero recordé que en todos los cuentos de mi infancia las mujeres siempre se colgaban. Pensé que debía ser más adecuado, más piadoso. Debería haber empleado la espada. Veré sus pies retorciéndose el resto de mis días. Buenas noches, mi señora Circe.

Recogió el cuchillo que había dejado en la mesa y desapareció.

La tormenta había pasado y el cielo nocturno volvía a estar despejado. Caminé, deseando sentir la brisa recién lavada en mi piel, con la tierra hundiéndose suavemente bajo mis pies, para sacudirme la horrible imagen de los cuerpos colgando. Sobre mi cabeza navegaba mi tía, pero ya no me preocupaba. Le gustaba observar a los amantes, y hacía mucho tiempo que yo ya no lo era. Quizá no lo había sido nunca.

Imaginaba el rostro de Odiseo mientras mataba a aquellos pretendientes, uno a uno. Lo había visto cortar leña. Lo hacía con un solo movimiento, rápido y limpio. Habrían muerto a sus pies, su sangre manchándole hasta las rodillas. Repararía en ello fríamente, distante, como quien cuenta monedas: *Hecho*.

El calor vendría luego, al verse en medio de aquella matanza y sentir aún su rabia desbordante, insaciable. Y seguiría alimentándola, como quien echa leños al fuego para que siga ardiendo. Los hombres que habían ayudado a los pretendientes, las esclavas que se habían acostado con ellos, los padres que osaron oponerse a él. Y hubiera seguido, de no haber intervenido Atenea.

¿Y yo qué? ¿Cuánto tiempo hubiera seguido llenando mi pocilga de no haber aparecido Odiseo? Recordé la noche que me preguntó por los cerdos.

—Dime, ¿cómo decides qué hombre merece castigo y cuál no? ¿Cómo puedes decidir con certeza, este corazón está podrido, este no? ¿Y si te equivocas? —me había dicho.

El vino y el fuego me habían templado el ánimo aquella noche; me dejé engatusar por su mirada.

—Pensemos en un barco lleno de marineros —respondí—. Entre ellos sin duda habrá unos peores que otros. Algunos se regocijarán en la violación y la piratería, pero otros serán novatos y no tendrán apenas barba. Algunos serán incapaces de verse robando, salvo que sus familias estén muriendo de hambre. Algunos se avergonzarán después, algunos lo harán por orden de su capitán, y porque pueden ocultarse entre el resto de sus compañeros.

—Y, entonces, ¿a cuáles transformas y a cuáles dejas ir? —preguntó.

—Los transformo a todos —contesté—. Han venido a mi casa. ¿Qué me importa a mí lo que hay en sus corazones?

Él sonrió y alzó su copa hacia mí.

—Mi señora, estamos de acuerdo.

Un búho pasó rozando mi cabeza con sus alas. Oí el ruido de algo que se movía entre los matorrales, de un pico partiendo algo. Un ratón había muerto por su falta de precaución. Me alegró que Telémaco no pudiese saber de aquellas palabras entre su padre y yo. Por aquel entonces me jactaba de mi crueldad; me sentía intocable, llena de rabia y poder. Apenas recordaba ya cómo era.

A Odiseo le gustaba aparentar que era un hombre como cualquier otro, pero no había nadie como él y, ahora que había muerto, no había nadie en absoluto. Todos los héroes son tontos, le gustaba decir. Lo que quería decir era *todos los héroes menos yo*. Así que ¿quién podía corregirlo cuando se equivocaba? Había visto a Telégono en la playa y lo había tomado por un pirata. Había visto a Telémaco en su palacio y lo había acusado de conspiración. Había tenido dos hijos y no había sabido entender con claridad a ninguno de los dos. Pero quizá ningún progenitor sea capaz de ver realmente a sus hijos. Cuando los miramos vemos únicamente el reflejo de nuestros propios defectos.

Para entonces me encontraba en el bosquecillo de cipreses. Sus ramas parecían negras en la oscuridad, y al pasar sus hojas me rozaron la cara, y sentí el leve tacto pegajoso de su savia. A Odiseo le agradaba aquel lugar. Lo recuerdo pasando la mano por un tronco. Era una de las cosas que más me gustaba de él: su forma de admirar el mundo como si fuera una joya, de girar sus facetas para que captasen la luz. Un barco bien construido, un árbol bien desarrollado, una historia bien contada: todo eso suponía un placer para él.

No había nadie como él, pero había alguien que había estado a su altura y ahora dormía en mi casa. Telémaco no suponía ningún peligro, pero ¿ella? ¿Planeaba cortarle la garganta a mi hijo, llevar a cabo su venganza? Intentase lo que intentase, mis hechizos lo protegerían. Ni siquiera Odiseo podría anular mis conjuros con su palabrería, aunque de hecho había logrado anular a la bruja.

El rocío empezaba a cubrir la hierba. Mis pies estaban fríos y plateados por su tacto. Telémaco estaría en su cama, contemplando esta misma oscuridad, viendo cómo se hacía jirones por el este. Pensé en su rostro al contar que había colgado a las esclavas, en cómo había puesto ese recuerdo sobre su piel como un hierro candente. «Debería haberle dicho algo más»,

pensé. Podía haberle dicho que no era el primer hombre que había matado por causa de Odiseo; que había habido todo un ejército que había plegado sus lanzas a la voluntad de su padre. Apenas conocía a Telémaco, pero por algún motivo pensé que eso no le serviría de consuelo. Visualizaba la amargura en su rostro. *Sabrás perdonar que no me alegre la idea de ser uno más dentro de un largo linaje de villanos.*

De todos los hijos del mundo, no era el que hubiera imaginado que tendría Odiseo. Era rígido como un heraldo, franco hasta la grosería. Mostraba sus heridas abiertamente. Cuando le había tendido la mano, había visto una emoción en su rostro a la que no sabría ponerle nombre. Sorpresa mezclada con algo como el desagrado. Bueno, no tenía nada que temer. No volvería a hacerlo.

Y con ese pensamiento volví a casa.

Vi salir el sol sentada delante de mi telar. Saqué pan, queso y fruta, y, cuando oí moverse a mi hijo, fui a su puerta. Me alivió ver que su rostro no estaba tan apagado, pero la pena seguía en él, la pesada conciencia: *Mi padre ha muerto.*

Se levantaría así durante mucho tiempo, lo sabía.

—Ayer hablé con Telémaco —dije—. Tienes razón con respecto a él.

Alzó las cejas. ¿Acaso me creía incapaz de ver lo que tenía delante de mis ojos? ¿O solo de reconocerlo?

—Me alegra que lo veas así —dijo.

—Ven. He servido el desayuno. Creo que Telémaco está dando un paseo. ¿Lo vas a dejar solo con los leones?

—¿No vienes con nosotros?

—Tengo hechizos que hacer.

No era cierto. Volví a mi cuarto y los escuché hablar sobre el barco, la comida, la última tormenta. El bálsamo de las cosas cotidianas. Telégono propuso ir y volver a guardar el barco en la cueva. Telémaco accedió. Oí dos pares de pies pisando la piedra, y la puerta se cerró. Un día antes me hubiera parecido una locura dejarlos marchar juntos. Hoy me parecía un regalo para mi hijo. Sentí una punzada de bochorno: Telémaco y Telégono. Sabía cómo sonaba haberle puesto ese nombre a mi hijo, como un perro que araña la puerta por la que no le dejan entrar. Quise explicar que nunca había creído que fueran a conocerse, que su nombre era solo para mí. *Nacido lejos*, era su significado. Lejos de su padre, sí, pero también del mío. De mi madre y de

Océano, del Minotauro, de Pasífae y de Eetes. Nacido para mí, en mi isla de Eea.

No iba a buscarle excusas.

Había recuperado la lanza, que ahora estaba apoyada contra la pared de mi habitación. Le saqué la funda de cuero. La cola de Trigón resultaba más extraña aún en tierra: espectral y dentada. La giré, y la luz se reflejó en las ínfimas gotas de veneno que coronaban cada uno de sus suaves dientes. «Tengo que devolverla», pensé. *Todavía no.*

Oí otro movimiento al fondo del salón. Pensé en todos aquellos hombres y mujeres que habían desvelado sus secretos mientras Penélope los escuchaba. Volví a ponerle la funda de cuero a la lanza y abrí las contraventanas. Fuera hacía una mañana preciosa, y el viento traía los primeros indicios de lo que pronto maduraría en primavera.

Llamaron a mi puerta, como había imaginado.

—Adelante —dije.

Estaba en el umbral, vestida con una capa pálida por encima de un vestido gris, como si estuviera envuelta en la seda de una telaraña.

—Vengo a decirte que estoy avergonzada. Ayer no expresé mi gratitud como debía. No solo por tu hospitalidad de ahora, sino también por la hospitalidad con mi marido.

Con aquella voz tan dulce, me resultaba imposible decir si el comentario tenía segundas intenciones. Si era así, estaba en su derecho, supuse.

Luego añadió:

—Odiseo me contó cómo lo ayudaste en su camino. No hubiera sobrevivido sin tus consejos.

—Eso es mucho decir. Él era inteligente.

—A veces —dijo ella. Sus ojos eran del color del fresno—. ¿Sabes que después de abandonar tu isla estuvo con otra ninfa? Calipso. Ella se enamoró de él y esperaba convertirlo en su esposo inmortal. Siete años lo retuvo en su isla, envolviéndolo en ropajes divinos, alimentándolo con delicias.

—Y él no se lo agradeció.

—No. La rechazó y oró a los dioses para que lo liberasen. Finalmente, estos la obligaron a dejarlo marchar.

Creo que no imaginé la satisfacción que se insinuaba en su voz.

—Cuando llegó tu hijo, creí que quizá fuera de Calipso. Pero entonces vi el tejido de su capa y recordé el telar de Dédalo.

Era extraño lo mucho que sabía de mí. Aunque, por otra parte, yo también

sabía de ella.

—Calipso lo aduló, y tú transformaste a sus hombres en cerdos. Pero era a ti a quien prefería, ¿no te parece extraño?

—No —respondí.

Casi sonrió.

—Solo un poco.

—No sabía de la existencia de su hijo.

—Lo sé —dijo—. Nunca me lo hubiera ocultado. —Eso sí que iba con segundas.

—Anoche hablé con tu hijo —dije.

—¿Ah, sí? —Creí captar algo peculiar en su voz.

—Me explicó por qué teníais que abandonar Ítaca. Lo lamenté.

—Tu hijo fue muy amable al traernos. —Sus ojos habían descubierto la cola de Trigón—. ¿Es como el aguijón de una abeja, que solo pica una vez? ¿Como una serpiente?

—Podría envenenar más de mil veces. No se acaba nunca. Estaba pensado para detener a una diosa.

—Telégono nos contó que te habías enfrentado a Trigón.

—Así es.

Asintió con un gesto íntimo, como de confirmación.

—Nos contó que habías tomado más precauciones para protegerle. Que habías hechizado la isla y que ningún dios, ni siquiera los olímpicos, puede entrar en ella.

—Los dioses de los muertos sí pueden entrar —dije—, pero ningún otro.

—Eres afortunada —dijo— al poder invocar esa protección. —De la playa llegaba el leve sonido de nuestros hijos moviendo el barco—. Me da vergüenza pedirte esto, pero no he traído una capa negra conmigo. ¿Tienes alguna que pueda ponerme? Quisiera llevar luto por él.

La miré, tan vívida en mi puerta como la luna en el cielo otoñal. Sus ojos sostuvieron mi mirada, grises y firmes. Se suele decir que las mujeres son criaturas delicadas, como flores, huevos, cualquier cosa que pueda quebrarse con un descuido momentáneo. Si alguna vez lo creí, dejé de creerlo.

—No —dije—, pero tengo hilo y un telar. Ven.

Sus dedos recorrieron suavemente las varas del telar; dio una palmadita a los hilos de la trama como el dueño de un establo se la da a un caballo preciado. No hizo preguntas; parecía absorber el funcionamiento del telar con solo tocarlo. La luz de la ventana resplandecía en sus manos, como si deseara iluminar su trabajo. Cuidadosamente sacó mi tapiz a medio acabar y colocó el hilo negro. Sus movimientos eran precisos, no desperdiciaban nada. Era nadadora, me lo había contado Odiseo, sus largos miembros se abrían camino sin esfuerzo hacia su destino.

Fuera, el cielo había cambiado. Las nubes flotaban tan bajas que parecían rozar las ventanas, y oí como empezaban a caer los primeros goterones. Telémaco y Telégono entraron en tromba por la puerta, mojados de arrastrar el barco. Cuando Telégono vio a Penélope en el telar se acercó enseguida, asombrado por la delicadeza de su trabajo. Yo estaba observando a Telémaco. Su rostro se endureció y se giró con un gesto brusco hacia la ventana.

Serví el almuerzo y comimos casi en silencio. La lluvia iba amainando. No podía soportar la idea de pasar toda la tarde encerrada y me llevé a mi hijo a dar un paseo por la playa. La arena estaba dura y húmeda, y nuestras huellas parecían cortadas a cuchillo. Enganché mi brazo en el suyo y me sorprendí cuando él lo dejó estar. Su temblor del día anterior había desaparecido, pero yo sabía que volvería.

Era solo un poco después de mediodía, pero algo en el aire daba una sensación de ocaso y anochecer, como un velo sobre mis ojos. Mi conversación con Penélope tiraba de mí. En el momento, me había sentido sagaz y astuta, pero, ahora que lo repasaba todo en mi mente, me di cuenta de lo poco que había hablado ella. Yo había querido hacerle preguntas y, en vez de ello, me veía enseñándole mi telar.

*Él, en cambio, esquivó a la bruja con palabras.*

—¿De quién fue la idea de venir aquí? —dije.

Él frunció el ceño ante lo repentino de mi pregunta.

—¿Acaso importa?



—Me produce curiosidad.

—No lo recuerdo. —Pero no me miró a los ojos.

—No fue idea tuya.

Él dudó.

—No. Yo sugerí Esparta.

Era la idea natural. El padre de Penélope vivía en Esparta. Su prima era reina allí. Una viuda sería bienvenida.

—Entonces, tú no dijiste nada de Eea.

—No. Pensé que sería... —No terminó la frase. *Una falta de tacto*, claro.

—Entonces, ¿quién fue el primero en mencionarlo?

—Puede que fuera la reina. Recuerdo que dijo que preferiría no ir a Esparta. Que quería tomarse un poco de tiempo.

Escogía sus palabras con cuidado. Sentí un zumbido bajo la piel.

—¿Tiempo para qué?

—Eso no lo dijo.

Penélope la tejedora, que era capaz de hacerte subir y bajar por entre los hilos de su trama. Atravesamos unos matorrales y comenzamos a subir la ladera bajo las ramas oscuras y húmedas.

—Resulta extraño. ¿Pensaba que su familia no la iba a recibir bien? ¿Tuvo algún conflicto con Helena? ¿Dijo si tenía algún enemigo?

—No lo sé. No. Claro que no habló de enemigos.

—¿Qué dijo Telémaco?

—No estaba allí.

—Pero ¿no se sorprendió cuando se enteró de que ibais a venir aquí?

—Madre...

—Basta con que me digas las palabras de ella. Dilas tal como las recuerdas.

Se había detenido en el sendero.

—Pensaba que ya no sospechabas de ellos.

—No de que vayan a vengarse. Pero hay otros asuntos.

Respiró hondo.

—No recuerdo con exactitud. Ni sus palabras ni nada en absoluto. Lo veo todo gris como la niebla. Lo sigo viendo gris.

El dolor había vuelto a surgir en su rostro. No dije más, pero mientras caminábamos mi mente seguía dándole vueltas a aquella idea, como unos dedos tratando de deshacer un nudo. Había un secreto bajo aquella telaraña. Penélope no había querido ir a Esparta y, en vez de eso, había ido a la isla de

la amante de su marido. Y quería tomarse un tiempo. ¿Para qué?

Para entonces habíamos llegado a la casa. Dentro, ella trabajaba en el telar. Telémaco estaba de pie junto a la ventana. Tenía las manos crispadas y el ambiente era tenso. ¿Habían discutido? Miré el rostro de ella, pero estaba vuelto hacia sus hilos y no dejaba traslucir nada. Nadie gritó, nadie lloró, pero pensé que habría preferido eso a aquella callada tensión.

Telégono carraspeó.

—Tengo sed. ¿Alguien más quiere una copa?

Vi cómo espitaba el tonel y servía. Mi hijo con su valiente corazón. Incluso en las penas trataba de subirnos a todos el ánimo, de llevarnos de un momento al siguiente, pero tampoco había mucho que pudiese hacer. La tarde transcurrió en silencio. La cena fue igual. En cuanto se acabó la comida, Penélope se puso en pie.

—Estoy cansada —dijo.

Telégono se quedó hasta un poco más tarde, pero en cuanto subió la luna estaba cubriendo sus bostezos con las manos. Lo envié con Arcturos. Esperaba que Telémaco fuese con él, pero cuando me volví aún estaba en su sitio.

—Creo que sabes historias de mi padre —dijo—. Me gustaría oírlas.

Su atrevimiento seguía pillándome desprevenida. Durante todo el día se había mantenido aparte, evitando mi mirada, reticente y casi invisible. Entonces, de repente, se plantaba delante de mí como si hubiese crecido allí mismo hacía cincuenta años. Era un truco que incluso Odiseo habría admirado.

—Probablemente sepas ya todo lo que tengo que contar —dije.

—No. —La palabra resonó en la estancia—. Él le contaba a mi madre sus historias, pero cuando yo preguntaba, me decía que hablara con algún bardo.

Qué respuesta tan cruel. Me preguntaba cuál sería el razonamiento de Odiseo. ¿Lo habría hecho por simple despecho? Si hubo otro propósito, nunca lo sabríamos. Todas las cosas que había hecho en la vida debían quedar ahora como estaban.

Llevé mi copa al hogar. Fuera había vuelto la tormenta. Arreciaba de verdad, envolviendo la casa en viento y agua. Penélope y Telégono solo estaban al fondo del corredor, pero las sombras se habían espesado a nuestro alrededor, y parecía que estuviesen a un mundo de distancia. Esta vez me senté en la silla de plata. Sentí las incrustaciones frías en las muñecas; las pieles de vaca se escurrieron un poco cuando me senté sobre ellas.

—¿Qué quieres saber?

—Todo —dijo él—. Lo que sepas.

Ni siquiera me planteé contarle las versiones que le había contado a Telégono, con sus finales felices y heridas que nunca eran mortales. No era mi hijo; no era ningún niño, sino un hombre adulto que quería su legado.

Se lo di. Le hablé de cómo mató a Palamedes y abandonó a Filoctetes; de cómo Odiseo había sacado de su escondite a Aquiles con artimañas para llevarlo a la guerra; de cómo Odiseo entró a hurtadillas en el campamento del rey Reso, uno de los aliados de Troya, una noche sin luna y degolló a los hombres mientras dormían; de cómo ideó el caballo y tomó Troya y vio a Astianacte destrozado. Luego le hablé de lo violento que había sido su regreso a casa, con caníbales y monstruos. Las historias eran incluso más sangrientas de lo que recordaba, y en ocasiones dudé si debía seguir contándoselas, pero Telémaco encajaba los golpes de frente. Se quedó sentado en silencio, sin apartar nunca sus ojos de los míos.

Reservé la historia del cíclope para el final, no sé decir por qué; quizá porque podía acordarme claramente de Odiseo contándomela. Mientras yo hablaba, sus palabras parecían susurrar por debajo de las mías. Habían desembarcado, exhaustos, en una isla y divisaron una gran cueva, llena de ricas provisiones. Odiseo pensó que sería bueno saquearla, o que quizá podrían apelar a la hospitalidad de sus habitantes. Empezaron a darse un banquete con la comida que había dentro. El gigante al que pertenecía, Polifemo, el pastor con un único ojo, volvió con su rebaño y los sorprendió. Hizo rodar una piedra enorme hasta la entrada para atraparlos, después agarró a uno de los hombres y de un bocado lo partió por la mitad. Uno tras otro fue devorándolos, hasta que estuvo tan lleno que eructaba pedacitos de sus extremidades. A pesar de tales horrores, Odiseo atiborró al monstruo con vino y amistosas palabras. Le dijo que su nombre era Outis, *Nadie*. Cuando por fin la criatura cayó en un sopor, él afiló una gran estaca, la calentó al fuego y se la clavó en el ojo. El cíclope aullaba y lanzaba golpes, pero no podía ver para capturar a Odiseo y al resto de la tripulación. Fueron capaces de escapar cuando dejó salir a sus ovejas a pastar y cada hombre se colgó de la parte de abajo de una bestia lanuda. El enfurecido monstruo pedía ayuda a sus convecinos cíclopes, pero estos no lo socorrían porque él gritaba:

—¡Nadie me ha dejado ciego! ¡Nadie se escapa!

Odiseo y su tripulación llegaron a los barcos y, cuando se encontraron a una distancia segura, Odiseo se volvió para gritar sobre las olas:

—Si quieres saber quién es el hombre que te engañó, es Odiseo, hijo de Laertes y príncipe de Ítaca.

Pareció levantarse un eco de esas palabras en el callado ambiente. Telémaco estaba en silencio, como si esperase a que el sonido se desvaneciera. Por fin dijo:

—Tuvo una mala vida.

—Las hay mucho más desdichadas.

—No. —Su vehemencia me sobresaltó—. No me refiero a una mala vida para él. Me refiero a que hizo desgraciada la vida de otros. ¿Por qué entraron sus hombres en esa cueva, para empezar? Porque él ansiaba más tesoros. ¿Y la ira de Poseidón, por la que todo el mundo se apiadaba de él? La provocó él mismo. Porque no podía soportar la idea de dejar al cíclope sin atribuirse el mérito del engaño.

Sus palabras fluían como una riada sin represar.

—Todos esos años de dolor y vagabundeo. ¿Por qué? Por el orgullo de un momento. Prefería ser maldecido por los dioses que ser Nadie. Si hubiese regresado a casa después de la guerra, nunca habrían venido los pretendientes. La vida de mi madre no habría estado llena de padecimientos. Mi vida. Hablaba muchas veces de añorarnos y añorar el hogar, pero era todo mentira. Cuando regresó a Ítaca nunca estaba satisfecho, siempre andaba mirando al horizonte. En cuanto volvimos a ser suyos, quiso algo más. ¿Qué es eso sino una mala vida? ¿Atraer a los demás hacia ti para después apartarte de ellos?

Estuve a punto de decirle que no era cierto. Pero ¿cuántas veces me había acostado a su lado doliéndome porque sabía que pensaba en Penélope? Había sido elección mía. Telémaco no había contado con ese lujo.

—Hay una historia más que debería contarte —dije—. Antes de volver a vuestro lado, los dioses exigieron que tu padre viajara al inframundo para hablar con el profeta Tiresias. Allí vio a muchas de las almas que había conocido en vida, Áyax, Agamenón, y junto a ellos Aquiles, antaño el Mejor de los Griegos, que escogió una muerte temprana como pago por la fama eterna. Tu padre habló amigablemente con el héroe, lo alabó y le aseguró que gozaba de una excelente reputación entre los hombres. Pero Aquiles le hizo reproches. Le dijo que se arrepentía de su vida de orgullo y que deseaba haber vivido con más calma y felicidad.

—¿Es eso, entonces, lo que debo esperar? ¿Ver algún día a mi padre en el inframundo y que él se disculpe?

Es mejor que lo que tendremos algunas. Pero me contuve. Tenía derecho a su ira, y no era asunto mío tratar de arrebatárselo. Fuera, el jardín crujía bajo las pisadas de los leones entre la hojarasca. El cielo se había despejado.

Después de tanto tiempo entre nubes, las estrellas parecían más brillantes, suspendidas en la oscuridad como lámparas. Si escuchásemos, oiríamos el ligero torcimiento de sus cadenas en la brisa.

—¿Crees que era cierto aquello que dijo mi padre? ¿Que nunca les gustaba a los buenos?

—Creo que era el tipo de cosa que a tu padre le gustaba decir, y que no tiene nada que ver con la verdad. Al fin y al cabo, a tu madre le gustaba.

Sus ojos se encontraron con los míos.

—También a ti.

—Pero no digo que yo sea buena.

—Pero te gustaba. A pesar de todo.

Había un tono desafiante en su voz. Me descubrí eligiendo mis palabras con cuidado.

—Yo no vi lo peor de él. Incluso en sus mejores momentos no era un hombre fácil, pero me brindó su amistad en una época en que la necesitaba.

—Es extraño pensar que una diosa pueda necesitar amigos.

—Todas las criaturas que no están locas los necesitan.

—Creo que él salió mejor parado que tú.

—Convertí a sus hombres en cerdos.

No sonrió. Era como una flecha disparada con la máxima tensión.

—Todos aquellos dioses, todos aquellos mortales que lo ayudaron. Los hombres hablan de sus artimañas. Su verdadero talento residía en lo bien que sabía apropiarse de lo ajeno.

—Muchos se alegrarían de poseer semejante don —dije.

—Yo no me cuento entre ellos. —Posó su copa—. No te importunaré más, mi señora Circe. Te agradezco que me hayas contado la verdad de esas historias. Poca gente se ha tomado tantas molestias por mí.

No respondí. Algo había empezado a agujonearme, a erizarme el vello de la nuca.

—¿Por qué habéis venido aquí? —pregunté.

Él pestañeó.

—Ya te lo dije, tuvimos que abandonar Ítaca.

—Sí —dije—, pero ¿por qué venir aquí?

Habló despacio, como un hombre que regresa de un sueño.

—Creo que fue idea de mi madre.

—¿Por qué?

Sus mejillas se ruborizaron.

—Como ya he dicho, ella no comparte sus confidencias conmigo.

*Nadie puede adivinar qué está haciendo mi madre hasta que está hecho.*

Dio media vuelta y se internó en la oscuridad del corredor. Un momento después, oí el suave sonido de su puerta al cerrarse.

El aire frío parecía entrar por las grietas de los muros y clavarme en mi asiento. Qué tonta había sido. Tendría que haberla llevado al borde del acantilado aquel primer día y haberle sacado toda la verdad a empellones. Recordé ahora lo cuidadosamente que me había preguntado por mi hechizo, aquel que podía detener a los dioses. *Incluso a los olímpicos.*

No fui a su cuarto ni arranqué la puerta de sus bisagras. Me consumí de ira junto a mi ventana. El alféizar crujía bajo mis dedos. Faltaban horas hasta el alba, pero las horas no eran nada para mí. Vi atenuarse las estrellas fuera y cómo emergía la isla, brizna a brizna, a la luz. El aire había vuelto a cambiar y el cielo se había velado. Otra tormenta. Las ramas del ciprés siseaban al viento.

Los oí despertar; primero mi hijo, después Penélope y finalmente Telémaco, que se había ido a la cama tan tarde. Uno a uno entraron en el salón, y noté cómo se detenían al verme junto a la ventana, como conejos ante la sombra del halcón. La mesa estaba desnuda, no había desayuno servido. Mi hijo corrió a la cocina en busca de platos. Me gustaba sentir sus miradas silenciosas detrás de mí. Mi hijo los animó a comer, sus palabras cargadas de disculpas. Podía imaginar lo que decía con las miradas que les dedicaba: me disculpo por mi madre. A veces se pone así.

—Telégono —dije—, hay que arreglar la pocilga y se acerca la tormenta. Te encargarás tú.

Se aclaró la garganta.

—Lo haré, madre.

—Tu hermano puede ayudarte.

Otro silencio, mientras intercambiaban miradas.

—No me importa —dijo Telémaco amablemente.

Hubo un par de ruidos más de platos y bancos. Por fin, la puerta se cerró tras ellos.

Di media vuelta.

—Me tomas por tonta. Por una boba a la que se le puede tomar el pelo. Preguntándome con tanta dulzura por mi hechizo. Dime cuál de los dioses te persigue. ¿De quién es la ira que has atraído contra mí?

Estaba sentada ante mi telar. Tenía el regazo lleno de lana negra sin hilar.

En el suelo, a su lado, había un huso y una rueca de marfil, con la punta de plata.

—Mi hijo no lo sabe —dijo—. No lo culpes a él.

—Eso es evidente. Ya sé quién es la araña en esta tela.

Ella asintió.

—Confieso que he hecho lo que dices. Lo hice a sabiendas. Podría decirte que pensé que, al ser tú una diosa y una bruja, para ti el problema no sería gran cosa. Pero mentiría. Conozco demasiado bien a los dioses para creer eso.

Su calma me enfureció.

—¿Eso es todo? ¿Sé lo que he hecho y lo afrontaré sin reparo? La noche pasada tu hijo habló de su padre como de alguien que tomaba de los demás y solo traía miseria. Me pregunto lo que diría de ti.

El ataque dio en el blanco. Vi la inexpresividad con la que solía ocultarlo.

—Crees que soy una bruja sumisa, pero no prestaste atención a las historias que contaba tu marido sobre mí. Habéis estado dos días en mi isla. ¿Cuántas comidas habéis tomado, Penélope? ¿Cuántas copas de mi vino habéis bebido?

Se puso pálida. Una tenue línea gris recorría el nacimiento de su cabello, como el progresivo avance del amanecer.

—Habla o haré uso de mi poder.

—Creo que ya lo has hecho. —Sus palabras fueron duras y frías como piedras—. Traje el peligro a tu isla, pero tú lo trajiste primero a la mía.

—Mi hijo llegó por voluntad propia.

—No hablo de tu hijo, y creo que lo sabes. Hablo de la lanza que enviaste, cuyo veneno mató a mi marido.

Allí estaba por fin, entre nosotras.

—Lamento que esté muerto.

—Eso ya lo has dicho.

—Si estás esperando una disculpa, no la tendrás. Aunque tuviese el poder de hacer volver atrás al sol, no lo haría. Si Odiseo no hubiese muerto en la playa, creo que habría sido mi hijo el muerto. Y no hay nada que no diese a cambio de su vida.

Una expresión recorrió fugazmente su rostro. Hubiera dicho que era de ira, si no estuviese dirigida tan hacia dentro.

—Sea, pues. Ya has hecho tu cambio y esto es lo que ahora tienes: tu hijo vive, y aquí estamos nosotros.

—Entonces, para ti es una especie de venganza, atraer la furia de un dios sobre mí.

—Lo veo como una retribución en especie.

«Habría sido una buena arquera», pensé. Con ese ojo frío y certero.

—No estás en posición de regatear, dama Penélope. Esto es Eea.

—Entonces, no regatearé. ¿Qué preferirías, que suplicase? Por supuesto, eres una diosa.

Se arrodilló en el suelo delante de mi telar y levantó las manos, bajando su mirada al suelo.

—Oh, hija de Helios, Circe, la de brillantes ojos, Señora de las Bestias y Bruja de Eea, dame refugio en tu pavorosa isla, pues no tengo marido ni hogar, y no hay sitio seguro en el mundo para mi hijo y para mí. Te daré sangre cada año si atiendes mi plegaria.

—Levántate.

No se movió. En ella, aquella postura resultaba obscena.

—Mi marido hablaba de ti con afecto. Con más afecto del que me hubiera gustado, lo confieso. Decía que de todos los dioses y monstruos que había conocido, tú eras la única con la que desearía encontrarse otra vez.

—Te digo que te levantes.

Se levantó.

—Me lo contarás todo y luego decidiré.

Estábamos una frente a otra en la estancia en penumbra. El aire sabía a relámpago. Penélope dijo:

—Has estado hablando con mi hijo. Te habrá dado a entender que su padre se perdió en la guerra, que volvió a casa cambiado, demasiado embebido en muerte y pena para vivir como un hombre normal. La maldición del soldado, ¿no es así?

—Algo así.

—Mi hijo es mejor persona que yo, y que su padre también, pero no lo ve todo.

—¿Y tú sí?

—Yo soy de Esparta. Allí sabemos de viejos soldados; de sus manos trémulas, de sus despertares sobresaltados; del hombre que derrama su vino cada vez que suenan las trompetas. Las manos de mi marido eran firmes como las de un herrero, y cuando las trompetas sonaban era el primero en salir al puerto y escrutar el horizonte. La guerra no lo quebró, lo hizo ser más él mismo. En Troya encontró por fin un ambiente a la altura de sus habilidades; siempre un nuevo plan, una nueva estratagema, un nuevo desastre que evitar.

—Intentó retirarse de la guerra.



—Ah, esa vieja historia. La locura, el arado. Eso también fue una estratagema. Les había hecho un juramento a los dioses, sabía que tenía escapatoria. Contaba con que lo pillasen. Entonces los griegos se reirían de su fracaso y creerían que todas sus argucias serían tan fáciles de descubrir.

Fruncí el ceño.

—No me dio el menor indicio de que fuese así cuando me lo contó.

—Estoy segura de que no lo hizo. Mi marido mentía con cada aliento que daba, y eso te incluye a ti y a sí mismo. Jamás hacía nada con una sola intención.

—Una vez me dijo eso mismo sobre ti.

Mi intención era hacerle daño, pero ella se limitó a asentir con la cabeza.

—Nos considerábamos grandes mentes. Cuando acabábamos de casarnos, hicimos miles de planes juntos sobre cómo sacar provecho de todo aquello que tocásemos. Entonces llegó la guerra. Me dijo que Agamenón era el peor comandante que había visto, pero que creía que podía usarlo para hacerse un nombre. Y así lo hizo. Sus ardides derrotaron a Troya y dieron nueva forma a medio mundo. Yo también hacía mis planes: qué cabras cruzar con qué machos, cómo aumentar la cosecha, dónde era mejor que los pescadores echaran sus redes. Esas eran nuestras urgentes preocupaciones en Ítaca. Tendrías que haber visto su cara cuando volvió a casa. Mató a los pretendientes, pero luego ¿qué quedaba? Peces y cabras. Una mujer que empezaba a encanecer y no era diosa y un hijo al que no comprendía.

Su voz, afilada como un ciprés, llenaba la estancia.

—No había consejos de guerra ni ejércitos que vencer o mandar. Los hombres que una vez hubo estaban muertos, puesto que la mitad componían su tripulación y la otra mitad eran mis pretendientes. Y cada día parecían llegar nuevas noticias de alguna gloria remota; Menelao había construido un palacio nuevo de oro. Diómedes había conquistado un reino en Italia; hasta Eneas, el refugiado troyano, había fundado una ciudad. Mi marido mandó recado a Orestes, el hijo de Agamenón, para ofrecerse como consejero. Orestes respondió que tenía todos los consejeros que necesitaba y que, de todos modos, no querría perturbar el descanso de un héroe como Odiseo.

»Después mandó emisarios a otros hijos: al de Néstor, al de Idomeneo y a otros, pero todos dijeron lo mismo. Nadie lo quería. ¿Y sabes qué decía yo? Que solo necesitaba tiempo. Que en cualquier momento recordaría los placeres de su modesta casa y su hogar. Los placeres de mi presencia. Y volveríamos a hacer planes juntos. —Su boca se torció en un gesto de

autodesprecio—. Pero él no quería esa vida. Bajaba a la playa y paseaba de un lado a otro. Yo lo observaba desde mi ventana y recordaba una historia que me había contado una vez sobre una enorme serpiente en la que creen las gentes del norte, que ansía devorar el mundo entero.

Yo también recordaba esa historia. Al final, la serpiente se devoraba a sí misma.

—Y, mientras caminaba, hablaba al aire, que se arremolinaba en torno a él y resplandecía como la plata sobre su piel.

*Plata.*

—Atenea.

—¿Quién si no? —Sonrió con fría amargura—. Cada vez que él se calmaba, ella aparecía de nuevo, susurrándole al oído. Bajaba de las nubes para llenarlo de sueños sobre todas las aventuras que se estaba perdiendo.

Atenea, aquella diosa impaciente cuyas estratagemas no tenían fin. Había luchado para llevar a su héroe a casa, para verlo alzarse sobre su pueblo, por su propio honor y por el de él, para oírlo contar la historia de sus victorias, de las muertes que habían causado juntos entre los troyanos. Pero recordé la avaricia en sus ojos al hablar de él: la de una lechuza con una presa entre sus garras. Jamás permitiría que su favorito se convirtiese en un hombre aburrido y casero. Tendría que vivir en el ojo del huracán, brillante y esplendoroso, siempre buscando, siempre luchando, siempre deleitándola con una nueva demostración de su astucia, una brillantez que se le ocurría de la nada.

Fuera, los árboles se debatían en el cielo oscuro. Bajo aquella luz fantasmal, las facciones de Penélope se veían tan elegantes como las de una de las estatuas de Dédalo. Me había preguntado por qué no se mostraba más celosa de mí. Ahora lo entendía. Yo no era la diosa que le había arrebatado a su marido.

—Los dioses fingen ser padres —dije—, pero son hijos, niños que baten palmas y piden más.

—Y ahora que su Odiseo está muerto —preguntó—, ¿dónde encontrará más?

Las últimas telas estaban en su lugar, y por fin la estampa se veía completa. Los dioses nunca renuncian a un tesoro. Vendría a buscar lo mejor después de Odiseo; vendría a por su sangre.

—Telémaco.

—Sí.

La tensión de mi garganta me cogió por sorpresa.

—¿Lo sabe él?

—Creo que no. Es difícil de decir.

Ella seguía con la lana, enmarañada y maloliente, en las manos. Yo estaba enfadada, sentía la ira quemándome el vientre. Había puesto a mi hijo en peligro. Probablemente Atenea planeaba vengarse de Telégono de todas formas, y esto añadía leña al fuego. Y, sin embargo, siendo sincera, mi ira no era tan ardiente como antes. De todos los dioses que podía haber atraído a mi puerta, esta era la que mejor podía soportar. ¿Cuánto más podía odiarnos Atenea?

—¿De verdad crees que puedes esconderlo de ella?

—Sé que no puedo.

—Entonces, ¿qué pretendes?

Se había arrebujado con su capa, como un ave envuelta en sus propias alas.

—Cuando era joven, oí al médico de palacio sin que él lo supiera; dijo que las medicinas que vendía eran mera fachada, que la mayoría de los males se curan solos si les das el tiempo suficiente. Era el tipo de secreto que me encantaba descubrir, pues me hacía sentir cínica y sabia. Lo tomé por filosofía; siempre se me ha dado bien esperar, como ves. Sobreviví a la guerra y a los pretendientes. Sobreviví a los viajes de Odiseo. Me decía que si era lo bastante paciente, sobreviviría también a su inquietud y a Atenea. Sin duda, pensé, tenía que haber otro mortal en el mundo al que ella pudiese amar, pero parece que no lo había. Y mientras yo esperaba, Telémaco soportó la ira de su padre año tras año. Él sufría mientras yo miraba para otro lado.

Recordé lo que Odiseo me había dicho de ella una vez, que nunca se extraviaba, que jamás cometía un error. Entonces había sentido celos. Ahora pensé: «Menuda carga, qué peso tan grande que llevar a la espalda».

—Pero en este mundo sí hay medicinas de verdad. Tú eres prueba de ello. Descendiste a las profundidades por tu hijo. Desafiaste a los dioses. Pienso en todos los años de mi vida que malgasté en la jactancia de ese hombrecillo. He pagado por ello, eso es lo único justo, pero he hecho pagar también a Telémaco. Es buen hijo, siempre lo ha sido. Solo quiero un poco de tiempo antes de perderlo, antes de vernos arrojados a la marea una vez más. ¿Nos lo concederás, Circe de Eea?

No empleó sus ojos grises conmigo. De haberlo hecho, la habría rechazado. Se limitó a esperar. Era cierto que le sentaba bien. Parecía encajar en el aire como una joya en su corona.

—Es invierno —dije—. Ningún barco navega en esta época. Eea os

cobijará un tiempo más.

Nuestros hijos habían vuelto de hacer su tarea azotados por el viento pero secos. Los truenos y la lluvia se habían quedado mar adentro. Mientras los demás comían, yo subí al pico más alto de Eea y sentí el encantamiento sobre mi cabeza. Llegaba de bahía a bahía, de las arenas amarillas a las escarpadas rocas. Lo sentí también en mi sangre, aquel peso férreo que tanto tiempo había soportado. Sin duda, Atenea lo andaba poniendo a prueba. Merodeaba a su alrededor en busca de una rendija. Pero resistiría.

Cuando volví, Penélope estaba en el telar otra vez. Me miró por encima del hombro.

—Parece que el tiempo nos da un respiro. El mar debería estar bastante en calma ahora. Telégono, ¿te apetece aprender a nadar?

De todas las cosas que me esperaba después de nuestra conversación, esa no era una de ellas, pero no me dio tiempo a pensar en poner objeciones. En su entusiasmo, Telégono estuvo a punto de tirar su copa. Mientras atravesaban el huerto, le oí explicarle a Penélope mis plantas. ¿Desde cuándo sabía él lo que eran el carpe o la cicuta? Pero los señaló y enumeró sus propiedades.

Telémaco se había acercado en silencio a mí.

—Parecen madre e hijo —comentó.

Era exactamente lo que yo estaba pensando, pero sentí un chorro de ira al oírlo en su voz. Salí al huerto sin responder. Me arrodillé en mi bancal y me puse a arrancar malas hierbas.

Me sorprendió al venir detrás de mí.

—No me importa ayudar a tu hijo, pero seamos sinceros; la pocilga que nos mandaste arreglar lleva años sin usarse. ¿Me vas a dar algo que hacer que sea útil de verdad?

Me senté sobre los talones y lo miré.

—La realeza no suele andar pidiendo tareas.

—Mis súbditos parecen haberme dejado algo de tiempo libre. Tu isla es muy hermosa, pero me volveré loco si me quedo ocioso día tras día.

—¿Y qué sabes hacer, entonces?

—Lo normal, pescar y cazar. Atender las cabras que no tienes. Tallar y construir. Podría arreglar el barco de tu hijo.

—¿Qué problema tiene?

—El timón es lento y poco fiable, la vela es demasiado corta y el mástil demasiado largo. Se bambolea como una vaca con cualquier ola.

—A mí no me pareció tan mal.

—No digo que no sea impresionante para ser el primero que hace; solo que me sorprende que no se fuese a pique en el viaje a Ítaca.

—Pronuncié un hechizo para que no se hundiera —dije—. ¿Cómo sabes tanto de construir barcos?

—Soy de Ítaca —se limitó a decir.

—¿Y? ¿Hay alguna otra cosa que deba saber?

Su semblante era serio, como si me fuese a dar un diagnóstico.

—Tus ovejas tienen la lana lo bastante apelmazada como para echar a perder la esquila de la primavera. Tres de las mesas de tu salón cojean, y las losas del sendero del jardín están mal asentadas. Y tienes por lo menos tres nidos de pájaro en el alero.

No sabía si reírme u ofenderme.

—¿Eso es todo?

—No he hecho una revisión completa.

—Por la mañana puedes arreglar el barco de Telégono. Por ahora, empecemos con las ovejas.

Tenía razón, tenían la lana apelmazada tras las lluvias del invierno y embarrada hasta más arriba del pecho. Saqué el cepillo y un cuenco grande con una de mis pócimas.

La examinó.

—¿Para qué sirve?

—Limpia el barro sin hacer que se desprenda el vellón.

Sabía lo que hacía y se aplicó con eficiencia. Mis ovejas eran mansas, pero él tenía sus propias mañas para atraerlas y calmarlas. Con la mano sobre su lomo, las guiaba sin esfuerzo hacia un lado y hacia otro.

—No es la primera vez que haces esto —le dije.

—Pues claro que no. Esta poción es excelente, ¿qué es?

—Cardo, artemisia, apio, azufre. Magia.

—Ah.

Para entonces, ya había cogido el cuchillo de esquilar y me puse a cortar mechones enmarañados. Telémaco me preguntó por el linaje de los animales y

por mis métodos de cría. Cuando tenía las manos ocupadas, perdía su incómoda rigidez. Al poco me estaba contando anécdotas de cuando pastoreaba cabras y yo me reía. No me di cuenta de que el sol se hundía en el mar, y me sobresalté cuando Penélope y Telégono aparecieron a nuestro lado. Sentí la mirada de Penélope sobre nosotros mientras nos incorporábamos y nos limpiábamos el barro de las manos.

—Vamos —dije—, debéis de estar hambrientos.

Aquella noche Penélope volvió a retirarse temprano. Me preguntaba si lo hacía con alguna intención, pero su cansancio parecía bastante real. Aún está viviendo el duelo, me recordé a mí misma. Todos lo estábamos. Pero la natación le había sentado bien a mi hijo, o la atención de Penélope, quizá. Tenía las mejillas coloradas por el viento y quería hablar. No de su padre, que aún era una herida abierta, sino de su viejo y primer amor: las historias de héroes. Al parecer, había habido un rapsodo en Ítaca que era diestro en esos relatos y quería que Telémaco le contase las versiones que este contaba. Telémaco comenzó: Belerofonte y Perseo, Tántalo y Atalanta. Había vuelto a ocupar la silla de madera, y yo la de plata. Telégono estaba en el suelo, recostado sobre una loba. Al mirarlos a ambos tuve una extraña sensación, de irrealidad, de embriaguez. ¿De verdad solo habían pasado dos días desde su llegada? Parecían muchos más. No estaba acostumbrada a tener tanta compañía, tantas conversaciones. Mi hijo pedía otra historia, y otra, y Telémaco lo complacía. Tenía el cabello revuelto por el viento después de haber trabajado fuera conmigo, y la luz del hogar iluminaba su mejilla. Había muchas cosas en él que lo hacían parecer mayor de lo que era, pero había en esa mejilla una curva de una dulzura que casi se podría llamar infantil. Como me había dicho, no era un gran narrador, pero, de algún modo, eso lo hacía más agradable: ver su rostro serio mientras describía caballos voladores y manzanas doradas. En el salón hacía calor y el vino era bueno. Comenzaba a sentir mi piel suave como la cera. Me incliné hacia él.

—Dime, ¿te habló alguna vez ese rapsodo de Pasífae, reina de Creta?

—La madre del Minotauro —dijo Telémaco—. Por supuesto. Siempre sale en la historia de Teseo.

—¿Y alguien contó lo que le sucedió a ella al morir Minos? Es inmortal, ¿sigue reinando en Creta?

Telémaco frunció el ceño. No era un gesto de desagrado, sino el mismo que

había hecho cuando examinaba mi poción para las ovejas. Le vi seguir los enmarañados hilos de la genealogía. Se decía que Pasífae era hija del sol. Capté el momento en que lo entendió.

—No —dijo—. El linaje de Pasífae y Minos ya no reina en Creta. El rey es un hombre llamado Leuco, que le usurpó el trono a Idomeneo, que era nieto de Pasífae. Según la versión que yo he oído, a la muerte de Minos, regresó a los aposentos de los dioses y vive con honores allí.

—¿En qué aposentos?

—El rapsodo no lo dijo.

Una alegre temeridad se había apoderado de mí.

—En los de Océano, seguramente. Nuestro abuelo. Andará aterrorizando a las ninfas como solía hacer. Yo estaba presente cuando nació el Minotauro. Ayudé a enjaularlo.

Telégono se quedó con la boca abierta.

—¿Eres pariente de la reina Pasífae? ¿Viste al Minotauro? ¿Y por qué no me lo habías dicho?

—Nunca me lo preguntaste.

—¡Madre! Tienes que contármelo todo. ¿Conociste a Minos? ¿Y a Dédalo?

—¿Cómo crees que me hice con su telar?

—¡No lo sé! Creía que era..., ya sabes... —Movié la mano en el aire.

Telémaco me observaba.

—No —dije—, le conocí.

—¿Y qué más me has ocultado? —inquirió Telégono—. El Minotauro, Trigón, ¿a cuántos más conoces? ¿La Quimera? ¿El león de Nemea? ¿Cerberos y Escila?

Estaba sonriendo ante su indignada sorpresa y no vi venir el golpe. ¿Dónde había oído mi hijo ese nombre? ¿Por Hermes? ¿En Ítaca? No importaba. La fría punta de una lanza se retorció en mis entrañas. ¿En qué estaba pensando? Mi pasado no era un juego, un relato de aventuras. Era el feo pecio que las tempestades dejan pudriéndose en la playa. Era tan malo como el de Odiseo.

—He dicho lo que tenía que decir. No me preguntes más. —Me puse en pie y me alejé de sus rostros atónitos. En mi cuarto, me eché sobre la cama. No había lobos ni leones, se habían quedado con mi hijo. Por encima de nosotros, en algún lugar, estaba Atenea, contemplándonos con sus ojos centelleantes. Aguardando con su lanza para precipitarse sobre mis debilidades. Le dije a las sombras—: Sigue esperando.

Y, aunque estaba segura de que no iba a poder dormir, dormí.



Me levanté con la mente despejada, decidida. La noche anterior estaba cansada y había bebido más de lo que acostumbraba, pero ahora había recuperado mi firmeza. Serví el desayuno. Cuando llegó Telégono, lo vi mirarme de soslayo, esperando otro arrebato, pero me mostré agradable. «No debería sorprenderle», pensé. Yo podía ser agradable.

Telémaco se mantuvo en silencio, pero al terminar de comer se llevó a su hermano para empezar a arreglar el barco.

—¿Puedo volver a usar tu telar?

Penélope llevaba un vestido distinto. Este era más elegante, con un tejido clareado hasta adquirir un pálido color crema. Realzaba bien los tonos morenos de su tez.

—Puedes. —Pensé en irme a la cocina, pero solía cortar las hierbas en la mesa grande que había junto al hogar y no veía por qué habría de retirarme. Saqué los cuchillos y los cuencos y demás utensilios. Los hechizos que protegían a Telégono no necesitaban ser renovados hasta dentro de media luna, así que lo que hacía era por mero placer: secar y moler, destilar tinturas para usarlas más adelante.

Creía que no íbamos a hablar. En nuestro lugar, Odiseo probablemente hubiera seguido ocultando y compitiendo solo por gusto, pero, después de pasar tanto tiempo solas, creo que ambas habíamos llegado a apreciar el valor de una conversación franca.

La luz entraba oblicuamente por la ventana y bañaba nuestros pies desnudos. Le pregunté por Helena, y me contó historias de su niñez juntas, de cuando nadaban en los ríos de Esparta y jugaban en la corte de su tío Tíndaro. Hablamos del arte de tejer y de las mejores razas de ovejas. Le agradecí que se ofreciera a enseñar a nadar a Telégono. Estaba encantada de hacerlo, dijo. Le recordaba a su primo Cástor, con su entusiasmo y su buen humor, su forma de hacer que quienes lo rodeaban se encontrasen a gusto.

—Odiseo atraía el mundo hacia sí —dijo—. Telégono va en su busca, dándole forma a su paso, como el río que va excavando su curso.

Oír estos cumplidos hacia su persona me complacía más de lo que puedo expresar.

—Deberías haberlo conocido de niño. Jamás hubo criatura más salvaje. Aunque, si te soy sincera, yo era la más salvaje de los dos. La maternidad me parecía fácil hasta que tuve un hijo.

—La hija de Helena, Hermíone, también era así —me contó—. Se pasó media década chillando, pero cuando se hizo mayor era todo dulzura. Yo me

preocupaba porque Telémaco no lloraba nunca. Empezó a portarse bien demasiado pronto. Siempre me pregunté si un segundo hijo sería distinto, pero, para cuando Odiseo regresó a casa, ya no me parecía posible.

No había emoción en su voz. Leal, la llamarían luego las canciones. Fiel, honesta y prudente. Qué palabras tan pasivas, tan pálidas para describir lo que ella era. Podía haber tomado otro esposo, tenido otro hijo mientras Odiseo estaba fuera, y su vida hubiera sido mucho más fácil; pero ella lo había amado ferozmente y no estaba dispuesta a aceptar a otro hombre.

Bajé un ramo de milenrama que había colgado a secar de una viga.

—¿Para qué se utiliza?

—Para hacer ungüentos curativos. La milenrama corta las hemorragias.

—¿Puedo mirar? Nunca he visto hacer brujería.

Esto me complació tanto como sus halagos a Telégono. Le hice sitio en la mesa. Era una espectadora agradecida; formulaba respetuosas preguntas conforme yo iba nombrando cada ingrediente y le explicaba su propósito. Quiso ver las hierbas que había usado para convertir a los hombres en cerdos. Dejé caer las hojas secas en su mano.

—No me iré a convertir en cerda, ¿verdad?

—Tendrías que ingerirlas y yo tendría que pronunciar las palabras mágicas. Las únicas plantas que no requieren conjuro alguno para invocar su magia son aquellas surgidas de la sangre divina. Y creo que tendrías que ser bruja para que funcionaran.

—O diosa.

—No —dije—. Mi sobrina es mortal y formula hechizos tan poderosos como los míos.

—Tu sobrina... —dijo—. ¿Te refieres a Medea?

Era extraño oír aquel nombre en voz alta después de tanto tiempo.

—¿La conoces?

—Conozco lo que cantan los rapsodos y se representa en las cortes de los reyes.

—Quisiera oírlo —dije.

Fuera, los árboles traqueteaban al viento mientras ella hablaba. Medea había logrado escapar de Eetes. Había seguido su viaje hasta Yolcos con Jasón y le había dado dos hijos, pero a él le repugnaban sus hechicerías, y su pueblo la despreciaba. Con el tiempo, Jasón contrajo un nuevo matrimonio con una dulce princesa de su país a quien el pueblo amaba. Medea alabó la elección de Jasón y le envió unos regalos a la novia: una corona y una capa

que había hecho ella misma. Cuando la muchacha se las puso, se quemó viva. Después, Medea llevó a sus hijos a un altar y, jurando que Jasón jamás los tendría, los degolló. La vieron por última vez llamando a un carro tirado por dragones para que la devolviera a la Cólquide.

No me cabía duda de que los rapsodos habían retocado la historia, pero aún podía ver el brillante rostro de Medea. Estaba convencida de que prefería prenderle fuego al mundo entero antes que perder.

—En una ocasión le advertí que su matrimonio solo le traería dolor. No me complace saber que estaba en lo cierto.

—Raras veces es un placer saberlo —dijo por lo bajo. Estaba pensando, quizá, en aquellos niños asesinados por su madre. Yo también pensaba en ellos. Y en el carro tirado por dragones, que, por supuesto, era de mi hermano. Me parecía increíble que Medea volviera con él, después de todo lo sucedido entre ellos. Sin embargo, tenía cierto sentido. Eetes quería un heredero, y no había nadie más parecido a él que Medea. Ella se había criado rodeada de su crueldad y al final parecía que no había aprendido a vivir de otra forma.

Eché miel sobre la milenrama y agregué cera de abeja para darle consistencia al unguento. En el aire flotaba el aroma dulzón y penetrante de las hierbas.

Penélope dijo:

—¿Qué es lo que la convierte a una en bruja, entonces? ¿No es la divinidad?

—No lo sé con certeza —respondí—. Antes pensaba que se llevaba en la sangre, pero Telégono no lleva la hechicería dentro. Creo que es sobre todo cuestión de voluntad.

Ella asintió. No tenía que explicárselo; ambas sabíamos lo que era la voluntad.

\* \* \*

Aquella tarde Penélope y Telégono volvieron a bajar a la bahía. Tras mostrarme tan brusca la noche anterior, había dado por hecho que Telémaco mantendría las distancias, pero vino a verme mientras trabajaba en mis hierbas.

—Pensaba en ponerme a reparar las mesas.

Lo vi trabajar mientras molía las hojas de eléboro. Tenía una cuerda para medir y una copa a la que le había hecho una marca y luego había llenado con

agua hasta esa medida.

—¿Qué estás haciendo?

—Comprobando si el suelo está nivelado. El problema son las patas...; son de tamaños ligeramente distintos. Será fácil ajustarlas.

Lo observé mientras usaba la escofina y comprobaba una y otra vez las patas con su trozo de cuerda. Le pregunté cómo se había roto la nariz.

—Nadando con los ojos cerrados —me contó—. Así aprendí la lección.

Cuando terminó, salió para arreglar las losas del huerto. Yo lo seguí y me puse a arrancar las malas hierbas, aunque el huerto apenas lo necesitaba. Hablamos de las abejas, de que siempre había deseado que hubiera más en la isla. Me preguntó si podía domesticarlas, como a las demás criaturas.

—No —le dije—. Uso humo, como todo el mundo.

—He visto una colmena que parece estar demasiado llena —dijo—. Puedo dividirla cuando llegue la primavera, si quieres.

Dije que sí y le vi excavar en el suelo irregular.

—El tejado desagua aquí —dije—. Esas losas se moverán de nuevo en cuanto vuelva a llover.

—Así son las cosas. Las arreglas, se tuercen y las vuelves a arreglar.

—Eres de carácter paciente.

—Mi padre lo llamaba sosería. Esquilar, limpiar la chimenea o sacarle el hueso a las aceitunas eran cosas que le interesaba aprender por curiosidad, pero luego no quería tener que hacerlas.

Era cierto. Las tareas favoritas de Odiseo eran aquellas que solo había que hacer una vez: saquear una ciudad, derrotar a un monstruo, encontrar la manera de entrar en una ciudad impenetrable.

—Quizá lo hayas heredado de tu madre.

No levantó la mirada, pero me pareció ver que se tensaba.

—¿Cómo está ella? Sé que habláis.

—Te añora.

—Sabe dónde estoy.

La ira afloró con claridad en su semblante. Había en él cierta inocencia, pensé. No lo digo en el sentido en que lo dicen los poetas, como una virtud que ha de romperse al final de la historia o preservarse a toda costa; ni quiero decir tampoco que fuera tonto o ingenuo. Quiero decir que se componía únicamente de sí mismo, sin todo el poso que nos atora a los demás. Telémaco pensaba, sentía y actuaba, y todas esas cosas dibujaban una línea recta. No era de extrañar que desconcertara tanto a su padre, que siempre andaba buscando

el significado oculto de las cosas, el cuchillo que surgiría en la oscuridad. Pero Telémaco blandía su puñal abiertamente.

Eran días extraños. Atenea se cernía sobre nuestras cabezas como un hacha, pero así llevaba dieciséis años, y no me iba a impresionar a estas alturas. Cada mañana Telégono sacaba a su hermano por la isla. Penélope hilaba o tejía mientras yo mezclaba mis hierbas. Para entonces ya había hablado a solas con mi hijo y le había contado cómo a Odiseo se le había agriado el carácter al volver a Ítaca, de sus sospechas y ataques de ira, y, día a día, veía cómo esa información iba influyendo en él. Aún sentía pena, pero la culpa comenzó a aliviarse, y su rostro volvía a iluminarse. La presencia de Penélope y de Telémaco ayudaba aún más. Se deleitaba en sus atenciones del mismo modo que mis leones se deleitaban al sol. Sentí una punzada al darme cuenta de lo mucho que había deseado tener una familia todos aquellos años.

Penélope y Telémaco seguían sin hablarse. Hora tras hora, comida tras comida, el ambiente entre ellos se tensaba. Me parecía absurdo que no se confesasen sus fallos y aflicciones y pusiesen fin a aquello, pero eran como huevos, ambos temerosos de quebrar al otro.

Por las tardes, Telémaco siempre parecía encontrar alguna tarea que lo traía a mi lado, y hablábamos hasta que el sol tocaba el mar. Cuando yo entraba para poner la mesa para la cena, él me seguía. Si había trabajo suficiente para dos, me ayudaba. Si no, se sentaba en el hogar tallando figuritas de madera: un toro, un pájaro, una ballena entre las olas. Sus manos poseían una precisión y un cuidado que yo admiraba. No era hechicero, pero tenía el temperamento adecuado para serlo. Le decía que el suelo se limpiaba solo, pero él siempre barría el serrín y las virutas después.

Era extraño tener una compañía tan constante. Telégono y yo siempre habíamos andado cada uno a nuestro aire, y mis ninfas habían sido más bien como sombras huidizas que veía por el rabillo del ojo. Normalmente hasta esas presencias me cansaban, me irritaban hasta que tenía que salir a dar un paseo sola por la isla. Pero Telémaco poseía cierta contención, cierta callada seguridad que lo convertían en un buen acompañante nada entrometido. La criatura a la que más me recordaba era a mi leona. Poseían la misma rectitud y dignidad, la misma mirada firme y el mismo talante intenso. Hasta la misma elegancia terrenal de dedicarse a sus asuntos mientras yo me dedicaba a los míos.

—¿Qué es lo que te hace tanta gracia? —me preguntó.

Sacudí la cabeza.

Era quizá el sexto día después de su llegada. Él estaba tallando un olivo, dándole forma a su tronco retorcido, perfilando cada nudo y cada agujero con la punta de su cuchillo.

—¿Añoras Ítaca? —le pregunté.

Se lo pensó.

—Añoro a la gente que conocía. Y siento no ver criar a mis cabras. —Se detuvo un momento—. Creo que no hubiera sido mal rey.

—Telémaco el Justo —dije yo.

Telémaco sonrió.

—Así te llaman cuando eres tan aburrido que no se les ocurre nada mejor.

—Yo también creo que serías un buen rey —dije—. Quizá aún puedas serlo. Los humanos tienen poca memoria. Podrías volver con honores como el heredero largamente esperado, llevando prosperidad a Ítaca con tu derecho de sangre.

—Suena bien —dijo—, pero ¿qué iba a hacer yo en esos aposentos que mi padre y los pretendientes ocuparon? Cada paso que diese traería un recuerdo que desearía no tener.

—Debe de ser difícil para ti tener a Telégono cerca.

Alzó las cejas.

—¿Por qué habría de serlo?

—Porque se parece mucho a tu padre.

Se echó a reír.

—¿Qué dices? Telégono es calcado a ti. Y no me refiero solo a la cara; tiene tus gestos, tu forma de andar. Tu forma de hablar, hasta tu misma voz.

—Haces que suene como una maldición —dije.

—No es ninguna maldición —repuso.

Nuestros ojos se encontraron. Lejos, mis manos pelaban granadas para la cena. Metódicamente, corté la monda, revelando el entramado blanco. Dentro, las pepitas de jugo rojo resplandecían en sus cerúleas celdas. La sed me produjo un leve escozor en la boca. Me había estado observando a mí misma con Telémaco. Era algo nuevo para mí ver que las expresiones iban tomando forma en mi rostro, el movimiento de las palabras por mi lengua. Había pasado mucho tiempo de mi vida con las manos sumergidas hasta los codos, agregando ingredientes aquí y allá, impulsiva y llena de salpicaduras. Esta nueva sensación se echó sobre mí como una especie de remota somnolencia,

casi un letargo. Esta no era la primera vez que me miraba de un modo tan elocuente, pero ¿qué más daba? Mi hijo era su hermano. Su padre había estado en mi cama. Atenea lo reclamaba. Yo lo sabía, aunque él no lo supiera.

\* \* \*

Fuera, la estación había cambiado. El cielo abría sus manos y la tierra se hinchaba para ir a su encuentro. La luz caía en espesos chorros, cubriéndonos de oro. El mar le iba un poco a la zaga. En el desayuno, Telégono le dio una palmada en la espalda a su hermano.

—En pocos días podremos sacar el barco a la bahía.

Sentí la ojeada que me echó Penélope. *¿Hasta dónde llega el hechizo?*

No lo sabía. Un poco más allá de donde rompían las olas, pero no podía decir en qué punto exacto.

—No olvides, Telégono, que siempre hay una última tormenta fuerte. Espera hasta que pase —dije.

Como en respuesta, se oyó un golpe en la puerta.

En el silencio que provocó, Telégono susurró:

—Los lobos no han aullado.

—No. —No miré a Penélope para advertirla; si no lo adivinaba, era tonta. Me envolví en mi divinidad fría y protectora y fui a abrir la puerta.

Aquellos ojos negros, aquella cara perfecta y apuesta. Oí el grito contenido de mi hijo, sentí la gélida quietud a mis espaldas.

—Hija de Helios, ¿puedo pasar?

—No.

Él arqueó una ceja.

—Tengo un mensaje para uno de tus invitados.

Sentí un temor arañándose las costillas, pero no alteré el tono de la voz.

—Pueden oírte desde donde estás.

—Muy bien. —Su piel refulgía. Sus modales burlones desaparecieron. Era el divino emisario de los dioses, poderoso e ineludible.

—Telémaco, príncipe de Ítaca, vengo de parte de la gran diosa Atenea, que desea hablar contigo. Para ello, solicita que la bruja Circe suspenda el hechizo que le prohíbe entrar en la isla.

—«Solicita» —dije—. Curiosa palabra para quien intentó matar a mi hijo. ¿Quién me dice que no planea intentarlo de nuevo?

—No tiene el menor interés en tu hijo. —Dejó a un lado su gloria. Su voz

volvió a adoptar un tono casual—. Si te vas a poner tonta, y estoy usando sus palabras, claro está, te ofrece un juramento de protección para tu hijo. Solo quiere a Telémaco. Es hora de que tome posesión de su herencia. —Miró hacia la mesa—. ¿Me oyes, príncipe?

Telémaco bajó la mirada.

—Te oigo. Me siento muy honrado por el mensaje y por el mensajero que lo trae, pero soy un huésped en esta isla y debo esperar a que decida mi anfitriona.

Hermes ladeó un poco la cabeza y me dirigió una intensa mirada.

—¿Y bien, anfitriona?

Sentí, detrás de mí, a Penélope levantarse como una luna de otoño. Me había pedido tiempo para arreglar las cosas con Telémaco, y todavía no lo había hecho. Podía imaginar la amargura de sus pensamientos.

—Lo haré —dije por fin—, pero supondrá cierto esfuerzo reducir los efectos del hechizo. Puede contar con venir dentro de tres días.

—¿Quieres que le diga a la hija de Zeus que tiene que esperar tres días?

—Llevan aquí media luna. Si Atenea tuviera prisa, te habría mandado antes. Y puedes decirle que así te lo he dicho.

Un destello de diversión brilló en sus ojos. Antaño me había alimentado de aquella mirada, cuando estaba hambrienta y aquellas migajas me parecían un festín.

—Puedes estar segura de que así lo haré.

Tomamos aliento en el espacio vacío que dejó al irse. Penélope me miró a los ojos.

—Gracias —dijo; luego se dirigió a Telémaco—: Hijo, te he hecho esperar demasiado. ¿Vienes a dar un paseo conmigo? —Era la primera vez que la oía hablar con él directamente.



Los vimos bajar por el sendero que llevaba a la playa. Telémaco parecía medio aturdido, pero era natural. Acababa de enterarse de que era el elegido de Atenea e iba a hacer las paces con su madre en el mismo momento. Quería haberle dicho algo antes de que se fuera, pero me faltaron las palabras.

Telégono me dio en el codo.

—¿Qué quería decir Hermes con eso de «la herencia de Telémaco»?

Sacudí la cabeza. Justo aquella mañana había visto los primeros brotes verdes de la primavera. Atenea había buscado bien su momento. Había venido en cuanto vio que podía hacer navegar a Telémaco.

—Me sorprende que tardes tres días en deshacer el hechizo. ¿No puedes usar el..., cómo se llama? ¿*Moly*?

Me volví hacia él.

—Sabes que mis hechizos están gobernados por mi voluntad. Si lo deseo, se desharán en un segundo. Así que no, no hacen falta tres días.

—¿Mentiste a Hermes? —preguntó, frunciendo el ceño—. ¿No se enfadará Atenea cuando se entere?

Su inocencia me seguía asustando.

—No tengo pensado contárselo. Telégono, son dioses. No puedes mostrarles tus cartas; de lo contrario, lo perderás todo.

—Lo hiciste para que Penélope y Telémaco tuvieran tiempo de hablar —dijo.

Era joven, pero no tonto.

—Algo así.

Tamborileó con el dedo en un postigo. Los leones no se movieron; conocían bien el sonido de su inquietud.

—¿Los volveremos a ver si se van?

—Creo que volverás a verlos —respondí. Si captó el cambio que había hecho, no dijo nada. Yo sentí una leve palpitación en el pecho. Hacía tanto tiempo que no hablaba con Hermes que había olvidado el esfuerzo que me costaba enfrentarme a aquella astuta mirada que todo lo veía.

—¿Crees que Atenea intentará matarme? —preguntó.

—Tiene que hacer un juramento antes de entrar en la isla, y quedará atada por él. Pero tendré conmigo la lanza, por si acaso.

Obligué a mis manos a cumplir con sus tareas: lavar los platos, hacer la colada, arrancar las malas hierbas. Cuando comenzó a oscurecer, llené una cesta con comida y mandé a Telégono a buscar a Penélope y Telémaco.

—No te entretengas —le dije—. Necesitan estar solos.

Se puso colorado.

—No soy un niño idiota.

Respiré hondo.

—Ya sé que no lo eres.

Mientras estuvo fuera, yo anduve de un lado para otro, intranquila. No podía explicar la sensación de quemazón que sentía. Sabía que se iba a ir. Lo sabía desde el principio.

Penélope volvió al salir la luna.

—Te estoy agradecida —dijo—; la vida no es tan sencilla como un telar. Lo que tejes en ella no lo puedes deshacer de un tirón, pero creo que he dado un paso. ¿Está mal confesar que disfruté viéndote poner a Hermes en su sitio?

—Yo también tengo una confesión que hacer. No lamento dejar que Atenea se retuerza durante tres días.

Penélope sonrió.

—Gracias otra vez.

Telégono estaba sentado junto al hogar emplumando flechas, pero apenas llevaba hechas unas cuantas. Estaba tan inquieto como yo, arrastraba los pies por el suelo, se asomaba a la ventana, contemplando el sendero vacío como si Hermes fuera a presentarse otra vez. Limpié las mesas que no necesitaban limpieza alguna. Coloqué mis tarros de hierbas primero aquí y luego allá. La capa de luto de Penélope estaba colgada en el telar, casi acabada. Podía haberme sentado a trabajar en ella un rato, pero la intervención de otras manos se notaría luego en el paño.

—Voy a salir —le dije a Telégono. Y, antes de que pudiera responder, me fui.

Los pies me condujeron a un pequeño claro que conocía entre los robles y los olivos. Las ramas daban buena sombra y la hierba crecía mullida. Se podían oír las aves nocturnas en lo alto.

Telémaco estaba sentado en un árbol caído, perfilado en la oscuridad.

—¿Te molesto?

—No —dijo.

Me senté a su lado. Bajo mis pies la hierba estaba fresca y ligeramente húmeda. Los búhos ululaban en la distancia, aún hambrientos tras la escasez invernal.

—Mi madre me ha contado lo que hiciste por nosotros. Ahora y antes. Gracias.

—Me alegro de poder ayudar.

Asintió con un leve gesto de la cabeza.

—Ella iba tres leguas por delante, como siempre.

Sobre nuestras cabezas, las ramas se mecieron, troceando la luna.

—¿Estás preparado para enfrentarte a la diosa de los ojos grises?

—¿Lo está alguien?

—Al menos ya la has visto antes. Cuando paró la guerra entre tu padre y las familias de los pretendientes.

—La he visto muchas veces —dijo—. Solía venir a verme cuando era niño. Aunque nunca con su verdadera forma. De vez en cuando, notaba algo peculiar en algunas personas que me rodeaban; ya sabes, el extraño que me ofrecía un consejo excesivamente detallado, el viejo amigo de la familia cuyos ojos brillaban en la oscuridad... El aire olía entonces a aceitunas y a metal. Yo pronunciaba su nombre y el cielo refulgía como si fuese de plata pulida. Las cosas insulsas de mi vida cotidiana, como un padrastro en el pulgar o las pullas de los pretendientes, se esfumaban. Me hacía sentir como uno de los héroes de las canciones, dispuesto a someter a toros que echaban fuego y a sembrar dientes de dragón.

Un búho describió un círculo sobre nosotros con sus sigilosas alas. En el silencio, el ansia de su voz resonaba como una campana.

—Tras el regreso de mi padre, no volví a verla. La esperé durante mucho tiempo. Sacrifiqué ovejas en su nombre. Escrutaba a todo el que pasaba. ¿Se demoraba de un modo extraño aquel cabrero? ¿No mostraba aquel marinero demasiado interés en mis ideas?

Se hizo un ruido en la oscuridad, una especie de risa.

—Como podrás imaginar, a la gente no le gustaba demasiado mi forma de mirarla fijamente y luego alejarme decepcionado.

—¿Sabes lo que tiene pensado para ti?

—¿Quién puede saberlo, con una divinidad?

Eso me sonó a reproche. Esa antigua brecha insalvable entre mortales y deidades.

—Sin duda tendrás poder, y riquezas. Probablemente tendrás la oportunidad de convertirte en Telémaco el Justo.

Sus ojos estaban puestos en las sombras del bosque. Apenas me había mirado desde que llegué. Fuera lo que fuera lo que había entre nosotros, se había disipado como humo en el viento. Tenía la mente puesta en Atenea, en su futuro. Yo sabía que sería así, pero me sorprendió lo mucho que me dolía verlo suceder tan pronto.

Hablé con desenfado.

—Deberíais llevaros el barco, por supuesto. Está protegido contra los desastres marítimos, como sabes. Con la ayuda de Atenea, no deberíais necesitarlo, pero os permitirá zarpar en cuanto estéis listos. A Telégono no le importará.

Permaneció en silencio tanto tiempo que pensé que no me había oído, pero por fin dijo:

—Es un ofrecimiento muy amable por tu parte, gracias. Así recuperaréis vuestra isla.

Oí los crujidos entre los arbustos. Oí el mar distante en la playa, el sonido de nuestros alientos se desvanecía en su incesante ir y venir.

—Sí —dije—, así es.

\* \* \*

En los días siguientes, pasaba a su lado como si fuera una mesa de mi salón. Penélope me miraba, pero tampoco le hablaba a ella. Ahora estaban juntos a menudo, reparando aquello que se había roto. No me apetecía verlo. Bajé con Telégono a la playa para que me enseñase cómo nadaba. Sus hombros, duros y musculosos, cortaban con certeza el mar. Aparentaba más de dieciséis años, todo un hombre. Los hijos de los dioses se desarrollaban más rápido que los mortales. Sabía que los echaría de menos cuando se fuesen. Yo le ayudaría a olvidar. Le diría que algunas personas son como constelaciones que solo iluminan la tierra durante una estación.

Les serví la cena, luego cogí mi capa y salí a la oscuridad. Busqué los picos más elevados, las espesuras hasta las que los mortales no podían seguirme. E, incluso mientras lo hacía, me reía de mí misma. ¿Cuál de ellos crees que va a venir en tu busca? Mi mente repasó todas aquellas historias que no le había contado a Odiseo: Eetes, Escila y los demás. No había querido que mi historia fuera únicamente un entretenimiento, alimento para su incansable

inteligencia, pero ¿quién más hubiera soportado oírlo, con toda su fealdad y sus errores? Había perdido mi oportunidad de hablar, y ahora era demasiado tarde.

Me fui a la cama. Soñé hasta el alba con la lanza coronada por la cola de Trigón.

La mañana del tercer día, Penélope me tiró de la manga. Había terminado su capa negra. Hacía que su rostro pareciese más fino, su piel más pálida. Me dijo:

—Sé que te pido demasiado, pero ¿estarás presente cuando hablemos con ella?

—Sí. Y también Telégono. Quiero zanjar el asunto. Estoy harta de juegos.

Sentía todas y cada una de mis palabras chocar, duras, contra mis dientes. Subí al pico. Las rocas allí estaban renegridas por dieciséis años de pótimas. Me agaché y froté las manchas con un dedo. Cuántas veces había venido aquí..., cuántas horas había pasado en este lugar... Cerré los ojos y sentí el hechizo sobre mí, frágil como el cristal. Lo dejé caer.

Sonó el más leve tintineo, como el ruido de una cuerda de arco demasiado tensa al romperse. Esperé a que el viejo peso cayese de mis hombros, pero, en vez de eso, una fatiga gris atravesó todo mi ser. Estiré una mano en busca de equilibrio, mas solo hallé aire. Me tambaleé, me flaqueaban las rodillas, pero no había tiempo para debilidades. Estábamos expuestos. Atenea iba a venir, se abalanzaría sobre mi isla como un águila. Me obligué a bajar la montaña a toda prisa. Mis pies tropezaban en cada raíz, los guijarros torcían mis tobillos. Mi respiración era fina y superficial. Abrí la puerta. Tres caras me miraron sobresaltadas. Telégono se levantó.

—¿Madre?

Lo aparté de un empujón y entré. Mi cielo estaba abierto, y cada momento que pasaba era un peligro. La lanza era lo que necesitaba. Cogí su retorcido mango del rincón donde la guardaba y aspiré el dulce olor del veneno. Mi mente pareció despejarse un poco. Ni siquiera Atenea se arriesgaría con esto.

La llevé al salón y me aposté junto al hogar. Ellos me siguieron, dubitativos. No hubo tiempo para advertencias. Los rayos de sus extremidades azotaron la estancia y el aire se volvió de plata. Su coraza refulgía como si aún estuviese a medio fundir. El penacho de su casco se desplegaba sobre nosotros.

Sus ojos se clavaron en mí. Su voz era oscura como la mena.

—Te dije que lo lamentarías si tu hijo vivía.

—Te equivocaste —repliqué.

—Siempre has sido una impertinente, titán. —Bruscamente, como si tratase de herirme con su precisión, dirigió su mirada a Telémaco. Él estaba de rodillas, con Penélope a su lado—. Hijo de Odiseo —le dijo alterando su voz, ahora dorada—, Zeus ha predicho que un nuevo imperio se levantará en Occidente. Eneas ha huido allí con los troyanos supervivientes, y quiero que un grupo de griegos les haga frente y los mantenga a raya. La tierra es fértil y rica, con abundancia de animales salvajes y domésticos, repleta de frutos de toda clase. Allí fundarás una ciudad próspera, erigirás recias murallas y dictarás leyes para contener la barbarie. Plantarás la semilla de un gran pueblo que gobernará el mundo en tiempos por venir. He reunido en un barco a buenos hombres de todas nuestras tierras. Arribarán hoy para conducirte a tu futuro.

La estancia ardía con los áureos destellos de su mirada. Telémaco ardía también. Sus hombros parecían más anchos; sus extremidades, repletas de fuerza. Hasta su voz se había vuelto más profunda.

—Sabia diosa de los ojos grises —dijo—, me honras entre todos los mortales. Ningún hombre puede merecer tal gracia.

Ella sonrió como la serpiente de un templo ante un cuenco de alimento.

—El barco vendrá a por ti al anochecer. Has de estar preparado.

Era la señal para que se pusiese en pie, para exhibir la gloria que ella le había concedido, para alzarla como un espléndido estandarte. Pero él siguió arrodillado, inmóvil.

—Me temo que no soy digno de tus dones.

Fruncí el ceño. ¿Por qué se humillaba tanto? No era prudente. Debería darle las gracias y punto, antes de que ella encontrase algún motivo para ofenderse.

—Conozco tus flaquezas —dijo ella, con un punto de impaciencia en la voz—. Carecerán de importancia cuando yo esté a tu lado para ayudarte a sostener la lanza. Ya te guie una vez hacia la victoria contra los pretendientes. Te guiaré nuevamente.

—Has velado por mí —replicó Telémaco—, y te lo agradezco. Pero no puedo aceptar tu ofrecimiento.

La atmósfera de la estancia quedó en completo suspenso.

—¿Qué quieres decir? —Las palabras crepitaron.

—He estado reflexionando —dijo—. He reflexionado durante estos tres

días, y no hallo en mí el menor gusto por luchar contra los troyanos ni por levantar imperios. Busco otras experiencias.

Se me había secado la garganta. ¿Qué estaba haciendo aquel loco? El último hombre que le había dicho que no a Atenea era Paris, el príncipe de Troya. Había preferido a la diosa Afrodita, y ahora estaba muerto, y su ciudad, convertida en cenizas.

Los ojos de Atenea eran como taladros que perforaban el aire.

—¿El menor gusto? ¿Qué es esto? ¿Te ha ofrecido otra divinidad algo mejor?

—No.

—¿Qué sucede entonces?

Telémaco no se inmutó ante la mirada de Atenea.

—No deseo llevar esa vida.

—Penélope. —La palabra restalló como un latigazo—. Habla con tu hijo.

El rostro de Penélope miraba hacia el suelo.

—Ya lo he hecho, diosa. Está decidido. Ya sabes que el linaje de su padre siempre ha sido tozudo.

—Tozudo para alcanzar el éxito. —Atenea pronunciaba cada palabra con sequedad, como si le estuviese retorciendo el cuello a una paloma—. Tozudo en su ingenio. ¿Qué es esta degeneración? —Se volvió bruscamente hacia Telémaco—. No volveré a hacerte esta oferta. Si insistes en esta estupidez, si me rechazas, toda mi gloria te abandonará. No volveré aunque me lo supliques.

—Lo entiendo —respondió él.

Su calma parecía enfurecerla.

—No se harán canciones sobre ti. Ni relatos. ¿Entiendes? Vivirás una vida oscura. No dejarás un nombre para la historia. No serás nadie.

Cada una de sus palabras era como el golpe del martillo en la forja. Telémaco acabaría por ceder, pensé. Claro que cedería. La fama que Atenea había descrito era lo que todos los mortales ansiaban. Es su única esperanza de alcanzar la inmortalidad.

—Elijo ese destino —dijo.

En el frío y bello rostro de Atenea se dibujó la estupefacción. ¿Cuántas veces en toda la eternidad le habrían dicho que no? Era incapaz de comprenderlo. Parecía un águila que se hubiera lanzado en picado a por un conejo y, de repente, se hubiera visto sumida en el lodo.

—Eres un imbécil —le espetó—. Tienes suerte de que no te mate aquí

mismo. Te perdono la vida por el amor que le tuve a tu padre, pero ya no eres mi protegido.

La gloria que había brillado sobre él se esfumó. Pareció marchitarse sin ella, se veía gris y arrugado como la corteza de un olivo. Yo estaba tan atónita como Atenea. ¿Qué había hecho? Tan sumida estaba en estos pensamientos que no pude ver el camino que había tomado la situación hasta que fue demasiado tarde.

—Telégono —dijo Atenea. Su mirada de plata se clavó en él. Su voz se transmutó de nuevo; su hierro se convirtió en filigrana—, ya has oído lo que le ofrecía a tu hermano. Ahora te lo ofrezco a ti. ¿Navegarás y serás mi baluarte en Italia?

Me sentí como si me precipitase desde un acantilado. Estaba en el aire, cayendo, sin nada a lo que agarrarme.

—Hijo —exclamé—, no digas nada.

Rauda como una flecha, se volvió hacia mí.

—¿Te atreves a interponerte otra vez? ¿Qué más quieres de mí, bruja? He jurado no hacerle daño. Le ofrezco un regalo por el que cualquier hombre daría su alma. ¿Pretendes mantenerlo atado a ti toda su vida, como a un caballo domado?

—No lo quieres a él —repuse—. Mató a Odiseo.

—Odiseo se mató solo —dijo ella; las palabras sisearon por la habitación como la hoja de una guadaña—. Perdió el rumbo.

—Fuiste tú quien se lo hizo perder.

La ira humeaba en sus ojos. Vi en ellos lo que pensaba: cómo se vería su lanza desgarrando mi garganta.

—Lo habría convertido en un dios —dijo—, en un igual, pero al final fue demasiado débil.

Era lo más parecido a una disculpa que se podía recibir de una divinidad. Enseñé los dientes y blandí mi lanza en el aire.

—No te vas a llevar a mi hijo. Lucharé contra ti antes de dejar que te lo lleves.

—Madre —su voz sonó bajo a mi lado—, ¿puedo hablar?

Me estaba haciendo añicos. Sabía lo que vería cuando lo mirase: su entusiasmo, su esperanza, su súplica. Quería ir. Siempre había querido irse, desde el momento en que había nacido. Había permitido que Penélope se quedase en mi isla para que no perdiese a su hijo. Y ahora yo perdería al mío.

—He soñado con esto —dijo—, con campos dorados que se extienden



ininterrumpidamente hasta el horizonte. Huertos, ríos espléndidos, hermosos rebaños. Antes creía que era Ítaca lo que veía.

Intentaba hablar con calma, controlar la emoción que lo inundaba. Pensé en Ícaro, que había muerto siendo libre. Telégono moriría si no lo era; no morirían su carne y sus años, pero todo lo que había de dulzura en él se marchitaría y desaparecería.

Me cogió de la mano, con un gesto propio de un rapsodo. Pero ¿no estábamos acaso en una especie de canción? Este era el estribillo que tan a menudo habíamos ensayado.

—Sé que hay riesgos, pero tú me has enseñado a ser prudente. Puedo hacerlo, madre. Y quiero.

Yo no era más que un espacio gris lleno de vacío. ¿Qué podía decir? Uno de los dos tenía que sufrir. No iba a permitir que fuese él.

—Hijo mío —dije—, tuya es la decisión.

La alegría lo bañó como una ola. Yo me di la vuelta para no tener que verlo. Atenea podía estar contenta, pensé. Aquí tenía su venganza, por fin.

—Prepárate para cuando venga el barco —dijo—. Llegará esta tarde. No enviaré otro.

La luz se redujo a la del sol. Penélope y Telémaco nos dejaron solos. Telégono me abrazó como no me abrazaba desde que era niño. Como no me había abrazado nunca, quizá. «Recuerda esto», me dije. Sus hombros anchos, la curva de los huesos de su espalda, la calidez de su aliento. Pero mi mente estaba agostada, arrasada.

—¿Madre? ¿Acaso no puedes alegrarte por mí?

No, quise gritarle. No puedo. ¿Por qué tengo que alegrarme? ¿No basta con que te deje marchar? Pero no quería que eso fuese lo último que viese de mí, a su madre sollozando y gimiendo como si estuviese muerto, aunque aún tuviese tantos años de esperanzas por delante.

—Me alegro por ti —me obligué a decir. Lo llevé a su habitación. Le ayudé a preparar el equipaje; llenamos baúles con medicinas de toda clase, para heridas y dolores de cabeza, para la viruela y para el insomnio, e incluso para el parto, cosa que le hizo ruborizarse.

—Vas a fundar una dinastía —dije—; para eso suelen hacer falta herederos.

Le di las ropas más abrigosas que tenía, aunque era primavera y pronto

sería verano. Le dije que debería llevar consigo a Arcturos, a quien amaba desde que era una cachorrita. Le di amuletos, lo envolví en encantamientos. Le entregué tesoro tras tesoro: oro, plata y los más finos bordados, pues a los nuevos reyes les va mejor cuando tienen maravillas que ofrecer.

Para entonces empezaba a poner los pies en el suelo.

—¿Y si fracaso?

Pensé en las tierras que Atenea había descrito: las ondulantes colinas repletas de generosos frutos y campos de grano, la espléndida ciudadela que construiría. Impartiría justicia desde un trono elevado en su salón más luminoso, y hombres y mujeres vendrían de todas partes para arrodillarse ante él. Sería un buen gobernante, pensé. Justo y cálido. No se dejaría consumir por la avaricia como su padre. Nunca había ansiado la gloria, solo la vida.

—No fracasarás —le dije.

—¿No crees que pretende hacerme daño?

Ahora se preocupaba, ahora que era demasiado tarde. Solo tenía dieciséis años, y tan poca experiencia en el mundo.

—No —dije—, no lo creo. Te valora por tu sangre y, con el tiempo, te valorará también por ti mismo. Es más de fiar que Hermes, aunque no se puede decir que ningún dios lo sea. Debes recordar ser siempre tú mismo.

—Lo recordaré. —Me miró a los ojos—. ¿No estás enfadada?

—No —respondí. Nunca había sido enfado, solo había sentido miedo y tristeza. Él era aquello que los dioses podían usar contra mí.

Llamaron a la puerta. Era Telémaco, que traía un paquete largo envuelto en lana.

—Siento interrumpir. —Mantuvo los ojos apartados de los míos. Le tendió el paquete a mi hijo—. Esto es para ti.

Telégono desenvolvió el paquete. Una vara pulida de madera que se estrechaba en ambos extremos y tenía unas muescas. Las cuerdas estaban pulcramente enrolladas alrededor del arco. Telégono acarició la empuñadura de cuero.

—Es hermoso.

—Era de nuestro padre —dijo Telémaco.

Telégono alzó la mirada, afligido. Vi la sombra de su vieja pena recorrerle el rostro.

—No puedo aceptarlo, hermano. Ya he aceptado tu ciudad.

—Esa ciudad nunca fue mía —dijo—. Ni tampoco ese arco. Creo que tú te manejarás mejor con ambos.

Me sentí como si estuviera muy lejos. Nunca había visto la edad que les separaba con tanta claridad. Mi apasionado hijo y aquel hombre que elegía no ser nadie.

Llevamos el equipaje de Telégono a la playa. Telémaco y Penélope se despidieron y luego se retiraron. Yo esperé junto a mi hijo, pero él apenas era consciente de mi presencia. Sus ojos habían hallado el horizonte, esa costura entre las olas y el cielo.

El barco llegó a puerto. Era grande, sus costados estaban recién embreados y pintados, su vela nueva resplandecía. Su tripulación trabajaba con limpieza y eficiencia; llevaban las barbas pulcramente arregladas, sus cuerpos eran ágiles y fuertes. Una vez colocada la pasarela, se congregaron, ansiosos, en la borda.

Telégono salió a su encuentro, robusto y espléndido bajo el sol. Arcturos le siguió, jadeante. El arco de su padre, con la cuerda tensa, colgaba de su hombro.

—Soy Telégono de Eea —exclamó—, hijo de un gran héroe y de una diosa más grande aún. Bienvenidos, pues habéis sido enviados por la mismísima Atenea, la de los ojos grises.

Los marineros se arrodillaron ante él. No iba a poder soportarlo, pensé. Lo agarraría, lo apretaría contra mí. Pero solo lo abracé una última vez, apretando fuerte, como si fuera a incrustarle en mi piel. Luego le vi ocupar su lugar entre ellos, de pie en la proa, con el cielo de fondo. La luz lanzaba reflejos de plata desde las olas. Levanté la mano para bendecirlo y entregué a mi hijo al mundo.

En los días siguientes, Penélope y Telémaco me trataron como si fuese de cristal egipcio. Hablaban bajito y pasaban de puntillas junto a mi silla. Penélope me ofreció su lugar en el telar. Telémaco mantenía mi copa llena. El fuego estaba siempre recién alimentado. Todo ello me era indiferente. Eran amables, pero no significaban mucho para mí. Los siropes de mi despensa llevaban más tiempo conmigo. Acudí a mis hierbas, pero parecían marchitarse en mis dedos. El aire me parecía desnudo sin mi hechizo. Ahora los dioses serían capaces de ir y venir a su antojo. Podrían hacerme cualquier cosa. No tenía poder para detenerlos.

Los días se fueron volviendo más cálidos. El cielo se ablandó y se abrió sobre nosotros, como la carne madura de un fruto. La lanza seguía apoyada en la pared de mi cuarto. La cogí y le saqué la funda de cuero para aspirar sus

pálidas nervaduras envenenadas, pero no sabría decir qué pretendía con ello. Me froté el pecho como si estuviera amasando pan. Telémaco me preguntó:

—¿Te encuentras bien?

—Claro que me encuentro bien. ¿Qué mal iba a tener? Los seres inmortales no enfermamos.

Me fui a la playa. Caminé con cuidado, como si llevase un bebé en brazos. El sol lucía con fuerza en el horizonte. Lucía por todas partes, sobre mi espalda, en mis brazos, en mi rostro. No llevaba ningún chal. No me iba a quemar. Nunca me quemaba.

Mi isla yacía ante mí. Mis hierbas, mi casa, mis animales. Y así sería, pensé, siempre igual. No importaba que Penélope y Telémaco fuesen amables. No importaba siquiera que se quedasen toda su vida, si ella era la amiga que había ansiado y él algo más, pues solo sería un instante. Morirían, y yo quemaría sus cuerpos y vería cómo mis recuerdos de ellos amarilleaban y se desdibujaban con el incesante paso de los siglos; hasta Dédalo, hasta las salpicaduras de sangre del Minotauro, hasta el apetito de Escila. Hasta Telégono. Sesenta, setenta años podía vivir un mortal. Luego partía hacia el inframundo, adonde yo no podría ir jamás, pues los dioses somos lo opuesto a la muerte. Y para quienes no habían amado, para aquellos cuyas vidas habían estado llenas de dolor y horror, estaban las negras aguas del río Leteo, que uno podía beber y olvidar. Menudo consuelo.

Para mí, no había nada. Yo seguiría viviendo incontables milenios mientras las personas que conocía se me escapaban por entre los dedos y yo me quedaba únicamente con los que eran como yo. Los olímpicos y los titanes. Mi hermana y mis hermanos. Mi padre.

Entonces sentí algo en mí. Fue como en los viejos tiempos, en los primeros tiempos de mis hechizos, cuando el camino se abrió, de repente, con claridad ante mis pies. Todos aquellos años me había debatido y había luchado, pero había una parte de mí que había permanecido inmóvil, como mi hermana decía. Me pareció oír a aquella pálida criatura en sus negras profundidades.

*Entonces, muchacha, haz otro.*

No hice nada para prepararme. Si no estaba preparada ahora, ¿cuándo iba a estarlo? Ni siquiera subí hasta el pico. Él vendría a mí aquí mismo, sobre mis arenas amarillas, y se enfrentaría a mí donde yo estaba.

—Padre —dije al aire—, quiero hablar contigo.

Helios no era un dios al que se pudiese invocar, pero yo era la hija pródiga que había ganado la cola de Trigón. Los dioses aman la novedad, como ya he dicho. Son curiosos como los gatos.

Se materializó en el aire. Llevaba puesta su corona, y sus rayos convirtieron mi playa en oro. El púrpura de sus ropas era intenso como un charco de sangre. Cientos de años y ni un hilo había cambiado. Seguía siendo aquella misma imagen que se había grabado a fuego en mí desde mi nacimiento.

—He venido —dijo él; su voz me envolvió como el calor de una hoguera.

—Quiero poner fin a mi exilio —dije.

—Tu exilio no tiene final. Estás castigada por toda la eternidad.

—Te pido que vayas ante Zeus y le hables en mi nombre. Dile que tomarías como un favor que me liberase.

Su rostro mostró más incredulidad que ira.

—¿Por qué habría de hacer tal cosa?

Podría haber dado muchas respuestas a eso: porque he sido tu moneda de cambio todo este tiempo; porque veías a aquellos hombres y sabías lo que eran, y aun así permitías que desembarcaran en mi isla; porque después, cuando yo estaba destrozada, no viniste.

—Porque soy tu hija y sería libre.

Ni siquiera se paró a pensar.

—Sigues siendo tan desobediente como siempre, y temeraria. Me has hecho venir aquí por una tontería y nada más.

Lo miré a la cara, abrasadora con su recto poder. El Gran Vigía del Cielo. El Salvador, lo llaman. El que Todo lo Ve, Portador de Luz, Deleite de los Hombres. Le había dado su oportunidad. Era más de lo que él me había dado nunca.

—¿Recuerdas cuando Prometeo fue azotado en tu palacio? —dije.

Entornó los ojos.

—Claro que lo recuerdo.

—Yo me quedé cuando todos los demás os fuisteis. Lo consolé y hablamos. Su mirada abrasaba la mía.

—No te atreverías.

—Si dudas de mí, puedes preguntarle a Prometeo. O a Eetes. Aunque, si consigues que diga alguna verdad, será un milagro.

Mi piel empezaba a doler por su calor; me lloraban los ojos.

—Si hiciste tal cosa, es alta traición. Mereces el exilio más que nunca. Mereces un castigo aún mayor, el mayor que pueda imponerte. Nos has expuesto a la cólera de Zeus por un estúpido capricho.

—Así es —dije—. Y si no pones fin a mi exilio, te expondré a ella otra vez. Le contaré a Zeus lo que hice.

Su rostro se contrajo. Por primera vez en mi vida lo había impresionado de verdad.

—No lo harías. Zeus te destruirá.

—Puede que lo haga —dije—. Pero creo que primero me escuchará. Y es a ti a quien de verdad echará la culpa, porque tendrías que haber mantenido más controlada a tu hija. Y, por supuesto, le contaré también otras cosas. Todas aquellas traiciones de tapadillo de las que te oí hablar en susurros con mis tíos. Creo que a Zeus le alegraría saber hasta dónde llega el espíritu de rebelión de los titanes, ¿no te parece?

—¿Osas amenazarme?

«Estos dioses...», pensé. Siempre dicen lo mismo.

—Sí.

La piel de mi padre se incendió con un brillo cegador. Su voz me quemaba los huesos.

—Iniciarías una guerra.

—Eso espero. Porque prefiero verte derribado, padre, antes que seguir prisionera más tiempo para tu conveniencia.

Su ira era tan abrasadora que a su alrededor el aire se curvaba y ondulaba.

—Puedo acabar contigo con solo pensarlo.

Era mi temor más antiguo, aquella aniquilación blanca. Sentí que un estremecimiento me recorría por dentro. Pero se acabó. Por fin, se acabó.

—Puedes —dije—, pero siempre has sido cauteloso, padre. Sabes que me he enfrentado a Atenea; que he recorrido las profundidades más negras. No puedes ni imaginar los hechizos que he hecho, los venenos que he reunido para protegerme de ti, cómo tu poder puede volverse contra ti. ¿Quién sabe lo que hay en mi interior? ¿Estás dispuesto a descubrirlo?

Las palabras quedaron suspendidas en el aire. Sus ojos eran discos de oro en llamas, pero no aparté la mirada.

—Si accedo a esto —dijo—, es lo último que haré nunca por ti. No vuelvas a venir a mí mendigando.

—Padre —dije—, no lo haré nunca. Mañana me voy de aquí.

No quiso saber adónde, ni siquiera se lo preguntó. De niña había pasado muchos años escrutando sus brillantes facciones para adivinar sus pensamientos, tratando de atisbar entre ellos uno que llevara mi nombre. Pero él era un arpa con una única cuerda, y la nota que tocaba era él mismo.

—Siempre has sido la peor de mis hijos —dijo—. Cuídate de no deshonrarme.

—Tengo una idea mejor. Haré lo que me plazca y, cuando hagas recuento de tus hijos, no me cuentes entre ellos.

Su cuerpo estaba rígido de ira. Parecía que se hubiera tragado una piedra y se estuviese asfixiando.

—Saluda a madre de mi parte —dije.

Apretó la mandíbula y se esfumó.

\* \* \*

La arena amarilla recobró su color habitual. Regresaron las sombras. Por un instante permanecí allí, tomando aliento, inmóvil, con el pecho lleno de salvajes palpitations. Pero después pasó. Mis pensamientos se dispersaron, rozaron la tierra, ascendieron por la colina hasta mis aposentos, donde esperaba la lanza con su pálido veneno. Debería habérselo devuelto a Trigón hacía tiempo, pero lo había conservado como protección y algo más que no sabría decir. Por fin sabía lo que era.

Subí hasta la casa y encontré a Penélope, sentada ante mi telar.

—Es hora de tomar una decisión. Tengo que hacer unas cosas. Me marcho mañana, no sé decirte por cuánto tiempo. Primero te llevaré a Esparta, si estás dispuesta a ir allí.

Levantó la mirada del tapiz que estaba tejiendo. Un mar embravecido, con una nadadora internándose en la oscuridad.

—¿Y si no lo estuviera?

—Entonces, puedes quedarte aquí.

Sostenía la lanzadera sin apretarla, como si fuese un pájaro con su hueca osamenta. Dijo:

—¿Y eso no sería... entrometerse? Ya sé lo que te he costado.

Se refería a Telégono. Había sufrimiento, y siempre lo habría. Pero la niebla gris se había disipado. Me sentía distante y muy lúcida, como un halcón sobre el éter más elevado. Dije:

—Él nunca habría sido feliz aquí.

—Pero fue por nosotros por lo que se fue con Atenea.

En el pasado eso habría causado daño, pero fue solo por orgullo.

—Atenea no es, ni de lejos, la peor de todos ellos. —*Ellos*, me oí decir—. Te doy a elegir, Penélope. ¿Qué es lo que te gustaría hacer?

Una loba se estiró, su boca crujió un poco con su bostezo.

—Creo que no tengo ninguna prisa por ir a Esparta —dijo Penélope.

—Entonces, ven, hay cosas que tienes que saber. —La llevé a la cocina, con sus hileras de frascos y botellas—. Sobre la isla hay proyectada una ilusión que la hace parecer inaccesible para los barcos. Se mantendrá así mientras yo esté fuera. Pero a veces los marineros son temerarios, y los más temerarios suelen ser los más desesperados. Estas son las drogas que no necesitan hechizos. Entre ellas hay venenos y bálsamos para curar. Este hace dormir. —Le tendí una botella—. No funciona de inmediato, así que no puedes dejarlo hasta el último momento. Tendrás que echárselo en el vino. Diez gotas serán suficientes. ¿Crees que puedes hacerlo?

Movió el contenido, sintió su peso. Una suave sonrisa curvó sus labios.

—Quizá recuerdes que tengo cierta experiencia tratando huéspedes inoportunos.

Dondequiera que estuviese Telémaco, no regresó para cenar. «No importa», dije para mí. La época en que me ablandaba como la cera ya había pasado. Tenía un camino por recorrer. Preparé mi equipaje. Un par de prendas de ropa y una capa, y el resto eran hierbas y frascos. Levanté la lanza y la saqué al cálido aire nocturno. Tenía hechizos por hacer, pero quería ir primero al barco. No lo había visto desde que Telémaco había empezado a repararlo, y tenía que asegurarme de que estaba listo para zarpar. Los fogonazos de los rayos se encendían sobre el mar, y la brisa traía el olor de un fuego remoto. Esta era la última tormenta, por la que le había dicho a Telégono que esperase. No me daba miedo. Por la mañana habría amainado.

Entré en la cueva y observé. Resultaba difícil creer que estaba viendo el mismo barco. Ahora era más largo, y su proa se había reconstruido y



estrechado. El mástil estaba mejor aparejado, y el timón, más equilibrado. Di una vuelta a su alrededor. En la proa habían añadido un pequeño mascarón, una leona sentada con las fauces abiertas. Su piel era de estilo oriental, con los mechones separados, rizados como la concha de un caracol. Extendí la mano para tocar uno.

—La cera aún no se ha secado. —Salió de la oscuridad—. Siempre he creído que toda embarcación necesita un espíritu de proa.

—Es precioso —dije.

—Estaba pescando en la cala cuando llegó Helios. Todas las sombras desaparecieron. Te oí hablar con él.

Sentí una punzada de vergüenza. Qué siniestros, estafalarios y crueles debimos de parecerle. Posé la mirada en la embarcación para no tener que mirarlo a él.

—Entonces, sabes que mi exilio ha terminado y que zarpo mañana. Le pregunté a tu madre si quería ir a Esparta o quedarse aquí. Dijo que prefería quedarse. Te ofrezco la misma elección.

Fuera, el mar hacía un sonido como de lanzadera tejiendo. Las estrellas eran amarillas como peras, bajas y maduras en la rama.

—Me he enfadado contigo —dijo él.

Me sorprendió. La sangre afluyó a mis mejillas con un escozor.

—Enfadado.

—Sí —dijo—. Pensaste que me iría con Atenea. Incluso después de todo lo que te he dicho. No soy tu hijo ni mi padre. Deberías saber que no quiero nada de lo que tiene Atenea.

Su voz era serena, pero sentí la afilada hoja de su recriminación.

—Lo siento —dije—. No podía creer que nadie de este mundo pudiese negarse a su divinidad.

—Tiene gracia, viniendo de ti.

—Yo no soy un príncipe joven y prometedor de quien se esperan grandes hechos.

—Eso está sobrevalorado.

Pasé la mano por la garra de la leona y noté el lustre pegajoso de la cera.

—¿Siempre haces cosas hermosas para la gente con la que estás enfadado?

—No —dijo él—. Solo para ti.

Fuera relumbraban los relámpagos.

—Yo también me enfadé —dije—. Creía que estabas ansioso por marcharte.

—No sé cómo pudiste pensar eso. Ya sabes que no puedo esconder mi verdadero rostro.

Podía oler la cera de abeja, dulce y espesa.

—Por la forma en que hablaste de Atenea viniendo a ti. Pensé que lo anhelabas; que era algo que te guardabas, como un corazón secreto.

—Lo guardaba para mí porque me avergonzaba. No quería que supieras que ella siempre había preferido a mi padre.

Ella es una necia. Pero no lo dije.

—No quiero ir a Esparta —dijo él—. Tampoco quiero quedarme aquí. Creo que sabes dónde me gustaría estar.

—No puedes venir —dijo—. No es seguro para los mortales.

—Sospecho que no es seguro en absoluto. Deberías ver tu rostro. Tú tampoco lo puedes ocultar.

¿Cómo está mi rostro?, quise preguntar. En vez de hacerlo, dije:

—¿Dejarías a tu madre?

—Estará bien aquí. Y satisfecha, creo.

En el aire flotaba el fragante serrín. Era el mismo olor que desprendía su piel cuando tallaba. De repente me sentí temeraria. Harta de tanto preocuparme y de tanto tratar de convencer, de mi cuidadosa planificación. Para algunas era algo natural, pero no para mí.

—Si quieres venir conmigo, no te lo impediré —dije—. Salimos al alba.

Hice mis preparativos y él hizo los suyos. Trabajó hasta que el cielo comenzó a clarear. Llenamos el barco con todas las provisiones que podía almacenar: queso y cebada tostada, frutas secas y frescas. Telémaco añadió redes de pesca y remos, maromas de repuesto y cuchillos, todo convenientemente estibado y sujeto con correas en su sitio. Con unos rodillos empujamos el bote hasta el mar, su casco deslizándose sin esfuerzo entre las olas. Penélope permaneció en la orilla para despedirnos. Telémaco había ido solo a decirle que se marchaba. Pensara lo que pensara de ello, ella no dejó que se notase en su rostro.

Telémaco izó las velas. El temporal había pasado. Corría un viento fresco y provechoso que hinchó nuestra vela y atravesamos la bahía con facilidad. Me volví para contemplar Eea. Por segunda vez en todos mis días la veía menguar a mis espaldas. El agua que se interponía entre nosotras iba aumentando, y sus acantilados disminuían. Sentí el agua salada en los labios. Alrededor, todo

eran aquellas olas plateadas. No se oía ningún trueno. Yo era libre.

«No —pensé—. Aún no.»

—¿Adónde vamos? —La mano de Telémaco aguardaba sobre el timón.

La última vez que había pronunciado su nombre en voz alta había sido ante su padre.

—Hacia los estrechos —dije—. A Escila. —Contemplé cómo captaba mis palabras. Giró el timón con manos competentes—. ¿No tienes miedo?

—Ya me advertiste de que no era seguro —dijo—. No creo que el miedo sea de ayuda.

El mar fluía a nuestro alrededor. Dejamos atrás la isla en la que había recalado con Dédalo de camino a Creta. La playa seguía allí, y pude ver un bosquecillo de almendros. El álamo reventado por la tormenta hacía mucho que habría desaparecido, desmenuzado en la tierra.

Un pálido borrón apareció en el horizonte. Crecía a cada hora, acampanándose como el humo. Sabía lo que era.

—Recoge la vela —dije—. Primero tenemos que encargarnos de un asunto aquí.

Por la borda pescamos doce peces, tan grandes como los pudimos encontrar. Se revolvían y salpicaban gotas frías de sal por la cubierta. Metí un pellizco de mis hierbas en sus bocas jadeantes y pronuncié la palabra. El viejo crujido, el desgarrarse de la carne, y después ya no eran peces, sino doce carneros, gordos y desconcertados. Se empujaban, con los ojos desorbitados, apretándose unos contra otros en el pequeño espacio. Vino muy bien que así fuera, pues de otra forma no habrían sido capaces de mantenerse en pie. No estaban acostumbrados a tener patas.

Telémaco tuvo que trepar por encima de ellos para alcanzar los remos.

—Puede que remar no sea del todo fácil.

—No estarán aquí mucho tiempo.

Miró a uno con el ceño fruncido.

—¿Sabrán a cordero?

—No lo sé.

Saqué de mi bolsa de hierbas el pequeño tarro de arcilla que había llenado la noche anterior. Estaba taponado con cera y tenía un asa curva. Con un trozo de cordón de cuero se lo ató al cuello al carnero más grande.

Desplegamos la vela. Ya le había advertido a Telémaco sobre la bruma y el agua rociada, y él había dispuesto un par de remos sobre escálamos improvisados. Resultaban incómodos, porque el barco había sido pensado

para navegar a vela, pero nos ayudarían a avanzar si el viento se desvanecía del todo.

—Tenemos que seguir moviéndonos —le dije—. A toda costa.

Él asintió, como si fuera tan fácil. Yo sabía que no lo era. Llevaba en la mano la lanza, con su punta envenenada, pero había visto lo rápida que era ella. Una vez le había dicho a Odiseo que no había forma de plantarle cara, y, sin embargo, aquí estaba yo de nuevo.

Toqué suavemente el hombro de Telémaco y murmuré un encantamiento. Sentí como la ilusión tomaba forma sobre él: había desaparecido, dejando la cubierta vacía y un hueco en el aire. No resistiría una mirada escrutadora, pero lo ocultaría de una mirada pasajera. Él observaba, sin hacer preguntas. Confiaba en mí. Me volví bruscamente para mirar hacia la proa.

La bruma pasaba sobre nosotros. Mi cabello se iba humedeciendo, y el sonido de succión del remolino nos llegaba por encima de las olas. Caribdis, llamaban los hombres a aquel vórtice. Se había cobrado un buen número de marinos, todos aquellos que habían intentado evitar el apetito de Escila. Los carneros se apretaban contra mí, meciéndose. No hacían ningún ruido, como hubieran hecho unas ovejas de verdad. No sabían cómo usar su garganta. Me compadecía de ellos, bajo aquella forma trémula y monstruosa.

Los estrechos se cernían sobre nosotros, y nos deslizamos en su boca. Miré a Telémaco. Mantenía los remos preparados, su mirada alerta. Se me erizaron los cabellos de la nuca. ¿Qué había hecho? Nunca debería haberle traído.

De repente sentí el olor, familiar incluso después de tanto tiempo: podredumbre y odio. Y entonces llegó ella, reptando por entre la niebla gris. Aquellas viejas cabezas deformes suyas se arrastraban a lo largo del acantilado, raspando según avanzaban. Su mirada inyectada en sangre quedó clavada en los carneros, que hedían a grasa y miedo.

—¡Ven! —grité.

Ella atacó. Seis carneros fueron arrebatados por seis mandíbulas abiertas de par en par. Se retiró con ellos al interior de la bruma. Oí crujir huesos, el húmedo engullir de sus gargantas. Una lluvia de sangre corría por la superficie del acantilado.

Tuve tiempo para lanzar una única mirada a Telémaco. El viento estaba casi muerto, y él estaba remando, con decisión. El sudor le cubría los brazos.

Escila regresó, moviendo sus cabezas con malevolencia. Guedejas de lana asomaban entre sus dientes.

—Ahora los demás —dije.

Agarró los otros seis tan deprisa que no hubo tiempo para contar el latido entre mis palabras y su desaparición. El carnero con el tarro estaba entre ellos. Traté de escuchar cómo se rompía la arcilla entre sus dientes, pero no pude distinguir nada por encima de los sonidos de los huesos y la carne.

La noche anterior, bajo la luna fría, había ordeñado el veneno de la lanza. Había goteado, límpido y fino, en mi cuenco de bronce pulido. Le había agregado dictamo, recogido mucho tiempo atrás en Creta; raíz de ciprés; esquiras de mis acantilados y tierra de mi jardín; y, en último lugar, mi propia sangre roja. El líquido había formado espuma y se había vuelto amarillo. Lo había echado todo en el tarro y luego lo había sellado con cera. Ahora la pócima estaría deslizándose garganta abajo, acumulándose en sus entrañas.

Creí que doce ovejas habrían aplacado su hambre, pero cuando regresó sus ojos parecían igual que siempre, ávidos y salvajes. Como si no fuese su vientre lo que alimentaba, sino una rabia inmarcesible.

—¡Escila! —Alcé la lanza—. Soy yo, Circe, hija de Helios, bruja de Eea.

Gritó con aquella vieja cacofonía aullante que se hincó en mis oídos, pero no mostraba señal alguna de reconocerme.

—Hace mucho tiempo transformé a la ninfa que eras en esto que eres. Vengo ahora con el poder de Trigón para poner fin a lo que comencé.

Y en el aire empapado de bruma pronuncié la palabra de mi voluntad.

Ella siseó. En su mirada no había ni el más leve rastro de curiosidad. Sus cabezas seguían retorciéndose, buscando en cubierta como si pudiese quedar allí alguna oveja que hubiera pasado por alto. Detrás de mí, oía a Telémaco remar con esfuerzo. Nuestra vela colgaba flácida; él era lo único que nos hacía avanzar.

Vi el instante en que los ojos de Escila penetraron en mi ilusión y lo percibieron. Dejó escapar un gemido, grave y ansioso.

—¡No! —Blandí la lanza—. Este mortal está bajo mi protección. Sufrirás una agonía eterna si intentas hacerte con él. Ya ves que tengo la cola de Trigón.

Aulló de nuevo. Su aliento me inundó, hediondo y abrasador. Las cabezas se retorcían más deprisa por la excitación. Lanzaban dentelladas al aire y largas hebras de baba colgaban de sus fauces. Le tenía miedo a la lanza, pero eso no la detendría por mucho tiempo. Había llegado a gustarle el sabor de la carne mortal. La ansiaba. Un terror duro y negro me atravesó. Hubiera jurado que había sentido el hechizo alcanzar su objetivo. ¿Me habría equivocado? El pánico me atenazó los hombros. Tendría que luchar contra sus seis hambrientas cabezas al mismo tiempo. No tenía entrenamiento como guerrera. Una de ellas

me derrotaría y entonces Telémaco... No me permití llegar al final de ese pensamiento. Mi mente escupía ideas, todas ellas inútiles: hechizos que no le afectarían, venenos que no tenía, dioses que no acudirían en mi ayuda. Podía decirle a Telémaco que saltara y nadara, pero no había adónde ir. El único camino a salvo de ella lo llevaría al remolino devorador de Caribdis.

Me situé entre ella y Telémaco, con la lanza en ristre y los nervios a flor de piel. Tenía que hierla antes de que pudiese conmigo, me dije. Por lo menos tenía que meterle el veneno de Trigón en la sangre. Me preparé para recibir el golpe.

No llegó. Una de sus bocas se movía de forma extraña, abriendo y cerrando las mandíbulas. Un sonido de ahogo emergía de lo más hondo de su pecho. Se atragantaba, y una espuma amarilla se extendió sobre sus dientes.

—¿Qué es eso? —oí que decía Telémaco—. ¿Qué está pasando?

No hubo tiempo para una respuesta. Su cuerpo salió de la bruma. Nunca antes lo había visto, gelatinoso e inmenso. Mientras lo observábamos, cayó arañando el acantilado que estaba sobre nosotros. Sus cabezas gruñían y corcoveaban, como si intentaran levantarlo de nuevo, pero solo se hundía más, tan inexorablemente como si estuviera lastrado con piedras. Ahora podía ver el principio de sus patas, aquellos doce monstruosos tentáculos que se extendían desde su cuerpo hacia la bruma. Ella siempre los mantenía ocultos, me había contado Hermes, enroscados en la cueva, entre los huesos y los pedacitos de carne vieja, aferrándose a la roca de la cueva para que el resto de ella pudiese salir disparado a por sus presas y a continuación volver a su sitio.

Las cabezas de Escila lanzaban tarascadas y gemían, retrocedían para morder sus propios cuellos. Su piel gris estaba salpicada de espuma amarilla y su propia sangre roja. Se oyó un ruido como el de un peñasco arrastrándose por la tierra, y de pronto un bulto gris se precipitó a nuestro lado, rompiendo las olas junto a nuestro barco. La cubierta se escoró salvajemente, y yo estuve a punto de perder el equilibrio. Cuando me estabilicé de nuevo, me encontré mirando una de sus enormes patas. Colgaba flácida de su cuerpo, gruesa como el roble más añoso de Eea, con su extremo perdiéndose en las olas.

Había soltado su asidero.

—Debemos marcharnos —dije—. Ahora. Habrá más. —Antes de que mis palabras se oyesen, comenzó otra vez el sonido de algo arrastrándose.

Telémaco dio un grito de advertencia. La pata golpeó tan cerca de nuestra popa que medio hundió la borda bajo las olas. Caí de rodillas, y Telémaco fue

arrancado de su asiento. Consiguió aferrarse a los remos y con esfuerzo pudo devolverlos a su sitio. A nuestro alrededor bullían las aguas, y el barco cabeceaba arriba y abajo. En el aire sobre nuestras cabezas, Escila chillaba y se revolvía. El peso de las patas caídas la había arrastrado aún más abajo del acantilado. Ahora sus cabezas estaban a mi alcance, pero ella no nos prestaba atención. Se mordía la carne fofa de las patas, destrozándola. Dudé un momento, después calcé la empuñadura de la lanza entre nuestras provisiones para no perderla en aquel caos. Agarré uno de los remos de Telémaco.

—¡Vámonos!

Nos entregamos por completo a remar. El sonido de arrastre se oyó otra vez y cayó otra pata, su gran salpicadura encharcó la cubierta e hizo virar la proa hacia Caribdis. Alcancé a entrever su caos arremolinado que tragaba barcos enteros. Telémaco forcejeó con el timón, tratando de hacernos virar.

—¡Una maroma! —gritó.

Logré sacar una de entre nuestras provisiones. La enrolló alrededor del timón y tiró de ella, luchando para sacarnos de los estrechos. El cuerpo de Escila se bamboleaba a dos mástiles de altura de nosotros. Sus patas seguían cayendo, y cada impacto tiraba un poco más hacia abajo de su torso colgante.

Diez, conté. Once.

—¡Tenemos que irnos!

Telémaco había enderezado la proa. Amarró el timón y gateamos de vuelta a los remos. Bajo el acantilado el barco se sacudía adelante y atrás en las revueltas aguas como una hoja caída. A nuestro alrededor, las olas estaban teñidas de amarillo. La pata que le quedaba se extendía hasta lo alto del acantilado. Era lo único que la sostenía, grotescamente estirada.

Se soltó. Su cuerpo gigantesco golpeó el agua. La ola nos arrancó los remos de las manos, y mi cabeza recibió una bofetada de fría sal. Vi que nuestras provisiones caían al mar y, perdiéndose con ellas en la blancura, vi la lanza con la cola de Trigón. Sentí la pérdida como un golpe en el pecho, pero no había tiempo para pensar en ello. Agarré a Telémaco por el brazo, esperando que en cualquier momento la cubierta se quebrase bajo nuestros pies. Pero los recios tablones aguantaron, y también el amarre del timón. La onda de aquella gran última ola nos impulsó hacia delante y nos sacó de los estrechos.

El sonido de Caribdis había aminorado, y el mar se abría a nuestro alrededor. Me puse en pie y miré hacia atrás. En la base del acantilado, donde había estado Escila, había un descomunal banco de peces. Aún era visible la

silueta de seis pescuezos serpentinos, pero no se movían. Ya nunca se moverían. Se había transformado en piedra.

El trayecto hasta tierra fue largo. Me dolían los brazos y la espalda como si me hubiesen dado latigazos, y seguramente Telémaco debía de sentirse peor. Nuestra vela estaba milagrosamente intacta y ello nos permitió seguir avanzando. El sol parecía hundirse en el mar como un plato que caía, y la noche se alzó sobre las aguas. Avisté tierra a través de la negrura salpicada de estrellas, y arrastramos el barco hasta su playa. Habíamos perdido todas nuestras reservas de agua dulce, y Telémaco tenía los ojos apagados y estaba casi sin habla. Fui a buscar un río y volví con una crátera rebosante, que había transformado a partir de una roca. La apuró del todo, y después yació inmóvil durante tanto tiempo que empecé a preocuparme, pero finalmente carraspeó y preguntó qué había para comer. Para entonces yo ya había reunido unas pocas bayas y había pescado un pez que se asaba en su espeto.

—Siento haberte puesto en semejante peligro —dije—. De no ser por ti, nos habría hecho pedazos.

Asintió con fatiga mientras masticaba. Su rostro aún estaba demacrado y pálido.

—Confieso que me alegra no tener que hacerlo otra vez. —Se recostó en la arena y sus ojos se cerraron.

Se encontraba a salvo, pues nuestro campamento estaba protegido por la esquina de un acantilado, así que lo dejé solo, para que paseara por la playa. Tenía la idea de que estábamos en una isla, pero no podía estar segura del todo. Ningún humo se elevaba por encima de los árboles y, cuando escuchaba, no oía más que aves nocturnas y maleza y el rumor de las olas. Había flores y bosques espesos tierra adentro, pero no fui a mirar. Veía otra vez ante mí aquella masa rocosa que había sido Escila. Había desaparecido, desaparecido de verdad. Por primera vez en siglos, ya no estaba atada a aquella corriente de miseria y aflicción. Ningún alma más se encaminaría al inframundo con mi nombre escrito.

Dirigí la mirada al mar. Resultaba extraño no tener nada en las manos, no llevar la empuñadura de ninguna lanza. Sentí el aire moviéndose por mis palmas, la sal mezclándose con el verde aroma de la primavera. Imaginé la gris extensión de la cola, hundiéndose en la oscuridad para encontrarse con su amo. *Trigón, dije, tu cola vuelve a ti. La retuve demasiado tiempo, pero al*



*final hice un buen uso de ella.*

Las suaves olas bañaban la arena.

La oscuridad dejaba en mi piel una sensación de limpieza. Caminaba al aire fresco como si fuera una poza en la que me bañase. Lo habíamos perdido todo menos el talego con las herramientas que él llevaba al cinto y mi saco de pócimas mágicas, que llevaba atado a mí. «Tendremos que tallar unos remos —pensé— y almacenar nuevas provisiones de alimento.» Pero esos pensamientos eran para el día siguiente.

Pasé junto a un peral cargado de flores blancas. Un pez chapoteó en el río iluminado por la luna. Con cada paso que daba me sentía más ligera. Una emoción preñaba mi garganta. Tardé un momento en reconocer qué era. Llevaba mucho tiempo siendo vieja y severa, esculpida por remordimientos y años, como un monolito. Pero eso era solo una forma que se me había dado. No tenía que conservarla.

Telémaco seguía durmiendo. Tenía las manos entrelazadas bajo la barbilla, como un niño. Se habían ensangrentado en los remos, y se las había curado, con su cálido peso descansando en mi regazo. En sus manos había más callos de los que imaginaba, pero tenía las palmas suaves. Muchas veces en Eea me había preguntado cómo sería tocarlo.

Sus ojos se abrieron como si hubiese pronunciado las palabras en voz alta. Eran nítidos, como siempre.

Dije:

—Escila no nació siendo un monstruo. Yo la hice así.

Su rostro quedaba en las sombras de la hoguera.

—¿Cómo sucedió?

Una parte de mí dio un grito de alarma: *Si hablas, palidecerá y te odiará.* Pero no hice caso. Si se ponía pálido, que se pusiera. Ya no volvería a tejer mis paños de día y a deshacerlos otra vez de noche, sin hacer nada. Le conté toda la historia, todos los celos y el desvarío y todas las vidas que se habían perdido por mi causa.

—Su nombre —dijo él—. Escila. Significa ‘la desgarradora’. Quizá su destino fuese siempre ser un monstruo y tú fuiste solamente un instrumento.

—¿Usas esa misma excusa para las esclavas que ahorcaste?

Fue como si le hubiese golpeado.

—No tengo ninguna excusa para eso. Sentiré esa vergüenza toda mi vida. No puedo deshacerme de ella, pero pasaré mis días deseando poder hacerlo.

—Así es como sabes que eres diferente de tu padre —dije.

—Sí. —Su voz sonó afilada.

—Para mí es lo mismo —dije—. No intentes quitarme mi remordimiento.

Se mantuvo en silencio un buen rato.

—Eres sabia —dijo.

—Si es así —dije—, es solo porque ya he hecho estupideces para llenar cien vidas.

—Pero al menos luchaste por aquello que amabas.

—Eso no siempre es una bendición. Tengo que decirte que todo mi pasado es como hoy, monstruos y horrores de los que nadie quiere oír hablar.

Me miró fijamente. Había algo en él que me recordaba extrañamente a Trigón. Una paciencia sobrenatural, serena.

—Yo sí quiero oírlo —dijo.

Me había mantenido apartada de él por muchas razones: su madre y mi hijo, su padre y Atenea. Porque yo era una diosa, y él, un hombre. Pero entonces caí en la cuenta de que en la raíz de todas aquellas razones había una especie de temor. Y yo nunca había sido cobarde.

Crucé el aire fresco que nos separaba y me encontré con él.

Nos quedamos tres días en aquella playa. Ni tallamos los remos ni remendamos las velas. Pescamos y cogimos fruta, y no buscamos nada más que lo que encontrábamos a nuestro alcance. Posé la palma de mi mano en su vientre, lo sentía subir y bajar con su respiración. Los músculos de sus hombros estaban fibrosos; su cogote, curtido por el sol.

Le conté aquellas historias. Junto al fuego o a la luz de la mañana, cuando nuestros placeres quedaban a un lado. Algunas fueron más fáciles de contar de lo que pensaba que serían. Me produjo cierto regocijo dibujar a Prometeo para él, traer a la vida de nuevo a Ariadna y a Dédalo. Sin embargo, otras partes no fueron tan sencillas, y a veces, mientras hablaba, se apoderaba de mí la cólera, y las palabras se cuajaban en mi boca. ¿Por qué él era tan paciente mientras yo derramaba mi sangre? Yo era una mujer hecha y derecha. Era una diosa, y mil generaciones mayor que él. No necesitaba su compasión, su atención, nada.

—¿Y bien? —quise saber—. ¿Por qué no dices algo?

—Estoy escuchando —contestó.

—¿Lo ves? —dije cuando había terminado con el cuento—. Los dioses somos horribles.

—No somos nuestra sangre —contestó él—. Eso me lo dijo una vez una bruja.

\* \* \*

Al tercer día cortó nuevos remos, y yo transformé unos odres y los llené, y después recogimos fruta. Lo vi aparejar la vela con facilidad, revisar el casco en busca de posibles fugas de agua. Dije:

—No sé en qué estaba pensando. No sé manejar un barco. ¿Qué habría hecho si no hubieras venido?

Rio.

—Al final habrías llegado allí, solo que te habría llevado parte de tu

eternidad. ¿Adónde vamos ahora?

—Al este de Creta. Hay allí una caleta, mitad arena y mitad rocas, y un bosque de matorrales a plena vista, y colinas. Sobre nuestras cabezas, en esta época del año, parece que el Dragón señala el camino. —Levantó las cejas—. Si me acercas lo suficiente, creo que seré capaz de encontrarla. —Lo observé—. ¿No vas a preguntarme qué hay allí?

—Creo que no quieres que pregunte.

Habíamos pasado juntos menos de un mes, pero parecía conocerme mejor que nadie que hubiese caminado nunca por la tierra.

Fue un viaje tranquilo, el viento fresco y un sol que aún no se había entregado a su calor abrasador de verano. De noche, levantábamos el campamento en cualquier orilla que pudiésemos encontrar. Él estaba acostumbrado a la vida de pastor, y yo me di cuenta de que no echaba de menos mis cuencos de oro y de plata, tampoco mis tapices. Asábamos los pescados en espetos, yo recogía fruta en mi vestido. Si había alguna casa, le ofrecíamos servicios a cambio de pan, vino y queso. Él tallaba juguetes para los niños, calafateaba esquifes. Yo tenía mis bálsamos y, si mantenía la cabeza cubierta, podía pasar por una herborista que llegaba para aliviar sus achaques y fiebres. Su gratitud era simple y llana, y la nuestra era igual. Nadie se arrodillaba.

Mientras el barco navegaba bajo la bóveda azul del cielo, nos sentábamos juntos sobre las planchas y charlábamos sobre la gente que habíamos conocido, las costas que pasábamos, los delfines que nos seguían media mañana, sonriendo y salpicando nuestras bordas.

—¿Sabes —dijo él— que antes de venir a Eea solo había salido de Ítaca una vez?

Asentí.

—Yo he visto Creta y algunas islas entre medias, y eso es todo. Siempre quise ir a Egipto.

—Sí —dijo—. Y a Troya y a las grandes ciudades de Sumeria.

—Asur —dije yo—. Y quiero ver Etiopía. Y también el norte, las ciudades surcadas por el hielo. Y el nuevo reino de Telégono en Occidente.

Oteamos sobre las olas y se hizo el silencio entre nosotros. La siguiente frase debería ser: «Vayamos juntos». Pero yo no podía decir eso, ni ahora ni quizá nunca. Y él se mantuvo en silencio, porque me conocía bien.

—Tu madre —dije—. ¿Crees que se enojará con nosotros?

Él resopló.

—No —dijo—. Probablemente lo sabía antes que nosotros.

—No me sorprendería si regresamos y la encontramos hecha una bruja. Siempre me alegraba alarmarlo, ver su serenidad descabalada.

—¿Qué?

—Oh, sí —dije—. Le tenía el ojo echado a mis hierbas desde el principio. Le habría enseñado de haber tenido tiempo. Me apuesto lo que quieras.

—Si estás tan segura, creo que no apostaré contigo.

De noche, recorriamos los huecos de nuestra piel, y cuando él se dormía yo me echaba a su lado, sintiendo el calor allí donde nuestros miembros se tocaban, observando las suaves pulsaciones en su garganta. Tenía arrugas alrededor de los ojos y más aún en el cuello. Cuando la gente nos veía, pensaban que yo era más joven. Pero, aunque pareciese mortal y sonase como una, yo era como un pez sin sangre. Desde mis aguas podía verlo a él y todo el cielo más allá, pero no podía cambiar de bando.

\* \* \*

Entre el Dragón y Telémaco por fin encontramos mi vieja playa. Era de mañana cuando llegamos a la angosta bahía, el carro de mi padre estaba a medio camino de su gloria. Telémaco sujetó el ancla de piedra.

—¿La dejo caer o llevamos el barco hasta la playa?

—Deja que caiga —dije.

Cientos de años de mareas y temporales habían cambiado la línea de costa, pero mis pies recordaban la finura de la arena, la recia hierba con sus espigas. De lejos llegaba un leve humo gris y el sonido de cencerros de cabras. Pasé junto a las prominentes rocas donde Eetes y yo solíamos sentarnos. Atravesé el bosque donde me tendí después de que mi padre me quemara, que ahora no era más que un grupo de pinos dispersos. Las colinas por las que subí tirando de Glauco estaban repletas de primavera: siemprevivas y jacintos, lirios, violetas y los dulces romerillos. Y en medio de todos ellos, el pequeño macizo de flores amarillas, brotado de la sangre de Cronos.

La vieja nota murmurante creció a modo de saludo.

—No las toques —le dije a Telémaco, pero, incluso una vez pronunciadas las palabras, me di cuenta de lo ingenuas que eran. Las flores nada podían hacerle. Él ya era él mismo. No lo vería cambiar ni un cabello.

Usando mi cuchillo, arranqué cada tallo con las raíces. Los envolví con su tierra en tiras de tela y los deposité en la oscuridad de mi bolsa. No había más

razón para quedarse. Levamos el ancla y dirigimos la proa rumbo a casa. Las olas y las islas pasaban, pero yo apenas las veía. Estaba tensa como un arquero que observa el cielo esperando a que las aves levanten el vuelo. El último ocaso, cuando Eea estaba tan cerca que creía poder oler sus flores en el aire marino, le conté la historia que había dejado por contar, la de los primeros hombres que habían venido a mi isla y lo que les había hecho a cambio.

Las estrellas brillaban con fuerza y Véspero refulgía como una llamarada sobre nuestra cabeza.

—No te lo conté antes porque no quería que se interpusiese entre nosotros.

—¿Y ahora no te preocupa que suceda?

Desde la oscuridad de mi bolsa, las flores cantaban su nota amarilla.

—Ahora quiero que sepas la verdad, pase lo que pase.

La ligera brisa salada agitaba la hierba de la orilla. Él me sujetaba la mano contra su pecho. Podía sentir el fluir constante de su sangre.

—No te he presionado —dijo—. Y no lo haré. Quiero que sepas que si te vas a Egipto, si te vas a cualquier sitio, quiero irme contigo.

Latido a latido, su vida pasaba bajo mis dedos.

—Gracias —dije.

Penélope salió a recibirnos en la playa de Eea. El sol estaba en lo alto, y la isla había florecido salvajemente, con frutas hinchándose en sus ramas, con nuevos verdes emergiendo de cada rincón y de cada grieta. Ella parecía estar a gusto entre aquella abundancia, saludándonos, dándonos la bienvenida.

Si percibió algún cambio entre nosotros, no dijo nada. Nos abrazó a ambos. Había estado tranquila, dijo, sin visitantes, aunque no sosegada del todo. Habían nacido más cachorros de león. Una niebla había cubierto la bahía oriental durante tres días, y había caído tal aguacero que el arroyo se había desbordado. Pasamos entre los lustrosos laureles, los rododendros, a través de mi jardín y las grandes puertas de roble. Respiré el aire de mi casa, denso por el límpido olor a hierbas. Sentí ese placer sobre el que los rapsodos cantaban a menudo: la vuelta a casa.

En mi habitación las sábanas de mi ancha cama de oro estaban tan frescas como siempre. Pude oír a Telémaco contándole a su madre la historia de Escila. Salí y fui descalza a recorrer la isla. Sentí la tierra cálida bajo los pies. Las flores mecían sus coloridas cabezas. Un león me seguía a poca

distancia. ¿Estaba despidiéndome? Me llamó la atención la amplia bóveda del cielo. «Esta noche —pensé—. Esta noche, bajo la luna, yo sola.»

Volví cuando se estaba poniendo el sol. Telémaco había ido a pescar algo para la cena, y Penélope y yo nos sentamos a la mesa. Tenía las yemas de los dedos teñidas de verde y pude oler hechizos en el aire.

—Hace tiempo que me preguntaba una cosa —dije—. Cuando luchamos por Atenea, ¿cómo supiste que debías arrodillarte ante mí, que eso me avergonzaría?

—Ah. Fue una intuición. Algo que Odiseo me contó sobre ti una vez.

—¿Qué fue?

—Que nunca había conocido a una diosa que disfrutara menos de su divinidad.

Sonreí. Hasta muerto podía sorprenderme.

—Supongo que es cierto. Dijiste que dio forma a reinos, pero también dio forma a los pensamientos de los hombres. Antes de él, los únicos héroes fueron Heracles y Jasón. Ahora los niños jugarán a viajar, a conquistar tierras hostiles con ingenio y palabras.

—Eso le gustaría —dijo ella.

También yo lo pensé. Pasó un momento, y observé sus manos manchadas sobre la mesa ante mí.

—¿Y bien? ¿Me lo vas a contar? ¿Cómo va tu brujería?

Sonrió con aquella sonrisa interior suya.

—Tenías razón. Se trata sobre todo de voluntad. Voluntad y trabajo.

—Yo ya he terminado aquí —dije—, de una forma u otra. ¿Te gustaría ser la bruja de Eea en mi lugar?

—Creo que me gustaría. Me gustaría de verdad. Aunque mi cabellera no es la adecuada. No se parece en nada a la tuya.

—Podrías teñirte.

Hizo una mueca.

—Diré mejor que se ha vuelto gris por mis hechizos brujeriles.

Reímos las dos. Había terminado su tapiz y colgaba en la pared detrás de ella. Aquella nadadora, adentrándose en lo profundo de la tormenta.

—Si descubres que añoras tener compañía —dije—, di a los dioses que te encargará de sus hijas malas. Creo que te darás buena mano con ellas.

—Me tomaré eso como un cumplido. —Frotó una mancha de la mesa—. ¿Y qué hay de mi hijo? ¿Se irá contigo?

Caí en la cuenta de que casi me sentía nerviosa.

—Si él quiere.

—¿Y tú qué quieres?

—Quiero que venga —dije—. Si es posible. Pero hay algo que aún me falta por hacer. No sé cuál será el resultado.

Sus serenos ojos grises me sostuvieron la mirada. Su frente era abovedada como un templo, pensé. Distinguida e impercedera.

—Telémaco ha sido un buen hijo por más tiempo de lo que hubiera debido. Ahora tiene que ser él mismo. —Me tocó la mano—. Nada es seguro, eso lo sabemos. Pero si tuviese que confiar en que se hiciese una cosa, te la confiaría a ti.

Me llevé nuestros platos y los lavé con esmero hasta que relucieron. Afilé mis cuchillos y dejé cada uno en su sitio. Le pasé un trapo a las mesas, barrí los suelos. Cuando volví junto al hogar, allí solo estaba Telémaco. Caminamos hasta el pequeño claro que los dos amábamos, aquel donde hacía una vida habíamos hablado de Atenea.

—El hechizo que quiero hacer... —dije—. No sé qué sucederá cuando lo pronuncie. Puede que ni siquiera funcione. Quizá el poder de Cronos no pueda ser arrancado de su suelo.

Él dijo:

—Entonces, volveremos atrás. Volveremos atrás hasta que estés satisfecha.

Era tan sencillo... Si quieres, yo lo haré. Si te hace feliz, iré contigo. ¿En qué momento se rompe un corazón? Pero un corazón roto no es suficiente, y yo era ya tan sabia como para saberlo. Lo besé y lo dejé allí.



Las ranas se habían ido a sus recovecos; las salamandras dormían en agujeros pardos. La poza mostraba el medio rostro de la luna, las cabezas de alfiler de las estrellas, y alrededor, meciéndose cerca, los oscilantes árboles.

Me arrodillé en la orilla, sobre la espesa hierba. Delante de mí estaba el viejo cuenco de bronce que había usado para mis magias desde el principio. Las flores reposaban junto a mí en la faja de sus pálidas raíces. Corté un tallo tras otro y exprimí las gotas de su savia. El fondo del cuenco se oscureció. También empezó a reflejar la luna. La última flor no la exprimí, sino que la planté allí en la orilla, donde el sol daba cada mañana. Quizá arraigaría.

Sentía el temor en mi ser, espejeando como agua. Esas flores habían hecho un monstruo de Escila, aunque lo único que había hecho ella había sido mirar con desprecio. Glauco también se había convertido en una especie de monstruo, la divinidad le había arrebatado todo lo que había de gentil en él. Recordé mi viejo terror, desde el nacimiento de Telégono: *¿Qué criatura acecha en mi interior?* Mi imaginación hizo aparecer horrores. Me brotarían cabezas viscosas y dientes amarillos. Me consumiría hasta secarme y haría pedazos a Telémaco.

Pero quizá, dije para mí, no sería de esa manera. Quizá llegase a pasar todo lo que esperaba, y Telémaco y yo iríamos a Egipto y a todos aquellos otros lugares. Surcaríamos una y otra vez los mares, viviendo de mi brujería y su carpintería, y, cuando llegásemos a una ciudad por segunda vez, la gente saldría de sus casas para recibirnos. Él calafatearía sus barcos y yo prepararía amuletos contra las picaduras de moscas y las fiebres, y nos complacería seguir con nuestros pequeños arreglos del mundo.

La visión floreció, vívida como la hierba fresca bajo mis pies, como el cielo negro sobre mi cabeza. Visitaríamos la Puerta de los Leones de Micenas, donde gobernaban los herederos de Agamenón, y las murallas de Troya, sus piedras frías por los vientos de la gélida cumbre del monte Ida. Montaríamos en elefante y pasearíamos en la noche del desierto bajo los ojos de dioses que nunca habían oído hablar de titanes ni olímpicos, que se interesarían tanto por

nosotros como por los escarabajos que se afanaban a nuestros pies. Él me diría que quería tener hijos, y yo le diría:

—No sabes lo que me estás pidiendo.

Y él diría:

—Esta vez no estás sola.

Tenemos una hija, y otra después. Penélope me asiste en el lecho del parto. Hay dolor, pero pasajero. Vivimos en la isla cuando las niñas son pequeñas y después la visitamos a menudo. Ella teje y lanza hechizos mientras las ninfas fluyen a su alrededor. Por muy decaída que se sienta, nunca parece cansarse, aunque a veces veo que sus ojos se vuelven hacia el horizonte, donde esperan la casa de los muertos y sus almas.

Las hijas cuya vida sueño son diferentes de Telégono, y diferentes entre sí. Una persigue a los leones en círculos mientras que la otra se sienta en un rincón, contemplando y recordándolo todo. Estamos locos de amor por ellas, observamos sus rostros cuando duermen, recordamos en susurros lo que dijo una hoy, lo que hizo la otra. Las llevamos a conocer a Telégono, entronizado entre sus vergeles dorados. Él salta de su asiento para abrazarnos a todos y nos presenta al capitán de su guardia, un joven alto y moreno que nunca abandona su lado. No está casado aún, puede que nunca llegue a estarlo, dice. Sonrío, imaginando la frustración de Atenea. Es tan correcto..., aunque firme e inamovible como las murallas de su propia ciudad. No me preocupo por él.

He envejecido. Cuando me miro en mi espejo de bronce pulido hay arrugas en mi rostro. También he engordado, y mi piel ha empezado a colgar. Me corto con mis hierbas y las cicatrices permanecen. A veces me gusta. A veces soy vanidosa y estoy insatisfecha. Pero no deseo volver atrás. Por supuesto que mi carne busca la tierra. A ella pertenece. Un día, Hermes me guiará hasta los salones de los muertos. Apenas nos reconoceremos el uno al otro, porque yo tendré el pelo blanco y él estará envuelto en su misterio como Señor de los Muertos, la única vez que es solemne. Creo que disfrutaré viendo eso.

Ahora sé lo afortunada que soy, estúpida de suerte, atiborrada de ella, borracha hasta trastabillar. Despierto a veces en la oscuridad, aterrorizada por la precariedad de mi vida, su aliento pendiente de un hilo. A mi lado, el pulso de mi marido late en su garganta; en sus camas, la piel de mis hijas deja ver hasta el más ligero arañazo. Una brisa se los llevaría, y el mundo rebosa de mucho más que de brisa: enfermedades y catástrofes, monstruos y dolor en un millar de variaciones. No olvido tampoco a mi padre y los de su clase flotando sobre nosotros, brillantes y afilados como espadas dirigidas a nuestra

vulnerable carne. Si no caen sobre nosotros con rencor y malevolencia, ya caerán por accidente o capricho. Mi aliento lucha en mi garganta. ¿Cómo puedo seguir viviendo bajo tal carga de fatalidad?

Me levanto y acudo a mis hierbas. Creo algo, transformo algo. Mi brujería es tan fuerte como siempre, más fuerte aún. También esto es buena suerte. ¿Cuántas tienen tanto poder y tranquilidad y defensas como yo? Telémaco viene a buscarme desde la cama. Se sienta conmigo en la oscuridad, que huele a verde; me coge la mano. Ahora nuestros rostros están arrugados, marcados por nuestra edad.

«Circe —dice—, todo va a ir bien.»

No son las palabras de un oráculo ni una profecía. Son las palabras que le podrías decir a una chiquilla. Lo he oído decírselas a nuestras hijas, cuando las mece para que se duerman después de una pesadilla, cuando cubre sus pequeñas heridas o calma cualquier picadura. Bajo mis dedos, su piel resulta tan familiar como la mía. Escucho su respiración, cálida en el aire nocturno, y de alguna manera me consuelo. Él no quiere decir que no duela. No quiere decir que no estemos asustados. Es solo que estamos aquí. Esto es lo que significa nadar con la marea, pasear por la tierra y sentir su tacto en los pies. Esto es lo que significa estar viva.

Arriba, las constelaciones descienden y rotan. Mi divinidad brilla en mí como los últimos rayos del sol antes de hundirse en el mar. Antes pensaba que los dioses son lo opuesto a la muerte, pero ya veo que están más muertos que nada, pues son inmutables y no pueden tomar nada en sus manos.

Toda mi vida he estado moviéndome hacia delante, y ahora estoy aquí. Tengo voz de mortal, déjame tener el resto. Me llevo la cratera rebosante a los labios y bebo.

# Listado de personajes

---

## TITANES

**BÓREAS:** personificación del viento del norte. De acuerdo con algunos mitos, es el responsable de la muerte del bello y joven Jacinto. Sus hermanos son Céfito (el viento del oeste), Noto (el viento del sur) y Euro (el viento del este).

**CALIPSO:** hija del titán Atlas, habita la isla de Ortigia. En *La Odisea*, Calipso da morada a Odiseo después del naufragio de su barco. Se enamora de él y lo mantiene en la isla durante siete años, hasta que los dioses le ordenan que lo deje en libertad.

**CIRCE:** hechicera que vive en la isla de Eea, hija de Helios y de la ninfa Perse. Se considera que su nombre deriva probablemente de la palabra griega para halcón. En *La Odisea*, convierte a la tripulación de Odiseo en cerdos, pero después de que él la rete, ella se enamora de él y permite que se quede con sus hombres y los ayuda cuando ellos deciden partir. Circe ha gozado de una larga vida literaria, y el personaje ha servido de inspiración a autores como Ovidio, James Joyce, Eudora Welty y Margaret Atwood.

**EETES:** hermano de Circe y rey-hechicero de la Cólquide, reino del extremo oriental del mar Negro. Eetes, asimismo, es el padre de la hechicera mortal Medea y el guardián del vellocino de oro, hasta que, gracias a la ayuda de Medea, se lo roba Jasón a la cabeza de los argonautas.

**HELIOS:** titán dios del sol. Es el padre de una numerosa prole, entre la que

se encuentran Circe, Eetes, Pasífae y Perses, además de las hermanastras de estos, Faetusa y Lampetia. A menudo se lo representa en un carro tirado por caballos dorados que él conduce a diario a través del cielo. En *La Odisea*, le pide a Zeus que destruya a los hombres de Odiseo después de que estos den muerte a sus vacas sagradas.

MNEMOSINE: diosa de la memoria y madre de las nueve musas.

NEREO: antigua divinidad marina eclipsada por el olímpico Poseidón. Padre de una numerosa progenie divina, entre la que se encuentra la ninfa marina Tetis.

OCÉANO: en los poemas homéricos, Océano es el dios titán del enorme río de aguas dulces que lleva su nombre. Los antiguos creían que el río Océano rodeaba el mundo. Con el paso del tiempo se lo relacionó con el mar y el agua salada. Es el abuelo de Circe por vía materna y el padre de un gran número de ninfas y divinidades.

PASÍFAE: hermana de Circe y poderosa hechicera que se casa con Minos, hijo mortal de Zeus, y se convierte de este modo en reina de Creta. Tiene varios hijos con él, entre los que se encuentran Ariadna y Fedra, y además maquina el modo de quedarse embarazada de un toro blanco sagrado, con el que engendra al Minotauro.

PERSE: oceánide y una de las ninfas hijas de Océano; madre de Circe y esposa de Helios. En los relatos mitológicos tardíos se la asocia también con la hechicería.

PERSES: hermano de Circe, al que algunas narraciones mitológicas vinculan con Persia.

PROMETEO: titán dios que desobedece a Zeus y presta su ayuda a los mortales.

En algunas historias, Prometeo les enseña además las artes y técnicas de la civilización. Por su rebeldía, Zeus lo castiga haciéndolo encadenar a una roca en el Cáucaso, donde un águila acude a diario a desgarrarle la carne y comerle el hígado, que se regenera por las noches.

PROTEO: dios del mar que puede cambiar de forma a su antojo. Es el guardián de los rebaños de focas de Poseidón.

SELENE: diosa de la luna, tía de Circe y hermana de Helios. Conduce un carro de caballos plateados a través del cielo de la noche. Su esposo es el bello pastor Endimión, mortal que vive por efecto de un encantamiento en un sueño eterno en el que no envejece.

TETYS: esposa titán de Océano y abuela de Circe. Al igual que su esposo, en un primer momento se la relacionaba con las aguas dulces, pero con el paso del tiempo se la representaba como una divinidad marina.

## DIVINIDADES OLÍMPICAS

APOLO: dios de la luz, la música, la profecía y la medicina. Apolo es hijo de Zeus y hermano gemelo de Ártemis. En la guerra de Troya actúa en apoyo del bando troyano.

ÁRTEMIS: diosa de la caza, hija de Zeus y hermana de Apolo. El relato en el que Ártemis mata a Ariadna aparece en *La Odisea*.

ATENEA: poderosa diosa de la sabiduría, el tejido y la táctica bélica. En la guerra de Troya participa activamente en el bando griego y es protectora personal de Odiseo. Aparece frecuentemente en *La Iliada* y en *La Odisea*. Se la considera la hija favorita de Zeus, de cuya cabeza surgió ya plenamente desarrollada y armada.

DIONISO: hijo de Zeus y dios del vino, la fiesta y el éxtasis. Ordena a Teseo abandonar a la princesa Ariadna porque desea convertirla en su esposa.

HERMES: hijo de Zeus y de la ninfa Maya, mensajero de los dioses y, además, dios de los viajeros, el engaño, el comercio y las fronteras. Es asimismo el conductor de las almas al inframundo. De acuerdo con algunos relatos, Odiseo es descendiente de Hermes, y en *La Odisea* aconseja a los dioses cómo contrarrestar el poder de la magia de Circe.

ILITÍA: diosa de los nacimientos que ayuda a las madres en sus labores de parto. Tiene asimismo la capacidad de hacer que los niños no nazcan.

ZEUS: rey de los dioses y de los humanos, gobierna sobre el mundo entero desde su trono en el monte Olimpo. Comienza la guerra contra los titanes para vengarse de su padre, Cronos, y termina por derrocarlo. Es padre de una numerosa progenie de divinidades y mortales, entre los que se encuentran Atenea, Apolo, Dioniso, Heracles, Helena y Minos.

## MORTALES

AGAMENÓN: rey de Micenas, el reino más importante de Grecia. Actúa como general en jefe de la expedición griega contra Troya para recuperar a Helena, la esposa de su hermano Menelao. Durante los diez años que dura la guerra se muestra agresivo y orgulloso. Es asesinado por su esposa, Clitemnestra, después de su regreso a Micenas. En *La Odisea*, Odiseo habla con su espíritu en el inframundo.

AQUILES: hijo de la ninfa marina Tetis y de Peleo, rey de Ftía, Aquiles es el mayor guerrero de su generación, además del más rápido y bello. Siendo joven, a Aquiles se le ofrece elegir entre una vida larga y oscura o una vida corta y llena de fama. Elige la fama y navega junto al resto del contingente griego al asedio de Troya. Sin embargo, en el noveno año de guerra se pelea con Agamenón y se niega a seguir combatiendo en la guerra. Regresa a la batalla solo después de que Héctor dé muerte a su adorado compañero

Patroclo. Encolerizado, mata al gran guerrero troyano y muere finalmente a manos del hermano de Héctor, Paris, que recibe la ayuda del dios Apolo.

ARIADNA: princesa de Creta, hija de la diosa Pasífae y del semidiós Minos. Cuando el héroe Teseo llega a Creta con la intención de matar al Minotauro, ella lo ayuda dándole una espada y una madeja de hilo para que lo vaya desenrollando tras de sí a fin de que pueda encontrar el camino de salida del Laberinto después de dar muerte a la criatura. A continuación de esto, se escapa con él, y los dos planean casarse antes de que se produzca la intervención de Dioniso.

DÉDALO: maestro artesano al que se le atribuyen numerosos inventos y obras de arte, entre los que se encuentran el círculo en el que baila Ariadna y el gran Laberinto que sirvió para confinar al Minotauro. Mantenido en cautiverio junto a su hijo, Ícaro, en la isla de Creta, Dédalo concibe un plan para escapar y construye un par de alas con cera y plumas de aves. Dédalo y su hijo Ícaro logran huir con éxito, pero Ícaro asciende el vuelo hasta acercarse al sol, por lo que se derrite la cera que mantenía las alas unidas. El muchacho cae al mar y fallece ahogado.

ELPÉNOR: miembro de la tripulación de Odiseo. En *La Odisea*, muere al caer desde el tejado de la casa de Circe.

EURICLEA: anciana nodriza de Odiseo y también de Telémaco. En *La Odisea*, es quien lava los pies de Odiseo cuando regresa disfrazado a Ítaca, y lo reconoce por una cicatriz de la pierna, fruto de una herida provocada en su juventud durante la caza de un jabalí.

EURÍLOCO: miembro de la tripulación de Odiseo, además de su sobrino. En *La Odisea*, ambos aparecen frecuentemente enfrentados. Euríloco es quien convence a los otros hombres de la tripulación de matar y comerse las vacas sagradas de Helios.



GLAUCO: pescador que sufre una transformación tras dormirse en una zona cubierta de hierbas mágicas. En la *Metamorfosis*, Ovidio cuenta una versión de esta historia.

HÉCTOR: primogénito de Príamo y príncipe coronado de Troya, era conocido por su fuerza, su nobleza y su amor por la familia. En *La Ilíada*, Homero relata una emotiva escena entre su esposa, Andrómaca, y su joven hijo Astianacte. Héctor muere a manos de Aquiles en venganza por haber matado al amante de Aquiles, Patroclo.

HELENA: legendariamente la mujer más hermosa del mundo antiguo, Helena es reina de Esparta, hija de la reina Leda y del dios Zeus, que se une a ella asumiendo la forma de un cisne. Son numerosos los hombres que le proponen matrimonio, y cada uno de ellos jura —por indicación de Odiseo— que acudirá en ayuda del pretendiente que fuera elegido como esposo de Helena en caso de que esta le fuera disputada. Fue entregada en matrimonio a Menelao, pero con el tiempo escapó con el príncipe troyano Paris, hecho que dio origen a la guerra de Troya. Tras la guerra, regresó a Esparta junto a su esposo Menelao.

HERACLES: hijo de Zeus, el más célebre de los héroes de la edad de oro. Conocido por su gran fuerza, Heracles tuvo que cumplir doce tareas impuestas por la diosa Hera, que lo odiaba por ser producto de uno de los escarceos amorosos de Zeus.

ÍCARO: hijo del artesano Dédalo. Él y su padre logran escapar de la isla de Creta con un par de alas fabricadas con cera y plumas de aves. Ícaro desoye la advertencia de Dédalo de no acercarse en su vuelo al sol, por lo que la cera se derrite. Las alas se deshacen e Ícaro se precipita al mar.

JASÓN: príncipe de Yolcos. Privado del trono por su tío Pelias, asume una tarea heroica para demostrar su valía: regresar a Yolcos con el vellocino de oro, guardado por Eetes, rey-hechicero de la Cólquide. Con la ayuda de su

diosa protectora, Hera, Jasón obtiene una nave mágica, la célebre *Argo*, y una tripulación formada por héroes, los llamados argonautas. Cuando llegan a la Cólquide, el rey Eetes le impone una serie de retos imposibles de realizar, entre ellos uncir en un yugo a dos toros que resoplan fuego. La hija de Eetes, la hechicera Medea, se enamora de Jasón y lo ayuda de pleno en el cumplimiento de estas tareas. Ambos huyen de la Cólquide con el vellocino.

LAERTES: padre de Odiseo y rey de Ítaca. Aunque en *La Odisea* aparece con vida, habita retirado en el campo, fuera de palacio. Ayuda a Odiseo contra los familiares de los pretendientes.

MEDEA: hija de Eetes, rey de la Cólquide, y sobrina de Circe. Es una hechicera, al igual que su padre y su tío, y, cuando Jasón llega a reclamar el vellocino de oro, se sirve de sus poderes mágicos para ayudarlo a conseguirlo a condición de que se case con ella y la lleve consigo a su patria. Ambos huyen, pero Eetes sale en persecución de ellos. Medea consigue escapar de su padre a través de una sangrienta artimaña. Su historia aparece tratada en un gran número de obras antiguas y modernas, entre ellas la célebre tragedia *Medea*, compuesta por Eurípides.

MINOS: hijo de Zeus y rey de la poderosa Creta. Su esposa Pasífae es una diosa y la madre del Minotauro. Minos exigió a Atenas el pago de un tributo consistente en la entrega anual de jóvenes muchachos y muchachas que servirían de alimento para el monstruo. Tras la muerte de Minos, se le concede un lugar preeminente en el inframundo como juez de las almas de los muertos.

ODISEO: astuto príncipe de la isla de Ítaca, favorito de la diosa Atenea, esposo de Penélope y padre de Telémaco. Durante la guerra de Troya, es uno de los consejeros principales de Agamenón y maquina el engaño del caballo de Troya con el que los griegos consiguen tomar la ciudad y ganar la guerra. Su viaje de regreso a Ítaca, que le ocupa diez años, es el tema central de *La Odisea*, de Homero, en el que suceden sus célebres encuentros con el cíclope Polifemo, la hechicera Circe, los monstruos Escila y Caribdis, y las sirenas. Homero le dedica un gran número de epítetos épicos, entre ellos *polymetis* (el

hombre de muchos ardidés), *polytropos* (el hombre de muchas formas) y *polytlas* (el hombre de muchos sufrimientos).

PATROCLO: el más querido de los compañeros del héroe Aquiles y, en varias versiones de la historia, su amante. En *La Ilíada*, su funesta decisión de intentar salvar a los griegos haciéndose pasar por Aquiles, portando sus armas, pone en marcha el desenlace de la historia. Cuando Héctor mata a Patroclo, Aquiles, devastado por la pérdida, se venga brutalmente de los troyanos, lo que termina por desencadenar la propia muerte de Aquiles. En *La Odisea*, Odiseo se encuentra a Patroclo del lado de Aquiles cuando desciende al inframundo.

PENÉLOPE: prima de Helena de Esparta, esposa de Odiseo, madre de Telémaco, célebre por su inteligencia y su lealtad. Cuando Odiseo no logra regresar a Ítaca después de la guerra, se convierte en el centro de las reclamaciones de los pretendientes que ocupan su palacio y la presionan para que se case con uno de ellos. Su ardid es bien conocido: promete escoger a uno como marido una vez que termine de tejer el sudario en que labora. Logra engañarlos durante años, deshaciendo por la noche lo que ha tejido durante el día.

PIRRO: hijo de Aquiles, fue clave en el saqueo de Troya. Mató a Príamo, rey de Troya, y en algunas versiones también a Astianacte, hijo de Héctor, para evitar que creciese y buscase venganza.

TELÉGONO: hijo de Odiseo y Circe, considerado el fundador mítico de las ciudades de Túsculo y Preneste en la península itálica.

TELÉMACO: hijo único de Odiseo y Penélope y príncipe de Ítaca. En *La Odisea*, de Homero, aparece ayudando a su padre en la ejecución de su plan de venganza contra los pretendientes que hostigan su casa.

TESEO: príncipe de Atenas enviado a Grecia como parte del tributo de catorce

jóvenes prometido para alimentar el voraz apetito del Minotauro. En lugar de perecer sacrificado, Teseo mató al Minotauro con ayuda de la princesa Ariadna.

## MONSTRUOS

CARIBDIS: poderoso remolino situado a un lado del estrecho en cuyo extremo opuesto se encontraba Escila. Los barcos que trataban de esquivar las fauces de Escila eran engullidos por Caribdis.

ESCILA: según el relato homérico, Escila es un monstruo feroz de seis cabezas y doce patas colgantes que habita escondido en una cueva situada en unos estrechos angostos junto al remolino Caribdis. Cuando un barco pasa, ella se lanza sobre él y captura a un marinero con cada una de sus bocas y los devora a continuación. En las representaciones posteriores tiene cabeza de mujer, cola de monstruo marino y perros feroces que salen de su torso. De acuerdo con la *Metamorfosis*, de Ovidio, Escila era en origen una ninfa que fue transformada en monstruo.

MINOTAURO: nombrado así por Minos, rey de Creta, en realidad el Minotauro era hijo de la reina Pasífae y un toro blanco sagrado. Dédalo construyó el Laberinto para contener al voraz monstruo y Minos exigía a Atenas el envío de catorce muchachos y muchachas para alimentarle. Uno de estos jóvenes fue el príncipe ateniense Teseo, que mató a la bestia.

POLIFEMO: cíclope (gigante con un solo ojo) e hijo de Poseidón. En *La Odisea*, Odiseo y sus hombres arriban a la isla de Polifemo, entran en su cueva y se comen sus provisiones. Cuando Polifemo los pilla, los atrapa en la cueva y devora a varios de los hombres de Odiseo. Odiseo engaña al monstruo con palabras amables y le dice que se llama Outis, «Nadie», luego ciega al monstruo para escapar y, cuando zarpa en su barco, revela su verdadero nombre. Polifemo acude a su padre, Poseidón, para que este castigue a Odiseo.

SIRENAS: a menudo retratadas con cabeza de mujer y cuerpo de pájaro, las sirenas se encaramaban en escarpadas rocas y cantaban. Sus voces eran tan dulces que los hombres perdían la razón al oírlas. En *La Odisea*, Circe le aconseja a Odiseo que tapone las orejas de sus hombres con cera para pasar sanos y salvos y que se ate al mástil con los oídos libres para poder ser el primero en oír su encantadora canción y sobrevivir.

## Agradecimientos

---

Son tantos los que me han apoyado en el viaje que ha supuesto la escritura de este libro que no tengo la posibilidad de mencionarlos a todos ellos. He de conformarme con dejar constancia del profundo agradecimiento a mis amigos, mi familia, alumnos, lectores y a todos aquellos que mantienen una relación apasionada con estas narraciones antiguas y se han detenido un momento a hablarme acerca de ellas.

Gracias a Dan Burfoot por su tiempo y la penetrante agudeza literaria que mostró en un primer borrador. Gracias especialmente a Jonah Ramu Cohen por el entusiasmo que siempre ha mostrado respecto a mi trabajo, por exponerme su deseo de leer los diversos borradores y por hablar conmigo sobre narración de historias, mitos y feminismo.

Quiero hacer extensivo mi agradecimiento a mis mentores en el ámbito de las Clásicas que tanto me han inspirado, especialmente David Rich, Joseph Pucci y Michael C. J. Putnam. Asimismo, quiero mostrar mi deuda con el afable David Elmer, que me dejó escharbar en su cerebro para encontrar varios temas principales. Ninguno de ellos es responsable de las distorsiones que se encuentran en la obra.

Gracias también a Margo Rabb, Adam Rosenblatt y Amanda Levinson por animarme durante todo el proceso de escritura, e igualmente a Sarah Yardney y a Michelle Wofsey Rowe. Mi hermano Tull y su esposa Beverly han sido una continua fuente de apoyo, y quiero dejar constancia de mi amor por ellos.

Gatewood West merece un apartado especial en estos agradecimientos, ya que su agudeza, su sabiduría en momentos decisivos y su gran calor humano me han acompañado durante todo el proceso de escritura.

Quiero mostrar mi eterna gratitud a mi maravillosa editora, Lee Boudreaux, por sus comentarios brillantes y pacientes, por toda la confianza que ha depositado en mi trabajo y por ser tan extraordinaria en todo momento. Gracias también a su maravilloso equipo de colaboradores: Pamela Brown, Carina Guiterman, Gregg Kulick, Karen Landry, Carrie Neill, Craig Young y a todos los que trabajan en Little Brown.

Gracias también a la divina Alexandra Pringle y a toda la familia de Bloomsbury en el Reino Unido: Ros Ellis, Madeleine Feeny, David Mann, Angelique Tran Van Sang, Amanda Shipp, Rachel Wilkie y muchos otros.

Como siempre, no puedo sino insistir en mi profundo agradecimiento a Julie Barer, que sigue siendo la mejor agente literaria posible, cariñosa, brillante y una firme defensora de mi trabajo, siempre deseosa de leer otro borrador nuevo y que además es una gran amiga. Gracias de corazón al equipo de The Book Group, especialmente a Nicole Cunningham y a Jenny Meyer. Asimismo, al genial Caspian Dennis y a Sandy Violette.

No encuentro palabras suficientes para dejar constancia de la devoción y la gratitud que siento por Jonathan y Cathy Drake por su cariño, apoyo y por ser unos abuelos tan excelentes. ¡Muchas gracias! Gracias también a Tina, a BJ y a Julia.

Tampoco puedo dejar de hacer mención del amor y del profundo agradecimiento que siento por mi padrastro, Gordon, y por mi madre, Madeline, que me introdujo en el mundo clásico, que me leyó durante todos los días de mi infancia y me apoyó en la escritura de este libro, tanto en lo grande como en lo pequeño, fundamentalmente por haber sido el primer ejemplo que he conocido de *dux femina facti*.

Los radiantes y poderosos V. y F. son una fuente de amor, y su magia ha transformado mi vida. Además, tuvieron la enorme paciencia de soportar mis desapariciones de horas durante la época de escritura. Finalmente, mi gratitud infinita y mi amor por Nathaniel, mi *sine qua non*, que estuvo siempre ahí en todo momento.

Título original: *Circe*

Copyright © 2018 by Madeline Miller

© de la traducción: Jorge Cano Cuenca y Celia Recarey Rendo, 2019

© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)

Madrid, 2019

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

ISBN ebook: 978-84-9181-413-9

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Conversión a formato digital: REGA

[www.AdNovelas.com](http://www.AdNovelas.com)